

COLECCION UNIVERSAL

N.º 748 a 750

PRESIDENTE DE BROSSES

Viaje a Italia

TOMO III y ÚLTIMO



MADRID, 1923

Presidente de Brosses

VIAJE A ITALIA

TOMO III y ÚLTIMO

MCMXXI

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, Madrid, 1923.

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

PRESIDENTE DE BROSSES

Viaje a Italia

TOMO III y ÚLTIMO

La traducción del francés ha sido
hecha por N. Salmerón García



Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

1173

MADRID, 1923

DE

Talleres "Calpe", Larra, 6 y 8. — MADRID

CARTAS FAMILIARES DEL PRESIDENTE DE BROSSES EN ITALIA

XLIV.—A MADAME CORTOIS DE QUINCEY

Mujeres.—Reuniones.—Tertulias.

Las damas romanas, de las cuales me pedís hoy noticias, mi buena amiga, no están en predicamento de hermosura en las demás ciudades de Italia. Me habían anunciado que eran feas y algo sucias; me ha parecido que este juicio no es del todo exacto. Aunque entre la nobleza la sangre no es tan hermosa como en Venecia, las mujeres de aquí me parecen por lo menos tan bien como en cualquiera otra ciudad de Italia; la princesa Borghese, la duquesa de Caserta, las señoras Piccolomini, Petroni, Ricci, Falconieri, Sampieri y otras varias serían en todas partes hermosas mujeres. No ocurre lo mismo tratándose de las mujeres del pueblo ni de las cortesanas, a juzgar, por lo menos, por lo poco que he visto. No hay esas cortesanas venecianas que tienen tan buen aire y que hacen tan bien

su oficio; no hay tampoco muchachas de teatro; la decencia eclesiástica no deja presentarse en las tablas, en los papeles de mujeres, mas que a lindos adolescentes, a los cuales unos diabólicos tundidores han encontrado el secreto de hacerles la voz afeminada. Vestidos de muchachas, con caderas, grupas, gargantas, cuello redondo y fino, se les tomaría por verdaderas muchachas (1). Hasta pretenden que las gentes del país se equivocan algunas veces hasta el extremo; pero es una vieja calumnia, a la cual no concedo ningún crédito. Veo, por lo contrario, que estos honestos romanos son muy buenos servidores del bello sexo. ¡Cada uno tiene su cada una! Todos los días se les ve llegar juntos a las reuniones, o con tan poco intervalo uno de otro, que cuando se ve entrar a una persona se puede apostar de seguro cuál es la que viene después. Llamamos a esto las *cartas marcadas*. Estas parejitas de pichones se colocan así de dos en dos a lo largo de la sala y se entregan a la charla hasta que les entra el capricho de jugar al cuadrilla a *tré sette*, al estopa, o a los *minchiate* (naipes); pero sobre todo a este último, que es el gran juego de moda. Es un juego muy extraordinario, tanto por el gran número de cartas como por las figuras y por la manera como se juega. Veía a las gentes tan interesadas y tan vivas, que por curiosidad, tanto como porque nosotros, extranjeros, no sabemos la mayor parte de las veces qué hacer en estas grandes re-

(1) Lo mismo pasaba en el teatro italiano, en Viena, en 1716. (Lady Montagu.)

uniones, se me antojó hacer que me iniciasen en los misterios de este juego, más obscuro en apariencia que los de la Buena Diosa, pero que no son nada en el fondo. Por lo poco que hasta ahora se me alcanza de este juego, al cual ya me he lanzado, aunque con frecuencia en detrimento de mi compañero, me parece fácil de aprender, pero muy difícil de jugar bien. Este juego es muy hermoso, por lo menos tan sabio, tan vivo y tan interesante como el *reversi*, el más hermoso de nuestros juegos de Francia, y mucho más lleno de lances. Por otra parte no tiene la bella sencillez del *reversi*, puesto que, por el contrario, es muy complicado. Me dan ganas de llevároslo; la dificultad estribará en llevar una carga de cartas. Se juega entre cuatro, dos contra dos, sentados, como al *quadrille*, los dos compañeros uno frente al otro.

Hay noventa y siete cartas grandes y gruesas como el doble de las nuestras, a saber: cincuenta y seis de los cuatro palos ordinarios, porque los italianos tienen cuatro figuras, mientras que nosotros no tenemos mas que tres; además, cuarenta figuras singulares numeradas, y el loco, o *matto*, que hace oficio de cero, aumentando el valor de las demás. Estas figuras llevan el nombre de las estrellas, del sol, de la luna, del Papa, del diablo, de la muerte, del ahorcado, del batelero, de la trompeta del Juicio Final y otros extravagantes. Unas tienen un valor intrínseco, que varía entre ellos; otras no tienen ninguno; pero el número superior, que no vale nada, no deja, sin embargo, de ganar

al inferior, que vale puntos. Todo consiste en tener en el juego por lo menos tres números seguidos que tengan valor, que se pueda contar de entrada en terceras partes, o, como lo llaman, en *verzicol*, y en conservarlo al jugar las cartas, o en apoderarse de los de su adversario al fin de la jugada, en que vuelven a contarse los *verzicoles*... Todo esto va acompañado de una porción de circunstancias interesantes. Las cuentas son largas al fin de cada jugada, que es también larga, debiendo jugarse todas las cartas hasta el final y siendo cada vez más difícil a medida que su número disminuye, lo cual es el verdadero mérito de un buen juego; así es que no se juega mas que tres tandas, haciendo doce jugadas, y a cada tanda se cambia de sitio y de compañeros para variar la suerte. Todo el artificio del juego me ha parecido consistir en ese quinto palo, que es siempre el triunfo; los otros no sirven mas que de relleno necesario, y en la manera como se está sentado entre los dos adversarios, que continuamente os ven venir. Este juego fué inventado en Siena por Miguel Angel, según pretenden, para enseñar a los niños a calcular de toda clase de maneras; en efecto, es una aritmética perpetua. Es preciso que este juego no se haya puesto en boga en Roma sino en tiempo del Papa Inocencio X, Panfili, puesto que el Papa de los *Minchiate* se parece como dos gotas de agua al retrato de este gran Pontífice. El juego no es muy allá, y no se juega fuerte: a veces a escudo el tanto; pero ordinariamente a testón, que vale poco más

o menos tres monedas de las nuestras de doce sueldos, y hay que añadir que nunca se pagan las cartas en este país. Hay que decir también que en las mejores casas dan fichas de marfil y de cartón y una sola baraja, que no se cambia aunque esté algo manoseada. Las cartas, para que parezcan menos sucias, están pintarrajeadas con varias rayas en el revés. Es una comedia ver a las mujeres barajar esos espesos naipes en octavo contra su barriga y oír la jerga que emplean, que es tan divertida como el mismo juego; a todo el mundo le gusta con delirio, hombres y mujeres. En verdad es muy bonito; encuentro que es el único juego de naipes que se parece algo al ajedrez, porque las piezas son variadas y se hace una perpetua guerra, tan pronto a unas como a otras, puesto que unas de ellas son importante en un momento dado y otras en otro.

El otro día, Legouz, que tiene el don de los *quid pro quos*, acercándose a la señora de Bentivoglio, la cumplimentó por su destreza en manejar los *minchie*, quería decir los *minchiate*. Esta otra palabra es un término bromista, que significa lo que les falta a esos jóvenes del teatro de quienes os hablé más arriba. La carcajada fué general en la reunión; pero ya sabéis que él no se corta tan fácilmente.

Las reuniones están señaladas para ciertos días de la semana, en casa de una dama o de otra, como en nuestras ciudades. Son numerosas, bien iluminadas y de buen tono; pero poco agradables, sobre todo para los extranjeros, a los cuales los asistentes, muy ocupados con su dúo o jugando con

sus compañeros, no prestan gran atención. Las señoras de la casa, que deberían ser más atentas con ellos, no lo son tampoco gran cosa; no se toman mucho trabajo en hacer los honores y dejan a cada cual intrigar a su gusto como lo entienden; de suerte que las gentes que toman poca o ninguna parte en los dúos tienen que permanecer en grupo a charlar del tiempo o de otras cosas tan poco interesantes, o bien van y vienen de una mesa de juego a otra; métodos poco recreativos, sobre todo para nosotros, que no hablamos fácilmente la lengua en la conversación y que no estamos muy al corriente de la comidilla del día. Esto hace que no vaya mas que rara vez a casa de la señora Bolognetti, donde se celebra la gran reunión; pero sí con más frecuencia a casa de la señora Patrizzi y de la señora baronesa Piccolomini. Esta, aunque de mediana edad, es todavía muy hermosa, sumamente graciosa y amable y muy cortés con los franceses; la otra es la mujer del general de las postas, rica, amiga de gastar y que entiende mejor que las otras los deberes de la recepción en su casa, hasta ofreciendo a veces una cena los días de reunión, cosa rara aquí y cuyo uso no ha comenzado a introducirse sino hasta hace poco en dos o tres casas.

Por lo demás, estos días señalados de reunión en cada casa son muy cómodos para los extranjeros. Se sabe cada día de la semana dónde se podrá ir a pasar la velada. La reunión empieza hacia las ocho o las nueve de la noche hasta las once o las doce, que es la hora de la cena para las gentes que

cenan; hay muchos que no tienen esta costumbre, o, por lo menos, en general hacen una cena muy ligera, y creo que si estuviéramos aquí mucho tiempo acabaríamos poco a poco por perder esa costumbre; es, sin duda, por la naturaleza del clima por lo que basta una sola comida. Es fácil para las gentes de cierto viso ser presentadas en todas partes en ocho o quince días y entablar algunos conocimientos con la mayor parte de la ciudad. Los romanos son muy hospitalarios en este respecto, accesibles a los extranjeros y de un trato amable, según me parece hasta ahora. Las mismas gentes que se han visto una vez en las reuniones se vuelven a encontrar siempre; son constantes en sus costumbres. Esta ciudad, aunque muy grande, no da la sensación de capital; la vida que se hace es bastante uniforme y más semejantes a la de nuestras grandes ciudades de provincias que a la de París, donde todo es tumulto y variedad. El gran número de gentes que viven en París produce esta confusión y este cambio perpetuo de sociedad. Todo el mundo vive junto, sin conocerse ni ocuparse unos de otros. Por vasto que sea el recinto de Roma, no está habitada más que en una tercera parte aproximadamente. Las gentes se ven todos los días y están enteradas de las minuciosas andanzas. La verdad es que no se puede dar un tropezón sin ser víctima de los chismes; todo es bueno para la gaceta; con esto, libertad completa en las acciones; dejadles decir, os dejan hacer, y no sé, pensándolo bien, si hay ninguna otra ciudad en Europa más

agradable, más cómoda y donde más me gustara vivir, sin siquiera exceptuar París.

La casa que más frecuentamos es la de la princesa Borghese, hermana del condestable Colonna; es también la cita ordinaria de los ingleses, que hay aquí muchos y casi todos muy ricos. Su casa y la de Santa Croce son las más consideradas de la ciudad. La princesa es amable, de buen humor, espiritual, galante y de una figura agradable. Su señor marido tiene también buena figura, y sus dos hermanos, el cardenal y don Paolo, mejor aún. La estirpe de los Borghese es hermosa, así como entre nosotros la de los Rohan; pero dicho señor no es tan agraciado como su mujer, a quien encuentro demasiado afable, y así lo manifiesta con frecuencia sin que esto le dé frío ni calor. En cuanto a mí, le estoy muy agradecido a la dama por haberse apropiado al caballero Marco Foscarini, embajador de Venecia, hombre lleno de fuego y de espíritu, que me regocija por completo cuando puedo entablar conversación con él. Lo malo es que no disfruto este placer cuanto yo quisiera: es un jugador empedernido; no hay quien lo saque del faraón. Por despecho y por no saber qué hacer me pongo también a jugar, y pierdo mi dinero como un señor. El faraón Borghese me cuesta ya doscientos cequíes, que había ganado en Florencia al treinta y cuarenta. No me parece que pase más allá. No quisiera ser el arrendatario de lo que pierde Migieu, que se obstina contra la mala suerte con la testarudez de un mulo viejo. Este faraón es muy fuerte, muy cu-

rioso, muy desigual entre los jugadores; unos lo juegan a testón, otros a veinte cequíes. Foscarini pone mil bayocos (1) a una carta, cuatro pistolas de España a otra, un escudo a una tercera, siempre hablando, siempre moviéndose. El banquero trata en vano de aclarar las jugadas: *Caro vecchio, lascia fare a mi*. Es una verdadera comedia; el banquero pierde la cabeza; pero, en fin de cuentas, se lo lleva siempre todo. Es un maldito Boccapaduli, que llamamos, por odio a su oficio y a su mano rapaz, *Bocca Paludi*: boca de pantano. Efectivamente, es un abismo que todo se lo traga. ¡Mala peste! Su profesión debe producirle bastante dinero en el invierno; aparte de esto, se le engañaría fácilmente sin que pudiera impedirlo. Nunca hubo manera más extraordinaria de jugar al faraón, y este juego, que es muy tirado, sería lo más frío del mundo sin el tintineo constante del dinero de Foscarini. No se ve un sueldo de dinero, metal que aquí no se emplea, pues no se conoce más que el papel, como ya os he dicho. El que talla pone una cartera de billetes de Banco sobre el tapete; cada punto pone a las cartas, rasgando pedazos de naipe para señalar lo que gana o lo que pierde. Si los pedazos de naipe están del lado pintado, gana; si están del lado blanco, señalan el número de lo que pierde. No hacen mas que quitar y poner, volver de cara o de cruz; cuando se levanta del juego dice al que talla: «Caballero, me debe usted tanto», o bien, «de

(1) Antigua moneda de los Estados romanos, que valía unos cinco céntimos.

debo a usted tanto», y no se pagan; no es esa la costumbre, porque se está en la creencia de que no se llevan billetes en el bolsillo; se paga la primera vez que se vuelve a la casa. Imaginaos qué trastorno produce este comercio, sobre todo cuando un punto tiene delante de él tres montones de pedazos de naipe, unos representando sueldos, otros escudós y otros monedas de Portugal. He preguntado al banquero cómo se las podía entender teniendo tantos deudores a la vez, que no pagan hasta que vuelven a la casa y que podrían muy bien no volver, porque esta casa está siempre llena de extranjeros. Me ha contestado que no había casi nunca perdido nada; que se juega muy lealmente (en efecto, no se oye hablar mucho de trampas en el juego); que estaba ya acostumbrado a que nada se escapara a sus ojos, y que nunca le había ocurrido mas que una equivocación de setecientos cequíes, que, sin embarço, había pagado sin decir una palabra, por miedo a que la aventura disgustara a la señora Borghese. Es que el pícaro temía disgustar si daba un escándalo y que le despidieran de una casa donde hace tan buen negocio. No sé cómo los dueños de la casa hacen el suyo; en todo caso, sus reuniones no deben arruinarlos. Lléveme el diablo si he visto alguna vez dar ni un vaso de agua a nadie; pero en la buena estación dicen que van a su casa de campo de Mondragone, adonde llevan o invitan a irles a ver a las gentes conocidas y hacen un gran gasto. Pronto vamos a tener una boda en la casa. La Zitella Borghese se casa dentro de pocos

días con el príncipe imperial de Francavilla, que se la lleva a Nápoles. ¡Gran pérdida para los ingleses! Stafford y el pequeño Cook andan siempre detrás de ella.

Et sequitur leviter filia matris iter.

Pongo esta cita maliciosa en latín porque no está destinada mas que a vuestro marido, a quien le gustan. Vais a preguntar al leer esta carta: ¿qué es eso de los celos italianos, de que tanto hablan en Francia? Por mi fe, no sé una palabra. Ya habéis visto por mis cartas precedentes que se trata de un prejuicio que hay que desechar; así es que las religiosas se lamentan de que no tienen apenas clientes. Me ha parecido todavía reconocer en Nápoles las exterioridades de los celos; parece que los hayan ido echando a un rincón y llevado a este extremo del país; pero Nápoles tiene más bien costumbres españolas que italianas. Fuera de allí, las mujeres parecen tener todas las libertades que quieren, tratándose de la galantería. No dejaré de hacer sobre esto dos observaciones: una, que las mujeres tienen en público más bien un aire de indecencia que de libertad; por lo demás, llamamos indecencia a lo que es contrario a nuestras costumbres; pero deja de serlo cuando el hábito del país lo permite; la segunda, que si los maridos no parecen formalistas, por lo menos los galanteadores son tan asiduos que se convierten en Argos, cien veces más molestos que los maridos; siempre se les encuentra plantados día y noche, según creo para es-

tropear la combinación a un tercero que pretendiera probar fortuna. Esta odiosa raza de sigisbeos son diez veces más maridos que los esposos. Por ejemplo, me presento como enamorado de una linda damita Ricci, chiquitita y bonita a más no poder; ¿no tiene eternamente un don Pablo Borghese siempre pegado a ella, tan junto que no pasaría un hilo entre los dos? Ya decía hace poco que don Pablo tiene una arrogante figura; me retracto; me parece muy feo. Lacurne, por su parte, se ha enganchado al carro de la señora Bentivoglio, la Bolonesa, mujer amable y alegre, cuyo marido es el hombre más bueno del mundo; pero la dama tiene un fantasmón de marqués Bevilacqua, primo suyo, que siempre le echa a perder su combinación al pobre Lacurne; nunca se les ve a la una sin el otro. No podemos verles presentarse sin recordar, riéndonos, Lacurne y yo ese pasaje que conocéis de las cartas de madame de Sevigné, que dice: «Ahí están la buena Dugué-Bagnols y el gran marqués La Trousse.» Legouz se ha dado mejor maña: se ha dirigido a la Vergine Patrizzi, recién casada con el conde Montorio y muy fea, por cuya razón no tiene galanteador.

Añadamos una tercera observación a las dos que he apuntado más arriba, a saber: que un hombre y una mujer que se han aficionado recíprocamente se conservan. Las relaciones duran veinte años; no saben lo que es mudar de ellas y hacerlas suceder por otras. Aquí triunfa la constancia o, si lo preferís, la costumbre; por lo demás, lo que os digo no

deja de tener excepciones; pero, en general, la coquetería de nuestras mujeres francesas, algunas de las cuales ponen todo su empeño en provocar a los hombres y en tener un numeroso cortejo de adoradores, es considerada como el colmo de la indecencia y de las malas costumbres. Es probable que semejante manera de conducirse no sería en modo alguno tolerada por los maridos, mientras parecen soportar de bastante buen grado que una mujer escoja un amante, con tal que lo conserve; de suerte que tienen más bien dos maridos que un galanteador, porque es más bien deshonesto y fuera de las costumbres ordinarias que un galanteador abandone a su querida. Os dicen más todavía: que estos sigisbeos no tienen importancia; que su constante asiduidad no es mas que un hábito de cortesía exterior; que no tienen ninguna íntima pretensión, y que hay que tener muy mala intención o estar contaminado por las costumbres francesas para figurarse ninguna otra clase de consecuencias (1).

*Forse era ver, ma pure non credibile
A chi del senno suo fosse signore.*

¡Ah mi querida amiga! He ahí todavía esa jeringonza extranjera que se me escapa; perdonad la costumbre, *perchè ho spesse volte più d'una lingua in bocca*. En resumidas cuentas, creeréis de esto lo que bien os parezca; a vuestra buena inteligencia me remito.

(1) Este cuadro de costumbres se parece singularmente al de la sociedad de Viena en 1716 por Lady Montagu.

Mientras aun estamos en esto, he de contaros una buena escena que tuvimos pocos días después de la llegada de Legouz, cuando todavía no había familiarizado con estas gentes. Estábamos ocho o diez en casa de la señora Borghese platicando en torno de su lecho, donde estaba acostada. Recayó la conversación sobre las mujeres de la ciudad, y nos preguntaron qué tal nos parecían y cuáles encontrábamos más de nuestro gusto. Como es natural, yo ensalcé a la señora de Ricci. Entre paréntesis, mi preferencia no tuvo éxito entre la reunión, porque no es mas que bonita, y aquí la belleza consiste en la regularidad de las facciones y en su proporción; no tienen siquiera en su lengua términos que expresen lo que nosotros llamamos una *mujer bonita*; convinieron, sin embargo, que gustaba extraordinariamente a casi todos los de nuestra nación, *perche era una bella francese*. Después de esto, a Legouz se le ocurrió decir: «En cuanto a mí, yo prefiero a la Vergine Patrizzi; no es bonita, es muy morena, delgada, picada de viruelas; a pesar de esto, me gusta más que ninguna otra. Es joven, alegre, de buen humor, dulce y espiritual; tiene un talle desgarrado pequeños ojos negros y penetrantes, que me llegan al corazón. Es mi querida; no conozco al señor Montorio, su esposo; pero quiero verle con frecuencia en su casa, y le haré tantas reverencias, que tendrá que ser un verdadero salvaje si no me convida a comer dos veces por semana.» Cada cual se tuvo que morder los labios para no soltar la risa. Yo había pretendido interrumpirle

a las primeras palabras, porque hay que advertiros que Montorio estaba presente, sentado a los pies de la cama. La señora Borghese, a cuyo lado yo estaba, me cogió con fuerza del brazo. Montorio dijo entonces gravemente: «¡Qué quiere usted, caballero; no he sido engañado! Dios la ha hecho fea, fea la he tomado y fea la guardo; no me imaginaba que hubiera alguien que se enamorara de ella, y me satisface mucho que un hombre de ingenio y de buen gusto haya venido desde tan lejos para encontrarla de su agrado y preferirla a otras más hermosas. Para demostraros que no somos tan salvajes como se cree, ni tan difíciles para trabar conocimientos, hacedme el honor de venir mañana a comer a mi casa.» La intrepidez de Legouz quedó al principio un poco desconcertada; pero pronto se recobró, y la cosa pasó bromeando unos y otros entre ellos, y, efectivamente, se ha puesto en situación de ir con bastante frecuencia a comer en casa de Montorio; por lo demás, ya comprenderéis que todas nuestras galanterías no pasan de la epidermis. La señora Montorio, aunque fea, es realmente muy gentil y parece muy fiel a su marido.

Las damas de aquí ni se ponen adornos ni se pintan; sus peinados no requieren tantos aliños; están algo sujetas por naturaleza a tener los cabellos grasos, en lo cual se ha fundado el reproche de poca limpieza que les echan en cara en las otras ciudades. Aquí, donde se fabrican las mejores pomadas del mundo, porque las de Roma son mucho más dulces y más suaves que las de la *fonderia* de

Florenxia, tienen un horror invencible a los olores, pretendiendo que su uso es pernicioso para las mujeres en este clima y les producen necesariamente síncope. Tened por cierto que no los usan en ninguna parte y que han vuelto a poner de moda el gusto de Enrique IV; hasta tal punto, que el gran Pompeia, célebre destilador en boga, tendría que irse al hospital si no tuviera más clientes que ellas. Esta repugnancia me parece una coquetería al revés. Hallándome hace unos días en casa del cardenal Passionei, unos religiosos le enviaron las más hermosas cidras que he visto en mi vida; me metí dos en el bolsillo y me fuí desde allí a jugar a casa de la señora Borghese. Se me ocurrió ofrecérselas a la Zitella Borghese, que me dijo: «¡Ah, señor!, escondedlas y llevároslas; si mamá las ve, se va a poner mala.» Me las llevé a otra sala lejana y vine a sentarme a mi sitio continuando el juego. Al cabo de una hora, alguien habló de estas cidras que me había dado el cardenal, y la señora Borghese, que en verdad estaba acostada, tuvo vahidos; pero mientras yo había estado sentado junto a la cama con las cidras en el bolsillo se había encontrado perfectamente.

Las mujeres del pueblo son aquí vanidosas, caprichosas y holgazanas, lo que procede de la facilidad que tienen de encontrar dotes para casarse y, por consecuencia, del poco cuidado que se toman en educarlas para el trabajo. Después de los pueblos mahometanos, creo que no hay ninguna nación en el mundo más caritativa que la nación ita-

liana. No se pasa día sin que en los grandes conventos de frailes se distribuya sopa a todos los que vienen a pedirla a la puerta. En las fiestas solemnes hay fundaciones en varias iglesias para distribuir dotes a las muchachas pobres, sea para tomar el velo, sea para casarse, según su inclinación. La suma está fijada, así como el número de las muchachas, que vienen en procesión a recibirla. Estas caridades, tan frecuentes y hechas tan mal a propósito, son uno de los grandes vicios del gobierno de este país, donde mantienen la holgazanería y la mendicidad. Así, es una cosa execrable ver el número de los mendigos que os asaltan en las calles de Nápoles y de Roma. Cuando un muchacho del pueblo tiene la protección del bastardo del boticario de un cardenal, hace que le aseguren cinco o seis dotes en cinco o seis iglesias, y no quiere aprender a coser ni a hilar. Un pobre hombre se casa con ella por el anzuelo de la dote; la doncella quiere que la hagan con su dinero hermosos trajes y un gran festín para la boda; mientras el dinero dura no se preocupan de trabajar, y cuando se acaba se hacen una cruz en el estómago. El pobre diablo del marido tiene que cargar con todas las faenas de la casa, porque su mujer, educada en el ocio, no sabe hacer nada y sería incapaz de cocer un huevo para su propia comida; el marido es el que está encargado de todo, con el fastidio de oír constantemente que no tenía un cuarto y que se ha comido todo el dinero que ella había llevado; la mujer se pasa la vida al balcón viendo pasar las gentes. Me

siento a veces indignado cuando voy a comprar una cosa en una tienda, al oír que me responden: «Caballero, tenemos eso; ¡pero está colocado tan arriba!... Vuelva usted otro día, haga el favor.»

Los procesos por causa de impotencia, tan raro entre nosotros entre las gentes de condición, que no hemos vuelto a tener ninguno desde el asunto del duque de Gesvres, ocurrido hace cerca de treinta años, no lo son tanto aquí. Dicen que la moda procede de los genoveses, y las gentes se ríen porque el asunto se presta mucho a ello; pero no se encuentra chocante que las mujeres estén mal satisfechas por no estar contentas. ¿Les falta razón en el fondo? Lo dejo a vuestro juicio, señora; a vosotras, que conocéis la hermosa rama de oliva que hace la paz de los hogares. Las naciones tienen, cada cual por su parte, maneras de pensar muy diversas; entre nosotros la castidad es una virtud que tiene primacía sobre todas las demás, si hay que creerlo; porque Dios sabe cuánto os hacéis querer por la poca que tenéis. Sobre lo cual os diré de paso que no debéis alabar tanto esta virtud, por temor a que se crea que no la ponéis tan alto sino porque encontráis que es la más difícil de practicar. En el país de los Guebros la castidad absoluta está considerada como una abominación ante Dios; no habiendo nada más conforme a sus primeros preceptos ni más meritorio que mantener el mundo que él ha creado, procreando y haciendo crecer tantas criaturas humanas, plantas y animales cuantos sea posible. En general, el celibato en los pueblos de Oriente está

considerado como un estado deshonoroso, y la esterilidad como una desgracia muy grande. Su moral a este respecto me parece más sana que la nuestra. Tengo de ello una buena garantía: es la del que ha dicho que el árbol que no produce fruto será cortado y arrojado al fuego. Gracias al Cielo, mi querida amiga, está usted a cubierto del hacha, si no por voluntad, por lo menos en hechos. Pero yo os debía este sermón moral en pago de las lamentaciones que os oigo exhalar por tres chiquillos mocosos que tenéis. Volvamos a nuestros *Babilans*, que es como llaman en Génova a los maridos que no valen para ello. A pesar de mis conocimientos en etimología, no he podido descubrir el origen de esta palabra. Vemos aquí tres procesos de esta índole, dos de los cuales han terminado a satisfacción de los querellantes, como sucede de ordinario; el otro mete mucho ruido y va a juzgarse pronto.

El primero era el de la señora Grimaldi, casada con un tal Gozzadini, de Bolonia. El cardenal Alejandro le ha servido perfectamente en este asunto y continúa sirviéndola todavía, según puede apreciarse; son cartas de esas señaladas de que os hablaba más arriba.

El otro día llevaron durante la comida a casa del cardenal De Tencín la *Pequeña Gaceta de Roma*, que traía un cuento bastante bueno que hizo poner mala cara al bondadoso cardenal, a la vez que se mordía los labios para no reírse. Hay que saber que Alejandro Albani es protector de Cerdeña. He aquí lo que decía el artículo: «Ayer dieron en el

teatro de Aliberti la primera representación de la ópera *Siroé*, música de Gaetano Latilla y libreto de Metastasio. Su eminencia el cardenal Alejandro, que había pasado la tarde ocupado en asuntos en casa de la señora Grimaldi con el ministro del rey de Cerdeña, honró la representación con su presencia; pero, descuidando esta diversión, se marchó del teatro después del primer acto, para volver a casa de la señora Grimaldi.»

La segunda dama descasada es una Lanfreducci, una recia mujer de veinte años, de un cuerpo hecho a torno y bella como un ángel. ¡Oh! Lo que es en cuanto a su marido, es preciso que su mal fuera incurable. Lo cierto es que no se ha defendido, y que ha dejado que las gentes crean todo lo que les parezca. Después de la disolución de su primer matrimonio, acaba de volverse a casar hace quince días con el pequeño Sampieri, lo cual nos ha procurado una boda suntuosa, pues el esposo es muy conocido nuestro. La señora no ha querido correr el riesgo de ser engañada dos veces; pretextando que el futuro esposo había sido muy libertino, ha pedido un examen médico, y le han hecho una relación como la del enano de Augusto. Si yo hubiera estado en el lugar de Sampieri, me habría sentido agraviado y habría pedido, a mi vez, examen de matronas.

El tercer proceso reviste gran importancia. Se trata de una Doria, duquesa de Tursi, hija única del rico Doria, el genovés. Dicen que es su padre quien la empuja a proseguir este asunto, y que,

desesperado porque no tiene hijos, quería casarla con otro Doria pariente suyo; pero el viejo, por más que haga, no tendrá nunca posteridad de su hija: soy yo quien se lo garantiza. Hace no sé cuántos años que está casada; tiene sus cuarenta bien contados, y esto es un verdadero remedio contra el amor. Ella misma ha venido a solicitar el proceso; imprudencia increíble, porque su cara es una pieza justificativa en favor del marido. Me la enseñaron el otro día en una gran reunión en casa del cardenal Acquaviva; no pude por menos de pensar que el proceso podía fallarse por la simple vista de la etiqueta del saco; sin embargo, el pobre esposo tiene grandísimo interés en el negocio, a causa de los lindos ojos del cofrecillo del dinero. Me han contado que de paso por Ancona, para venir aquí, el nombre de la ciudad le había dado suerte y proporcionado un accidente afortunado. Envió sin pérdida de tiempo a que despertasen en medio de la noche a un notario y a un médico para que levantasen acta. Estas gentes, incomodadas por ver perturbado su sueño, exclamaron: «¡Eh, por Dios vivo! ¿Es que el señor duque se ha puesto malo?» «Al contrario», les contestaron. «Pues entonces, si es así—replicaron—ya iremos mañana por la mañana.» El pobre litigante exclamó a su vez que estaba arruinado; en efecto, por no haber cogido la ocasión de frente, la ha encontrado calva en todos los demás sitios.

Si os gustan los chismes de tribunales, ya os contaré cómo termina juzgado este proceso. Oigo decir

que hay en él mucho apasionamiento y muchas intrigas en este asunto; se cree que la duquesa ganará, aunque la voz pública no le sea favorable, porque se estima que es acordarse un poco tarde después de doce o quince años de matrimonio.

La tertulia del cardenal Acquaviva, donde encontré a esta dama, se celebra dos veces por semana; es numerosa y magnífica; no se juega mas que rara vez. Es una tertulia propiamente dicha, puesto que no se hace mas que charlar en corrillos y yendo y viniendo por los salones; a veces hay música, y siempre abundancia de chocolate y agua helada; sin embargo, lo que yo prefiero son ciertos sorbetes con canela que son deliciosos, menos helados que los helados, pero más que el agua clara; tengo que enviar a mi criado a casa del cardenal para que aprenda a hacerlos; me imagino que es un compuesto de helados ligeros suavemente enfriados en nieve sin sal.

El cardenal Acquaviva de Aragón sostiene el rango del más gran señor de Roma; es por su naturaleza magnífico, y tiene medios, por sus grandes rentas, de seguir su gusto en este respecto. Sólo el arzobispado de Montreal, en Sicilia, le vale, según dicen, de quinientas mil a seiscientas mil libras. Está encargado de los negocios de Nápoles y de España, lo cual le da un crédito casi general en Roma, por ser los negocios de los romanos y de los napolitanos muy enmarañados, a causa de la vecindad de ambos Estados. Hubo hace algún tiempo un motín popular frente a su palacio; todos los

feudos de los señores romanos que se retrasaron en acudir fueron embargados por orden del rey, sin exceptuar siquiera a los del condestable. Este cardenal tiene una alta y hermosa apostura, aunque un poco grosera; parece tener la inteligencia como la estatura. Vive en muy buen acuerdo con el cardenal De Tencín, y hasta hay quien pretende que éste le maneja, lo cual dudo mucho, porque me parece que el señor aragonés tiene un carácter altivo y entero, aunque franco en sus maneras y muy cortés con todo el mundo. Le gusta el placer, las mujeres y la buena mesa; he comido en su casa esturiones dignos de Apicio. Me había extrañado con frecuencia el gran aprecio que hacían en otros tiempos los romanos de este pescado, que, a mi parecer, es en París inferior a varios otros, aunque sea muy caro y muy solicitado; pero el esturión del Tíber, muy superior al del Océano, ha justificado en mi espíritu la glotonería de aquéllos. Tiene, en verdad, un gusto exquisito, contra lo que es la costumbre en los peces del Mediterráneo, que no valen ni mucho menos lo que los del Océano. No tienen aquí, por ejemplo, mas que ostras muy mediocres, aun las que proceden del golfo Adriático, que son mejores que las demás. Plinio no era tonto cuando decía que las ostras del lago Lucrin no habían tenido tanta boga sino porque no se conocían entonces las ostras de Inglaterra; pero ¿dónde diablos las había comido para poder hablar de ellas?

Al cardenal De Tencín se le ha ocurrido también, hace algunas semanas, celebrar tertulia en

su casa. Había tanta gente las primeras veces, que estaban llenos los salones, como pasa en las salas de baile donde la aglomeración de gentes impide bailar. ¡Imaginaos lo que nos divertimos y con qué comodidad en esta clase de diversiones! La que frecuentamos con más gusto es la de nuestro amigo Buondelmonti, con el cual hicimos conocimiento cuando era vicelegado en Aviñón. Le han hecho más tarde gobernador de Roma, cuyo cargo le da el primer rango entre los prelados (*monsignori*) y le conducirá pronto al cardenalato. Tanto peor para la ciudad y para la policía, que bien necesitaría conservar mucho tiempo en este empleo a un hombre inteligente y de sentido, tal como éste, muy capaz, si le dejaran hacer, de restablecer el buen orden en una ciudad donde hay tan poco; pero aquí cualquier pelafustán encuentra un protector. El Buondelmonti se lamenta con frecuencia con nosotros y nos dice: «¿Qué queréis que haga un hombre en semejante cargo, cuando hay tantos amos como cardenales?» Cada cual, envidiosos unos de otros, está celoso de su rango, de su derecho, de su asilo, y todo aquí es asilo: las iglesias, el recinto del barrio de un embajador, la casa de un cardenal, hasta tal punto que los pobres diablos de esbirros (son los arqueros de la policía) se ven obligados a tener un plano especial de las calles de Roma y de los lugares donde pueden actuar persiguiendo a un malhechor. Hace algún tiempo que les ocurrió detener a un hombre delante de la Embajada de Francia, estando el embajador allí, y aun

asomado a la ventana. ¡Dios sabe de qué modo toda la lacayería se les echó encima y les propinó una soberana paliza! Es verdad que esto era muy imprudente por parte de los esbirros en semejantes circunstancias, y que el embajador no podía por menos que oponerse. Es un vicio del Gobierno que se esté así en el caso de ocuparse de sus prerrogativas particulares con perjuicio del buen orden público. Si el Papa quisiera firmemente abolir de una vez todos estos derechos abusivos, tengo motivos para creer, por lo que he oído decir a los embajadores, que no encontraría grandes obstáculos por parte de las Coronas; pero mientras la ramplona beatería deje subsistir otros asilos, nada se hará a este respecto.

Sucedió el otro día una aventura propia a daros una muestra de la policía de la ciudad; poco faltó para que yo fuese la víctima, porque pasaba en carroza a cincuenta pasos de allí. Un malhechor, refugiado bajo el pórtico de una iglesia próxima a la Cancillería, no hacía mas que reñir a cada instante con el portero del palacio. Una mañana, para acabar la disputa, el portero cogió una escopeta y desde el dintel de la puerta disparó sobre el hombre como sobre una liebre en su madriguera. No le mató; pero mató a un pobre abate que pasaba por la calle. Sin perder momento se encerró en la portería, donde se estuvo quieto, según parece, y no se le ha vuelto a ver después. El gobernador Buondelmonti estima excesivamente malo que los porteros de los cardenales se ingieran en ejercer

tan torpemente la justicia pública; pero todo lo que haya podido decir o hacer cerca del cardenal Ottobani para que le entreguen al hombre ha sido inútil, y el asunto no pasará adelante o no tendrá mas que consecuencias sin importancia. He visto al gobernador furioso por esta aventura.

Tenemos aquí algunas otras casas francesas: la del abate de Canillac, conde de Lyon y auditor de la Rota, hombre afable y cortés, que posee un hermoso palacio y tiene la mejor mesa del mundo; la del cónsul de la nación, un señor Digne, buen hombre, muy obsequioso, marido de una dignísima mujer, que con gusto me apropiaría si no estuviera ya comprometida. ¡Diantre! Hay que madrugar aquí si se las quiere encontrar vacantes; por lo demás, le gusta enormemente el chocolate y es la más empedernida jugadora de *minchiate* que haya en el mundo. Esto me procura alegre consuelo.

Detroy, director de la Academia de Pintura en el palacio de Francia, tiene sobre todo el prurito de hacer los honores de la ciudad a las gentes de su nación; es casi un señor. Pero el oficio lleva consigo un poco de viento en la cabeza, y no se fija uno; vive bien y sostiene de veras una casa bastante buena. Voy de buen grado a cenar; hay una joven señora amable, cortés y bastante bien parecida, que es devota. Se juega al ajedrez, a las cartas; se conversa acerca de las noticias de Francia; se critica la manía de hablar de sí mismo a propósito de pintura de M. Detroy, que no reconoce pintor alguno superior al Veronés, excepto él mismo.

He aquí, mi querida amiga, puesto que lo pedís, el detalle circunstanciado de mis veladas hasta el día en que van a empezar los espectáculos, porque entonces ya no hay reuniones, si no es en el teatro mismo y en los palcos. La mayor parte de estos entretenimientos no tienen casi nada de divertido, y aun cuando fueran los más vivos del mundo, es seguro que a la larga nada compensa el placer de vivir en sociedad ordinaria con las gentes que uno ama y a las cuales está uno acostumbrado. Si esto es así, ya podréis apreciar si la vida errante y aventurera que llevo, si todos los placeres juntos reunidos, podrán reemplazar a una amiga tal como vos. No sé todavía cuándo partiremos de aquí; nada hay resuelto sobre esto entre nosotros, y ya sabéis que nuestros compañeros son nuestros amos; pero os juro que el instante que me llevará a vuestro lado será para mí el más feliz de todo el viaje. Mil cumplimientos a vuestro marido y al señor Kington.

XLV.—A M. DE QUINTIN

Continuación de la estancia en Roma.

Comencemos hoy por nuestro paseo por el Capitolio, mi querido Quintín; tratad de ser juicioso y de no fatigaros tanto como las dos veces últimas; sin contar con que tengo un secreto para

deshacerme de vos y hacer servir vuestra ilustre persona de ejemplo a la posteridad precipitándoos desde la roca Tarpeya. El salto no es muy peligroso; así es que no pretendo mas que la conversión del pecador y no su muerte. Caeríais de pie o poco menos en el patio del palacio Caffarelli como desde el balcón de vuestro gabinete en la plaza de San Juan; esta caída no es nada mortal. Hay que sacar en conclusión que el terreno alrededor de la montaña se ha ido levantando furiosamente desde Manlius. La entrada al Capitolio estaba antiguamente por el arco de Séptimo Severo, del lado del *Forum romanum*. Se ve todavía de este lado, subiendo a mano derecha, grandes restos de fundaciones y de cimientos antiguos sobre los cuales se asientan las nuevas edificaciones. Se llega hoy por el lado opuesto, por una hermosa y ancha calle; se sube a la montaña por una escalera sumamente ancha, o más bien por una pendiente suave en la ladera, bordeada, así como el patio de arriba, por una bella balaustrada. Los pedestales que la terminan abajo soportan grandes leones de mármol egipcio, que arrojan agua en grandes tazas, desde donde cae a dos pilas; los que la terminan arriba sostienen los colosos *Cástor* y *Pólux* llevando de las riendas a sus caballos a la gran manera griega. Todo a lo largo de la balaustrada de arriba han colocado, a uno y otro lado, simétricamente, los trofeos de Mario sobre los cimbrios y los teutones, que Sila hizo derribar y que César hizo volver a levantar. Otros dos colosos y dos pequeños pilares, uno de

los cuales es la primera columna miliar, coronada por una bola dorada; han puesto encima del otro pilar la urna de bronce que contiene las cenizas de Trajano, que estaba antes en el vértice de la columna, en la mano de la estatua de dicho emperador.

[Las estatuas de *Cástor* y *Pólux* se veían antes en el teatro de Pompeya; el primer miliar, en medio del *Forum*; de allí era de donde partían todos los grandes caminos. En Francia, donde hemos hecho bajo este reinado tantas hermosas carreteras, ¿no estaría bien poner de legua en legua análogas columnitas numeradas, comenzando por la primera, situada en el centro de París, sobre el Puente Nuevo, al pie de la estatua de Enrique IV? El Capitolio moderno se compone de tres cuerpos de edificio aislados: el de la derecha es el palacio de los Conservadores del pueblo romano; a la izquierda, el palacio de los Antiguos. El patio es cuadrado; han puesto en medio la estatua ecuestre de Marco Aurelio (1), de bronce, en otros tiempos dorado, la pieza más bella que existe en el mundo en este género. Todos los otros caballos de bronce tienen que ser los muy humildes servidores de éste. Nada tiene más aire de verdad que la salida de cierto pintor que le decía un día: «¿Pero por qué no echas a andar? ¿No sabes que estás vivo?» El emperador está en una actitud tranquila, extendiendo el bra-

(1) Encontrada en el Campo-Vaccino, esta estatua fué colocada por Sixto IV delante del palacio de Letrán, y en 1538 Pablo III la hizo transportar donde está hoy.

zo y amenazando a su ejército. Los tres palacios, con pilastras corintias, están coronados por una balaustrada uniforme recargada de estatuas. El del medio está coronado por una especie de torreón o campanil alto y esbelto, terminado por un coloso que representa la *Roma cristiana*. Se sube a este mismo palacio, el menos bello de los tres, por una gran escalinata y una escalera doble de arquitectura de Miguel Angel; el macizo de la escalinata, que forma delante una gran fuente, en el patio, está adornado a los lados con dos estatuas de ríos tendidas, el *Nilo* y el *Tiber*, y en la hornacina del fondo la famosa estatua, sentada, de *Minerva* o de *Roma armada*, que creo seguramente es la misma que llamaban antes la *Minerva Catuliana*, y que Catulo (Quintus Lutatius), príncipe del Senado, hizo colocar allí después de reedificar y dedicar el Capitolio, quemado cuando los trastornos civiles de Mario y de Sila. Esta estatua (1), de mármol blanco, tiene una vestimenta de pórfido. Todavía se ve en el Capitolio la inscripción que Catulo puso entonces en el nuevo edificio:

Q. Lutatius. Q. F. Q. N.

Catulus cos. substructionem:

et tabularium. ex. S. C. faciundum. curavit (2).

Todo este conjunto forma en verdad un mag

(1) Del escultor Euphraner.

(2) Catulo consagró el Capitolio reedificado bajo Sila durante el año de su consulado en 676. Catulo es el último romano a quien haya sido conferido el título de príncipe del Senado; murió en 692.

nífico golpe de vista exterior, que comprenderéis mejor echando una ojeada a la estampa que por las largas descripciones que yo pudiera haceros.

El interior de estos tres palacios, sobre todo el del ala izquierda, está lleno de una inmensidad de estatuas antiguas y de inscripciones que amontonan de vez en cuando a medida que la ocasión se presenta; pero la colección ha sido principalmente aumentada bajo este reinado por la adquisición de Clemente XII y por la que hizo de la casi totalidad del museo del cardenal Alejandro Albani. Todo esto está esparcido sin orden en los patios de las alas, bajo los pórticos, sobre las escaleras, en los salones. Ya sería tiempo que se arreglara esta colección, y entonces esta galería no sería en modo alguno inferior a la del gran duque; pero creo que falta el espacio. Sin embargo, parece que hay el propósito de ponerse pronto a trabajar y pintar al mismo tiempo todo lo que se pueda adquirir en Roma, y aun formar una colección de cuadros. Falta saber si el Papa que vendrá después de éste será un hombre de gusto y si encontrará dinero necesario para el gasto.

Voy a daros, sin orden ni concierto, una idea de lo que encuentro más notable en este lugar entre las cosas que he apuntado aquí y allí en mi agenda paseándome. Tendréis el resto de la agenda en la noticia general, también sin orden, para conformarme mejor a mi original. No está todo en esta lista; no vayáis a creerlo. No se habría hecho nunca si se hubiera pretendido anotar sin omisión la pro-

digiosa cantidad de bustos, de estatuas de filósofos, poetas griegos, dioses, emperadores, etc.; además, hay entre ese número tanto y tanto que no conocemos ni vos, ni yo, ni nadie.

Encontraréis primero, bajo los pórticos, a la izquierda, a vuestro amigo *Marforio*, hace mucho tiempo separado de su querido *Pasquino*, que ha dejado muy estropeado a la injuria del tiempo; él mismo no está del todo intacto. Es un gran río, que ha hecho su primera habitación en el *Forum Martis*, de donde ha venido a ser *Marforio*, de *Rin*, o más bien el *Nilo*, que era antes. Cree estar en su patria viendo cerca de él cuatro monigotes egipcios de granito, de un estilo rígido y seco, como todas las estatuas de ese país; pero, sin embargo, llenos de fuego. Se necesita que esta nación egipcia de otros tiempos tuviera en la figura un carácter marcado, que encontramos en todas las estatuas: cierta nariz cuadrada, la barbilla también cuadrada y cortada; las mejillas levantadas hacia arriba; el talle esbelto y largo; los hombros altos; la garganta tirando hacia arriba, como las mejillas; estos ídolos proceden de los jardines de *Salustio*. Allí cerca hay también una gran tumba de *Alejandro Severo* y de *Julia Mammea*, sobre la cual están ambos medio tendidos. En la escalera, el *coloso de Pirro*, rey de Epiro, vestido con una cota de malla toda bordada, que el Papa ha comprado recientemente a la señora *Massimi* y que ha hecho restaurar con gran gasto, pieza muy rara, cuyo trabajo es más bien grande y considerable que perfecto.

Notad también, en los descansillos de la escalera, un hermoso bajo relieve de *Marco Aurelio victorioso*, fijado en la pared, así como la célebre columna rostral de *Duilius* (1), guarnecida con las proas de los navíos apresados cuando la primera guerra púnica. Este monumento, si es el mismo que hicieron entonces, como es muy verosímil, es uno de los más remotos antiguos que nos quedan hechos por los romanos; han encontrado esta columna cerca del arco de Séptimo Severo.

Notad aún un gran grupo exquisito, de un león y un caballo luchando. Varios fragmentos de diferentes estatuas colosales prodigiosas de *Nerón*, *Domiciano*, *Constantino*, etc. Estos objetos están en el patio del ala derecha; pero no me voy a entretener en vagar de derecha a izquierda.

Entremos en las salas: *Mario*, estatua única; pero hay también algunos bustos suyos. Está en el Capitolio desde tiempo inmemorial, y se sabe por tradición que es un *Mario*. Se dice también que ha sido antes confrontada con una medalla muy hermosa encontrada en Inglaterra, cuya leyenda estaba borrada, pero todavía se leía *Cos VII*, lo que no puede referirse mas que a Mario. Me he apresu-

(1) El cónsul Duilius ganó el año 493, en Roma, la primera batalla naval contra las flotas de Cartago. Sólo la base de esta columna es antigua, o por lo menos el fragmento de la base que lleva los restos de la inscripción y que casi se ha hecho redonda a fuerza de haber rodado por el Tiber. No obstante, este mismo fragmento no parece contemporáneo de la victoria; algunas partes de la inscripción, por su ortografía, podrían hacer sospechar que este fragmento antiguo es de la época del reinado de Augusto, o aun del de Vespasiano. La columna actual es una imitación de la encontrada en el *Forum* y que había sido elevada a Duilius.

rado a hacer dibujar su triste fisonomía para ponerla en mi Salustio. *El Gladiador* (el Mirmillón) *expirante*, excelente antiguo de primer rango y uno de los primeros de esta clase. No puede verse un cuerpo más perfecto ni una expresión más emocionante; procede del jardín de Salustio; el Papa lo ha comprado hace algún tiempo a la familia Ludovisi. Un joven vestido con una piel de león, que llaman el héroe del monte Aventino, especie de Hércules itálico; tiene los miembros gruesos y cortos, terriblemente reforzados. Esta estatua está ejecutada en un estilo bárbaro y, sin embargo, de bastante gran gusto; esta mezcla tiene algo de caprichosa y llamativa. Una plañidera, de excelente expresión: la *Dea Pudicitia*. Un grupo admirable de un león que devora a un caballo; la cabeza del caballo es moderna. Una cabeza de Bruto, el fundador de la República, muy extraña; el resto de la estatua se ha perdido. Pretenden aquí que es la estatua bajo la cual escribieron en tiempos de la dictadura de César: *Pluguiera a los dioses que tú vivieses*. Esto es mucho más fácil de inventar que de probar. Para indemnizaros de esta cabeza sin estatua, he aquí una estatua sin cabeza. Lloremos, mi querido Quintín, porque no ha habido hombre a quien hubiéramos tenido más deseo de verle la cara: es *Virgilio*. Las lágrimas acuden a los ojos al saber que un poeta tan sensato ha perdido la cabeza. ¡Qué vergüenza, también, fabricar en otros tiempos y ahora tantas medallas de emperadores y de reyes y no haber fabricado las de gentes ilustres!

¿No daríais quinientos *Tiberios* por un *Virgilio*? Por lo demás, preguntad a estas gentes por qué esta estatua es de Virgilio: no lo saben, ni yo tampoco.

La loba de bronce amamantando a Rómulo y a Remo es mucho más auténtica; es muy antigua en el Capitolio. Advertí en ella con una singular satisfacción el rayo que la recorrió a lo largo de la pierna y la fundió en parte cuando la hirió el año del consulado de Cicerón. ¡Dios sabe cuánto hizo valer este prodigio contra Catilina! (1).

Un poco más allá la estatua de bronce de *León X*, con su ancho cuello apoplético. No es de extrañar que muriera súbitamente a los cuarenta años. Me aflige mucho porque amaba las artes, las entendía perfectamente, y si hubiera vivido la edad ordinaria de los Papas, nos habría procurado infinidad de cosas bellas.

En la misma sala, los fastos consulares originales, fijados en la pared; es lo que llaman los mármoles capitolinos, y son los más preciosos, sin duda, de todos los monumentos colocados aquí. Entre el gran número de estas inscripciones se encuentran algunas muy notables, como la que se refiere al consulado de los dos Gemini, bajo el cual Jesucristo fué crucificado (2); la ley *Regia*, conteniendo la ratificación de lo que Comodo había hecho antes de su advenimiento al imperio, etc.

(1) Véase su tercera arenga.

(2) Jesucristo fué crucificado bajo el consulado de Servio Sulpicio Galba (el mismo que fué emperador el año 68 de la era vulgar, a la muerte de Nerón) y de N. Cornelio Sila, reinando Tiberio.

Notad también el modelo de las antiguas medidas romanas, depositado en el Capitolio. En cuanto a pinturas, no las hay hasta ahora muy distinguidas en el Capitolio.

Pasemos a la Ara Coeli para ver la tumba de Siti-Maani, dama babilonia de la familia noble Goërida, de la cual Pietro della Valle, su esposo, llevó consigo el cuerpo con tanta constancia a lo largo de Persia y de las Indias. Se sube a la montaña por una prodigiosa escalera de mármol blanco de Paros, resto del templo de Júpiter Capitolino, que destruyeron antes a este efecto. En verdad no valía la pena.

Abajo de la escalera veis una gran estatua de pórfido, sin cabeza, y una mezquina tumba de Terencio, con una efigie a guisa de medallón, a la cual el *tempus edax rerum* ha comido la punta de la nariz. La iglesia edificada sobre las ruinas del famoso templo de Júpiter Capitolino la reemplaza muy mal por fuera; es como de una sola pieza y de una mala manera bárbara; por dentro se adorna muy bien con dos bellas hileras de columnas de mármol del dicho templo. Hay muchas pinturas; pero pocas que valgan la pena de detener aquí a una persona de vuestra importancia, excepto una *Sacra Familia*, de Rafael.

Bajando del Capitolio, a la izquierda, del lado del *Forum romanum*, quiero llevaros a ver, debajo de la pequeña iglesia de San Pietro *in carcere*, un calabozo, pero un calabozo precioso: la antigua *Carcer Tullianum*, edificada por el rey Tullus Hostilius. ¿Oís? Esto no es precisamente de ayer; pero

todavía hay más. En este calabozo es donde fué arrojado Yugurta después del triunfo de Mario y donde le dejaron morir de hambre; allí es donde Cicerón hizo estrangular a Lentulo, Cetegus y otros cómplices de Catilina. Juzgad con qué avidez he bajado allí para ver el espectro del rey de Numidia. El lugar está todavía, sin quitar ni poner, tal como lo describe Salustio. San Pedro estuvo allí preso; pero es un hecho reciente de que no os hablo; eso es casi de nuestro tiempo. Esta bóveda, las piedras cuadradas de los cimientos del Capitolio y las magníficas alcantarillas de Ancus Martius son los más antiguos restos de las edificaciones de Roma del tiempo de los reyes. Los restos de estas alcantarillas son todavía asombrosos por la grandeza de la obra emprendida por un príncipe tan poco importante y por un pueblo tan pequeño. Están contruídos con grandes piedras cuadradas, y el canal es bastante ancho para que pueda pasar una carreta. Es una abominación que hayan dejado destruir en cien sitios canales que contribuirían mucho a la limpieza y a la salubridad de Roma.

Otra cosa lamentable que hay que ver en Santa Martina, donde está la escuela de los pintores, es el cráneo original de mi querido Rafael. ¡Ay! Lo he visto y tenido entre mis manos con aire lastimoso; creo de veras que esa cabeza del maestro es más bella que las demás (1). En esta pequeña iglesia,

(1) Sabemos ahora que este cráneo no era de Rafael, sino el de un tal Adjutori, canónigo del Panteón, muerto mucho después que Rafael.

en otros tiempos templo de Marte, veréis una buena arquitectura, una bella cúpula, un rico tabernáculo, buenas estatuas y dos o tres buenos cuadros.

Allí cerca encontraréis algunos otros edificios antiguos, sobre los cuales hay que echar una ojeada por amor de la antigüedad, tales como San Adriano, antiguamente *l'Aerarium* o Tesoro público; San Cosme y San Damián, antiguamente pequeño templo redondo de Rómulo y Remo; no los habían tratado con mucha corrección. Pero no nos detengamos en esto teniendo demasiadas bellas cosas que examinar todo alrededor, sin salir del *Forum*; en primer término, allí a cuatro pasos, el hermoso pórtico corintio del templo de Antonino y de Faustina, con su excelente friso; las columnas de este pórtico, que quizá han sido siempre demasiado cortas, lo parecen todavía más hoy que el suelo, elevándose, las ha casi enterrado. Mucho peor le ha ocurrido al arco de Séptimo Severo, cerca de la subida al Capitolio; al templo de Júpiter Tonante y al de la Concordia, sobre la misma colina; el arco de Severo está enterrado casi hasta la cornisa de la gran puerta del medio, y casi hasta el vértice del encuentro de las dos puertas pequeñas de ambos lados, por donde no se puede pasar en absoluto.

Lo que se ve de este hermoso arco, de orden compuesto, de mármol blanco, adornado de columnas acanaladas, bajorrelieves, inscripciones, etc., está bastante estropeado y mal cuidado; las estatuas y otros grandes ornamentos del vértice no

subsisten; los bajorrelieves representando las victorias de Severo, la huida de Arban y de los Partos, asaltos dados contra las ciudades conquistadas, máquinas de guerra y otros artefactos, son un poco mezquinos y confusos. Los restos de las columnas de los dos templos citados están análogamente más o menos enterrados. Queda del templo de Júpiter Tonante tres columnas corintias acanaladas, sumamente bellas y coronadas por un rico entablamento: forman el ángulo de un pórtico. En el templo de la Concordia, un pórtico casi entero, de ocho columnas jónicas, de granito, cuyos capiteles y arquivitrabe son de mármol de Paros. Más lejos, en el Campo Vaccino, se ve una excelente columna corintia acanalada completamente aislada (1).

Todavía más lejos, tres columnas parecidas y admirablemente bellas, que llevan un friso cargado de ornamentos, en bajorrelieve, de una belleza exquisita. Entre los antiguos no hay nada por encima de esto; estas tres columnas formaban parte del templo de Júpiter Stator. Si la columna semejante aislada pertenecía a él también, hay que suponer que era muy extenso; creo más bien que perteneciera a alguna basílica o a algún pórtico abierto edificado en la plaza para la comodidad del público. A la derecha, detrás de la iglesia de Santa María Liberatriz, cerca del monte Palatino, se ven algunos restos de antiguas murallas formando par-

(1) La columna de Phocas, cuyo pedestal ha sido descubierto en marzo de 1813, bajo la administración francesa.

te de la tribuna para las arengas, antiguamente *Rostra*. En una palabra: todo este gran espacio, desde el Capitolio hasta el arco de Tito, que formaba antiguamente el *Forum romanum*, hoy Campo Vaccino, está lleno de restos de los más bellos edificios antiguos, unos tirados por el suelo, otros de pie, pero que se caerán pronto; lo siento, sobre todo por el fragmento de Júpiter Stator, que es la cosa más bella del mundo. Por lo demás, todo esto está muy confuso y mal cuidado; la misma plaza es un verdadero desorden, una verdadera ruina; han plantado una gran avenida de árboles raquíticos, que le dan un aire todavía más campesino y desierto. Es asombroso que gastando tanto como se gasta aquí para conservar la magnificencia de esta ciudad no se haya todavía adoptado un plan para arreglar esta vasta plaza, darle forma, desenterrar, restablecer, conservar los antiguos monumentos que la llenan y dar un hermoso aspecto a este lugar, que contiene tantas bellas cosas antiguas y modernas.

Aunque sea bastante verosímil que el nombre actual de la plaza, Campo Vaccino, pueda ser traducido del latín *Forum boarium*, que se encuentra en la vecindad, y que, en efecto, se le considera aquí como el mercado de bueyes y vacas, no vayáis a creer que un nombre haya dado origen al otro. El de *Campus Vaccinus* es muy antiguo, más aún que el de *Forum romanum*, según puede inducirse de Tito Livio, que cuenta que sobre este terreno se levantaba antiguamente una gran casa pertene-

ciente a Vitrubius Vaccus, la cual, a causa de fechoría cometida por el propietario, fué arrasada en 423 y el terreno confiscado en beneficio del público.

Mientras iba haciendo esta digresión etimológica os he llevado hasta las ruinas del templo de la Paz, edificado antiguamente por Vespasiano, el más grande y magnífico de los antiguos templos de Roma. La figura de este templo se conjetura bastante bien por lo que queda. Formaba un cuadrado largo de más de trescientos pies por un frente y de más de doscientos por el otro; cada frente, cintrado en nicho profundo en el medio, de fachada de entrada revestida de un pórtico de seis u ocho columnas coronadas por un arquitrabe y un vasto tímpano que ocupaba todo el frente. El interior formaba una larga nave y dos colaterales rebajadas; cada una de las colaterales formaba tres capillas (la del medio más profunda que las otras, a causa del cintro), completamente abiertas sobre la nave por las arcadas, divididas por cuatro espesas paredes. En cada extremo de la pared, una prodigiosa columna corintia de mármol de Paros acanalada, ocho columnas entre todo, cuatro de cada lado, formando las dos filas de la nave, cada una con su arquitrabe y su cornisa, de donde partían los nacimientos de la alta bóveda de las naves. Todas las bóvedas estaban adornadas con mosaicos, rosetones y lampadarios de bronce. Se habían juntado todas las riquezas cogidas en el templo de Jerusalén y en Oriente, además de muchas esta-

tuas, entre las cuales sabemos que estaba la del *Nilo*, rodeada de diez y seis niños, que señalan, según se cree, la inundación ordinaria del río hasta diez y seis codos de altura. No queda de este famoso templo mas que la colateral izquierda, que forma cuatro paredes perpendiculares a la nave, y las tres capillas con sus bóvedas; en los extremos de las paredes, los restos de columnas, de sus arquivadas y los nacimientos de la bóveda grande. Han quitado la única columna que estaba entera y la han puesto, con su arquivada, sobre un bello pedestal, aislado en el medio de la plaza de Santa María la Mayor. No puedo decir lo que era este templo, sino sólo que esta columna aislada es la más bella cosa en arquitectura que existe en todo el universo; que me procura tanta y quizá más satisfacción a la vista que ningún otro edificio completo, cualquiera que sea, antiguo o moderno, presentándome la idea del más alto grado de perfección a que el arte haya nunca alcanzado. Hace unos quince días que un rayo cayó sobre esta columna. ¡Vaya al diablo el aturdido! Ha roto por completo uno de los ángulos de la cornisa de hojas de acantio. Habrá que emplear buenos andamios para volverla a colocar. Si se hicieran excavaciones en las ruinas del templo quizá se encontraría alguna otra columna parecida; y en toda la extensión del Campo Vaccino, si quisieran adornarlo y darle forma removiendo las tierras a este efecto, se encontrarían sin duda infinidad de cosas admirables; pero se teme probablemente molestar al públi-

co con estos trabajos en un sitio muy concurrido (1).

Se ve en el palacio Farnesio la base de una de las columnas de este templo, sobre una de cuyas caras hay la siguiente inscripción:

Paci. aeternae. domus. Augustae.

Los nombres de varios oficiales que habían seguido a Vespasiano en la guerra de Judea están escritos sobre otra de las caras.

Me he extendido un poco sobre este templo de la Paz, como lo he hecho en una carta precedente sobre el Panteón y como lo haré en algunos otros sitios que pueden presentarme una forma singular.

Volvamos sobre nuestros pasos; saldremos juntos de la plaza por el arco de Tito, pasando por delante de Santa Francisca Romana, lindo soportal de pilastras corintias por el Lombardi, donde la santa tiene una rica tumba de mármoles preciosos, hecha siguiendo los dibujos de Bernini. Los restos del *Templum Veneris et Romae* están en un jardín detrás de la iglesia.

El arco de Tito, aunque pequeño, es el mejor de los que hay aquí; pretenden que tenía tres puertas, lo cual no me inclino a creer. Los rosetones del techo y los bajorrelieves esculpidos son de un gusto

(1) Este deseo ha estado a punto de realizarse en 1825. Monsieur Demidoff ofrecía quitar las tierras que cubren el *Forum*; se le permitía emplear quinientos galeotes, a los cuales habría pagado cinco *bajocchi* por día. La cosa estaba resuelta, cuando el cardenal vicario Della Genga (que fué Papa con el nombre de León XII) lo echó todo a perder por una susceptibilidad poco digna de un hombre inteligente como él.

excelente; pero, por desgracia, medio borrados por el tiempo; representan el triunfo de Tito después de la toma de Jerusalén. Todavía se distinguen el candelabro de los siete brazos, la mesa cubierta de los panes de proposición, el carro del triunfador, etc. Ya estáis delante del Coliseo, caballero; ¿qué os parece?

¡Que todo el universo sienta
Un respeto lleno de espanto!

En verdad, creo que es difícil encontrarse la primera vez en medio de estas augustas soledades del Coliseo y de la *Terme Antoniane* sin sentir en el alma un pequeño estremecimiento ante la vieja majestad de sus antiguas moles, reverenciadas y abandonadas. Las galerías de la cubierta exterior del Coliseo sirven todavía, no obstante, de refugio a vendedores ambulantes, que se instalan sobre unas perchas fijadas en los agujeros de donde os he dicho que habían quitado las placas de bronce del interior los bloques de piedra. No subsiste mas que un semicírculo de este recinto exterior, con cuatro prodigiosos pisos de arquitectura en arcadas y columnas; el primer piso, en parte enterrado, se sostiene por su propio peso, a pesar de lo poco que lo cuidan y de las gruesas piedras que cuelgan de las sublimes cornisas; no se perdería nada con tratar de reacomodarla. Las galerías bajas interiores conservan su círculo entero, pero están completamente ruinosas y ofrecen un triste aspecto. En el circo, que es una plaza bastante grande, apenas se discierne la antigua figura de las gra-

derías, que según los historiadores podían contener noventa mil espectadores. No me cuesta trabajo creerlo, puesto que el anfiteatro de Verona, que no es mas que la tercera parte de éste, puede contener cerca de treinta mil. Los romanos, cuando ven el anfiteatro de Verona, que sus habitantes han restaurado tan bien, deben sentirse avergonzados de tener el suyo en semejante desorden; él, que era antes mucho más vasto y célebre que cualquier otro y que ha conservado la mitad de su parte más hermosa, ventaja que no tiene el de Verona, donde no queda apenas nada de la cubierta exterior. Mi proyecto (puesto que soy fértil en proyectos) sería reducir el Coliseo en semianfiteatro, derribar el resto de los cintrós del lado del monte Coelius, restablecer en su antigua forma la otra mitad, que se dejaría subsistir y convertir el circo en una hermosa plaza pública. ¿No vale más tener la mitad de ese Coliseo en buen estado que tenerlo todo entero en ruinas y andrajos? ¿Y quién os impide, señores romanos, poner en medio de esta plaza una vasta fuente o, si se quiere, un lago para volveros a dar un aire de antigua naumaquia?

El arco de triunfo de Constantino, que tiene tres puertas, formaría una de las entradas de la plaza. Lo han restaurado muy bien en este siglo; los bárbaros habían cortado la cabeza a todas las estatuas; se las han hecho nuevas; han arreglado los bajorrelieves, han pintado las piezas de mármol; en una palabra, aunque este arco está mez-

clado de bueno y de mal gusto (puesto que en tiempos de Constantino trabajaban mezquinamente y las piezas buenas son las del arco de Trajano, que destruyeron para emplearlas aquí), es hoy uno de los principales antiguos de Roma y de los mejor conservados.

¿Veis cerca del arco de Constantino esa pobre puerta cochera redonda y baja? Prosternaos, Quintín; es la puerta de la antigua casa de Cicerón. El lugar por donde el amo de la República romana entraba en su casa, precedido de doce lictores y seguido por dos mil caballeros romanos, no es mas que el mezquino *atrium* de un labrador cualquiera. ¡Lo que somos! Eso da miedo.

Para acabar la visita de los restos de antigüedades de la derecha podemos ir a echar una ojeada a las vastas ruinas de las termas de Tito, de donde Rafael ha sacado tanto provecho copiando, sobre el modelo antiguo, ornamentos en mosaico y arabescos, antes que estuvieran del todo destruídos, como sucedió después. Allí es donde se ha encontrado el *Meleagro* color de marfil y el grupo de *Laoconte*, que estimo por encima de todas las demás antigüedades. Se ven en este lugar varias altas bóvedas que comunican unas con otras. Los antiguos conductos que llevaban el agua a las termas y los depósitos subsisten en parte cerca de San Martino. Son grandes salas que comunican entre sí por puertecitas bajas dispuestas oblicuamente para romper el choque del agua. Las paredes están revestidas de un emplasto tan duro que no se puede

sino con mucho trabajo arrancar pequeños pedazos. Detrás de las termas está la iglesia de San Pedro en las cadenas, gran nave con dos columnas antiguas de mármol blanco, célebre sobre todo por la tumba de Julio II, donde está el *Moisés*, de Miguel Angel, una de sus más famosas estatuas. Es casi colosal, sentado, con una larga túnica, un calzado a lo bárbaro, una barba larga hasta la cintura, dos puntas de cuernos salientes y una verdadera fisonomía de macho cabrío. Los brazos están desnudos y son muy musculosos; toda esta estatua es bella y sabia a la verdad; pero, como casi todas las obras de Miguel Angel, ruda y sin gusto. La tumba es toda de mármol blanco, con pilastras y hornacinas provistas de estatuas (1). Hay en la iglesia varias otras tumbas, algunas buenas pinturas modernas y algunas otras de estilo antiguo. En el patio, un pozo cuyo brocal está esculpido según dibujos de Miguel Angel. Notad también un asiento de mármol de las termas de Tito; según refiere Suetonio, había mil seiscientos semejantes a éste.

Volvamos del lado del monte Coelius. Las ruinas prodigiosas que veis sobre esta montaña son las de la *Curia Hostilia*, quemada por el furor del pueblo en las exequias fúnebres de Clodio, muerto por

(1) Se ve en la planta baja del Louvre, sala de las esculturas del Renacimiento, dos esclavos, obra de Miguel Angel, que destinaba a esta tumba. Un Strozzi los regaló al condestable de Montmorency; habiendo sido decapitado su hijo, el cardenal de Richelieu se apoderó de estas dos bellas estatuas y más tarde llegaron a ser propiedad del mariscal del mismo nombre.

Milón. Las iglesias de San Juan y San Pablo y de San Gregorio ocupan una parte de ella; la de San Juan y San Pablo tiene un aspecto muy antiguo por fuera; hay que verla por dentro por sus dos filas de columnas y su pavimento de pórfido; San Gregorio tiene un hermoso y gran pórtico; pero lo mejor de ella es una capilla aislada de la iglesia, donde el Guido y el Dominiquino han pintado con gusto exquisito la historia del *Martirio de San Andrés* en dos frescos excelentes, por desgracia hoy casi medio borrados. He podido apreciarlos mejor que a la vista de los mismos originales por algunas bellas copias que se encuentran en otros sitios; daría la preferencia al trabajo del Dominiquino.

La Villa Mattei (1) merece sin disputa que nos detengamos. Los jardines son vastos y descubiertos; se tiene la vista de las inmensas ruinas de la Antoniana. El edificio no está mal, y además, el pórtico y el interior de las habitaciones están llenos de buenas estatuas antiguas.

Me mostraron primero, bajo el pórtico, una estatua de *Bocchus*, rey de Mauritania, de la cual me apoderé en seguida para mi Salustio. Sin embargo, a decirnos verdad, creo que la principal razón que le ha hecho erigir en rey de Mauritania es por ser de una piedra muy negra; su gorro encorvado hacia delante me hace suponer que es más bien algún buen rey frigio. La familia de los Antoninos ocupa aquí el primer sitio. *Antonino Pío, Marco Au-*

(1) Perteneía en 1894 al Príncipe de la Paz, D. Manuel Godoy.

relío, L. Verus, Aelius, el Hércules Cómodo, el Antinoo, Julio César sacrificado, son excelentes estatuas, así como el grupo de *Bruto* y de *Porcia*, el busto de la *Amazona*, el de *Sileno*, la musa *Talia* y la bella *Livia Augusti*, llamada de otro modo *Pudicitia*, cubierta de pies a cabeza con una larga túnica, que recoge con una mano. Hay en el jardín algunas estatuas antiguas menos púdicas; en verdad, son de hecho muy grandes mujeres.

Todo el jardín está bien poblado de termas, de urnas y otros restos de antigüedades; hay hasta un obelisco egipcio, pequeño en verdad, y en dos pedazos reajustados, que no parecen ser de la misma pieza, teniendo uno jeroglíficos y el otro no. Dicen que proceden del antiguo Capitolio.

San Stefano Redondo es hoy, poco más o menos, lo que era antiguamente, templo del emperador Claudio o, según otros, de *Júpiter Peregrinus*, esférico, con tres órdenes de columnas y un pórtico delante. No falta mas que una de las filas de columnas; es un antiguo bello y bien conservado. El Pomarancio (1) y Tempesta han pintado unos frescos bastante buenos.

No descuidemos ir a ver en el Priorato de Malta (2), sobre el monte Aventino, una urna sepulcral, donde el muerto está representado en medio de las nueve musas con sus atributos: es una idea muy bonita.

En la bajada del monte Aventino no busquéis

(1) Cirignani Niccolo de Pomarancio.

(2) Iglesia de Santa Maria del Priorato de Malta.

ya, en el sitio donde estaba el gran circo, mas que un gran pantano, al cual los restos de los cimientos de las graderías sirven de dique.

Varios objetos de curiosidad pueden determinar a vuestras excelencias a salir de la ciudad por la puerta Capena, del lado de San Sebastián: lo primero, el dicho santo, a causa de su pórtico dórico con columnas emparejadas, y de los frescos de Antonio Carrachio y de Lanfranc; las catacumbas, de que no os hablaré demasiado...; la tumba de los Escipiones, transformada en la de los siete durmientes (mártires)...; la gran torre majestuosa de la tumba de Cecilia Metelo, mujer de Craso, llamada hoy *Capo di Bove*; un residuo del circo de Caracalla; un pequeño templo de las Musas, cerca de San Urbano, que tiene el pórtico en columnas corintias acanaladas...; en fin, la Caffarelle, es decir, la gruta de la ninfa Egeria, donde el santo rey Numa tenía revelaciones, como debe tener todo buen y honrado legislador.

De los dos San Pablo fuera de las murallas, uno es una pequeña iglesia oval con cúpula, dentro de la cual hay un hermoso cuadro del Guido...; en la vecindad, algunas fuentes adornadas de mármoles; el otro (1) es uno de los vastos edificios de Roma, quizá más grande, según me parece, que el mismo San Pedro. Se había podido hacer alguna cosa so-

(1) Es sabido que esta basílica, la más antigua de la cristiandad, ha sido horriblemente devastada y casi destruída por un incendio en la noche del 15 al 16 de julio de 1823. Desde entonces, a consecuencia de largos trabajos, y con ofrendas recogidas por todas partes, se ha logrado restaurar la iglesia.

berbia si no lo hubieran construído en tiempos de Constantino, que era un emperador sin relieve ninguno y de muy mal gusto. Tal como es, este templo no deja de ser, así y todo, muy augusto por el género de los materiales que en él han empleado.

Para construir esta iglesia destruyeron el admirable mausoleo de Adriano, compuesto de tres torres de mármol blanco en gradería, una sobre otra, cada una rodeada por un pórtico de enormes columnas corintias acanaladas; entre cada columna una estatua, y por coronamiento, en la cima, una urna rematada por una piña, donde estaban encerradas las cenizas de Adriano. De esta maravillosa obra no queda en su sitio mas que la gran torre inferior: el castillo de Sant Angelo.

Belisario, encerrado a la fuerza en Roma por los bárbaros que la sitiaban, se retiró a este mausoleo, donde, faltándole las municiones de guerra, rompió las estatuas para servirse de los pedazos de mármol para su defensa; yo juraría que esto es lo que le dió mala suerte y le hizo morir tan miserablemente. La piña está en el jardín del Belvedere; las columnas fueron quitadas de allí por Constantino para adornar San Pablo. Hicieron primero un pórtico bárbaro, casi gótico, así como el resto del edificio, donde, en vez de recubrir las columnas de mármol con un hermoso entablamento, han formado cada intervalo con pequeños cintros indignos.

A pesar de esto, se queda uno estupefacto a la vista del enorme crucero y de las cinco naves, divididas por un bosque de cuatro filas de columnas

de mármol blanco de Paros, alabastro, brecha, africano, granito, etc. Casi toda la cripta es de pór-fido, así como el baldaquino del altar mayor. Hace poco han principiado a repulimentar algunas de estas columnas; son mármoles excelentes; aunque los han puesto muy cerca unos de otros, no se han podido agotar todos los restos del mausoleo. Quedan, poco más o menos, doscientas columnas enteras o rotas, esparcidas aquí y allí en los alrededores.

Regresamos por la puerta de San Pablo, que linda con la pirámide de Cestius; no es mas que un pequeño diminutivo de las de Egipto. En cambio, es toda ella de pedazos de mármol de Paros y está perfectamente conservada. ¿Eran, pues, tan ricos los romanos? ¡Un simple triunviro popular tenía una tumba parecida!

¿Qué monarca hay en Europa cuyo mausoleo haya costado tanto? El marqués Galli, uno de los conservadores de Roma, me ha hecho el placer de venir con Legouz y conmigo a visitar este sepulcro y hacer que trajeran las llaves del interior. Nos prometíamos una verdadera fiesta examinando estas famosas pequeñas pinturas antiguas, conocidas con el nombre de *figurines de Cestius*. Pero, a fe mía, todo está borrado; no se distingue casi nada; tendréis más satisfacción en verlas en las estampas, que han sido grabadas antes que la humedad del lugar, el aire exterior que se ha introducido, el humo de las teas y otros accidentes hubieran acabado de estropear el trabajo.

Después de los egipcios, ninguna nación parece haber tenido tanto como los romanos el gusto de construirse bellas habitaciones para cuando ya no existieran. Ved lo que ha hecho aquí un simple particular. Todos los grandes caminos en torno de la ciudad estaban asimismo bordeados por grandes mausoleos. Los de los egipcios tienen más grandeza y solidez; los de los romanos, más adornos, variedad y buen gusto. Si el coste de aquéllos es inmenso, el de éstos no deja de ser importante y mucho mejor empleado. No siempre eran pirámides, sino también cúpulas, grandes torres sólidas, ricos pilares en escultura, coronados con una urna cineraria, vastas edificaciones rodeadas de pórticos y paseos públicos plantados de árboles.

¡Qué cosa más hermosa que este mausoleo de Adriano, el de Augusto, de una construcción casi parecida, gran torre redonda con cuatro pisos de arquitectura, cada piso disminuyendo de diámetro en forma de gradería, y para coronación un pequeño templo esférico de columnata abierta, sosteniendo una cúpula! El piso inferior del mausoleo de Augusto y el cimiento del segundo subsisten cerca del puerto de Rippetta.

No olvidemos el famoso *Septizonium*, edificio con siete órdenes de columnas, uno sobre otro, construído por Séptimo Severo; dominaba a todos los demás monumentos de Roma. Sixto V lo hizo demoler y empleó las columnas en el ornamento de San Pedro.

He aquí otra antigüedad que, si no es bella, es,

en cambio, más singular y sorprendente que ninguna otra. Una montaña, una montaña verdadera y espaciosa, toda de cacharros rotos. La hierba que la recubre crece sobre una media pulgada de tierra que las lluvias han depositado a lo largo. El resto, desde la cima hasta el pie, no son mas que pedazos grandes o pequeños de tiestos de barro, sin mezcla de ninguna otra especie de materia cualquiera. Nos obstinamos cerca de dos horas Legouz y yo en cavar con picos en diferentes sitios, sin haber conseguido encontrar ninguna otra cosa. Cada pedazo es curvilíneo y lleva la huella de la rueda del alfarero.

Se rompía mucho cacharro en Roma, en una ciudad cinco o seis veces más llena de populacho que París; pero creer, como algunas gentes lo pretenden aquí, que iban recogiendo todas las piezas en los diferentes barrios de la ciudad para llevarlos allí, no tiene apariencia de sentido común. Si, por otra parte, este lugar hubiera sido el depósito donde llevaban antiguamente todos los desperdicios y barraduras de las calles, se encontraría, en verdad, una multitud de cacharros rotos, pero mezclados con toda clase de materias diferentes, lo cual no ocurre. Me parece, pues, fuera de duda que no se encuentra aquí mas que cacharros nuevos; que los alfareros tenían todos sus manufacturas en este barrio, en las orillas del Tíber, a causa de la proximidad del agua necesaria para sus fábricas, y que echando en este lugar los pedazos todos de las piezas rotas y mal acabadas, han construído, a la

larga, la más extraordinaria montaña del universo. ¿Cómo creer, me diréis, que esto haya podido bastar para hacer una montaña? Amigo mío, hay que creerlo puesto que se ve. Os diré, además, que la montaña era más grande que lo es hoy, ya que hace muchos años que se transportan escombros de éstos, en vez de grava, para las carreteras que rodean a la ciudad. La cosa se alejará menos de la verosimilitud cuando consideremos que por muy frecuente que sea entre nosotros el empleo de los cacharros de barro lo era infinitamente mucho más entre los antiguos romanos, y que no sólo fabricaban de esta materia gran cantidad de utensilios de menaje que nosotros hacemos de cobre o de plata, sino también ciertas grandes piezas que nosotros no empleamos en esta forma: botellas, tinajas, urnas cinerarias, tres artículos suficientes para multiplicar la especie hasta el punto en que nosotros la vemos. El vino se conserva a maravilla en el monte Testaccio, al pie del cual han cavado y abovedado una larga fila de bodegas.

Se hace tarde, en verdad, y nuestra carrera de hoy ha sido enorme, a pesar de las bellas promesas que me habíais hecho al empezar. Volvamos a nuestro alojamiento, pasando otra vez bajo el arco de Constantino. Esperadme allí hasta mañana por la mañana; volveré a enseñaros el resto de las antigüedades de este cantón, porque no hemos llegado al fin; pero no hay que decirlo todo a la vez.

XLVI.—A M. DE NEUILLY

Poetas épicos.—Anticuarios.—Biblioteca vaticana.
Padre Fouquet, misionero en China.

Dais al Tasso la preeminencia sobre todos los demás poetas italianos, mi querido Neuilly; las gentes de este país no son por completo de vuestro parecer; prefieren al Ariosto. Cuando les digáis que el poema de la *Jerusalén* es más sabio, más noble, mejor construído; en una palabra, un verdadero poema épico narrado en una unidad de acción, cosa que no es el *Orlando*, recargado con tan gran diversidad de intereses y de personajes diversos, os responderán que podéis, si así os place, no llamar al *Orlando* un poema épico, sino un poema divino. Soy de su opinión sobre esta preferencia; el Ariosto hace mis delicias perpetuas; no puedo dejarlo desde que estoy en estado de entenderlo. ¿Qué poeta es más poeta que éste? ¿Cuál otro ha poseído jamás el talento de narrar con más gracia, naturalidad y facilidad? ¿Qué hombre ha sabido jamás manejar mejor su lengua en todos los tonos, sublime, moral, tierno, noble o ligero? ¿Quién ha sabido pintar mejor las situaciones, encadenar los sucesos, perder y volver a encontrar de una manera más natural tal número de personajes y, por una transición de dos versos, poner de nuevo al lector al corriente de la continuación de una larga historia contada en los cantos precedentes? Cuanto más lo leo, más

me gusta; valdría él solo, para mi gusto, la pena de aprender el idioma para leerle, porque es locura esperar que pueda traducirse. Mirabaud (1) ha conseguido hacer la traducción del Tasso. Si hubiera tratado de hacer la de Ariosto, aunque escribe bien y semejante obra no puede por sí misma dejar de ser agradable, no hubiera tenido el mismo éxito, por lo menos en opinión de los que pudieran confrontar el original con la copia.

No es, sin embargo, al Ariosto a quien las gentes ilustradas ponen en primera línea; la adjudican al Dante; éste es, dicen, el que ha llevado su lengua a su punto de perfección; el que ha superado a todos los otros en fuerza y en majestad. Los florentinos sostienen sobre todo esta opinión (por el honor del país); es como el Vasari quiere, en pintura, poner por encima de todo su escuela florentina, rígida y seca, en comparación de las otras escuelas italianas, que me parecen todas preferibles a aquella. He leído algo del Dante con gran trabajo; es difícil de entender, tanto por su estilo como por sus alegorías:

Porque una sublime dureza
se encuentra envuelta en un lenguaje obscuro.

Me parece lleno de gravedad, de energía y de imágenes fuertes, pero profundamente triste; así es que no le leo apenas, porque me entristece el alma.

(1) Mirabaud (Juan Bautista), secretario perpetuo de la Academia Francesa; nacido en 1675, muerto en 1760. Buffón le reemplazó en la Academia y pronunció su elogio.

Sin embargo, siento que comienzo a tomarle gusto, y le admiro como a un raro genio, sobre todo para el tiempo en que vivió (hacia fines del siglo XIII), y como el primer hombre de Europa que en los siglos modernos haya verdaderamente merecido el nombre de poeta; pero no puedo comprender, así y todo, que se le ponga por encima de Tasso o del Ariosto, a quien siempre vuelvo con más gusto, ni de algunos otros, que no valen quizá tanto como el Dante; como a pesar de todo el mérito de Lucrecio, el mejor de todos los poetas latinos después de Virgilio, las gentes leen de mejor grado otros inferiores a aquél, y, sin embargo, Lucrecio es un poeta muy diferente al Dante, que no tiene más que la fuerza, siendo absolutamente seco y sin amenidad. No puedo prescindir de añadir todavía en esto que cuanto más leo al Dante más me deja sorprendido esta preferencia que he visto darle sobre el Ariosto a gentes muy entendidas. Me parece que es como si pusieran la *Novela de la Rosa* por encima de *La Fontaine*. Confieso que el Dante no me gusta sino en pocos pasajes y que me fatiga en todas sus obras.

Petrarca, que vivió poco después del Dante, está también considerado como uno de los creadores de la lengua italiana; se le tiene en gran consideración. En cuanto a mí, os confieso ingenuamente que sus sonetos me han aburrido de lo lindo; no he podido continuarlos; me he puesto a leer su *Templo de la Muerte*, que me ha agradado más. Hay cosas hermosas y mucha poesía en esta obra.

Quiero exhortaros a que leáis un poema italiano, el más antiguo de los poemas épicos de Italia y poco leído en Francia: es la *Italia liberata dai Goti*, del Trissino. Es completamente divertido por su sencillez homérica. Se ve a un fiel copista que no levanta los ojos del original que se ha propuesto como modelo; no carece, sin embargo, de alegorías y de invenciones, y es además perito en la táctica, en las costumbres del tiempo y curioso por la multitud de cosas interesantes sobre Italia que ha encontrado medio de reunir en su obra. Es un punto, me parece, que los poetas épicos deben sobre todo no perder de vista, el hacer entrar en el poema todo lo que se refiera a los orígenes, el gobierno, las costumbres, el derecho público, las antiguas casas u otros artículos interesantes para su patria. El estilo del Trissino es muy cándido y tan fácil de entender por su perpetuo galicismo, que se diría casi que nuestra lengua ha sido formada sobre este libro. Está escrito en versos blancos. ¡Ah, pluguiese a Dios que Malherbe, el padre de nuestra poesía francesa, el que mejor ha comprendido de todos la factura y la armonía de los versos, hubiera tenido la idea de escribir así en versos no rimados para dar el ejemplo y el tono a sus sucesores y para libertarnos de esta odiosa rima de que nuestros oídos, aunque fatigados, no pueden, sin embargo, ya hoy prescindir de ningún modo, y que a decir verdad no conviene mas que a la oda y a las canciones! Pero habría sido necesario para esto que Malherbe hubiera sido

poeta épico o dramático y no un rimador de odas, como era.

El *Orlando innamorato del Bojardo* no es, ni con mucho, tan bueno como el *Orlando furioso*, ni en cuanto a invenciones ni en cuanto a poesía. Es entretenido y recreativo. Pero aunque haya muchas historias agradablemente contadas, tales como las de las hadas Morgano y Fabrine, la del Ogro, etcétera, la mayor parte son tan absurdas y las estocadas tan furiosas, que el hipogrifo y las otras locuras del Ariosto podrían pasar, en comparación, por circunspectas y moderadas. ¿No estimáis que aun en esta clase de cuentos hay cierto grado tolerable de no verisimilitud que no es permitido rebasar? Os parece bien que Orlando, en su furor, arranque de raíz las encinas; si arrancase los Pirineos, seguramente os chocaría. Astolfo os gusta cuando va a la Luna en compañía de San Juan; no le permitiríais hendirla con su dedo, como Mahoma.

Estos dos autores han sacado toda la serie de sus fábulas de nuestros antiguos romances franceses, que no se leen ni se comprenden ya. Sabéis que el Ariosto reanuda el hilo de la historia donde el Bojardo la había dejado.

La poesía italiana tiene grandes ventajas sobre la francesa; en primer lugar, la de la lengua, preferible a la nuestra, digan lo que quieran más fluente, más sonora, más armoniosa, igualmente propia al estilo majestuoso y a las gracias ligeras; además, permite un poco más de inversiones, lo que hace la construcción menos uniforme. Nuestra

lengua es más clara, y por ende propia para la historia, la disertación, el poema dramático. En cuanto al épico, no es más difícil alcanzarlo; nuestros constantes retornos de rimas insignificantes, masculinos y femeninos, acaban por ser al fin insostenibles al oído en las piezas de largo desarrollo.

En italiano las largas narraciones, distribuídas en estancias octavas, en rimas alternadas, son más soportables. ¿Pero no creéis que podríamos introducir en nuestra poesía narrativa este empleo de las octavas de seis versos con rimas cruzadas seguidos de otros dos con rimas sencillas? Lo difícil es que hay que encontrar aquí, para la mayor parte de los sonidos, tres rimas en vez de dos y que estamos mal provistos de ellas en nuestra lengua, donde hay tantas palabras que no tienen rima y tantas otras que apenas si la tienen.

En otra ocasión, para que os divertáis a costa nuestra, os daré cuenta de un ensayo que he hecho sobre esta idea; es una traducción libre del principio del *Orlando*; además, una imitación ditirámica de las invocaciones a Baco en la ópera *Aquiles reconocido*, por Metastasio. Será bastante para daros una muestra de mi idea, y a vos solo; es ya demasiada la intemperancia de mi prosa sin que venga también a ponerme a rimar, a pesar de Minerva; pero cuando estamos solos, no tengo esos escrúpulos.

Vengo al artículo de vuestra carta concerniente a los anticuarios. No hay aquí tantas gentes entendidas como os figuráis. Yo había oído decir a

los florentinos que la ciencia no les quitaba el sueño a los romanos y que eran unas buenas gentes. La nobleza cultiva poco las letras; disfruta indolentemente de tantas curiosidades acumuladas en sus palacios. Todos estos Colonna, Panfilo, Chigi, Giustiniani, Borghese, son verdaderos eunucos en un serrallo; contad entre ellos al príncipe de Palestina con el *Kisler Aga*. Los eclesiásticos están más ocupados en su medro que en la doctrina; en el Colegio de los Cardenales apenas si se contarán medio docena de personas sabias. El cardenal Alejandro Albani es curioso por las antigüedades y entiende bastante; había formado una colección considerable en bustos, bajorrelieves e inscripciones, que ha entregado en parte al Papa; están depositados en el ala izquierda del Capitolio. El abate Marchessini ha sido encargado de redactar las explicaciones y de poner todo en orden bajo la dirección del marqués de Cappone (1), de nuestra Academia, hombre entendido en estas materias. Entre las gentes de iglesia pueden contarse como hombres de letras Assemani y Bottari, los dos subbibliotecarios del Vaticano. Puede haber muchos otros que yo no conozco; hay algunos entre los religiosos, en los Colegios de Jesuítas y en la Minerva. Ficoroni desempeña desde hace muchos años el oficio de demostrador de antigüedades; tiene una gran rutina de conocimientos; es el guía ordinario de los extranjeros; pero es viejo, sordo, charlatán

(1) Muerto en Roma en 1746.

implacable y fatigante. Uno de los mejores anticuarios es Borioni *lo Speziale*, que ha reunido una colección muy curiosa de lámparas sepulcrales de bronce y de barro cocido, de vasijas y muebles antiguos, de piedras y pequeños bronceos egipcios, de piedras grabadas, camafeos, *intagli*, etc. Ha mandado grabar todo ello en ciento o ciento cincuenta estampas, de que el caballero Venuti, que he visto en Nápoles, se ha encargado, según me han dicho, de hacer el texto explicativo.

La famosa biblioteca del Vaticano no es pública; es la biblioteca particular del Papa, que no se abre para todo el mundo; pero por poco conocido que uno sea se le recibe muy cortésmente y se puede ir a trabajar determinados días de la semana en una grande antesala, hasta donde los subbibliotecarios os traen de la biblioteca los manuscritos que necesitáis. El cardenal Quirin, obispo de Brescia, es bibliotecario en jefe. Como reside siempre en su obispado, su retrato le representa en la antesala, donde están también los de los otros bibliotecarios, sus predecesores. Si esta plaza estuviera vacante, nuestro amigo el cardenal Passionei la codiciaría de buena gana para realzar su mérito literario. Los dos subbibliotecarios son *Monsignori*; son, como acabo de decíroslo, Bottari y Assemani; este último es de origen caldeo; ya lo conocéis por su obra titulada *Bibliotheca orientalis*. Nos sería muy necesario en París, ahora que se trabaja en el catálogo de la biblioteca del rey, para hacer toda la parte de los manuscritos de las lenguas orien-

tales. Este trabajo estaría mejor entre sus manos que en la de Fourmont (1). Habiéndole hecho esta proposición, le han entrado muy grandes ganas de ir, sin más retribución por parte de la Corte de Francia que los gastos del viaje. Se trataba de obtener por algunos meses el permiso del Papa. Saint-Palaye ha escrito allá a este respecto; le han contestado que Assemani podía ir y sería bien recibido; pero no parece que nuestra Corte tenga grandes deseos de pedirlo formalmente; por otro lado, nos parece que esta Corte querría que la nuestra hiciese esta gestión; de manera que veo que las cosas no pasarán de ahí.

Además de los dos subbibliotecarios, hay varios empleados peritos que se emplean en copiar o coleccionar los manuscritos, oficio en el que son bastante ignorantes; pero en cambio son unos grandes ladrones, que explotan a maravilla a los extranjeros que tienen necesidad de ellos. He hecho la prueba en cuanto a mi Salustio, del cual he encontrado aquí excelentes manuscritos, de una antigüedad señalada, uno sobre todo, perteneciente en otros tiempos a Fulvius Ursinus y después a la reina de Suecia. He hecho coleccionar siete en mi presencia cuidadosamente, y a pesar de las quejas amargas que exhala ese *gramaticuzzo* de Wasse (2),

(1) Fourmont (Miguel), sabio orientalista, profesor de siríaco en el Colegio Real de París, intérprete de la biblioteca del rey, miembro de la Academia de las Inscripciones. Nacido en 1690; muerto en 1746.

(2) Wasse (José), nacido en 1672 en el condado de Yor, muerto en 1738, cura de Aynhoe (Northamptonshire), tuvo relaciones de amistad con Clarke Newton; tradujo a Salustio.

de la negligencia extremada con la cual los editores nos han dado este autor, he encontrado, por el contrario, que era uno de los más correctos que tuviéramos, lo cual no tiene nada de extraño. Salustio es un autor muy corto; ha sido preciso menos trabajo para conferirle exactamente que para despojar los enormes manuscritos de Plinio o de Tito Livio. En fin, podréis alabaros de tener un Salustio visto y revisado con todas las de la ley. Tengo los manuscritos de Médicis y los del Vaticano; trabajan para mí en Nápoles, en Venecia y en Milán en los de Farnesio, San Marcos y la Androsiana. Cuando tenga los de la biblioteca del rey, lo cual me será fácil, he aquí seguramente todo lo mejor que se puede decir sobre el asunto.

La biblioteca del Vaticano es una nave muy vasta, separada en dos por una fila de pilares. Abrid bien los ojos; os quedaréis asombrados de no ver un solo libro, sino muchas pinturas que representan los Concilios generales, los diferentes inventores de las letras del alfabeto, etc. ¡Qué diablo! ¡Una biblioteca donde no hay libros! Esto es molesto, mi querido amigo; pero tranquilizaos, los pilares están revestidos todo alrededor, a la altura de la mano, de pequeños armarios cerrados llenos de manuscritos. He ahí lo que constituye esta bella biblioteca, en la cual no hay un solo libro impreso; así es que veréis por esto que debe de ser al mismo tiempo muy digna de consideración y muy poco numerosa. Hay raros manuscritos, entre otros el *Virgilio* en letras capitales, de muy remota anti-

güedad, decorado con groseras imágenes y procedente de Fulvius Ursinus. El *Terencio*, también con figuras, que hacen uno de los mejores comentarios que puedan tenerse sobre una comedia. Estas figuras están mal dibujadas y pintadas groseramente; lo apreciaréis con toda comodidad, puesto que se ha impreso hace tres años el manuscrito de Urbino, con las figuras fielmente reproducidas. Este libro se vende horriblemente caro; quizá por esta razón es por lo que yo no lo había aún encontrado en nuestras librerías de Francia. Además, una muy antigua Biblia griega de los Setenta; otra Biblia hebrea de los Massoretas, puntuada y de un prodigioso tamaño; los *Actos de los Apóstoles*, manuscrito en letras de oro; una obra de Teología polémica, compuesta por el rey de Inglaterra Enrique VIII; sus cartas a Ana Bolena, etc. Entre las otras curiosidades de biblioteca hay que admirar las excelentes miniaturas de Don Clovio, en varios libros de liturgia, en un magnífico manuscrito del Dante, etc., y notar algunas hojas escritas sobre papel de Egipto, que conservan cuidadosamente entre dos cristales. Una parte de los manuscritos procede de la reina Cristina. Es preciso que hubiera reunido un gran número, puesto que, además de éstas, los Ottoboni escogieron también muchos de ella; pero no fueron los más preciosos. Sainte-Palaye creyó haber encontrado la paloma en el nido al hallar varios manuscritos de nuestros antiguos historiadores de Francia. Se puso en seguida a la obra para ver de llenar las lagunas que hay en el im-

preso de Duschesne (1). Desgraciadamente, resultó que eran los de Petau, editados por Duschesnè y que han ido a parar después a manos de la reina de Suecia.

Una columna antigua de alabastro oriental transparente, colocada en medio de la biblioteca, no es de los menores ornamentos. Procede del antiguo jardín de Salustio, lo cual aumentaba aun más el gusto con que yo la contemplaba; es la más grande y la más hermosa pieza que yo haya visto en este género. Está trabajada en canales retorcidos y muy transparentes; es la única que queda entera de las ocho semejantes que adornaban las cuatro puertas del pequeño templo de Venus Salustiana; las otras están rotas; se han hecho con ellas mesas de placas que el cardenal Montepulciano ofreció en presente al rey de Portugal.

Detrás del salón de los manuscritos hay un largo corredor estrecho, guarnecido de libros hasta una toesa de altura; casi todos proceden de la reina de Suecia. Aunque su número es considerable, no es esto lo que hace la reputación de la biblioteca del Vaticano: no la debe mas que a sus manuscritos. Para ufanarse por tener libros tiene que esperar a apropiarse la hermosa colección del cardenal Passionei, que nos ha parecido tener el propósito de legársela a su muerte. El buen cardenal ha hecho

(1) Duschesne (Andrés), uno de los más sabios y más fecundos historiadores franceses, nacido en 1584, muerto en 1640, geógrafo e historiógrafo del rey. Ha dejado más de cien volúmenes in-folio, todos escritos de su propio mano.

con frecuencia su acopio en Alemania, donde como un ratón de biblioteca registraba los conventos de frailes y hacía que le dieran de buen o mal grado multitud de libros curiosos y de ediciones raras. Lo endulzaba todo con sus lindos cumplidos; la fantochería italiana no le falta; se veían muy apurados para saber cómo rehusar a su excelencia monseñor el Nuncio, cuyas gracias precedían siempre al ofrecimiento de la cosa, que acababa por cambiar por una grave bendición, que los pobres frailes recibían prosternados y a regañadientes.

Cerca de la biblioteca hay una galería (1), poco ancha en verdad en relación con su longitud prodigiosa, pero desierta y casi siempre inútil. Sería un lugar muy apropiado para recoger todo lo que el Papa posee en antiguos bajorrelieves, bustos, estatuas, inscripciones, etc.; todo está amontonado unos encima de otros, de una manera poco agradable, en las salas del Capitolio, demasiado pequeñas para lo que contienen. La colección es muy considerable; si estuviera dispuesta en esta galería y colocada en un orden tan bello como el del gran duque, no dudo que no resultase muy superior a éste, sobre todo desde que acaban de añadir la numerosa colección del cardenal Alejandro Albani. Clemente XII ha hecho muchas adquisiciones de este género; ahora mismo acaba de comprar en ocho mil escudos a la viuda de M. Massimi (de la misma familia que los que hicieron venir de Maguncia a

(1) En la actualidad el Museo Pío Clementino.

Roma los inventores de la imprenta) una estatua de Pirro semicolosal. Estaba muy estropeada; ha costado más de cinco mil o seis mil francos arreglarla, lo cual ha hecho con una habilidad infinita un obrero de este país cuyo nombre no recuerdo. Es muy notable en este género de trabajos, y un hombre de esta clase es muy necesario aquí; así es que se hace pagar caro, como veis. Esta estatua antigua no es del número de las más bellas, pero es de las más raras. No existen otras estatuas de Pirro; la han colocado en el primer descansillo de la escalera del Capitolio.

Si al lado de la galería que propongo el Papa quisiera tener una cámara tan distinguida como la Tribuna del gran duque, le sería fácil dejando que transportaran aquí las estatuas mal puestas en el Cortilo del Belvedere. Me confesaréis que el *Laoconte*, el *Apolo*, el *Antinoo*, el *Torso*, la *Cleopatra*, etc., no deben nada a la *Venus de Médicis*, al *Fauno bailando*, al *Afilador*, a los *Luchadores*, etcétera.

Me han dicho que esta galería no podría ser destinada al uso que yo quería hacer, porque es necesaria durante el conclave para servir de recalentador de comidas que cada uno de los cardenales se hace llevar de su casa. Esta razón no me ha convencido. ¿No valdría más que los cardenales comiesen fiambre, y aun que les doliese el estómago, que dejar estas estatuas antiguas en semejante desorden?

Después de la Biblioteca Vaticana puede darse el

segundo lugar a la de la Minerva, que aun supera en muchos respectos a la otra. No os diré nada más, recordando que he hecho la descripción a Quintín en una carta precedente, según creo, así como de varias otras muy ricas y muy numerosas que se encuentran en los palacios particulares de Chigi, Barberini, Ottoboni, etc.

La que me es más cómoda, a causa de su vecindad, es la biblioteca de la Propaganda, donde, además, voy con frecuencia a visitar a un compatriota, el hombre que a la vez más me divierte y más me impacienta del mundo.

¿Creéis que no viajo mas que en Roma? Sabed que, ¡valiente broma!, hace dos meses que en verdad hago un viaje completo a la China, a ese país que tanto os gusta. He encontrado aquí al padre Fouquet, borgoñón, nacido en Vezelay, antes mandarín de la sociedad, ahora ex jesuíta y obispo de Eleutheropolis, retirado en la Propaganda. Ha vivido veinticinco años en la corte del famoso emperador Chang-Hi; habla de éste no sólo todo lo que uno quiere, sino infinitamente más de lo que uno quisiera. Las visitas más cortas que pueden hacerse duran hora y media, y eso que me escabullo a la primera coma. En esto es muy inoportuno, pero no fastidioso, porque habla con todo el fuego y todo el ingenio posible. Es un anciano de setenta y cinco años, lleno de vivacidad, de una figura agradable, decorada con una majestuosa barba blanca hasta la cintura, que le da cierto parecido con los retratos del difunto Platón. Me ha contado la aven-

tura que le ocurrió a su vuelta a una ciudad de la India, donde, habiendo ido a alojarse en casa de un comerciante conocido suyo, los gentiles del país rodearon la casa como en otros tiempos los habitantes de Sodoma rodearon la casa de Lot cuando vino un ángel; pero no por el mismo motivo. Pidieron al amo de la casa que obtuviera de aquel señor extranjero que les concediese la felicidad de adorar su barba; entró una muchedumbre y se prosternaron.

Cuando vi a un hombre tan versado en los asuntos de la China y de tan buena voluntad para contar todo lo que sabía, me sedujo la esperanza de instruirme a mi gusto sobre todo cuanto quería saber de la antigüedad de esta nación famosa y de su cronología, de su origen, tanto como de su lengua singular; del fundamento que se puede dar sobre su antigüedad, sea probada por monumentos ciertos, sea tradicional; en una palabra, de todo lo relativo a mi proyecto de historia de los tiempos inciertos y fabulosos, hasta el reinado de Ciro; porque sabéis que trato a todos los siglos posteriores como a juvenzuelos. *Italiam! Italiam!* Desde ese punto ya se divisa tierra para poderse guiar. Ahora bien; diez veces he llevado al buen narrador Fouquet a este capítulo, y me he aprendido de él toda la China completa, excepto lo que quería saber, y no porque no haya tenido las ganas más grandes del mundo de decírmelo. Pero cuando se suelta a contar, la más mínima palabra incidental de la narración le sirve de transición para pasar a otro

objeto. La segunda digresión se enfila en una tercera, como en *Las mil y una noches*, y así sucesivamente hasta que haya tantas como bonetes tiene sobre la cabeza Don Jafet de Armenia. Entonces la paciencia se me acaba, y no teniendo ya el ocio necesario para escuchar por más tiempo cosas curiosas, que no son las que yo pregunto, me escabullo con la esperanza de tener más suerte al otro día. Así es como hemos llegado a la milésima historia principiada sin haber acabado una sola. Comienzo a sentirlo menos desde que entreveo que sobre el objeto de mis investigaciones él mezcla lo sistemático a su modo, diciéndome no tanto lo que es, sino lo que él se figura, a saber: que los chinos proceden de la Caldea; que su escritura procede de los jeroglíficos egipcios; que sus cinco libros famosos son una imitación del *Pentateuco* de los Hebreos, aunque estos libros no tengan seguramente nada de común entre ellos mas que ser en número de cinco, y otras patrañas de bibliófilo. ¡Ah, amigo mío; perdón por esta palabra que se me ha escapado, ya que vos mismo sois un gran *bibliolatra!*

Me sé, pues, al dedillo la descripción del país de los tártaros manchúes, la historia de la conquista hecha hace cien años y el hermoso rasgo de política del príncipe conquistador. La China estaba entonces desgarrada por revueltas y por bandidajes espantosos. Fueron los príncipes mismos y el general encargado de la guardia de la gran muralla los que llamaron a los manchúes en socorro de la capital, sitiada por los bandoleros; entraron en tan

corto número, que si cada chino les hubiera arrojado una de sus zapatillas habrían quedado ahogados. Pekín resultó tomado y saqueado a su llegada. El emperador se había dado la muerte y se la había dado a varios de sus hijos, después de haber escrito en letras rojas sobre el volante de su túnica: «Mi pueblo me ha abandonado y me ha reducido a este extremo.» Los tártaros restablecieron un poco el orden y arrojaron a los bandidos hacia los confines del imperio. El jefe de la Casa tártara murió en este intervalo. Dejaba varios hijos pequeños y un hermano encargado del mando de las tropas, que pudo hacerse a sí mismo emperador y que prefirió elevar al trono al mayor de sus sobrinos; reunió en el palacio a todos los tártaros en armas y a todos los señores chinos en traje de ceremonia, a los cuales habló en estos o parecidos términos: «Nos habéis llamado aquí espontáneamente en medio de los horribles desórdenes en que vuestro Estado se agitaba. Os hemos encontrado en la anarquía, rodeados de facciosos, de rebeldes y de facinerosos. Os hemos socorrido. La tranquilidad está restablecida en vuestro país. No nos queda mas que retirarnos, después de haber puesto las riendas del imperio en las manos de su verdadero dueño. ¿Dónde está vuestro rey, para que antes de nuestra marcha le veamos ocupar el trono?» Los mandarines respondieron que su emperador se había ahorcado de un árbol de sus jardines. «¿Y dónde están sus hijos?» «Todos han muerto.» «¿Y los príncipes de su linaje?» «Todos han perecido, hasta el

último, durante estas guerras civiles.» «¡Cómo, pueblo miserable y cobarde, así es como habéis abandonado a vuestros legítimos soberanos! Mereceréis que el cielo se derrumbe sobre vosotros y os aplaste. ¿Qué va a ser de este gran cuerpo sin cabeza? Pero el Cielo es bueno, y os envía milagrosamente un jefe en vuestro infortunio. Es este niño. He aquí vuestro amo; si queréis recibirle, prestadle en este momento juramento de fidelidad, y dad gracias al Cielo por sus favores.» Los pobres mandarines, absolutamente consternados por esta arenga y por la presencia de tantos sables tártaros, no tuvieron nada mejor que hacer que seguir su consejo, dado de una manera tan persuasiva.

El general que les había introducido en China siguió el torrente como los demás, aunque muy a disgusto, porque era uno de los más grandes señores del país y de los más celosos por el bien de sus compatriotas. El nuevo Gobierno, por agradecimiento, le colmó de beneficios y de empleos, que le pusieron fuera de estado de volver en toda su vida a la corte ni de emprender nada para libertar a su patria del yugo extranjero. El pequeño emperador gobernó muy bien bajo la tutela de su tío, mientras éste vivió. Después de su muerte se volvió poco razonable y libertino, y murió, a causa de sus excesos, a la edad de veinticuatro años, penetrado, según refieren, de un vivo arrepentimiento por su mal gobierno. Dicen que en la incertidumbre en que estaban a su muerte acerca de la designación de sucesor (porque en China no hay

más derechos públicos que la voluntad del soberano), hizo que vinieran sus hijos y consultó a los misioneros de Europa, que le aconsejaron designar a un niño de cuatro años que tenía una fisonomía simpática. Es el gran emperador Chang-Hi, el Luis XIV del Asia, sea que se considere la larga duración de su reinado, o su magnificencia y el cuidado que se ha tomado por el florecimiento de las artes. Dicen que su hijo Yong-Tchim, al cual ha dejado la corona, ha gobernado a maravilla; pero ni él ni Kien-Long, su hijo, que acababa de sucederle, han querido oír hablar de cristianismo ni de misioneros, a los que han expulsado y enviado a Macao, sin esperanza de vuelta.

Estoy también perfectamente enterado de los paseos en Tartaria, del frío insoportable que se padece, de las hermosas cazas que hacen en el desierto Chamo, del gusto que tiene el emperador en ir a pasar las vacaciones en su antiguo país y de las pocas ganas que tenía el reverendo P. Fouquet de acompañarle; de la economía política que empleaba en los gastos de estos enormes viajes, dando orden cada año a varios mandarines que habían ganado grandes sumas en los empleos públicos de costearlos con todo su séquito, cada cual en un intervalo determinado. Me asombro y dudo mucho que este país pueda ser tan civilizado y tan rico en virtudes morales como pretenden hacérselo creer, dado el despotismo absoluto que reina, pues la servidumbre engendra siempre el envilecimiento del corazón y de la inteligencia, que no tarda mu-

cho en ser seguido del relajamiento de las costumbres. No puedo tener confianza en un pueblo que está domado, como los perros falderos, a palos. Nuestro narrador me ha contado que se encontraba en palacio un día que Chang-Hi estaba de mal humor; hizo que llamasen a un gran oficial, que no estaba allí. «¿Qué le pasa a ese animal, que no está aquí en la hora de su servicio?—dijo el emperador—. Que le den veinte latigazos.» En este país los mandatos del soberano se ejecutan inmediatamente, dicho y hecho. Encontraron en la escalera al mandarín que llegaba. Le propinaron exactamente los veinte disciplinazos allí mismo; después de lo cual entró diciendo: «Es realmente mala suerte; es la primera vez que me he retrasado un instante en la orden desde hace veinticinco años que tengo el cargo.» Y se fué tranquilamente a ocupar su sitio en el salón. Esta clase de castigos no son deshonrosos en cierto modo.

Me ha contado también que un día, estando fuera de su casa, en una provincia lejos de Pekín, vinieron a buscarle con mucha prisa de parte de un pequeño mandarín, al que encontró lamentándose por su retraso y que le despidió en el acto sin darle siquiera tiempo para hacer la maleta para el viaje, diciendo que tenía orden de su superior de dejarle en el lugar designado en una hora fijada. Desde allí le condujeron con la misma prisa a Pekín. Por el camino encontró a dos o tres jesuítas conducidos en virtud de las mismas órdenes, sin saber de qué se trataba. Llegaron un día muy de mañana a las

puertas de la ciudad; se helaron a la intemperie durante un gran rato, porque es una larga operación poder entrar en dicha ciudad, donde se encuentran todos los días una gran muchedumbre y tantos vehículos que esperan a que abran las puertas. Los llevaron derechos al palacio, donde el emperador Chang-Hi fué avisado que habían llegado los misioneros que había mandado a llamar a las provincias. El emperador, cuando hubo terminado sus quehaceres, les dió audiencia y les dijo: «Padres: hay en este libro de Euclides que me habéis dado una proposición que me cuesta trabajo comprender, y os he hecho venir para que me la expliquéis.» Los reverendos padres se la explicaron. Con lo cual añadió: «Esto está muy bien. Ahora lo comprendo; pero podría olvidarlo; poned esto en seguida con todo detalle sobre este papel, con las figuras.» Entonces el mandarín que los había llevado expresó que habían llegado de madrugada a las puertas de la ciudad, que todavía no habían comido y que eran las cinco de la tarde. El emperador respondió: «¿Y eso qué importa?» Y se retiró a sus habitaciones. Hicieron pasar a los pobres jesuitas a una sala contigua, les dieron una hermosa tinta, buen papel y buenos pinceles. Ya habían dado las ocho de la noche antes de que regresaran a su casa de Pekín para almorzar.

En otra ocasión, el emperador les mostró un instrumento de manivela que servía para enseñar los eclipses futuros y pasados, tal como el que habéis podido ver en el Observatorio entre las máquinas

de la Academia. Les dijo: «He aquí una hermosa y curiosa máquina, de que hago tanto aprecio que la he puesto aquí, al lado de mi trono. Es un obsequio que me ha hecho mi amigo M. de la Hire, de la Academia de París. Pero las gentes de este país son tan estúpidas que han dejado que se estropee mientras yo estaba en Tartaria. No funciona; ved la manera de componerla.» En cuanto se hubo retirado, los mandarines les dijeron: «Vosotros los europeos sois unos perros y unos canallas (es una simple partícula explicativa para el adorno del discurso). El emperador ha dicho que recompongáis la máquina.» Se miraron unos a otros inclinándose humildemente de hombros y manifestando que no sabían recomponer las máquinas. A lo cual los mandarines replicaron por toda respuesta: «Es preciso que la recompongáis, es preciso que marche bien; el emperador lo ha dicho.» Se llevaron, pues, la máquina y recurrieron a un fraile muy mañoso en mecánica, que les ofreció deshacer la máquina, desmontarla pieza por pieza, examinarla bien y acabar de estropearla si no conseguía ponerla otra vez en estado. Felizmente su trabajo salió bien.

Por todo lo que oigo contar al P. Fouquet de este emperador Chang-Hi y por todo lo que nos refieren por otros conductos, es preciso que fuera un muy gran príncipe, un hombre sabio y además un hombre excelente, aunque hiciera a veces comer a los misioneros un poco tarde. Me parece, sobre todo, de una bondad encantadora en los extractos

de la legación de Mezzabarba (1), cuando se toma él mismo el trabajo de poner de acuerdo al legado con los jesuitas; cuando se esfuerza por terminar las disputas sobre los ritos chinos y hacer vivir en paz juntas a todas esas Ordenes religiosas que no pueden recíprocamente soportarse en país extranjero, donde a fuerza de denigrarse mutuamente se perjudican con frecuencia ellos mismos más que los nacionales. Este buen emperador pretende hacer entrar en razón al legado, sobre todo respecto a la significación de la palabra *Tien*, que le asegura no significa tan sólo el cielo material. El legado no se convence. El otro insiste diciendo: «¿Sabéis el chino? No. Y yo no sé el italiano. ¿Qué pensaríais, pues, de mí si me fuera a Roma y me obstinara en disputar con el Papa sobre el valor de un vocablo de su lengua? ¿No lo encontraríais completamente irracional? Os he recibido con bondad a vosotros, europeos; os he colmado de beneficios; os dejo predicar vuestra religión, y mientras todo el mundo aquí os trata bien, no cesáis de contrariaros y haceros daño unos a otros. Me cuesta más trabajo ponerlos de acuerdo entre vosotros que gobernar todo el resto de mi imperio. Esto no me produce mas que trastornos y molestias; reflexiono que vale más que no haya religión cristiana en China.» De ordinario, con estas palabras es como

(1) Mezzabarba (Carlos Ambrosio), patriarca de Alejandría y legado de Clemente XI en China; a su vuelta a Roma publicó la relación de su viaje en francés, después en italiano (en 1739); los jesuitas son en ella bastante mal tratados.

el emperador termina las conferencias. ¿Habéis visto un libro de la legación de Mezzabarba, que un padre Viani, servita, secretario del legado, ha hecho imprimir en Milán? Es la más violenta sátira que he visto contra los jesuítas; tanto más cuanto tiene un aire de sencillez, no conteniendo mas que el detalle de los hechos por simples extractos de los registros de la Embajada, sin añadir reflexiones hasta el fin del libro, donde el autor principia a mostrar su veneno contra la sociedad. Las personas imparciales ven claramente dos cosas en esta obra. Una, que los jesuítas se negaban absolutamente y con obstinación a acatar la autoridad de la Santa Sede; que llevaban este asunto frente al Papa y a sus legados con gran altivez e independenciam, no encontrándose menos rígidos contra la bula que los jansenistas, contra los cuales declaman tan fuerte, lo que está contra la constitución *Unigénitus*. La segunda, que los jesuítas tenían razón en el fondo del asunto; que estaban mucho mejor enterados de la cuestión que el Papa y sus legados; que no había nada de reprehensible en los usos chinos que querían hacer tolerar; que la Corte de Roma habría hecho mucho mejor en creerles que en prestar oídos a las acusaciones que otros religiosos no habían formulado contra ellos mas que en un movimiento de envidia, y que si hubiesen sido creídos, los establecimientos de Europa se habrían quizá mantenido en China. Por lo demás, nada he aprendido del P. Fouquet en cuanto se refiere a este artículo; no habla de ello nunca,

habiendo sido el único de los jesuítas de China que haya sido siempre de parecer de someterse sin vacilar a las órdenes de la Corte de Roma y prohibir a los cristianos chinos las ceremonias a los muertos y la adoración del *T'ien* en cuanto la Santa Sede la consideraba como supersticiosa. Bastante sabemos cuánto le hicieron sufrir sus cofrades por este asunto. Ha sido necesario hacerle volver de China, darle a su regreso el título de obispo y un retiro en la Propaganda para substraerle al dominio de su Orden. Parece conservar en su destierro una gran consideración por su Sociedad, aunque no la ame ni sea amado por ella ni tampoco por los que son sus partidarios, tales como el cardenal De Tencín, que no deja nunca de ponerle mala cara cuando se encuentran.

Durante la larga estancia en la corte de Pekín se ha dedicado sobre todo al estudio de la lengua; trabaja actualmente en poner en orden todo lo que sabe y lo que ha recogido sobre este objeto, para formar un gran vocabulario y una gramática, que debe ser depositada en la biblioteca de la Propaganda para uso de las misiones extranjeras. No hay duda que este trabajo no sea mejor que el de Fourmont, que se las echa de haber adivinado tan bien el chino sin saberlo. Me encontré el otro día al padre Fouquet muy furioso contra él porque se le había ocurrido citarle como garante del número prodigioso de volúmenes de que pretende que determinadas bibliotecas chinas están compuestas. «¡Cómo!—exclamó leyendo este escrito—. Irme a citar como

garante de semejante tontería. Declaro que no hay en China una sola biblioteca comparable, no digo a la del rey de Francia, a la cual ninguna otra del universo puede compararse, sino a los simples gabinetes de libros que tienen en Europa tantas gentes aficionadas.» No le he encontrado tampoco muy satisfecho de la obra del padre du Halde, donde no encuentra nada bueno mas que el mapa geográfico, que me ha dicho ser excelente; añadiendo que estaba en estado de juzgarlo bastante bien, por haber estudiado especialmente esta parte y recorrido la mayoría de las provincias del imperio.

Ya es bastante sobre la China y sobre el narrador. Pongo aquí fin a este artículo, por temor de que me encuentre tan inacabable narrador como él. No es que no tenga todavía cien historias que contaros; pero si os digo todo hoy, ¿qué tendré que deciros a mi vuelta?

Or se più versi a questo canto giungo.

Temo vi offenda il suo troppo esser lungo.

XLVII.—A M. DE QUINTIN

Continuación de la estancia en Roma.—Fábricas de mosaicos.—Nuevo invento para reponer las pinturas sobre telas nuevas.

Iba andando por la Vía Sacra, cuando me encontré al dulcísimo Quintín tranquilamente sentado cerca de la Meta Sudante, esperando que yo viniese

a continuar enseñándole mi linterna mágica. Sí, amigo mío, y no os daré gato por liebre, puesto que os llevaré todo derecho al palacio de los emperadores romanos; veréis que está hecho todo un gentil mozo y que el padre guardián de los capuchinos no tendría que hacer menos juiciosas reflexiones sobre este palacio que sobre los Césares, sus antiguos propietarios. Pasemos primero por la avenida del Campo Vaccino y volvamos a ver estas incomparables columnas del templo de Júpiter Stator, que no se cansa uno de considerar.

Volviendo del Campo Vaccino hacia el Tíber hay que tener cuidado, mi querido Quintín, de no ir a caer en la sima de M. Curtius. Vuestro accidente sería en pura pérdida para vos, sin ningún fruto para el público, puesto que no sois seguramente lo que hay mejor y más precioso en Roma. Desviaos a la izquierda de la pequeña rotonda de San Teodoro, antiguamente el *Templum Romuli*. No debieron de considerar a Rómulo como un gran santo cuando le dedicaron un templo tan pequeño. El antiguo pavimento representaba una iconografía de la antigua Roma, donde todas las calles y los principales edificios estaban señalados con sus nombres. Han quitado y transportado los preciosos restos al palacio Farnesio (1); los podéis ver grabados en el tratado de Bellori. Se puede desde aquí considerar a gusto, sobre la cima del monte Palatino, los restos inmensos del palacio de Augusto; las

(1) Revisten ahora las paredes de la escalera del Museo del Capitolio.

ruinas de las fundaciones y de las bóvedas innumerables que sostienen los muros de los terrados; este hermoso palacio, tan magnífico, no es mas que una guarida de serpientes.

Biachini ha vagabundeado sin duda con toda tranquilidad a través de las espinas para tomar las dimensiones, pues ha reedificado este palacio con tanta magnificencia en su libro titulado *Il Palazzo dei Cesari*, que os llevaré si no lo tenéis. Casi toda esta vasta montaña donde estaba el palacio está ocupada por la viña Farnesio, bastante descuidada también. Está llena de escombros y de grandes piezas de mármol; entre otras, cañas de gruesas columnas de pórfido hendidas y resquebrajadas a lo largo por la injuria de los tiempos. Todo esto está abandonado al aire libre, aunque se pueda hacer de ello un buen uso, y lo estará cada vez más, porque la Casa Farnesio se ha extinguido. Sin embargo, al rey de Nápoles, heredero de los Farnesio, y más poderoso que ellos, le podía ser muy fácil hacer aquí algo notable; pero no se preocupa para nada de ello.

No hay duda que este monte Palatino sea el mejor lugar de Roma para hacer excavaciones en busca de algunos bellos descubrimientos. Los Farnesio lo creían así; pero por miedo a tropezar con cualquier traba irracional por parte del soberano y no poder llevar a Parma lo que descubrieran querían esperar para las exploraciones a que hubiese un Papa de su casa. En lugar de un Papa Farnesio tienen un rey de la Casa de Francia, lo que

todavía es mejor; así es que la ocasión es más favorable que nunca si quisieran aprovecharla.

Los restos del palacio de Augusto consisten: En esas inmensas bóvedas de que os hablaba, que sirven para sostener el pie del edificio y ponerle a nivel sobre este terreno desigual. En una vasta sala imperial, antiguamente incrustada de mármol, adornada con columnas y pilastras corintias verde y amarillo antiguo, cuyas torrecillas, capiteles y el friso están esculpidos en bajorrelieves de la más excelente belleza. Las torrecillas son de hojas de encina con sus bellotas; las bases y los frisos, en figurines, trofeos de armas y arabescos de un gusto exquisito. La luz de esta soberbia sala venía del segundo piso, como en una iglesia; el primer piso, es decir, el bajo de esta sala está guarnecido de puertas y de ventanas imitadas, que sirven de hornacinas de estatuas; cada puerta o ventana adornada de columnas o tímpanos, y en los intersticios una columna alta; todas son acanaladas. Bianchini las ha hecho grabar en su obra tales como podían ser antes de estar tan ruinosas... En una sala de baños, con el techo pintado, sembrado profusamente de rombos y rosetones dorados. Las pinturas son grotescas, bien dibujadas y con colores que pueden pasar todavía... En un resto de escalera, antiguamente pintado al fresco con figuras de animales; pero todos los días lo estropean y se llevan unos cuantos pedazos del embadurnamiento de este fresco.

Las estatuas más notables de este lugar son: la *Livia*, mujer de Augusto; la excelente *Popea*,

sentada; la rara *Cleopatra Selem*, hija de Cleopatra y de Marco Antonio, la misma que ha servido de asunto para la famosa novela de *Cleopatra*, de Costes de La Calprenede; la *Agripina*, mujer de Germánico, en Ceres, teniendo unas adormideras en la mano; las dos *Venus*, una con un delfín, la otra llamada *Calipigia* (1) o la bella victoriosa. Se ha hecho sobre este asunto el cuento siguiente: Dos hermanas se disputaban el premio de belleza, y siendo tan perfectas las dos que los jueces estaban indecisos, fueron examinadas de pies a cabeza; la mayor resultó que tenía las nalgas demasiado planas, lo que hizo decidir en favor de la otra, en honor de la cual se erigió una estatua. Me temo que este cuentecito no os parezca tan llano como las nalgas de que se trata.

Aun querriamos encontrar aquí el altar mayor levantado por Hércules en el monte Palatino cuando enseñaba al buen Evandro los ritos religiosos; el *ficus Ruminalis*, con dos chiquillos chupando las mamas de una loba; los *Septizonium Severi*, edificio con siete pórticos en columnatas, unas sobre otras. El terrado superior debía de tener una hermosa vista.

El arco de los orfebres *in Velabro*, otro edificio de Severo, y el arco de Janus Quadrifrons, ambos de mármol blanco, extienden todavía los restos de su belleza. El primero, de orden compuesto, con pilastras, dedicado a Séptimo Severo, a Julia, su

(1) Esta estatua se ve ahora en el museo de los Study, en Nápoles.

mujer, y a sus dos hijos Caracalla y Geta. Severo está representado en traje de soberano pontífice; Julia, en la figura de la diosa de la Concordia; el mayor de los hijos queda solo; la figura de su hermano ha sido mutilada, y por orden de Caracalla, según dicen los cicerones de este país. Los otros bajorrelieves representan un Hércules que conduce los bueyes de Geryón, diversos instrumentos de sacrificio, etc.

El segundo no es mas que una masa cuadrada con cuatro puertas y cuatro pilares guarnecidos con doce nichos simbólicos de los doce meses del año. Ha perdido los techos, las cornisas, los arquitrabes, las columnas y las estatuas que sin duda le decoraban y con la ayuda de los cuales representaría en público mejor papel que ahora. Las antiguas cloacas (1) de Tarquino desembocan en el Tíber cerca de este sitio.

Aunque os he hablado de la *Madonna del Sole*, volvamos a echarle un vistazo; nada más bonito que este pequeño templo. Es, con el de Minerva médica, mi pasión favorita en antigüedades.

En la misma plaza, una fuente bastante buena; una grande piedra llamada la *Boca de la Verdad*, vieja piedra de molino con un agujero en el centro, puesta bajo el pórtico de la iglesia de Santa María *in Cosmedin*; se asegura que esta piedra está consagrada desde hace mucho tiempo, y que antiguamente mordía apretando bien a los perjuros la

(1) Cloaca Massina.

mano en el agujero. ¿No se trataría por casualidad de alguna de esas antiguas *betylas* o piedras figuradas que engrasaban con aceite en tiempos del buen Jacobo? ¿Algunas de aquellas viejas divinidades del más viejo paganismo, tales como la diosa Mautu, que transportaron a Roma con tanta ceremonia; el dios Elagabal, la Venus de Paphos, el Apolo de Delfos o el Baco de Tebas? Estos buenos señores, tan renombrados, no eran mas que grandes pedruscos cuadrados, redondos o puntiagudos. Es una de las más antiguas especies de idolatría, que subsiste aún en los objetos de adoración de los negros y de los lapones, que no son mas que un pedazo de madera, una piedra, una planta, un animal, etc. Los portugueses de Africa dan a todos estos objetos el nombre general de *fetiches*; es decir, cosa encantada, consagrada, etc.

Nuestra piedra de molino podía bien ser de la misma cofradía, en cuyo caso os declaro que mi vieja mitología va a convertirse en su muy humilde servidora y a mirarle con un respeto mucho más grande, aunque hasta ahora no haya pagado el interés de su mala facha. Hasta quiero en este supuesto sostener tesis públicas en su favor por toda la especie de los *betyles fetiches*, haciendo ver que a pesar de la sabiduría egipcia, tan alabada, a pesar de las alegorías de Jamblico y el figurismo de los platónicos, estos pueblos, *quorum nascuntur in hortis numina*, no tenían antiguamente en este respecto un culto religioso más refinado que el que han conservado siempre los otros africanos, sus vecinos.

Cerca de allí, el templo cuadrado alargado de la Fortuna viril; dicho de otro modo, Santa María Egipciaca. El pórtico, de columnas corintias acanaladas, que lo rodea por tres lados, es una de las más bellas antigüedades, de las más dignas de consideración y de las mejor conservadas. Han serrado a lo largo una columna de *fengites*, mármol de Libia de color anaranjado y transparente, de la cual han hecho una cruz diáfana, incrustada en la pared, al fondo del coro. No hay mármol antiguo tan raro ni más singular; esta pieza es casi única.

Más adelante, los pilares del puente *Sublicius*, que Horacio Coelés defendió contra el rey Por-senna, y el puente Senatorial (1), medio roto, no ofrecen nada curioso mas que por reminiscencia.

El puente Sixto, reconstruído por Sixto IV, es el más frecuentado de este barrio.

Ved cerca de aquí una gran fuente (2), que desde lo alto de una roca a la altura de las casas cae sin más ceremonia directamente en medio de las calles. Esto se ve algunas veces en montañas desiertas; pero encontrarlo en medio de una calle es realmente único.

Hay que ver cuán orgulloso está el palacio Savelli (3) de haber tenido a Vitrubio por arquitecto; es el antiguo teatro de Marcelo, de dos órdenes, dórico y jónico, muy macizos, como conviene a tales edificios; lo parece más aún por la elevación

(1) El Ponte-Rollo.

(2) Fuente del Puente Sixto.

(3) Hoy el palacio Orsini.

del suelo, que entierra el orden inferior. Todavía no he entrado; pero no tengo mas que mediana opinión de las salas, pues su forma en semicírculo me parece poco favorable para las distribuciones interiores. Un hermoso teatro debe hacer a una casa obscura e incómoda; ha servido de fortaleza en los trastornos públicos, en tiempos en que Roma estaba bajo la tiranía de los principales señores del país.

Limito aquí vuestra correría por hoy; pero puesto que me sobra papel y no siento todavía al dulce Morfeo adueñarse de mis párpados, voy a daros en conjunto la explicación más amplia que me pedís en una de vuestras cartas precedentes sobre los cuadros de mosaico en vidrio coloreado.

Sabéis lo que son los antiguos mosaicos o cuadros de piedrecitas comunes y de colores naturales. Hay en Dijón, en la rotonda antigua de San Benigno, una pequeña muestra muy grosera que representa unos animales.

Estos trabajos en piedras naturales no pueden nunca ser perfectos, por muy hábil que haya sido el obrero, a causa del defecto de matices inmediatos. Desde el invento del vidrio de color y fundido con metales o minerales se los tiene tan perfectos como se quiere. Por esta clase de pinturas en mosaicos es por lo que la pintura de toda especie se ha renovado en Italia.

Hicieron venir griegos a Venecia para el edificio de San Marcos; han hecho una prodigiosa cantidad de trabajos, todos muy feos, como ya os lo he dicho oportunamente, sin gusto, sin dibujo y

hasta de un colorido insignificante, cortante y desagradable. El poco éxito de estos trabajos, su precio considerable y la manera bella y fácil como se ha trabajado después al fresco y al óleo habían hecho abandonar desde hacía mucho tiempo el género del mosaico; se ha tratado últimamente de volver a él para los cuadros de los altares de San Pedro, que la humedad del lugar ha perdido casi enteramente, por estar esta hermosa iglesia situada en un terreno malsano y pantanoso.

Hicieron, pues, fundir placas planas de vidrio de todos colores y matices, que cortan en especies de cuñas cuadradas, anchas en cada cara de unas cuatro líneas y de dos pulgadas de largas. Se prepara una placa gruesa de piedra de uno o varios pedazos, según el lugar a que la destinan, y rayada en hueco en todos sentidos para retener mejor la capa espesa de mástic con que la embadurnan; hecho esto, teniendo el obrero el cuadro original ante los ojos y las cuñas de vidrio colocadas, según sus matices, como las letras de imprenta en sus cajetines, copia la pintura colocando cuños de vidrio en el mástic.

El trabajo hecho se parece no poco a esos gruesos puntos cuadrados de tapicería a la turca. Se puede comparar también este método de trabajar cuadros al de los obreros de los Gobelinos en los tapices; éstos, lo mismo que los mosaístas, no necesitan saber una palabra de dibujo. Por mi parte, no puedo por menos de asombrarme que sin conocer el dibujo, y aun conociéndolo perfectamente,

unos y otros de estos obreros puedan llegar a copiar fiel y perfectamente los originales en una forma sea igual, sea más grande o más pequeña, *ad libitum*.

Terminados estos grandes cuadros se les pule como un espejo y se quedan tan lisos y brillantes, por desgracia, lo cual es un grave defecto, porque la reflexión de la luz hace que no se les pueda ver a gusto si no es cogiendo una posición adecuada, y aun ahora para disminuir este inconveniente, cuando se trata de piezas de un tamaño muy considerable, hechas para ser vistas desde lejos, no se les pulimenta. Son tan bellas y aun más dejándolas en bruto; el alejamiento borra las desigualdades de la superficie y la pequeña distancia que hay entre las cuñas, que no pueden nunca juntarse sin intersticios. Por esta razón este hermoso método de pintura no es admirable de practicar más que en grande. Se ha querido hacer de este modo retratos y otros pequeños cuadros al alcance de la vista; a pesar del cuidado que se tiene entonces de emplear cuñas muy pequeñas, no me ha parecido nunca que se haya logrado conseguir el resultado.

Ya comprenderéis que la gran ventaja de este método es la belleza de su colorido, al abrigo de toda injuria del aire, y que si por accidente el cuadro llegara a estropearse o a obscurecerse en el porvenir, no habría mas que volverlo a pulimentar. No hay temor de gastar el color; hay una capa tan espesa como lo largo de la cuña. Han ejecutado de esta manera, para los altares de las capillas en San Pedro, la *Petronila*, de Guerchin; el *San Pedro an-*

dando sobre las ondas, de Lanfranc; la *Comunión de San Jerónimo*, del Dominiquino, y algunos otros. Van a trabajar en la *Transfiguración*, de Rafael. En verdad, sería un gasto digno del rey traer a Francia a esos obreros y hacerles trabajar en algunas vastas galerías de Versalles los grandes frescos de Rafael, tales como la *Batalla de Constantino*, el *Incendio del Borgo*, el *Atila*, la *Escuela de Atenas*, el *Heliodoro*, el *San Pedro en prisión* y sus bellos artesonados de *Psique* en la Longara; habría trabajos más bellos que los originales, cuyo color está hoy muy estropeado.

Volviendo a los mosaicos, tratáis quizá de saber cómo se colocan estas masas enormes de cuadros. Deberíais tratar también de saber cómo han quitado los que estaban pintados al fresco sobre la pared, derribando la pared entera sin estropear la pintura. Después de haber hendido la pared a lo largo, adoptan maderos que sirven de marcos por un lado y hacen otro tanto del otro lado, y luego por encima; una vez todo bien encajado, adaptado y apretado con palancas de hierro, lo sostienen en el aire para cortarlo por debajo y para ajustar al cuarto lado del marco. Entonces se quitan y transportan a la vez por medio de máquinas. No está mal entendido, convenid en ello, querido Quintín. Han depositado estos cuadros en unos cobertizos, cerca de San Pedro. Considerándolos en este sitio es como se puede apreciar bien el tamaño terrible de la iglesia; cuando, levantando la cabeza, se ven estos grandes pedazos de pared que llegan

hasta la cúspide del techo puntiagudo del cobertizo; esos cuadros que dentro de la iglesia no eran mas que simples retablos de altar.

Mientras estemos en el capítulo de las mecánicas curiosas en pintura, ¿no me habéis oído decir que contaban en Milán que un artesano de Roma había encontrado el secreto de quitar en una pieza las pinturas de encima de su lienzo y de colocarlas sobre otro? Oía decir esto como una de tantas fábulas ridículas como me cuentan a menudo. Sin embargo, pasa en esto como en los cuentos de ***: se queda uno asombrado de encontrar algunas veces que es verdad. He vuelto a oír hablar de esto aquí; me dijeron que no lo tomara a broma, que no había nada más cierto, y que podía ir a verlo por mí mismo cuando quisiera. Corrí al taller del obrero: es un pobre hombre en una tienda modesta. Le dan un cuadro al óleo cuyo lienzo está podrido; lo pone sobre madera o sobre un lienzo nuevo y os devuelve el viejo; si está pintado sobre madera roída por los gusanos lo vuelve a poner sobre lienzo o sobre una tabla nueva y devuelve la vieja podrida a las gentes que no quieren desperdiciar nada; en el último caso devuelve también la pintura roída por los gusanos. No esperéis de él que la restaure; no sabe lo que es pincel ni pintura. El pedazo que me ha enseñado, cuya mitad estaba sobre lienzo y la otra había quedado sobre madera, me hace pensar que es un brujo. La gente de su vecindad dice que San José, a quien creyéndole un pobre dió una limosna, le ha enseñado este secreto... No me costaría mucho

creerlo; hay en eso algo de brujería. Le he preguntado si sabía transportar los frescos que perecen por humedad; me ha dicho que no, y que no podía operar mas que sobre la pintura al óleo; que aun tratándose de ésta, se hacía pagar cinco veces más si estaba sobre madera que sobre lienzo. Ya comprenderéis cuántos cuadros que están pereciendo se van a salvar por este descubrimiento. Los he visto preciosos en el palacio Panfili, que se pudrían enteramente, según me han dicho, antes que los hubieran vuelto a poner sobre un lienzo nuevo, donde me han parecido bien sanos y enteros. Pero lo más esencial sería encontrar un procedimiento para conservar los frescos, que tienen mucha más importancia y a los cuales no se les puede remediar ni salvarlos cuando están mal colocados. He olvidado informarme si el obrero los mudaba también sobre cobre y sobre mármol. Por el mecanismo del trabajo no dudo, sin embargo, que pueda cambiarlos de sobre toda clase de cuerpos, aun del vidrio, cuando se trata de pintura al óleo, que tiene más consistencia y espesor de lo que se cree y que puede desenrollarse poco a poco. No le he visto operar y no sé si quiere trabajar en presencia de espectadores. Cuando fuí a su casa le encontré ocupado en un cuadrito bastante mediocre, cuyo viejo lienzo estaba a un lado, la pintura a otro y el lienzo nuevo preparado para recibirla. Pero he aquí lo que he oído contar. Pega el cuadro, del lado de la pintura, sobre un cuerpo, sea flexible, sea sólido, con alguna droga cuyo secreto posee; luego embebe por com-

pleto el cuadro con un licor que desprende la pintura de la vieja madera o del viejo lienzo, después de lo cual enrolla con cuidado y paciencia, sea la pintura, sea el viejo lienzo, hasta que la una se desprende por completo del otro. (El amigo Potot, que despega tan bien los sellos de las cartas, haría maravillas en este oficio.) Esto hecho, extiende de nuevo la pintura, aplicándola sobre un lienzo nuevo (impreso o no, esto no me lo ha dicho); luego, mediante un artificio, probablemente poco más o menos semejante, desprende la pintura del cuerpo al cual la había pegado al principio del trabajo para darle más consistencia.

Después de este relato, no me cuesta trabajo comprender por qué no quita los frescos; que no se prestarían fácilmente a semejante mecánica; pero a veces un primer descubrimiento lleva a un segundo. Si alguna vez esto ocurre, entonces sí que me arruinaría en proyectos sobre el Vaticano, sobre el palacio del T., sobre los frescos de Rafael y de Julio Romano.

XLVIII.—A M. DE NEUILLY

Gobierno de Borgoña dado al embajador.—Enfermedad del Papa.—Carreras de caballos.—Frascati. Albano.—Tívoli.

La noticia que sin duda os ocupa hoy mucho en Dijón no hace menos ruido en Roma. Ayer me encontraba cenando en el palacio de Francia en casa

de Mme. Detroy cuando vinieron a decirme, a la una y media de la madrugada, que querían hablarme de parte del señor embajador. Este mensaje urgente me sorprendió a hora semejante. Su secretario, Du Brocard, entró y me dijo, con aire muy triste, que el señor embajador acababa de saber por un correo especial la noticia de la muerte del señor duque, nuestro gobernador; luego añadió, con aire muy alegre, que el Gobierno de Borgoña había sido conferido al duque de Saint-Aignán, y que éste, no dudando del placer que me produciría este reemplazo, le había enviado inmediatamente para buscarme y participármelo.

Hemos ido esta mañana en corporación a cumplimentar a su excelencia. No podéis imaginaros cuán satisfecho está de verse tan bien colocado al salir de aquí y la alegría que le ha causado esta circunstancia de tener en este mismo momento en Roma seis gentileshombres de su Gobierno.

Toda la ciudad ha desfilado por su casa esta mañana; advierto que esta aventura ha súbitamente hecho subir los ánimos del embajador. Estos buenos romanos abren sus ojos grandes como ventanas; los oía decirse entre ellos: «*Cazzo!* ¡La primera pairía del reino! ¡Suceder a un príncipe de la sangre!» Monsieur de Saint-Aignán ha invitado a comer con nosotros a veinticinco o treinta personas de las más consideradas, a las cuales ha ofrecido un magnífico banquete. Acabamos, después que los invitados se han retirado, de conversar con él Legouz y yo. No está todavía muy seguro del asunto; to-

davía no ha recibido su nombramiento de la Corte, sino solamente la carta que el duque de Beauvilliers, su hijo, le ha enviado expresamente por uno de sus servidores, que no ha tardado mas que seis días y veinte horas en hacer el viaje. No tiene el gobierno mas que hasta la mayor edad del príncipe de Condé. Nos ha preguntado lo que podía valer; artículo sobre el cual habría que estar mejor iniciado en los misterios de lo que nosotros lo estamos para poder contestar; es bien sabido lo que debe valer, pero no lo que puede valer. Después de todo, los rumores populares no merecen gran fe; estoy bien persuadido que hay mucha exageración en lo que pretenden que sacaba la Casa de Condé. Por lo demás, estoy también persuadido que el señor duque de Saint-Aignán no tendrá este Gobierno sobre el mismo pie que lo tenía la Casa de Condé; que los ministros que le veían desde hace tanto tiempo entre las manos de los príncipes estarán encantados de tener esta ocasión para meter las narices y querer regirlo a su vez, y que no hay nada a ganar para la provincia en el cambio de gobernador. La Casa de Condé lo consideraba como su patrimonio, y digan lo que quieran ciertos frondistas, es una ventaja para una provincia tener príncipes de la sangre por gobernadores. Por poco crédito que tengan, su rango les da siempre más del que tendría cualquier otro, y considerándolo todo sin parcialidad, su autoridad es con frecuencia más provechosa que perjudicial. El duque de Saint-Aignán me ha sorprendido mucho diciéndome que

se proponía fijar su residencia habitual en Dijón y que le parecía por la carta de su hijo que ésa era también la intención de la Corte. Me ha preguntado si esto no disgustaría a M. De Tavannes y qué casa podría habitar. No comprendo muy bien esto, puesto que no es verosímil ni que quiten el mando a M. De Tavannes ni que dejen juntos en la misma ciudad a un gobernador y a un comandante. Sabéis el efecto de dos soles en un lugar demasiado reducido. Le he contestado que había muchas hermosas casas en nuestra ciudad, pero que sus propietarios las conservaban para ellos mismos; que, sin duda, si la Corte quería que estableciera allí su residencia, le daría la casa real, que habitaba el señor duque en las épocas de Estados, donde tenía dos magníficos aposentos, de representación, pero sin comodidades. Me ha pedido que hiciese traer el plano, para ver desde aquí, en el caso que se la dieran (lo cual mira todavía como inseguro), cómo podría instalarse con toda su familia, puesto que se propone que su hijo y su nuera vayan a vivir con él. Hablaré de esto a Blancey; pero no corre prisa; me satisface que las cosas se aclaren un poco y esperar noticias de Borgoña para saber cómo va todo esto y qué efecto haya producido este gran cambio; así es que no digáis nada a nadie, os lo ruego, de todo el detalle que os refiero aquí. Si no me equivoco, el duque de Saint-Aignán, cuando desea residir en su gobierno, es como los hijos del Zebedeo. No se lo dan mas que para colocarle al terminar su embajada y para que pueda reponer

sus asuntos. Sería el verdadero camino de acabar de arruinarle con el gusto que tienen para la representación y la magnificencia. Los hermosos salones del alojamiento del rey consumirían en leña y en bujías la mitad de las rentas del empleo; por lo demás, creo que se haría querer en Borgoña. Le encontraréis en un acceso frío, bastante preocupado de lo honorífico, afectuoso, amable y espiritual en sociedad; buen hombre, poco activo, circunspecto y aun tímido.

La salud del Papa declina de día en día; no parece que tira muy allá. Vamos, pues, a tener el espectáculo de un conclave, que atraerá aquí muchos franceses. Veremos si esta temporada es tan curiosa en Roma como dicen. Lo será, sin duda, en el caso que los asuntos se despachen muy rápidamente y que podamos ver la exaltación del nuevo Pontífice. Si las cosas van despacio, esta temporada debe de ser triste en Roma, y no creo que podamos esperar el suceso, a menos que las noticias que salgan del conclave no nos ocupen hasta el punto de impedirnos pensar en tomar ninguna resolución. Las deliberaciones no son nuestro fuerte; rara vez nos ponemos a deliberar, y el resultado es siempre que no estamos de acuerdo. Vivimos al día. ¿Creéis que sea posible sacar resoluciones ni decisiones de cuatro cabezas como las nuestras, sobre todo sin añadir las dos noticias venidas que se arrogan el derecho de voz consultiva? He aquí la razón que deseáis saber por la cual no me he marchado ni pienso en marcharme. Hemos casi agotado todos

los objetos de curiosidad; mi opinión era al principio ponernos en camino en seguida. Los que están conmigo y me arrastran quieren ahora alargar la correría; yo mismo me dejo fácilmente seducir, porque es preciso que sepáis que las gentes no son nunca dignas de crédito cuando dicen que se van a marchar de Roma. Se está aquí tan bien, tan tranquilamente; hay tantas cosas que ver y volver a ver, que nunca se acaba.

Además, comienzan a caer, no lluvias, sino torrentes espantosos, y nada indica que quieran tan pronto interrumpir su mala voluntad hacia los viajeros. Bien que me deje arrastrar por la facción predominante en nuestros consejos, no he dejado por eso de sentirme por dentro trabajado por la impaciencia de verme de vuelta en Francia, donde tengo, como sabéis, muchos asuntos de diferentes géneros, en el número de los cuales cuento el placer de volveros a ver, querido amigo, placer que ha llegado a ser para mí, os lo juro, una necesidad.

Figuraos también que no tengo el consuelo de aprovechar actualmente mi estancia aquí para ver mis viejas admiraciones; el tiempo es tan horrible, que apenas si se pueden asomar las narices a la calle, y mucho menos emprender una correría. El interior del Vaticano es tan oscuro, que el divino Rafael está allí en pura pérdida para nuestros ojos. Voy a pasar las veladas en la Opera. A Dios gracias, no nos falta; no hay mas que cuatro a la vez. El buen tono no es escuchar la comedia, sino ir de palco en palco a hacer visitas y charlo-

tear con las damitas, empleo que me gustaría mucho más con las nuestras. Todo el día estoy ocupado en revolver curiosidades de todo género en mi cuarto; Quintín se aprovecha para sacarme eternas descripciones, que no acaban nunca; repaso y comento mis pequeñas observaciones. Hace poco estaba dispuesto, como madame de Sévigné, a esconderme debajo de la cama en cuanto viera mis escribanías; ahora heme aquí vuelto otra vez a emborronar papel de prisa y corriendo; Dios sabe con qué estilo y cuántos bofetones doy a Vaugelas.

La inundación de la campiña de Roma acaba de procurarnos en la ciudad el espectáculo de una pequeña sedición bastante entretenida. Los campesinos de Sabina y del Abruzzo, que hacen venir de ordinario en esta estación para cultivar las tierras desprovistas de habitantes, encontrándose bloqueados por las aguas, se han desparramado por la ciudad en gran número y se han puesto a saquear las tiendas; pero sólo las tiendas de cosas comestibles. La soldadesca ha mostrado su rigor en esta ocasión; han metido presos a los más turbulentos; allí les proporcionan pan: eso es lo que ellos querían; han acantonado a los demás como ha sido posible, a un lado y otro, durante algunos días, mientras las aguas acaban de desaparecer.

Veo que prolongamos nuestra estancia aquí hasta fin del Carnaval. Hay que ver todas las locas alegrías romanas, más espléndidas aún que las de Venecia; así es que no están en todo su lustre más que los ocho últimos días.

Dicen que hacen en la calle del Corso muy hermosas mascaradas a caballo o en grandes carrozas triunfales, desde lo alto de las cuales hacen caer sobre el populacho una lluvia de almendras y de confites secos. Nos prometen también en la misma calle unas carreras de caballos más bonitas que las de ninguna otra parte. El *Stadium* es bastante largo, desde la Puerta del Popolo hasta el palacio de San Marcos. Estos caballos están en pelo y en libertad; el palafrenero que los tiene en la barrera los suelta a la señal que da el juez de campo para la salida. Se lanzan a la carrera entre dos filas de pueblo, que los excita a gritos; los que tienen la experiencia de estas carreras no se dan prisa al principio; corren sencillamente a buen paso, sin fatigarse, hasta cierta distancia de la meta; luego se lanzan a galoppear *sterminatamente*, lanzando coques y cabezadas a diestro y siniestro.

Che son presti a girar como un baleno

para apartar a los otros caballos y hacerse sitio.

*Il ronzin or corre, or trotta;
Poi sotto il petto si caccia la testa;
Giuoca di schiena; e mena calci in frotta.*

El premio del vencedor es ordinariamente una pieza cualquiera de brocado, que le echan encima y con la cual va a mostrarse, relinchando soberbiamente, por las calles.

Basta. Hay que ir también a ver esta *función* del Carnaval. Será, según apariencia, el último retardo en que consentiré, porque querer esperar a

la exaltación del nuevo Papa y el fin de un conclave cuyo principio no se sabe aún cuándo será es una pura quimera. De cualquier manera que salgan las cosas, no parece que este conclave deba ser de poca duración. Es preciso primero un tiempo considerable para reunir a los cardenales extranjeros; además, todavía no se ha hablado de nadie como candidato del pontificado, si no es por rumores en el aire, y aun cuando tuvieran hoy algún fundamento, el resultado de esta clase de asambleas es casi siempre tan diferente de lo que el comienzo parecía prometer, que, a menos de haber conversado mano a mano con el Espíritu Santo, sería locura aventurar conjeturas: *el espíritu sopla donde quiere; pero no se sabe de dónde viene ni a dónde va.*

Hemos hecho, mucho antes de la mala estación, la visita a las célebres casas de campo de los alrededores de Roma. Me ocupaba mucho más en pasearme y en divertirme con los surtidores de agua que en tomar apuntes en mi cuaderno, y aun las pocas notas que apuntaba han sido miserablemente mojadas y borradas en medio de las travesuras de escolares que nos vino en gana hacer en las fuentes secretas. Así es que no sacaréis de mí aclaraciones muy detalladas sobre lo que me habéis preguntado acerca de esto. Este viaje es agradable, pero menos de lo que dicen. Es preciso siempre atravesar esta desolada campiña de Roma, donde no se perciben otros objetos satisfactorios que las ruinas de los antiguos acue-

ductos, de que ya os he hablado en otra parte. Alaban mucho las vistas de Frascati y de Tívoli; no puedo admirarlas tanto como hubiera querido; verdaderamente están muy extendidas sobre la campiña, hasta cerca del mar, yendo desde Ostia a la antigua *Pomptina Palus*; sería admirable si esta campiña estuviese adornada, edificada y poblada como debiera estarlo. ¿Pero qué es una vista dilatada sobre una llanura desierta? Y la ciudad de Roma, que se divisa en la lejanía, se encuentra a demasiada distancia para formar un cuadro bien marcado en estos aspectos. Las casas de campo de Tívoli y de Frascati estaban sin duda mejor cuidadas en tiempos anteriores y mejor amuebladas que hoy; exceptúo dos o tres muy hermosas que valen la pena de hablaros de ellas más extensamente en próxima ocasión.

La mayor parte de las otras están bastante descuidadas, así como los jardines, que no están muy limpios, cosa bastante común en Italia. Sin embargo, su gran número hace de la pequeña villa de Frascati un lugar muy agradable; sobre todo las aguas son muy abundantes, claras, limpias, magníficas en algunos sitios, encantadoras en todas partes.

Fuimos primero a Grotta Ferratta, antiguamente el *Tusculum* de Cicerón, al cual unos frailes griegos de la Orden de San Basilio han indignamente sucedido. La iglesia merece ser vista; hay buenos frescos del Dominiquino, representando la *Historia de San Nilo*, donde está la figura notable de

la Frascatina. Hay también pinturas de Aníbal Carrachio. Cerca de este lugar, algunas ruinas de la casa de Lúculo. El Belvedere Aldobrandini de los Panfili, el Mondragone de los Borghese y la villa de Ludovisi son los tres jardines más bellos de Frascati. Hay otros cinco o seis bastante bonitos, si estuvieran bien cuidados, pero muy inferiores a estos tres, cuyas casas son hermosas, los jardines vastos, con aire puro y bien plantados, y sobre todo las aguas maravillosas. El Belvedere y el parque Ludovisi son dos montañas recortadas en terrazas cubiertas de verde, de grutas y de soberbias cascadas.

El gran surtidor de agua del Belvedere, poco más o menos como el de Saint-Cloud, según me ha parecido, es una de las cosas más bellas que pueden verse en el mundo en este género. Lanza con un ruido espantoso, por unas tuberías practicadas ex profeso, agua y aire entremezclados que producen una perpetua trepidación. Hay muchos otros surtidores más pequeños, la mayor parte muy bonitos. La colina de Belvedere está tallada en tres pisos, adornada con grutas y fachadas en arquitectura rústica guarnecidas de cascadas de agua brillantes. La gran cascada está coronada por colinas acanaladas retorcidas, por las cuales el agua circula en línea espiral. La cascada de Ludovisi, sobre la que hay una plataforma con una vasta pila en forma de haz, es todavía más hermosa, por lo menos en cuanto recuerdo; pero ni esta casa ni el jardín valen tanto como los del Aldobrandini. Las

largas fachadas de grutas en pórticos, nichos, columnas de agua y estatuas son muy hermosas en las dos casas. En esta última, sobre el pie de la colina, un hermoso edificio de la arquitectura de Jacques della Porta. Las avenidas de abajo están guarnecidas de naranjos y de empalizadas de laureles, de terrazas en graderías, de balaustradas cargadas de vasijas llenas de mirtos y de granados.

La fachada del edificio tiene dos alas, que vuelven sobre sí mismas y en forma de grutas. En una hay un centauro tocando el cuerno de caza; en la otra, un fauno tocando la flauta por medio de ciertas cañerías que llevan el aire a estos instrumentos; pero es una música deplorable. Estos dos señores necesitarían volver algún tiempo a la escuela, así como las *Nueve Musas* que se ven con su maestro *Apolo* en una sala vecina, ejecutando sobre el monte Parnaso un mezquino concierto por el mismo artificio. Esta invención me pareció pueril y sin gracia. Nada hay más frío que ver nueve criaturas de piedra pintarrajeadas de color hacer una triste música sin soplar ni moverse. Me gusta más ver el caballo *Pegaso*, que allí cerca hace brotar de una patada la fuente Hipocrene; pero con tal que estas princesas y los pájaros que las acompañan no se tomen el trabajo de atronar los oídos a los asistentes, este salón debe de ser muy agradable en verano; canales practicados debajo del pavimento llevan el aire que entra con bastante fuerza para sostener en vilo una bola de madera ligera. Por esta vez no necesitábamos refrescarnos, habiendo

ya tomado una ducha suficiente de pies a cabeza. La ceremonia había comenzado en Mondragone en torno de una pila *polypriapa*, es decir, cuyo borde está guarnecido alrededor de chorros de agua en tubos de cuero más gruesos que la pierna, armados en la extremidad de una especie de regadera de cobre; estaban inclinados negligentemente, en un estado de reposo, cuando, habiéndose abierto el grifo y el aire empujado por el agua principiado a hinchar sus cuerpos cavernosos, estos lindos señores empezaron a hincharse poco a poco de una manera bastante curiosa, y a *mear incesantemente agua fresca*, como dice Rabelais. Migieu, que no habríais creído ser el más travieso de la tropa, se armó con una de estas mangas de riego, que asestó a la cara del buen Lacurne; éste no se quedó atrás; una broma tan divertida se hizo pronto general, y no acabó hasta que no estuvimos todos inundados hasta los huesos durante media hora. La estación de invierno no os parecerá la más apropiada para este entretenimiento; pero, en verdad, aquel día hacía un tiempo bastante suave y tan hermoso, que no se podía resistir a la tentación de tomar un baño. Fuimos a cambiar de ropa interior y de traje a nuestra posada, y he aquí lo que salimos ganando; estábamos sentados muy inocentemente sobre unas losas del Belvedere, para oír al centauro tocar su cuerno, sin haber observado un centenar de traidores tubitos distribuídos entre las juntas de piedra, que de repente vaciaron sobre nosotros el agua en arcadas. Desde allí, no tenien-

do ya nada con que mudarnos, puesto que habíamos agotado el fondo de nuestras maletas después de la escena de Mondragone, entramos con intrepidez en los lugares más mojantes del palacio, donde pasamos el resto de la velada en semejantes entretenimientos. Hay sobre todo una excelente pequeña escalera de mármol, en la cual en cuanto uno pone el pie salen los chorros de agua, cruzándose en todos sentidos, de arriba abajo y por los lados. Allí queda uno cogido sin poder remediarlo: *non c'e rimedio*.

Encima de esta escalera fuimos vengados de Legouz, que nos había procurado el chaparrón del Belvedere. Quiso dar vuelta a un grifo para lanzarnos agua; este grifo está hecho a propósito para embromar a los bromistas; lanzó a Legouz con una rigidez espantosa un torrente grueso como el brazo y dirigido rectamente a la barriga. Legouz echó a correr como un diablo con los calzones llenos de agua, que le chorreaba por los zapatos. Nos reímos hasta caernos al suelo, y aquello fué el final de la escena. Pero el retorno no fué tan divertido como los maitines; tuvimos que quedarnos desnudos, envueltos en batas, y comer una mala cena, mientras secaban las camisas y las ropas. Frascati es un lugar de sombra deliciosa, pero donde se comé muy mal. Migieu y Sainte-Palaye endulzaban sus miserias comiéndose cada uno dos o tres libras de turrón amasado con miel que habían comprado en la esquina de una calle. Quise probarlo; es una cosa detestable si la hubo nunca. En cuanto a ellos,

lo encontraban exquisito, y poco les faltó para reventar de dolores de tripa toda la noche.

¡Mondragone es la casa más hermosa de este lugar. Los Borghese vienen a pasar en ella la buena estación y hacen grandes gastos. El castillo está sobre una altura; los antepatios forman terrazas abovedadas por debajo, donde están los cuartos de los criados y las cocinas subterráneas, cuyos tubos de chimenea, hechos como lindos minarettes o columnas rústicas con collares, salen de la tierra a lo largo de las terrazas y hacen un adorno muy lejos de ser un defecto. No era posible practicar estos tubos de chimenea de una manera más agradable. Este antepatio está revestido en arquitectura, guardado de balaustradas y decorado en medio con una bella fuente en tazón.

El castillo es grande, bien amueblado, adornado con un teatro, una larga galería de estatuas y de pinturas de los mejores maestros, tales como el *Orfeo*, el *Polifemo*, de Lanfranc; *La Cena*, de Alberto Dure-ro; una cabeza colosal antigua de *Antinoo*, etc. Hay también en el Belvedere buenas pinturas del Dominiquino y del caballero de Arpino. Había tomado apuntes de todo; pero ha perecido en la inundación de esta fatal naumaquia o, por lo menos, se ha borrado de tal manera que no se puede leer; tanto es que M. De Quintín tendrá que pasarse sin ello, a menos que vuelva otra vez a aquel lugar.

Los jardines del castillo no son grandes, pero sí agradables y cuidados con esmero; la gruta, en pórtico cintrado, adornado de estatuas, en el ex-

tremo del parterre, es una muy linda pieza de arquitectura por Vignolo.

Detrás del Frascati tenéis algunos objetos dignos de notarse; la casa de campo de Catón, hoy Monte Porzio; la antigua villa de Gabias, destruída por Tarquino, hoy la *Colonna*; el lago Régilo, famoso por el triunfo de la batalla de la cual Cástor y Pólux llevaron la primera noticia a Roma (lo cual fué muy honroso por parte suya); la villa de Palestina, antiguamente Preneste, adonde todavía no he ido, y quiero ir a visitar las ruinas de ese hermoso templo de la *Fortuna Prenestina*; entonces os hablaré de ello.

Encima de Mondragone, la ermita de los Camaldulenses, donde el cardenal Passionei vivía en un retiro tan piadoso y tan exacto cuando fuimos, que no pudimos tener el honor de verle; *Ad caput Feroniae* donde los antiguos pueblos del Lacio celebraban su asamblea general; Monte Cavo (1), donde estaba en la antigüedad el famoso templo de Júpiter Latial, donde se indicaban las ferias latinas..., etc. Notad aún en el Belvedere la fuente del León y la de Atlas.

Otra vez nos fuimos a Castel Gandolfo, cerca del campo del Papa; es un edificio muy común; los muebles y los jardines, en proporción. Vimos al pasar el emplazamiento de las Bouvillas (2), po

(1) Monte-Laziale.

(2) En latín, *Bobellas* o *Bovillac*, hoy Boville, situada a doce millas de Roma, en el camino de Albano, cerca de la ruta que conduce a Anzio, Nettuno, etc. Las ruinas de *Bovillae* no han sido descubiertas hasta en 1823.

blacho antiguo, que fué uno de los arrabales de Roma. Allí es donde Milón, yendo a Lanuvium, su patria, de la cual era dictador, encontró a Clodios que volvía a caballo de Aricia, y le hizo matar por sus esclavos; en verdad, esto no fué mas que un encuentro fortuito, sin propósito por parte de ninguno de los dos. El lago Albano, rodeado por todas partes de rocas, a lo largo de las cuales nuestro querido Ascagne había edificado Alba la Larga, de la que bien comprenderéis que no queda hoy la más mínima huella... Las bóvedas y canales practicados debajo de las rocas por los antiguos romanos para llevar el agua del lago a la llanura... El bonito *Lago di Nemi*, antiguamente *Speculum Dianae* ... *Cynthianum* (Genzano), donde crece en abundancia un licor amarillento, soso y dulzón, al cual han dado mal a propósito el nombre de vino; sin embargo, es muy renombrado. No es éste el *vinum generosum* de los antiguos romanos; pero, en razón geométrica, los modernos romanos son a los antiguos como el Genzano es al vino de Falerno. La pequeña villa de Albano, antiguamente villa Pompeii; Ariccia, antiguamente *Aricia*; *Lanuvium*, hoy Civita Lavinia; la antigua fortaleza de los Albanos, hoy Monte Savelli... Las ruinas de un palacio de Domicianos, el anfiteatro Castrense y el *Castrum Praetorium*, del mismo emperador; la tumba de los Horacios y de los Curiáceos; y bastante lejos de allí, tirando del lado de Roma, el sitio donde pretenden que se batieron. Se divisa desde las alturas del Albano la montaña y promontorio de Circe...

Anzio, Nettuno, Ardea, capital del reino de Turnus; la ciudadela de Laurentum (1), del buen rey Latinus; Lavinia, hoy Pratica, que era sin duda la casa de recreo de la infanta Lavinia. Todos estos lugares no son mas que pequeñas aldeas y no eran, me figuro, nada mejor antiguamente. No me hago aún más grande idea de esos reinos célebres de Turnus y de Latinus que de una de nuestras tierras de cinco o seis mil libras de renta; el mentir de las estrellas es muy seguro mentir; los señores poetas nos las hacen tragar buenas en este respecto, y para hablaros sin disimulo, me represento a estos antiguos pueblos de Italia, Rutulos, Latinos, Siculos y otros, poco más o menos como esas pequeñas naciones salvajes del Paraguay en América. Si todo lo que vimos en esta jornada no es ahora muy curioso por sí mismo, lo es por lo menos por el recuerdo de los antiguos sucesos que rememora al espíritu y por la reputación que les han dado excelentes escritores.

Fuí solo el otro día a Tívoli, el antiguo *Tibur*. Mis compañeros son unos rezagados que en fuerza de retraso se márcharán sin haberlo visto. Tengo algunas curiosidades que enseñaros no lejos del camino.

¿No veis, un poco más allá del *Soracte*, al dios de los bosques, de vuelta de Arcadia, correr con sus pies de cabra para llegar a su albergue, cerca de la casa de campo de Horacio? ¿Qué decís de este

(1) Monsieur De Boustetten cree que la villa de Laurentum ocupaba el emplazamiento donde está hoy la *Selva Laurentina*.

manantial, más claro que el cristal, al pie de la montaña?

Más acá del Lucretilo está el riachuelo de Allia y el campo de batalla en el que los galos dieron tan fenomenal paliza a los romanos. No veía todo esto muy distintamente por hallarme demasiado lejos; pero ya lo sospechaba, y esta idea me divertía en mi soledad en el coche. Llegué muy oportunamente a Tívoli, cuando trabajaban en deshacer todos los surtidores de agua del jardín de Este para limpiar las cañerías. No queriendo haber hecho un viaje en balde ni volver otra vez, distribuí cuatro cequíes entre una porción de obreros, que en menos de dos horas volvieron a poner todo en su sitio. Durante el intervalo fuí a pasearme sobre el puente y a ver la cascada de Teverone, antiguamente el Anio (1), cuya agua rápida se precipita desde mediana altura sobre un montón de rocas puntiagudas, donde cae hecho polvo y rebrota en un millón de perlas brillantes. Una parte del riachuelo va desde allí a romperse de nuevo en lo hondo contra las rocas; la otra se abisma en las hendeduras de las piedras debajo de las casas, desde donde se le ve subir de nuevo y caer otra vez en la llanura, formando varias pequeñas cascadas. Aunque esta caída de agua no sea elevada, la disposición de las rocas y la facilidad de considerar la cascada cómodamente de

(1) El monte Catillo ha sido perforado por dos galerías, en las cuales han echado el Anio, en septiembre de 1835. Este gasto ha sido hecho para salvar el templo de la Sibila, que el Anio no habría dejado subsistir otros cincuenta años.

todos lados hace el efecto más agradable y más recreativo que ninguna otra que yo haya nunca visto. No se puede encontrar nada más divertido que este lugar, al cual el templo de la pretendida Sibila Albunea da un nuevo adorno.

Este pequeño templo, levantado sobre una punta de roca, no es mas que una especie de cilindro hueco o torre bastante pequeña, al cual el círculo de columnas corintias acanaladas que le rodea da el diámetro conveniente. La columnata lleva su entablamento y su cornisa; al frente reina una pequeña terraza, bonita a más no poder. Hay que poner estos antiguos con la *Madonna del Sole* y el templo de *Minerva Médica*. Es lástima que falte aquí una parte de las columnas. ¿Por qué no restaurar este precioso antiguo? El gasto no sería grande. Vignole ha pretendido imitarlo en la pequeña cúpula que ha hecho encima del Janículo, cerca de San Pedro *in Montorio*; pero el edificio moderno, aunque bonito, no vale lo que el antiguo. Notad en la plaza de Tívoli dos estatuas egipcias, de granito rojo y negro, y la vista de las pequeñas cascadas; cerca de la puerta que va a Roma, las ruinas de la hermosa casa de Mecenas. Un poco más allá estaban antiguamente la de Salustio, la de Cátulo y la de Horacio, diferente de otra sobre el monte Lucretile, de que os hablaba hace poco.

Volvamos a los jardines de Este. No hay otros que ver aquí. Pero si no estuvieran tan mal cuidados superarían a todos los de Frascati en tamaño y en magnificencia, sobre todo por la abundan-

cia de agua. La situación no podía ser más ventajosa para hacer lo que se quería; los jardines están al pie de la montaña, y como el río corre por encima no han tenido más trabajo que hacer una sangría en el lecho del Teverone para traer el agua por cañerías de arriba abajo. Este lugar pertenece al duque de Módena, que lo tenía completamente abandonado; los jardines, los pórticos de verdura, los bosques, los parterres en pendiente y en terrazas están completamente en barbecho y cayéndose en ruinas.

La casa no estaría mal si no estuviera en ruinas y sin ningún mueble; de suerte que no queda nada que ver aquí mas que las fuentes; así es que hay tal número, que no quisiera apostar por menos de un millar. Me han dado lo bastante por mis cuatro cequíes, y no tengo que sentir mi dinero. Sería de desear únicamente que de estas mil fuentes quisieran suprimir más de novecientas, que no son mas que mezquinos chorros de agua, meras naderías y verdaderos juguetes de niños, y reunir las a las grandes fuentes, que son de una admirable belleza. En el número de estas últimas está el gran canal sobre una terraza bordeada por dos filas de surtidores de agua dispuestos en hilera, como veis los árboles plantados en las avenidas, a lo largo de los canales. En el extremo de esta terraza, del lado de la ciudad, la bella fuente del Pegaso y el pórtico adornado con colosos, por donde las aguas entran en el jardín formando una sábana de una altura y de una anchura sorprendente. Esta pieza de

agua, la más bella del jardín, es también sin disputa una de las más bellas que sea posible encontrar en cualquier sitio. En lugar de practicar en el otro extremo de la terraza alguna cosa equivalente han tenido la ocurrencia de construir una especie de teatro, llamado *Roma antica*. Se ve allí una estatua bastante buena de mármol griego, de *Roma armada*, rodeada de toda clase de pequeños edificios antiguos, de unos cuantos codos de alto: arco de Constantino, Panteón, templo de Faustina, columna Trajana, obeliscos, circos, etc., y de una estatua del *Tiber* vertiendo agua de un jarrón. Figuraos un pequeño menaje de niños, o las cinco caperucitas que el sastre de Sancho llevaba en las puntas de los dedos. Sale de todos estos minúsculos edificios un centenar de menudos hilos de agua, como si hubiese alguna relación entre una fuente y el Panteón; de suerte que toda esta pieza no es menos pueril que de gusto extraño. Me da rabia cuando veo semejantes paparruchas en medio de tantas bellas cosas. Debajo de este teatro hay otro bosquecillo de instrumentos de viento, de pájaros que mueven las alas y cantan con un tono ronco por medio de cañerías de aire y de agua, y otros cuadros movientes. Es, poco más o menos, como en los cuentos de hadas, que sabéis que cuentan a los niños pequeños; la manzana que canta, el agua que baila y el pajarito que todo lo habla. No hay que deteneros aquí más tiempo; prefiero llevaros a ver otras buenas piezas, como la Giranda, la Gerbe, el estanque de los Dragones, la fuente de Baco, la

del Tritón, la de Aretusa, la gruta de Venus, la de la Sibila, etc. Ved también algunas estatuas: un *Baco*, *Melicarte*, los riachuelos *Anio* y *Albulas*.

Me preguntáis, amigo mío, si todas las aguas tan ponderadas de los jardines de Italia valen más que las de Versalles. No, seguramente; ya veis que hay aquí un gran número de fuentes que no son mas que pequeñas minucias. En Versalles todo es en grande, todo tiene un carácter de magnificencia, que era el sello especial de Luis XIV; no hay nada pequeño mas que las Fábulas de Esopo en el Laberinto, y eso que están mucho más agradablemente ejecutadas que lo que se ha hecho aquí. Tenemos aquí algunas piezas soberbias, tales como la cascada Ludovisi, la alta Giranda del Belvedere, de Aldobrandini; la sábana del Tívoli; pero ¡cuántas de estas piezas no se ven reunidas en los jardines de Versalles! Latona, el Neptuno, el Gran Haz, el prodigioso Encelado, la alta Giranda en un nicho de verdura cerca de los baños de Apolo; las Tres Fuentes, el Teatro de Aguas, la Columnata, el estanque del Dragón, etc.

Hay que reconocer, sin embargo, que las aguas del Tíber y del Frascati son claras y limpias y que las de Versalles son muy defectuosas en este respecto, lo que hace una enorme diferencia.

Al salir del Tívoli se encuentra, a la derecha del Teverone, las canteras de piedra *Travertina* (por corrupción de *Tiburtinas*), con las que están contruídos los principales edificios de Roma. Esta piedra es de un excelente servicio; se alza en gruesos

bloques de un color bastante agradable, duros y agujereados como nuestras piedras de molino. El arroyo que sale de esta cantera acarrea residuos pedregosos, y las briznas de paja o de corteza que dejan en remojo en estos residuos mojados se cargan en poco tiempo de una sal cristalina; los ponen en cajas de bombones a guisa de canutos de canela confitada con azúcar brillante.

El lago de las islas flotantes se ve en el mismo sitio; es un pequeño estanque de agua sulfurosa y fangosa, que, burbujeando fácilmente, levanta el fango del fondo y lo adhiere a las plantas acuáticas de la superficie. Se han formado así algunos islotes flotantes o céspedes ligeros, retenidos en la superficie por las raíces de los juncos, sobre los cuales los campesinos se suben y navegan por gusto; es poca cosa.

A la izquierda del Teverone se ven las ruinas, dignas de consideración, de la vasta casa de campo de Adriano. Este príncipe, que amaba a Atenas y se ufanaba de la filosofía griega quizá más de lo que convenía a un emperador romano, había hecho construir en este lugar diversos edificios al estilo antiguo, relativos a sus ideas favoritas: una Academia, un Pórtico, un Liceo, un Printaneo, un valle del Tampe, un Poecilo, un Canope a la egipcia; todo ello embellecido con grandes bosquecillos, hermosas fuentes y una biblioteca digna de mención. Ligorio (Pirro) ha visitado con atención las arcaicas y casucas que quedan para dar un plano detallado del conjunto. Se encuentran diariamente

estatuas antiguas de gran precio; una parte de lo que reúnen en el Capitolio, en el palacio de los Conservadores, procede de este lugar. El cardenal De Polignac ha encontrado también una parte de las estatuas que tiene ahora en París. Los jesuítas, a quienes pertenece el Canope, han sacado muchos pedazos egipcios. Ya os he hablado de los dos *Centauros*, de Furietti, y de ese suelo de mármol en mosaico del gabinete de Adriano, con el cual han hecho unas mesas.

Vuelvo a Roma atravesando otra vez el Teverone, sobre el puente Mammolo, construído antaño por orden de Julia Mamaea, abuela del emperador Alejandro Severo.

No me queda más que contestaros acerca del famoso castillo de Caprarola, obra maestra del arquitecto Vignole, el más singular y más hermoso de toda Italia; lo que no dejaré de hacer, amigo mío, en cuanto lo haya visto.

XLIX.—A M. DE QUINTIN

Continuación de la estancia en Roma.

Para nuestra sexta y última jornada, mi querido Quintín, detengámonos aquí en la plazoleta de las Cuatro Fuentes. ¿Qué hay mejor entendido que este cruce con ángulos rectos de cuatro calles tiradas a cordel, que dan por todos lados una fila que se pierde de vista, desde la Trinidad del Monte

hasta Santa María la Mayor y desde la Puerta Pía hasta Monte Cavallo? Esto es lo que entienden mucho mejor aquí que en París, donde no se atiende bastante a ampliar los aspectos y a procurar puntos de vista. Quisiera yo que en toda ciudad que hay el propósito de hacer magnífica se hicieran todos los embellecimientos en el mismo barrio hasta que estuviera completamente adornado; luego se pasaría al barrio vecino. Cuando los bellos trabajos están dispersos a un lado y a otro en una gran ciudad, con frecuencia se encuentran ahogados en feos alrededores y la ciudad no parece bella.

Los ángulos de la plazoleta están como doblados y forman cuatro lindas fuentes, adornadas con estatuas en hornacinas. Esta plazoleta está también hermoseedada con varias lindas pequeñas iglesias, tales como San Carlos y Santa Ana, bien adornadas por dentro; pero no os detengo aquí, advirtiéndole que querriais tener tantos ojos como Argos para emplearos todos en considerar por fuera y por dentro el pequeño San Andrés del Noviciado de los Jesuitas, que es una obra maestra de miniatura y de buen gusto; San Pedro, en lo grande y lo soberbio; los Cartujos, en lo simple y el sublime; el Noviciado, en lo pequeño y lo lindo; he aquí, a mi gusto, *gli tre capi d'opera* de este país. La iglesia es oval, así como su cúpula, sostenida por columnas acanaladas de mármol precioso, con pavimento exquisito de mármol en mosaico de flores; estucos dorados de oro brillante; pinturas modernas de Carlos Maratte, de Chiari, de Brandi y otros; in-

crustaciones de piedras preciosas; todo es de un brillo y de un gusto delicioso. También es aquí donde admiro el Bernini; el bienaventurado *Estanislao Kostka* tiene una excelente estatua de Legros, y los pequeños novicios, sus compañeros, un lindísimo jardín *per passegiar*.

No os dejéis engañar por los dos enormes caballos de mármol de la plaza de Monte Cavallo (1), ni tampoco por los dos caballerizos que los sujetan, aunque leáis en los pedestales: *Opus Phidiae, opus Praxitelis*; porque yo aseguro que estos dos palafrenes tan desconocidos no han sido nunca cuidados por las manos de estos ilustres escultores. Tal como son, hacen un buen efecto, así como la fuente que los acompaña en la plaza delante del palacio. Entremos y rendiréis homenaje a Su Santidad; pero os veréis privado del honor de besar su sandalia, por la razón que ya os he dicho. Siempre ha residido en este palacio; desde su reinado, el Vaticano está desierto. En efecto, aparte que el de Monte Cavallo esté mejor situado, tiene mejores aires, parece más cómodo y más habitable, los grandes edificios que le rodean sirven de alojamiento a la servidumbre y a sus oficiales. Aunque menos grande que el Vaticano, no deja de ser muy vasto.

(1) El estado de las cosas no es el mismo ahora. El 8 de noviembre de 1783 el arquitecto Antinori, bajo el pontificado de Pío VI, hizo volver estos dos grupos, uno a derecha y otro a izquierda, para aumentar el efecto. También fué Antinori quien por orden de Pío VI colocó en enero de 1787 en medio de estos dos grupos el obelisco egipcio que hay allí; una hermosa fuente al pie de las estatuas completa felizmente este conjunto de monumento.

El patio es muy grande, rodeado de pórticos; la escalera, ancha y hermosa. Todo el edificio es simple y poco adornado, así como las habitaciones interiores, vastas en verdad, y en largas filas, pero desprovistas de decorado y amuebladas sencillamente en damasco carmesí nada nuevo. Aunque hay muchas pinturas, parecen poco numerosas en un sitio tan espacioso; por lo demás, las que atraen al espectador no son muchas en número; en una palabra, lo que tenéis que ver de más curioso aquí es la persona del santo hombre, que os recibirá en el lecho con mucha bondad.

Los jardines son grandes y bastante hermosos; me gustan menos, sin embargo, que los del Belvedere. Se encuentran numerosas fuentes, y en un salón en mosaico un *Monte Parnaso*, donde las nueve hermanas y el jefe Apolo, con la lira en la mano, dan cuando quieren un concierto por medio del agua; pero el concierto no vale gran cosa. La estatua de Vaucanson toca mucho mejor la flauta que estas dichosas princesas.

El suelo del palacio está muy escarpado por un lado, lo que junto a una gruesa torre, suizos, soldados de caballería, guardias de a pie y a caballo que le rodean le da un aire de fortaleza. Estas tropas están muy bien vestidas y tienen buen aspecto; se verían muy apuradas para decirnos si tienen valor militar, no habiendo jamás visto otro fuego que el de la noche de San Juan; el sol y la lluvia son sus enemigos ordinarios, ante los cuales echan a correr. En cuanto uno u otra aparecen,

dejan su puesto y corren a juntarse bajo un cuerpo de guardia cubierto. Su campaña de fatiga es montar la guardia a la puerta de la Opera. Por lo demás, los oficiales tienen buenos sueldos; así es que su oficio bien vale el de canónigo, puesto que no tienen que leer el breviario.

El palacio de la Consulta, que habita nuestro amigo el cardenal Passionei, en su calidad de secretario de Estado de los Breves, es un nuevo edificio construído por orden del Papa reinante. El caballero Fuga es el arquitecto. Es una vasta fachada de un gran gusto, con dos órdenes de pilastras, uno semirrústico, otro jónico, coronada por un ático en las ventanas del entresuelo y una alta balaustrada todo a lo largo del techado. Hay en este ático una fila de consolas soportando la cornisa que me agrada infinitamente. Las puertas, en columnas y pilastras, están adornadas de trofeos de armas y estatuas yacentes sobre los tímpanos.

En este palacio tiene el cardenal su biblioteca, compuesta de libros raros bien acondicionados y limpiamente encuadernados, como en Francia; artículo que hay que notar en este país, donde no se acostumbra los gastos de encuadernación. Se propone dejarla a su muerte al Vaticano.

Antes de abandonar la plaza de Monte Cavallo no olvidemos entrar en la galería de la casa Rospigliosi para ver el hermoso artesonado del Guido representando la *Aurora*, con sus dedos de rosa, precediendo al carro del Sol, rodeado por las doce Horas, que caminan agarradas por las manos, y

precedida ella misma por un geniecillo que lleva una antorcha que ilumina el crepúsculo, o, si queréis, la bella estrella matutina. Nada mejor inventado, más gracioso, más ligero ni mejor dibujado: es un *incanto*. No sé, sin embargo, si no me gustaría por lo menos tanto la *Aurora* de Guerchin, que ya os he hecho ver, en la villa Ludovisi, en una de mis cartas precedentes; está mucho mejor pintada que ésta. El Rospigliosi tiene aún diversos buenos cuadros de los grandes maestros, que vuestra señoría hará muy bien en no descuidar.

Henos aquí en el barrio de Bagnanapoli o Magnanapoli, palabra corrompida de *Balneae Pauli*. Estos baños de Pablo Emilio están en semicírculo, a modo de teatro o semicírculo. El antiguo *Forum Nervae* no está lejos de allí; quedan algunas columnas de este edificio, sin una porción de entablamentos cuyo friso y cornisa están muy adornados.

También está cerca de allí el *Forum Palladium*, escuela dedicada a Minerva, donde se instruía a las jóvenes doncellas en los trabajos propios de su sexo. Los ejercicios de esta especie están esculpidos en bajorrelieves sobre un antiguo friso.

Podemos dar una paseo hasta la casa de recreo de los Panfili, bastante desierta y descuidada, que parece haber sido bonita y bien adornada en tiempos de los Aldobrandini, a quienes pertenecía. Allí es donde se ve, encima de una puerta, en un cuarto deshabitado, la famosa *Boda Aldobrandina*, de la que os he hablado suficientemente. Es muy digna de estar colocada en un lugar más honorable. Es

preciso que estos Panfili no sean ricos; esta casa, donde viven habitualmente, tiene un aspecto muy endeblucho. Contiene, sin embargo, diversas cosas preciosas, algunos antiguos, entre otros un bonito *Fauno*, y famosas pinturas, tales como el retrato de la reina Juana, por Leonardo de Vinci; los retratos de dos jurisconsultos, por Rafael, pintados de un modo seductor y obra bella hasta lo indecible; la *Bacanal*, del Ticiano, la *Psique*, del Carrachio, etc.

Si desde aquí queréis seguir mi agenda, como yo he hecho, iréis subiendo por la Puerta Pía a pasearos a la villa de la señora Patrizzi, y veréis una puerta muy alabada en la villa Costaguti, edificada por Miguel Angel y que no os parecerá demasiado maravilla. En verdad hace un día admirable; continuemos nuestro paseo hasta Santa Inés. Si el viaje que habéis hecho conmigo a las Catacumbas de Nápoles no ha agotado vuestra curiosidad sobre este artículo, podríais ver aquí la capital de las catacumbas de toda la cristiandad. Los mártires, los confesores y las vírgenes pululan por todas partes. Cuando se tiene necesidad de alguna reliquia en países extranjeros, el Papa no tiene mas que bajar aquí y gritar: «¿Quién de vosotros quiere ir a ser santo a Polonia?» Entonces, siempre se encuentran algún muerto de buena voluntad que se levanta y se va. Es una vergüenza que entre tantas gentes enterradas aquí ninguna estuviera tan magníficamente alojada como un infeliz pagano que yacía en este renombrado sepulcro de

pórfido de una sola pieza esculpida por fuera con bajorrelieves de ornamentos, orlas, animales y niños que cogen racimos de uvas. La tapa, con orlas y adornada con mascarones, es también una sola pieza. Esta pieza de pórfido que se ve en Santa Constanza es muy admirada a causa de la dificultad que ha habido para tallar en ella bajorrelieves, y es precisamente a causa de los bajorrelieves por lo que no le doy gran importancia, porque carecen de delicadeza y están mal concluidos. Es locura querer esculpir una piedra tan dura y tomarse tanto trabajo para hacer una obra mediocre; el sepulcro de Agripina, en pórfido unido, es mucho más bello que éste.

Santa Constanza, en otros tiempos templo de Baco, y detrás de Santa Inés, tiene una bóveda redonda, adornada con una doble fila de columnas jónicas de granito y con un resto de fresco antiguo, representando pámpanos. Cerca de allí algunos restos de su antiguo teatro. La estatua en mármol de Santa Inés, en la iglesia de este nombre, está vestida de alabastro; es bella y curiosa. En favor del nombre de Santa Inés bendicen allí los corderitos con cuya lana el Papa manda hacer los *pallium*. Los dan a criar a ciertas religiosas, que los cuidan tanto como las visitandinas de Nevers a sus papagayos. A pesar de esto, los *pallium* serán muy raros este año, porque las pobres bestias han muerto de la glosopeda.

Dad a lo largo de las fortificaciones la vuelta al antiguo *Castrum Praetonium*, que os aburrirá

mucho si se os hace tan largo como a mí. Volviendo a entrar por la puerta Esquilina de San Lorenzo, seréis recompensado con la vista de los largos restos de acueductos *dell acua felice*. Se encuentra este barrio lleno de diferentes *ville* o *vigne*, de que se podría hacer algo hermoso si estuvieran mejor cuidadas; voy algunas veces a tomar el fresco de la mañana y a leer paseándome. Es preciso que no haya encontrado mas que pocas cosas dignas de notar, porque no he apuntado apenas nada de lo que les concierne en mi agenda.

La villa Montalto tiene un recinto muy extenso y quizá el más grande de Roma; pero está muy abandonada, así como casi todas las de este cantón; allí es donde estaba la famosa *Ariana* del Guido, uno de sus más hermosos cuadros, que fué quemado por accidente hace algunos años; felizmente, Frey acaba de hacer una grande y bella estampa, que he comprado.

Santa María la Mayor, sobre la pendiente del monte Esquilino, está rodeada por varios objetos notables: primero, la admirable columna del templo de la Paz, que Pablo V hizo colocar por Carlos Maderne en la plaza frente a la iglesia y en la cúspide de la cual hay una estatua de la Virgen en bronce dorado; es, creo, la más bella pieza que nos queda hoy de la arquitectura antigua; segundo, el obelisco de granito, sin caracteres, sacado de la tumba de Augusto, colocado por Fontane sobre la pendiente de la colina; tercero, una a modo de pequeña columna de granito, coronada por una cruz

cubierta por una especie de baldaquino de cuatro pilares. Este monumento fué elevado en memoria de la conversión de Enrique IV. Pretenden que esta columna semeja a un cañón y que a esta forma hace alusión la inscripción adjunta: *In hoc signo vinces*. Todos los años, el día de Santa Lucía, 13 de diciembre, el embajador de Francia celebra el aniversario de esta conversión con un soberbio festín, prodigiosamente caro. El duque de Saint-Aignán hubiera querido excusarse este año y había propuesto a nuestra Corte emplear el gasto en dotar a jóvenes doncellas, en algunas iglesias; pero la Corte ha contestado al embajador que hiciera como era costumbre.

Esta comida no es la cosa menos curiosa que puede verse aquí. Eramos ciento cincuenta sentados a los dos lados de una misma mesa en forma de herradura, contorneada en volutas en las extremidades. Había siete u ocho cardenales: el Ottoboni, el Acquaviva, el Alejandro Albani, el Corsini, el Tencín, el Canillac, que bien quisiera también ser cardenal; todos los gentileshombres franceses; los principales gentileshombres extranjeros; un gran número de señores romanos, sobre todo los afectos a Francia. Cuatro maestresalas dirigían el servicio con sus ayudantes, divididos en cuadrillas con lazos de diferentes colores; cada cual tiene su entrada por una puerta diferente del salón. Antes de sentarme conté en la mesa cuarenta y nueve grandes fruteros cargados de cidras. El duque de Saint-Aignán me dijo después de la comida que había

unas 800 libras en cidras; servían de patrón a las frutas que habían de servirse a los postres y que completaron dos filas de cristalería fina. Un diluvio de servidores inundaban la sala; un maestra-sala vino a rogarnos que no diéramos los cubiertos y los platos que cambiamos mas que a los criados de librea de la casa. El aviso no era inútil, porque este festín es un verdadero saqueo de amos y criados, que se hace con una escandalosa indecencia. Apenas terminada la sopa, una multitud de criados extraños a la casa vinieron con platos a pedirnos diversos manjares para sus amos; sobre todo uno de ellos me había tomado cariño, creyéndome el más inocente de la cuadrilla. Le di sucesivamente pato, pollo, un pedazo de esturión, una perdiz, un pedazo de cabrito, lengua, jamón; continuamente volvía a la carga. «Pero, amigo mío—le dije—, la mesa está igualmente servida en todas partes; ¿por qué vuestro amo no come de lo que tiene a su lado? No me parece que hace melindres, porque nunca he visto a nadie comer con un apetito tan formidable.» Detroy, que no estaba lejos de mí, me dijo: «Se la está pegando a usted; todo lo que pide para su amo es para él mismo.» En efecto, advertí que los más morigerados se metían, en competencia, en los bolsillos, envolviéndolo, par mayor limpieza, un pavo trufado en una servilleta, porque el servicio de mesa forma también parte de los botines. Los más inteligentes escamoteaban un plato; se les veía salir en fila del salón y llevárselo a su casa debajo del *ferrajolo*. Los más prudentes,

para no tener que ir hasta su casa y no alejarse del lugar de la pelea en lo más fuerte de la acción, tenían relevos dispuestos en la escalera, tales como mujeres y niños, que acarreaban los víveres a sus chozas. Hasta me aseguraron como un hecho cierto que la emulación del saqueo se extendía a los amos, y que un gentilhomme italiano que encontraba de su gusto un plato lo enviaba a su casa valiéndose de su lacayo. Lo malo es que cogía no sólo los platos, sino también lo que había dentro; en una palabra, me sentí indignado por esta conducta. Cuando volvió mi tunante no le di mas que salsas y cremas; se disgustó por ello, y fué a buscar otro cliente.

Cuando llegó el café, el embajador me dijo que perdía veinticinco o treinta piezas de vajillas cada año, y con frecuencia vajilla prestada, lo cual le disgustaba aún más; estima que, independiente-mente de este artículo, el gasto del festín le viene a salir en unas 12.000 libras. Le pregunté por qué toleraba tan mala policía, que no era tan difícil corregir. «¡Ah!—me respondió echándose a reír—. Es una fiesta pública; es preciso que todo el mundo la disfrute, grandes y pequeños.» El mejor golpe de teatro fué el momento de la fruta. Mientras la servían se oía el taconeo de impaciencia de todos los pies. Apenas la sirvieron, los brazos se tendieron por todos lados por encima de nuestros hombros para saquear abiertamente; los servidores de la casa, y hasta los pajes, imitando al perro de Esopo, que lleva la comida a sus amos, se dieron prisa a tomar

parte en la acción. Ni uno solo de los invitados cató la fruta; hubo que levantarse y dejar el sitio. Murieron en esta jornada un número infinito de *agrumi* confitados; pero no quedó ni un solo cadáver en el campo de batalla.

Volvamos a Santa María la Mayor. Lo mejor que tiene esta iglesia en la parte de afuera es la magnífica arquitectura del trascoro, por Rainaldi. El pórtico de la fachada, en columnas antiguas de pórvido, no está bien entendido, habiendo sido levantado mucho antes del renacimiento del buen gusto; está adornado con viejos mosaicos, por Gaddo Gaddi y otros primeros pintores florentinos. Por dentro, la nave, dividida en tres por dos líneas de columnas jónicas de mármol blanco, es completamente augusta; es de lo mejor que hay.

Todo el resto de esta iglesia, así como su altar mayor, en columnas de pórvido subiendo encima de una escalera, tiene algún aire de cosa vieja y rancia. Se ha tratado, sin embargo, de rejuvenecerla con algunas bellas capillas, con tumbas, estatuas y diversos otros objetos de marca, que encontraréis en los apuntes de la noticia general; el pavimento es de mármol ordinario.

Hay aquí dos hermosas calles alineadas, la una que va a Santa Cruz de Jerusalén y la otra a San Juan de Letrán. Estas dos calles harían una excelente figura si estuvieran bordeadas por casas; pero nos vuelven a llevar al desierto, donde no dejaremos de encontrar muy buenas cosas, y, lo que es más, cosas relativas a vos mismo. El golpe de vista

del arco de Galiano, de orden corintio muy macizo, con pilastras; el de los acueductos de Acqua-Martia; el Castillo de Agua y las ruinas de los trofeos de Mario no nos detendrán mas que un instante.

Tengo demasiada impaciencia por haceros ver la exquisita estatua de *Santa Bibiana*, por Bernini, una de las cuatro famosas modernas de Roma y la más bella de las cuatro; las otras tres son: la *Santa Inés*, del Algarde; la *Santa Cecilia*, de Maderne; la *Santa Martina*, de Menghino; otros ponen en el sitio de la cuarta la *Santa Susana*, de Duquesnoy (1). En el mismo lugar los frescos pintados por Pedro de Cortona y una urna muy grande de alabastro oriental sacada de la tumba de Augusto o de la de Germánico; más lejos, la basílica de Cayo y Lucio, llamada de otro modo *Tempio di Minerva Medica*, pequeño templo esférico, en ruinas, verdaderamente encantador. Aunque no haya más que una pared de ladrillos completamente desnuda, con la cúpula y una fuente rústica en el interior, no puede verse nada más bonito por lo bien dispuesto y la proporción elegante. Allí cerca, la tumba de los libertos de Lucio Arruntius, cónsul bajo Tiberio; numerosas inscripciones, urnas y otros muebles de sepulcros. Luego pasaremos debajo de las ruinas de los largos y hermosos acueductos de la Acqua Claudia.

○ Santa Cruz de Jerusalén, vieja iglesia de los frailes del Císter, ocupa una parte del anfiteatro cas-

(1) Fiamingo (Francisco Duquesnoy, llamado el).

trense, de la cual se ve aún una parte considerable de la envoltura de columnas corintias, empotrada en los muros de la villa y por fuera. Es la parte superior; la inferior está enterrada. La iglesia tiene por la parte de fuera un pórtico de seis columnas medio enterradas; por dentro está sostenido por otras doce columnas de mármol de Egipto; todo su interior tiene el aspecto viejo y extraño, sin ser, sin embargo, desagradable; la bóveda, en azul y oro, tiene diversas pinturas en estilo antiguo; el altar mayor está recubierto por una especie de pequeña cúpula o baldaquino de mármol blanco. Debajo de este altar hay una bella urna antigua de basalto. No omitamos unos hermosos cuadros de Rubens. Debajo de esta iglesia hay otra subterránea; más clara de lo que son aquí de ordinario. Ved al descender una bonita tumba de mármol blanco, con una lápida con emblemas heráldicos que me son conocidos. ¡Eh, Quintín, ésta es la suya! Acerquémonos: *Hic jacet Franciscus Quarre, patricius divionensis, etc.* Es vuestro primo de Livron, que murió aquí siendo procurador general de la Orden del Císter. En el jardín de los frailes se ven los restos de un templo de Venus y Cupido.

Si gustáis, saldremos otra vez de la villa, porque he omitido haceros ver San Lorenzo; pero no os lo aconsejo. Cuando os haya dicho que el frente es una columnata, sacada del antiguo templo de Marte Victorioso, será como si la hubierais visto. Vámonos más bien del lado de San Juan de Letrán, después de lo cual os juro que será bastante tarde para su-

bir al coche y volver a vuestro hotel, plaza de España; está más lejos de lo que creéis.

San Juan de Letrán es la catedral de Roma y la verdadera metrópoli del primer obispado de la cristiandad. San Pedro no es mas que la capilla pontifical. Han hecho hace poco grandes gastos para adornar la iglesia de San Juan, donde el Papa actual ha escogido su sepultura en la tumba de pórfido de Agripina, nuevamente colocada en una capilla con cúpula, entrando a la izquierda, que el Papa ha hecho adornar con la mayor magnificencia. Ha hecho también construir de nuevo la gran fachada principal de la iglesia, por Alejandro Galilei, el mismo que ha sido encargado de la construcción de esta hermosa capilla de la sepultura. La obra es bella; pero no tanto como podría serlo y lo son muchas otras construídas en los dos siglos precedentes. Es una fachada de orden compuesto, con cinco arcadas altas y estrechas, formando delante de la iglesia un peristilo, encima del cual hay una galería de palcos, como en San Pedro. El cuerpo saliente del medio es de columnas y los cuerpos de atrás de pilastras, lo que también han observado en los órdenes rebajados de puertas y ventanas como en el gran orden que forma toda la fachada. Este gran orden está coronado por un friso, y el frontispicio, únicamente por un bello tímpano. Todo el techo es de balaustradas cargadas de colosos. Hay una segunda fachada, hecha de palcos pasablemente buenos, que ha hecho construir Sixto V y que van a juntarse con el grande y mag-

nífico palacio de Letrán, edificado por Fontana frente al obelisco levantado por este arquitecto bajo el mismo pontificado.

Este obelisco, el más alto y el más hermoso de todos, estaba en el circo. La inscripción dice que Constancio lo hizo traer de Egipto sobre una galera con trescientos remeros. Tiene esculpidos varios jeroglíficos bien conservados.

La iglesia es vasta, blanca del todo, con cinco naves divididas por cuatro filas de pilastras adornadas con hornacinas, bajorrelieves y grandes estatuas. Como acaba de ser reajustada de nuevo, es clara y limpia; pero no es el gran aire ni el gran gusto que desearíamos encontrar en tal edificio. Las capillas Corsini y del Santo Sacramento son completamente magníficas. No añadiré nada más aquí sobre las estatuas y las tumbas a lo que ya he señalado en las Memorias generales. No omitamos, sin embargo, las columnas de verde antiguo; las columnas de bronce de orden compuesto acanaladas, sacadas del templo de Júpiter Capitolino y del claustro vecino; las sillas de pórfido abiertas por delante para uso del baño, especie de *bidets* a la antigua, donde hacían antes sentarse al Papa elegido para hacer alusión al pasaje: *De stercore erigens pauperem*.

Queda por ver en la vecindad la Scala Santa, pequeño edificio pasadero por fuera, feo por dentro, y el gran Baptisterio general, hecho para bautizar a la antigua moda, entrando desnudo en el agua. Se descende por unos cuantos escalones de már-

mol a una prodigiosa pila de pórfido. que tiene su cúpula particular sostenida por ocho lindas columnas de la misma materia. La *Batalla contra el tirano Majencio* y otros rasgos de la historia de Constantino están pintados al fresco sobre las paredes. Las mejores pinturas son las de la *Vida de la Virgen*, por Andrés Sacchi.

Aquí terminan las hojas de mi registro.

*Si che tempo è già che fine al canto io metta,
Che dopo tanti giorni io scrivo in fretta.*

Toda persona de buen sentido estimará que habría sido mejor que terminase más pronto, y hasta que no debiera empezarlo; pero, en fin, vos lo habéis querido y sólo vuestra es la culpa. Podría fácilmente, en el correo próximo, daros el golpe de gracia con el envío de las hojas de la noticia general, sin responderos de los errores que puedan haberse deslizado en el detalle. Estas hojas son un verdadero fárrago, apuntado de cualquier modo, lleno de interlíneas y de citas que se refieren no sé a qué; de suerte que puedo haber incurrido en más de un *quid pro quo*, teniendo la cabeza llena de tan gran número de objetos, de que os hablo a la vez y con tan poco orden.

Mil abrazos al gordo Blancey, al encantador Neuilly, a la excelente Mousseline, a la querida Potot (1). Reservo para estas dos cien cosas que contarles en particular. Sí, buena Mousseline; he

(1) Es madame de Montot, a quien el autor designa así.

guardado en reserva para vos un almacén de historias divinas; mi querida hermana, si no os dormís, veréis que no he llegado al fin de tantos hermosos cuentos como sé.

L.—A M. DE MALATESTA

Espectáculos y música.

¡Por mucho que digáis, mi querido Malatesta, no me persuadiréis en modo alguno; y en la preocupación que tenemos los dos acerca de la preferencia de las dos músicas, podríamos disputar un siglo entero sin convencernos. En primer lugar, no depende mas que de mí recusaros como juez incompetente, como lo será todo francés que quiera pronunciarse por la música italiana sin haberla oído en su país natal. Los franceses no pueden saber mejor lo que puede producir *Artajerjes* en el teatro que los italianos sentir el efecto de *Armidas*. He oído cantar en Roma, en casa del cardenal Ottoboni, el segundo y último acto de esta ópera francesa: era lo mejor que se podía escoger en todo Lulli; los nacionales bostezaban y nosotros nos encogíamos de hombros. Nada más ridículo; así es que se comprendía bien que ninguna voz es capaz de cantar bien otra música que la de su propio país. La música italiana que cantamos en Francia no debe parecer menos ridícula que la nuestra lo es en Roma; hay que guardarse mucho de juz-

gar sobre esto, y, ciertamente, para juzgarla tanto como para cantarla es preciso poseer perfectamente la lengua y entrar en el sentido de las palabras.

Añadiré aún aquí lo que siempre os he sostenido: que el escenario de ópera no debe separarse de la acción teatral, que le da una gran parte de su expresión y de su fuerza, y que no es propio para los conciertos *di camera*.

En París oímos lindos *minuettos* italianos o grandes aires llenos de trinos; y sobre eso, después de haber rendido justicia a la belleza de su armonía y del canto, sentenciamos que la música italiana no sabe mas que jugar con las sílabas y que carece de la expresión que caracteriza el sentimiento. Esto no es del todo así; sobresale tanto como la nuestra en expresar, según el genio de la lengua, y en presentar las cosas de sentimiento de una manera fuerte y patética. Estos trozos simples y conmovedores son los que aquí admiran más en las óperas; pero esta clase de arias, que nuestras cantantes de Francia no escogen nunca para hacérselas oír, porque no sabrían cantarlas, y no se sienten con fuerza de hacerlo, porque siendo más sencillas y más desprovistas de canto que las otras no nos gustarían, porque el mérito de esos trozos arrancados de una tragedia consiste en la precisión de la expresión, que no se puede sentir sin estar enterado de lo que ha precedido y de la verdadera posición del actor.

Encontré aquí el otro día, en casa del librero Pagliarini, un tratado de las dos músicas, escrito

por un francés llamado Bonnet. A pesar de las paradojas a que le lleva su obstinación por la sencillez de la declamación notada y las ganas que tendría de sostener que la música no está hecha para tener canto, se discierne en su libro a un hombre inteligente y de gusto, justo admirador de Lulli y que razona bien casi siempre mientras se trata de la música francesa. En cuanto se mete con la italiana, no se concibe nada más absurdo que lo que dice; no hay ni sombra de verdad ni apariencia de sentido común; no puede soportarla; dice de ella todo lo malo que se le ocurre; se descubre en seguida que no ha estado nunca en Italia, que no sabe una palabra de la lengua y, lo que es más, que no ha oído nunca verdaderas arias italianas.

Nos da como obra maestra de la música italiana cierta vieja aria que pretende ser italiana, *io provo nel cuore un lieto ardore*, fabricado en Francia, según puedo apreciar, y repetido desde hace cincuenta años; tal es su pieza de comparación para juzgar del resto.

El músico Menicuccio, que encontró este libro sobre mi mesa, se puso a leer algunas páginas y se quedó estupefacto de este cúmulo de errores. Aproveché la ocasión para hacerle notar cuán injusto era el mismo en su antipatía por nuestra música francesa, que no conoce mucho mejor, a pesar de su breve paso por Francia, porque los italianos son todavía más injustos con nosotros que los más grandes partidarios de la música francesa pueden serlo con ellos. Nada les puede hacer recono-

cer su obcecación contra nuestra música; están tan infatuados con la suya, que no imaginan que sea soportable oír hablar de ninguna otra.

El famoso compositor Hasse, *detto il Sassone*, estuvo a punto de andar a trastazos conmigo en Venecia a propósito de algunas suaves observaciones que pretendí hacerle acerca de su indomable prejuicio. «Pero—le decía yo—¿habéis oído alguna cosa de nuestra música? ¿Sabéis lo que son las óperas de Lulli, de Campra, de Destouches? ¿Habéis pasado la vista por el *Hipólito* de nuestro Rameau?» «¡Yo no!—replicó—. Dios me guarde de ver nunca ni de oír más música que la italiana; porque no hay mas lengua cantante que la italiana, y no puede haber música mas que en italiano. Vuestra lengua está llena de sílabas duras, ingratas para el canto, detestables en música. Que no me hablen de ninguna otra lengua mas que de ésta.» «Pero el latín—le dije—, esa lengua tan noble, tan sonora, ¿qué os ha hecho? ¿Qué os han hecho los salmos de David, tan poéticos, tan llenos de imágenes líricas? ¿Ignoráis que tenemos un Lalande superior, en cuanto a música de iglesia, a todos vuestros compositores en este mismo género?» Al oír esto, vi a mi hombre a punto de ahogarse de cólera contra Lalande y sus encomiadores; había ya cogido su diapasón, y si Faustina, su mujer, no se interpone entre nosotros, iba a engancharme con una semicorchea y a abrumarme con los bemoles y sostenidos.

Sólo a Tartini le he encontrado razonable sobre

este punto. Aunque no haya nunca salido de Padua (1), se da cuenta perfectamente que cada nación debe tener su música propia, conforme al genio de su lengua y al género de voz que produce el país; por consiguiente, diferente de la de los demás, y no pudiendo ser justamente apreciada por los extranjeros sino en tanto que principian a familiarizarse con el país mismo. Pasa en esto como con la comedia, que no puede ser muy divertida mas que para el pueblo mismo donde ha sido hecha, porque cada cual tiene sus lados ridículos propios, así como su canto, y unos y otros no se sienten del todo bien sino con aquello que les es familiar.

Las comedias de Aristófano y de Congreve no son propias a hacer reír mas que a los griegos o a los ingleses, o por lo menos a quienes van estando al tanto de la lengua y de las costumbres de esos dos pueblos. Pero quizá el canto, por natural que nos parezca ser en el hombre, tiene en sí algo de ridículo, así como el acento y toda inflexión de voz que se aparte de la simple palabra. No le ocurre a nadie oír por primera vez un canto extranjero cualquiera sin sentir ganas de reírse; pero a poco se va uno acostumbrando y adquiere dos especies de placer del mismo género en vez de una sola; es una verdadera ganancia.

Las Cortes de Europa, en las cuales la lengua francesa está aún más en uso que la italiana, no tienen mas que óperas italianas y nunca óperas

(1) Tartini llevó durante algún tiempo una vida errante; vivió en Asís, Venecia, Ancona, Praga, y murió en Padua en 1770.

francesas, y es un placer más de que se privara voluntariamente. Conozco entre nosotros a gentes que querrían que nuestros compositores modernos *italianizasen* nuestra música. No puedo participar de su opinión por mil razones; entre otras, porque prefiero que haya dos músicas a que no haya mas que una sola. Tan sólo desearía ver establecer en París una ópera italiana, dejando subsistir la nuestra tal como está. Reconozco que se correría el peligro de que lo extranjero perjudicase a lo nacional, sobre todo en una ciudad donde las novedades arraigan hasta el frenesí; los giros y los bellos cantos de la una podrían hacer insípida la sencillez monótona de la otra; las gentes hastiadas de vino de Champaña no encuentran ningún gusto al vino de Nuits; aunque los dos sean excelentes en su género. Pero para daros ocasión de compararlas más a gusto he aquí lo que puedo decir sobre el artículo de los espectáculos de Italia.

Los italianos tienen el gusto de los espectáculos más que ninguna otra nación, y como no lo tienen menos a la música, apenas si separan el uno de la otra, de suerte que lo más corriente es que la tragedia, la comedia y la farsa, todo para ellos es ópera. No he visto representar tragedias declamadas mas que en Génova. Las comedias son más comunes; pero he visto tres óperas que funcionan en Nápoles: dos en comedia y una en tragedia. Hay cuatro en Roma para este invierno: tres trágicas, en el teatro de Aliberti, en el Argentina y en Capranica, y una deliciosa comedia en la Valle, sin com-

tar el teatro de Tordinona, que no se habría quedado seguramente vacante si los empresarios no hubieran temido verse interrumpidos por la muerte próxima del Papa.

Esta abundancia de espectáculos de música procede sin duda de que tienen muy buenos músicos compositores y muy pocos buenos poetas dramáticos. Me costaría trabajo citar entre ellos a algún autor de tragedias comparable a los de segunda fila entre nosotros. He leído algunas tragedias de gusto griego de antiguos autores; creo que ya no se representa nada de esto; me han parecido fastidiosas. La *Merope*, de Maffei, y algunas otras obras de diferentes poetas ofrecen a veces situaciones bastante bellas, sencillas y patéticas; pero con frecuencia son triviales y no tienen casi ninguna altura de miras. Por lo demás, no estando muy al corriente de lo que tienen en esta materia, no debo hablar demasiado, como tampoco de la manera de sus actores trágicos, que no me ha gustado. Quizá no era buena la compañía y no he visto mas que ésa; quizá sea más bien culpa mía que suya si me he aburrido, porque entonces entendía muy poco la lengua.

En cuanto a las tragedias en forma de ópera, tienen un excelente autor, que vive actualmente, el abate Metastasio, cuyas obras, llenas de ingenio, de situaciones, de efectos escénicos y de interés, harían sin duda un gran efecto si las representaran como simples tragedias declamadas, dejando a un lado todo el pequeño aparato de arietas y de ópera, que sería más fácil suprimir.

En comedias tienen algunas obras antiguas bastante buenas. He leído dos o tres del Ariosto bastante graciosas. Tiene fuerza cómica; pero no va más allá de los límites y llega con frecuencia hasta la mueca. Tienen poco de esas obras de costumbres y de carácter que constituyen el verdadero género de comedia. La más célebre de sus comedias es la *Mandrágora*, de Maquiavelo, que he oído a Algarotti colocar por encima de las mejores de Molière; porque, decía, las costumbres y el ridículo no están menos bien pintados, y, además, la intriga está perfectamente bien llevada hasta el desenlace, artículo con frecuencia descuidado por Molière. Podéis ver lo que sea de esto en la traducción refundida que ha dado Rousseau, o, mejor, no juzguéis por esto, porque es verdad que la *Mandrágora* es una comedia muy buena, escrita con naturalidad, con una intriga bien concertada, muy cómica, perfectamente adaptada a las costumbres de las gentes y del siglo en que fué compuesta, que pinta a maravilla las astucias de la galantería italiana, la hipocresía monacal y la necia superstición nacional; pero la acción es tan licenciosa y tan alejada de nuestras costumbres, que no sería soportable entre nosotros.

No es tan poco justo oír compararla a las buenas obras de Molière, que son excelentes para toda Europa y obras maestras para nosotros. En efecto; quienquiera que pretenda hoy y en cualquier época conocer a fondo la nación francesa del siglo pasado no tiene mas que leer a Molière para conocerla al

"dedillo; así es que en mi disputa con Algorotti yo le sostuve que ningún hombre había jamás llegado tan alto en su arte como Molière en el suyo; es decir, que era aún más grande comediógrafo que Homero era gran épico, Corneille gran trágico, Rafael gran pintor y César gran capitán. Al llegar aquí me interrumpió diciéndome que César entendía mejor el desenlace que Molière; que había tenido la inteligencia de hacerse matar en el momento más culminante de su gloria, en ocasión que iba quizá a arriesgarla contra los partos, y que había muerto con el reloj en la mano. Con esto acabó nuestra disputa.

Todas las antiguas obras italianas impresas no se representan nunca; lo que se representa en los Italianos de París son esas obras no escritas, de las cuales tienen por tradición un modelo, que los actores llenan y dialogan repentizando; no tienen ni costumbres, ni carácter, ni verosimilitud; todo consiste en intrigas, en sucesos singulares, en chistes, en bufonerías, en acciones graciosas. No puede haber nada más regocijante cuando no se tiene prevención contra ello, ni más insípido cuando se les ve una segunda vez. Esta manera de representar así de repente, que hace el estilo muy endeble, hace al mismo tiempo la acción muy viva y muy real. La nación es realmente comediente; aun entre las gentes de mundo, en la conversación, hay un fuego que no se encuentra entre nosotros, que pasamos por ser tan vivos. El gesto y la inflexión de la voz corren siempre parejas con los dichos en

el teatro; los actores van y vienen, dialogan y se mueven como en su casa. Esta acción es mucho más natural, tiene mucho más aire de verdad que ver, como en los franceses, cuatro o cinco actores colocados en fila sobre una línea, como en bajorrelieves, delante del teatro, declamando el diálogo, cada cual por su turno.

[Todas las compañías de cómicos que he visto en este país son por lo menos tan buenas como las que he visto en París; tienen personajes que nosotros no tenemos, tales como un Brighelo, primer Zanni, que hace el Arlequín y que tiene su máscara, pero con un vestido diferente; como segundo Zanni, una especie de Polichinela, en andrajos, muy diferente del nuestro y más parecido al antiguo Pierrot. No le tendríais mala voluntad si le vierais en medio de una sinagoga, sacando dinero a los judíos que, después de haberle prestado con una usura considerable, todavía le exigen para contarle su dinero que se haga judío, y ponen manos a la obra para hacerle la circuncisión. Entonces es cuando *che va in collera*, y con la tranca con que va armado, *da loro bastonate tante e tante*. En una palabra: me hacen a menudo reír y encogerme de hombros a la vez. Son excelentes cómicos y mezquinas comedias. Es, sin embargo, asombroso cuánto ha tomado Molière de estos antiguos modelos italianos. Les ha tomado invenciones enteras, como ha tomado los *dos Sosias* de Rotrou para el *Anfitrión*.

No admiro menos a Molière por haber sabido

hacer tan buenas obras con tan malas farsas. He visto, entre otras, representar el *Jorge Dandin* de cabo a rabo; pero tenía una infinidad de tonterías que nuestro comediógrafo se ha guardado muy bien de adoptar. No hay mas que un punto que me ha parecido expresado de una manera más verosímil que en aquél y que me parece que hubiera debido dejar tal como está. Hay un pozo en la calle, al lado de la puerta del marido; cuando la mujer vuelve por la noche de su cita y encuentra a su marido en la ventana, en lugar de hacer como que va a matarse de una puñalada, le amenaza con tirarse al pozo si la reduce a la desesperación negándose a abrirla antes que llegue su padre; coge, en efecto, una piedra, que arroja al pozo, y se esconde en seguida detrás del brocal, lo cual es muy natural. Pantalón (es el marido) oye el ruido de la piedra al caer al agua, tiene miedo y baja a la calle; pero en vez de quedarse allí, como en Molière, va a buscar un gancho, y se lamenta al sacar del pozo unos lazos, moños, una cesta, faldas de mujer y cien menudencias. Advierto que casi siempre estas gentes, en fuerza de sobrecargar la acción, ya en lo cómico, ya en lo trágico, fallan el efecto, por no saber detenerse en el punto de la verosimilitud.

El número y el tamaño de los teatros en Italia son muy buena señal del gusto de la nación por este género de diversiones. Las ciudades ordinarias tienen teatros más hermosos que los de París. En las grandes ciudades, como Milán, Nápoles, Roma, etcétera, son completamente vastos y magníficos,

construídos en una arquitectura bella, noble y bien adornada.

La Sala Real de Nápoles tiene unas dimensiones prodigiosas, siete pisos servidos por corredores, con un escenario ancho y profundo, propio para desarrollar grandes decoraciones en perspectiva. En Roma, el teatro llamado *Alle Dame*, construído por el conde Alibert, gentilhombre francés al servicio de la reina Cristina, es el más grande y pasa por ser el más hermoso; allí es donde se representa de ordinario la gran tragedia. El segundo, el de Argentina, cuadrado en un extremo y redondo en el otro, menos grande que el precedente, pero mejor recogido y pudiendo contener casi tanta gente en un espacio más reducido. El de Tordinona, poco más o menos de la misma forma, es también muy bonito.

En algunos teatros han tenido cuidado de construir los palcos de la misma fila un poco en saliente unos de otros a medida que se alejan, a fin de que los de delante no quiten la vista a los de detrás. Los espectadores no se colocan nunca sobre el escenario ni en la comedia ni en la ópera; sólo en Francia tenemos esta ridícula costumbre de ocupar un espacio que debe reservarse para el actor y las decoraciones; pero en Francia mil personas van a la comedia mucho más por los espectadores que por el espectáculo.

Hay teatros donde han practicado unos estrados (*la Ringhiera*) en la parte baja y todo a lo largo de los palcos principales, encima del patio. Esta invención me parece muy buena. Allí es donde se

colocan los hombres, y al levantarse en los entre-actos se encuentran al nivel para conversar con las damas sentadas en los palcos. El patio está lleno de bancos como una iglesia; el público está sentado. No por eso deja de ser menos turbulento; es un rumor de cábalas en favor de los actores; de aplausos cuando canta el favorito de una facción, a veces aun antes de que empiece; de ecos que responden en las localidades altas; de versos lanzados o gritados en loor del cantante; en una palabra, un ruido que rompe la cabeza, tan incómodo, tan indecente, que la primera fila de palcos se hace inhabitable. Se abandonan a las muchachas sospechosas, como demasiado cercano al patio, que sólo es frecuentado por la canalla y por encima del cual esta primera fila no está apenas elevada.

Las gentes de condición ocupan el segundo, el tercero y aun, si hay apreturas, el cuarto piso de palcos; los que hay aún más altos son para el pueblo. La costumbre entre la nobleza no es aquí, como en Francia, tomar una localidad a la puerta del teatro y colocarse donde uno quiera. No dan a la puerta más que billetes de patio a un precio muy módico, y cada cual debe tener su sitio alquilado en un palco para toda la temporada de los espectáculos.

Aquí y en las ciudades principales las óperas comienzan en el mes de noviembre, o hacia Navidad y los Reyes, y duran hasta la Cuaresma. El resto del año no hay. Los músicos no hacen nada entonces; se reúnen en pequeños grupos para ir a

Reggio, a la feria de Alejandría o a otras ciudades medianas, algunas veces hasta al campo durante el otoño, cuando hay mucha gente de la nobleza en *villeggiatura* en los castillos circundantes.

Desde que los teatros se han abierto aquí, las reuniones han cesado en casa de la princesa Borghese, en casa Bolognetti, etc. La tertulia general es en la Opera, que es muy larga y dura desde las ocho o nueve de la noche hasta las doce. Las damas celebran, por decirlo así, *la conversazione* en sus palcos, donde los espectadores conocidos suyos van a hacerles cortas visitas. Ya os he dicho que cada cual debe tener alquilado su palco. Como hay cuatro teatros que funcionan este invierno, nos hemos constituido en Sociedad para alquilar cuatro palcos, al precio de veinte cequíes cada uno por los cuatro. Allí estoy como en mi casa. Dirige uno los gemelos para descubrir a las gentes conocidas, y nos entrevistamos si se quiere. La afición que tienen estas gentes al espectáculo y a la música se muestra más bien por la asistencia que por la atención que ponen. Pasadas las primeras representaciones, en que el silencio es bastante modesto, aun en el patio, no es de buen tono escuchar mas que en los pasajes interesantes. Los palcos principales están decorosamente amueblados e iluminados con farolillos. Algunas veces se juega allí; lo más frecuentemente se conversa, sentados en círculo alrededor del palco; porque así es como se colocan y no como en Francia, donde las damas adornan el espectáculo, colocándose en fila en la delantera del palco; de

lo cual podéis deducir que, a pesar de la magnificencia de las salas y de los adornos de cada palco, el golpe de vista en conjunto es infinitamente menos bello que en nuestro país.

Se me ha ocurrido jugar al ajedrez, una vez que me encontraba casi solo en un palco del teatro della Valle con Rochemont, en la preciosa comedia *Libertad peligrosa*, que no es muy conocida y que me distrae mucho más que esas grandes tragedias. El ajedrez es un invento maravilloso para llenar el vacío de esos largos recitados, y la música, para interrumpir la demasiada grande asiduidad al ajedrez.

El duque de Saint-Aignán cuando va al espectáculo hace una galantería muy bien imaginada y, según me ha dicho, menos costosa de lo que parece. Envía a sus oficiales a servir helados y refrescos a los palcos de las señoras.

La ópera italiana se diferencia mucho de la ópera francesa, ya en los asuntos, ya en la construcción de la obra, ya en el número y la índole de los actores tanto como en la manera de reunirlos. No es, como entre nosotros, una academia fija, compuesta de las mismas personas, que se renuevan en caso necesario. Aquí un empresario que quiere representar una ópera durante un invierno obtiene el permiso del gobernador, alquila un teatro, reúne de varios sitios voces e instrumentos, contrata con los obreros y el decorador, y acaba con frecuencia por declararse en quiebra, lo mismo que nuestros directores de comedias de provincias. Para mayor

seguridad, los obreros se hacen ceder, en pago, palcos, que alquilan por cuenta suya. En cada teatro se representan dos óperas por temporada, a veces tres; de modo que contamos tener ocho durante nuestra estancia. Cada año son óperas nuevas y nuevos cantantes. No quieren admitir ni una obra, ni un bailable, ni una decoración, ni un actor que haya sido visto otro año, a menos que se trate de una excelente ópera de Vinci o de alguna voz muy famosa. Cuando el célebre Senesino apareció en Nápoles el otoño último, las gentes exclamaron: «¿Qué es esto? He aquí un actor que ya hemos visto; va a cantar en un estilo antiguo.» Tiene la voz un poco cansada; pero, para mi gusto, es lo mejor que he oído en cuanto a estilo de canto.

He aquí cómo pueden atender a tantas novedades, sea en obras, sea en cantantes: Una vez compuesto el poema lírico, es un bien común perteneciente a todo el mundo; los músicos compositores no son raros; cualquiera de ellos que quiera trabajar se apodera de un poema publicado, ya puesto en música por varios otros, al cual pone una nueva música con el mismo libreto. Se apoderan sobre todo de las óperas de Metastasio; no hay apenas una sola que no haya servido a los más famosos maestros, unos después de otros. Este método es útil y cómodo; se debería también emplear entre nosotros, donde las óperas faltan con frecuencia por causa del poeta, no siendo posible hacer buena música con malos libretos.

Además, aunque en este género dramático las

palabras están subordinadas a la música, contribuyen infinitamente a asegurar el éxito de la obra, de la cual forman realmente el fondo y el interés. Ved si nuestras mejores óperas no son las que tienen mejor libreto: *Armida*, *Teseo*, *Atys*, *Rolando*, *Thetis*, *Tancredo*, *Ifigenia*, *Europa galante*, *Isseo*, *Los elementos*, *Las fiestas venecianas*, etc. Quisiera que Rameau tomara únicamente poemas de Quinauld o de Lamotte; haría óperas diferentes de las de Lulli o de Campra; siendo su genio diferente del suyo, no les igualaría en la parte del recitado, pero les sería superior en otros respectos. Se lo he aconsejado más de una vez; me ha dicho haber tenido él mismo ese pensamiento; pero le ha detenido siempre el temor de que le tacharan de vanidoso y de querer superar a los antiguos maestros; pero es más aún, según creo, por el temor de la cábala adversa y de las comparaciones. Esto es menos de temer aquí, donde no se vuelve a ver, ni se imprime, ni se graba música; de suerte que no queda en el recuerdo mas que los más famosos trozos; el resto se olvida pronto. Es preciso, sin embargo, que los compositores italianos sean de una asombrosa fecundidad para trabajar en tantos talleres sobre el mismo poema, sin coincidir demasiado. No es menos grande su facilidad; un maestro a quien el empresario pide una obra la compone enteramente en un mes o seis semanas. «¿Puede uno asombrarse—me decía un día Tartini—si la mayor parte de las veces el recitado de nuestras óperas no vale nada, cuando el músico pone todo su cuidado en la com-

posición de las arias y emborróna de prisa y corriendo todo lo que es declamación?» Por mi parte, yo les excuso hoy que los espectadores siguen tan a la letra la costumbre de no escuchar el recitado. Tartini se quejaba también de otro abuso, que consiste en que los compositores de música instrumental quieran meterse a hacer música vocal, y recíprocamente. «Estas dos especies—me decía—son tan diferentes, que tal que sirve para la una no puede apenas ser propio para la otra; es preciso que cada cual se encierre en su talento. Yo he sido—continuó—solicitado para trabajar en los teatros de Venecia, y nunca he querido hacerlo, sabiendo que una garganta no es un mango de violín.» Vivaldi, que ha querido ejercitarse en los dos géneros, siempre se ha visto silbado en el uno, mientras obtenía gran éxito en el otro. Estos compositores están mal pagados; el empresario les da treinta o cuarenta pistolas y eso es todo lo que sacan, con el precio de la primera copia de las arias, que venden caro por la novedad, pero que no sacan nada una vez divulgadas y cuando es fácil obtener duplicados.

Os he dicho ya que en Italia no sabían lo que era grabar o imprimir ninguna música, ya vocal, ya instrumental. Tendrían demasiado que hacer; los conciertos, las sinfonías con grandes coros llueven por todas partes. En cuanto a las voces, no es preciso que haya muchas; la ópera italiana no está de ordinario compuesta aproximadamente mas que por una media docena de personajes, sin todo este

aparato de coros, de fiestas con canto y baile que hay en los nuestros.

La orquesta es aquí más numerosa y más variada; pero los instrumentos no son raros ni caros; en cambio, las bellas voces se pagan a un precio exorbitante, sin contar que hay que hacerles venir de lejos con grandes gastos. Estos señores castrados son unos petimetres muy lindos, muy pagados de sí mismos, que no dan sus efectos por nada. Hay en una ópera tres o cuatro voces altas y un contralto, machos o hembras, con un tenor para los papeles de reyes. Las voces de bajo no están en uso; son raras y poco estimadas: no las emplean mas que en las farsas, donde el papel cómico está de ordinario a cargo de un bajo.

Estos tres primeros géneros de voces tienen una tercia o una cuarta más de elevación que entre nosotros. Las contraltos son raras y apreciadas; van a *si-mi* y no son del mismo género que las nuestras; ninguna especie de voz francesa podría dar bien su canto. Son voces de mujeres en altibajo, más bajo que ninguna de las nuestras; cantan, no en la octava superior de las mujeres, sino acorde con los hombres. Algunas veces la voz de los castrados cambia en la muda o baja envejeciendo, y de soprano que era se convierte en contralto. No es raro que se pierda del todo en la muda; de suerte que no les queda nada en cambio de lo que han perdido, lo cual es un negocio bastante desventajoso. Les hacen la operación a los seis o siete años de edad; es preciso que el niño la pida él mismo; la

policía ha puesto esta condición para hacer su tolerancia un poco menos intolerable. Se ponen la mayor parte de ellos altos y gordos como capones, con caderas, nalgas, brazos, garganta y cuello redondo y suave como el de las mujeres. Cuando se les encuentra en una reunión se queda uno asombrado, cuando hablan, de oír salir de esos colosos una vocecita de niña. Los hay muy lindos; son fatuos y presumidos con las damas, que, según pretenden las crónicas maldicientes, se los disputan a causa de sus talentos, que no acaban nunca; porque tienen talentos. Cuentan que uno de estos *semi-vir* presentó una instancia al Papa Inocencio XI en solicitud de permiso para casarse, exponiendo que la operación había sido mal hecha, a la cual el Papa puso al margen: *Che si castrì meglio.*

Hay que estar acostumbrado a estas voces de castrado para apreciarlas. El timbre es tan claro y agudo como el de los niños de coro y mucho más fuerte; me parece que cantan en la octava superior a la voz natural de las mujeres. Sus voces tienen casi siempre alguna cosa de seco y agrio, muy lejos de la dulzura y blandura de las voces de mujer; pero son brillantes, ligeras, llenas de esplendor, muy fuertes y muy extensas. Las voces de mujeres italianas son también de un género semejante, ligeras y flexibles hasta más no poder; en una palabra, del mismo carácter que su música. En cuanto a rotundez, no se la pidáis, no saben lo que es; no les habléis de esos admirables sonidos de nuestra música francesa, ligados, sostenidos, hinchados o

disminuídos gradualmente sobre una misma nota; no serían en modo alguno más capaces de comprenderos que de ejecutar semejantes sonidos. Los italianos distinguen, no obstante, dos especies de voces, que llaman *voce di testa*, que son completamente ligeras y adecuadas a los giros deliciosos que saben dar a sus adornos musicales; las voces de pecho, *voce di petto*, tienen sonidos más francos, más naturales y más llenos. Para decirlo en una palabra, las voces de este país son agradables, flexibles, seductoras en lo posible; pero aunque las metieran todas en el alambique, no sacarían de todas ellas juntas, reunidas, una voz comparable ni aproximada a la de Lemaure (1). Aunque partidario convencido de la música italiana, estoy de acuerdo con vos en que este género de voz tan rotunda, tan llena, tan blanda, tan sonora, es preferible a todas las demás.

Las mejores cantantes que yo he oído son la Faustina, la Tais, la Baratti; en castrados, Senesino, Laurenzino, Marinini, Appianino, excelente contralto; Egizietto, Monticelli, Salimbeni, Porporino, joven escolar de Porpora, tan bello como pueda serlo la más linda muchacha; en tenores, Babbi, la más hermosa voz de registro alto que pueda haber, llegando tan alto como Gellyot y mejor actor. Los sexos están muy mezclados en la ópera: en Nápoles, la Baratti hacía un papel de hombre;

(1) Lemaure (Catalina-Nicole), célebre cantante de la Opera, que nació en París en 1704 y debutó en 1724. Pequeña y de mal cuerpo, tenía en escena una gran nobleza; murió en 1783.

aquí no pueden aguantar a las mujeres en la escena; la decencia no lo permite y no admite mas que lindos jovencitos vestidos de mujeres; y ¡Dios me perdone!, dado el encaprichamiento que tienen las gentes en todo el mundo por las muchachas de teatro, me temo que la fornicación no haga a veces de las suyas. Algunas veces estas beldades disfrazadas no son muy pequeñas. Marianini, con sus seis pies de estatura, hace un papel de mujer en el teatro de Argentina: es la princesa más grande que he visto en mis días.

En cuanto al estilo del canto, nadié puede mejor daros la idea que la encantadora Vanloo, si la habéis oído en París. Su voz es poco extensa; hay otras mucho más hermosas en este país; pero nadie le aventaja en el arte de emplearla, en la delicadeza y el gusto exquisito del canto.

Ya veis que casi todos los papeles, lo mismo si el personaje es hombre que si es mujer, son voces altas; los notan siempre en la clave de *do* en primera; la clave de *sol* en segunda no sirve mas que para los instrumentos. No hacen nunca uso de la clave de *sol* en primera, usada entre nosotros.

Vengamos a la diferencia que se encuentra entre la construcción de sus poemas y los nuestros. Los poemas franceses están hechos como parece deben serlo tratándose de este género dramático anormal y singular, que es una pura extravagancia si se le considera según las reglas, pero en el cual se ha convenido sacrificar la verosimilitud y la naturalidad a la reunión de un gran número de entretenimien-

tos diversos y a la perpetua ilusión de los sentidos. Para esto hemos perfectamente escogido la fábula, los encantamientos, la magia, que se prestan a lo maravilloso, a la maquinaria, a la intervención de las divinidades, a la variedad de fiestas, de bailes y del espectáculo; donde el cielo, la tierra y los infiernos pueden aparecer sucesivamente; donde, siendo lo inverosímil la esencia, misma del asunto, no puede en modo alguno ser chocante.

Tenemos otro género menos grande y menos noble, pero que se aproxima más a lo natural: son nuestras pastorales y nuestros bailables, donde cada acto, formando en sí una acción particular y completa, se reúne bajo una misma idea general, a la cual se refieren todos. Entremezclamos con frecuencia al simple recitado dúos, tríos, grandes coros, bailes variados, que producen la magnificencia y la diversidad en este género de espectáculo. Aquí no hay nada de todo esto; sus óperas son meros asuntos históricos. Se diría casi que los italianos no han mirado este drama mas que como una manera de hacer, por medio del canto, la acción más fuerte y más interesante que lo sería por la simple recitación. Esta idea sería buena si fuera exacta; pero no tiene mas que una simple apariencia de verdad. En efecto; en los movimientos violentos del alma, el canto, que es una especie de voz aumentada, se hace casi natural, y es muy real que un movimiento muy apasionado resonará más fuertemente en el auditorio si se junta con la música que por la simple declamación; pero fuera de

estos grandes movimientos, el canto resulta ridículo en la tragedia. Parece a primera vista que habría que cantar o hablar según la situación, así como los ingleses escriben en verso los pasajes intensos de sus tragedias y el relleno en prosa; pero bien se comprende que esta mezcolanza de canto y de declamación no sería soportable. Las óperas italianas son, pues, verdaderas tragedias, completamente trágicas, por el estilo de las de Corneille y Crebillón; *Atrea* no les parecería un asunto bastante fuerte. Las obras tienen tres actos muy largos; el lugar de la escena cambia dos o tres veces por acto, a fin de poder instalar mayor número de decoraciones. Todas las escenas están en recitado y terminan regularmente por una gran aria; el actor se va porque ha cantado su aria; otro se queda porque tiene que cantar más; en una palabra, estimo que no comprenden esta parte del enlace de las escenas. No hay en estos largos actos ni taños ni coros de voces, salvo un coro sin importancia al fin del último acto. No hay bailes; son continuamente escenas de recitado eternas, seguidas de un aria. Esta construcción monótona es sin disputa muy inferior a la nuestra. Reconozco que nuestras fiestas están con frecuencia mal traídas y sin verosimilitud en cuanto al tiempo y lugar en que las sitúan; pero entonces es culpa del poeta y no del poema. Otro defecto mucho más considerable de nuestras mejores tragedias en música es que en el tiempo que la acción del asunto os ha removido más el alma se encuentra distraída de su emoción porque los ojos están ocu-

pados en ver un baile y los oídos en oír un canto, que forman cada cual una diversión de otra especie y dejan enfriar el sentimiento, que la acción principal tiene que reavivar de nuevo cuando vuelven a aparecer en escena. La ópera, por querer reunir demasiados placeres a la vez, debilita su disfrute; así es que, con muchos momentos agradables, tiene para mí momentos de fastidio, lo cual no ocurre en la buena tragedia francesa, en la cual el interés produce su efecto sin nada que lo distraiga, aumenta por grados y se encuentra en cada acto el corazón interesado por el acto precedente.

Los partidarios de la ópera dirán que no van por el asunto, sino por los accesorios de música, de espectáculo y de baile; es verdad, y esto es también lo que me hace preferir la comedia y la tragedia, porque los placeres del alma son más vivos que los de los ojos o de los oídos. Que si los italianos han creído evitar los inconvenientes que yo advierto en nuestras óperas con la elección del asunto de las suyas y despojándolas de ese aparato que rompe la acción principal, se han equivocado de medio a medio. En verdad, sus poemas (me refiero a los de Metastasio) son admirables y muy interesantes; pero como las arias cosidas al final de las escenas no están siempre bastante enlazadas con el asunto, estas arias exquisitas, que colocan la música italiana tan por encima de la nuestra, hacen el mismo efecto de diversión, dejando enfriar el interés mientras encantan los oídos. Así, en cuanto este defecto es un vicio intrínseco de los poemas

musicales, prefiero la variedad de los nuestros a la uniforme construcción de éstos.

Las arias están en versos líricos y todo el recitado en versos libres, no rimados, que difieren apenas de la prosa; os he dicho ya que estos versos podían las más de las veces ser quitados de la obra sin romper el sentido; entonces las obras de Metastasio, reducidas a la simple declamación, sin ningún canto, se convertirían en muy bellas tragedias. Pero este poeta, lleno de ingenio y de gusto, comprende muy bien que es más conveniente enlazar sus arias con el asunto, y lo hace en cuanto puede, sobre todo en los pasajes interesantes. Si no hace lo mismo en toda ocasión, hay que reconocer que tiene razón en su sistema de ópera; el canto es la parte capital; así es que la música debe tener el preferente lugar.

Los italianos quieren tener arias de toda clase, que expresen las diversas imágenes que la música es capaz de representar. Las tienen muy estrepitosas, llenas de música y de armonía, para las voces potentes; otras, de un canto agradable y de un giro delicioso, para las voces finas y flexibles; otras, en fin, apasionadas, tiernas, conmovedoras, verdaderas en la exposición del sentimiento de la naturaleza, propias a la acción teatral y a hacer valer el arte del actor. Las de la primera especie son imágenes de un mar agitado de un viento impetuoso, de un torrente desbordado, del fulgor del rayo, de un león perseguido por los cazadores, de un caballo que oye el clarín guerrero, del horror de una no-

che silenciosa, etc. Estas figuras, tan propias a la música, no se encuentran, naturalmente, en la tragedia. Es preciso, pues, hacerlas venir por comparaciones sacadas de la relación que puede encontrarse entre estas imágenes físicas y la situación de espíritu en que el poeta ha puesto a su personaje. Sé que semejantes comparaciones están fuera de lugar en los labios de un hombre agitado por la pasión, que no debe entonces expresarse mas que de una manera viva, pero natural; con esto se acomodaría mal la música, que representa aquí el papel principal. Esta sencillez no le suministraría quizá mas que dos palabras, y no constituiría una imagen, y esta música es tan bella, tan asombrosa, pinta los objetos con tanto arte y verdad, que se le perdonan de buen grado faltas más grandes aún, como la de hacer que permanezca en escena un personaje para hacerle cantar un aria muy larga en el momento mismo en que el peligro le apresura a huir. Esta clase de arias de grandes efectos van casi siempre acompañadas por instrumentos de aire, alto oboe, trompetas y cuernos, que hacen un excelente efecto; cien instrumentos de cuerda y de aire saben acompañar a la vez sin cubrir la voz.

Me dan ganas de traduciros aquí (de cualquier modo) un aria de esta clase, para daros mejor idea:

Así el pasajero cuya nave entreabierta
 En medio de las rocas es el juguete del viento,
 Ve la tierra y las aguas conjuradas para su pérdida
 Por sus golpes redoblados apresura el instante
 Por todas partes a sus miradas se ofrece a horrible Parca.

A cualquier parte que tienda la vista
 Ve el mar, ve el escollo;
 Mira las ondas, mira la barca;
 Quisiera lanzarse; el miedo le retiene;
 No sabe qué resolver en su inquietud.
 Hasta el momento en que la onda viene
 A terminar a la vez su suerte y su incertidumbre.

Las arias de la segunda clase son madrigales, lindas canciones que contienen pensamientos ingeniosos y delicados o comparaciones sacadas de objetos agradables, tales como los céfiros, los pájaros, la onda que murmura, la vida campestre, etc.

Tal es ésta, en la boca de un amante tímido que quiere obtener la preferencia por su parte:

Un arroyuelo cuya onda quejumbrosa
 Canta entre la hierba y las flores,
 Nunca de la ninfa temerosa
 Puede excitar sus temores.
 En el cristal de su agua pura
 Se contempla tranquilamente,
 Mientras que por un suave murmullo
 Aplauda su belleza.
 El céfiro que se oye apenas
 Agita el olmo o la palmera,
 Nunca sobre la líquida llanura
 Ha hecho palidecer al navegante.
 Va al imperio de Flora
 A hacer la corte a la rosa;
 Defiende al amante de la Aurora
 De los dardos ardientes del dios del día.

O esta otra:

Un amor verdadero, que siempre dura,
 Es este fénix tan cacareado;
 Es uno; todos lo aseguran,
 Nunca nadie lo ha visto.
 ¿En quién tendría uno confianza
 Cuando no se encuentra en ningún amante
 Ni fidelidad, ni constancia,
 Que todos juran igualmente?

En cuanto a las arias de la tercera clase, que no expresan mas que la pasión, Metastasio tiene buen cuidado de intercalarlas en el sitio más vivo y más interesante de su obra y enlazarlas íntimamente con el asunto. Entonces el músico no busca ni giros, ni pasajes, sino expresar con sencillez el sentimiento tal como sea, en toda su fuerza. Estas arias tienen menos cantos que las otras, pero son mucho más patéticas y verdaderas, y podéis creer que tienen tantas como las escenas más teatrales de Lulli; añadid que tienen mucha más música. Estos pasajes son siempre los más apreciados en las óperas; los espectadores se apasionan casi tanto como el actor. Así los italianos distan mucho de menospreciar la expresión como se la figuran en Francia, donde mil gentes creen que su música no se ocupa nunca mas que de jugar con las vocales y que tiene tan poca relación con las palabras que podrían pasarse sin ellas; pero estos trozos de expresión no pueden salir del teatro sin perder las tres cuartas partes de su valor.

Pongo entre esta misma clase las arias simples que tienen enlace con el asunto, en las cuales Vinci y Pergolese, su discípulo, estos dos compositores tan naturales y tan sencillos, han acertado tan perfectamente. Pongo asimismo las arias que expresan el terror a la vista de algún objeto horrible: espectro, aparición, etc., y a las cuales la expresión musical presta una fuerza sorprendente. Hay una en la ópera de *Siroës*, que representan ahora, que me hizo casi ponerme los pelos de punta la primera

vez que la oí. Chosroës, en el momento que acaba de hacer morir a su hijo, descubre que es inocente; cae en el frenesí, en que le parece ver la sombra de su hijo que le persigue. En medio del aria, sobre un medio tiempo del compás, se eleva una trompeta que acompaña sola y representa el espectro que persigue a Chosroës. No cabe nada más lamentable ni más horrible; es la trompeta del Juicio Final.

Hasta aquí lo concerniente a la parte musical de los poemas de Metastasio; en cuanto a la parte dramática, bien vale que nos ocupemos también de ella. Nunca ningún poeta le ha igualado en el arte de la exposición del asunto. Este artículo, que es la tortura de nuestros poetas de segunda fila, y donde los maestros de primera han fracasado más de una vez, no le cuesta ningún trabajo a Metastasio, porque nunca lo hace. No sé cómo diablos consigue manejar su prótasis de tal manera que casi sin ninguna narración el espectador se encuentra enterado de todo lo que le hace falta saber para comprender la obra. Principia ordinariamente por una acción brillante desde la primera escena y continúa llevando con la misma rapidez el asunto hasta el desenlace. Se entiende a maravilla para poner en juego las pasiones. Está lleno de sucesos y de golpes teatrales sorprendentes; aun está recargado de ellos, y estos golpes teatrales singulares son con frecuencia traídos a costa de la verosimilitud. Por esto, sus buenas obras, tales como *Adrián*, *Artajerjes*, *Tito*, *Aquiles reconocido*, etc., son muy interesantes, y las medianas, tales como *Hypsipylo*, *Semiramis*,

etcétera, son, por lo menos, curiosas. Compone con una grandísima facilidad; es fértil en invenciones variadas. La acción de sus obras es extraordinariamente doble; pero enlaza las dos acciones de tal modo una a otra, que no pueden dejar de caminar juntas, lo cual produce, no obstante, una falta de unidad en el interés. Además está sujeto al defecto que se advierte en los *Horacios* del gran Corneille; así, en *Demophon* (que es el asunto de *Inés de Castro*) y en la *Olimplada*, después de haber sacado a su héroe del peligro, lo vuelve a sumir por segunda vez en un nuevo peligro imprevisto y de otra clase. Entonces es en cierto modo una segunda acción que comienza. Hay muchos de estos caracteres virtuosos por encima de la humanidad que gusta ver en el teatro; hay otros singulares que nos parecerían extraños, desmesurados, demasiado débiles o demasiado fuertes; sus marañas son pequeñas, desarrollándose sobre equívocos y llegando casi hasta lo cómico. Me asombra ver que esta nación no se extrañe, por falta de nobleza, en medio de los más grandes asuntos; la intriga gira principalmente sobre una conspiración o una traición. Se dirá que sus tragedias son trágicas por las acciones y cómicas por la manera de tratarlas. Los italianos admiten de buen grado en sus tragedias una especie de Zanni o de bufón trágico, que conduce la intriga con una perfidia y hace caer en la red a las buenas gentes. Los espectadores no temen reírse en medio de una escena interesante; inmediatamente después vuelven a su dolor, como si nada hubie-

ra pasado. Metastasio es un gran plagiario; saquea a manos llenas a Corneille, Racine, Quinault, Crebillon, todo lo que puede: pensamientos, asuntos, situaciones, todo le conviene. Pero expresa muy bien lo que se ha apropiado, salvo que acumula demasiadas cosas unas sobre otras, como cuando necesita dos o tres tragedias para hacer el último acto de la *Olimpiada*. Esta obra no es de las mejores suyas, aunque el segundo acto esté perfectamente hecho y sea muy interesante. Está construido un poco diferentemente de los otros; hay coros en cada acto, y en el primero una muy larga exposición del asunto, que es muy complejo. Está sacado de la historia de León y de Roger, en el Ariosto. De nosotros solos depende tomar nuestro desquite, cogiendo a nuestra vez de Metastasio; nuestros actores actuales encontrarían seguramente en él una rica cantera. Dialoga como un ángel (excepto los *apartes*, demasiado frecuentes) y con un aire de verdad que no siempre se encuentra entre nosotros, que tenemos tiradas de versos demasiado largas. En él las escenas son verdaderas conversaciones; su estilo es florido, vivo, sentencioso, lleno de pensamientos ingeniosos, a veces un poco rebuscados, y aun así, hay que hacerle justicia en esto, tiene menos que nadie este defecto, ordinario en su país; entiende a maravilla el manejo del espectáculo, sabiendo introducir de una manera natural el artificio de las fiestas, de los combates, de los triunfos y de todo lo que puede aumentar la magnificencia. Me gusta el arte con el

cual ha sabido, en *Aquiles reconocido*, enlazar una decoración con la maraña de la acción. Encontrando Ulises en la galería de Lycomedes a una joven que le da motivos para sospechar que sea Aquiles disfrazado, se pone a examinar las estatuas que representan los trabajos de Hércules que adornan la galería, y colma de elogios al héroe hasta el momento en que, viéndole disfrazado de mujer al lado de Onfala, deja estallar su indignación contra tal degradación. Con esto excita tan gran turbación en la cara de Aquiles, que ya no le cabe duda que su conjetura es cierta.

Es una regla en Italia no ensangrentar nunca la escena, ni la catástrofe, por la muerte violenta de ninguno de los principales personajes, aun cuando la obra contenga las acciones más atroces del mundo; hasta tal punto, que puede asegurarse de antemano que las más grandes fechorías quedarán impunes en el desenlace. Las gentes a quienes se mata son completamente subalternas o no salen a escena. Esta costumbre está tan bien establecida, que en el *Catón de Utica*, cuyo asunto es tan conocido, Metastasio, habiendo querido apartarse de ella sacando a escena a Catón herido de muerte, se vió obligado a modificar este pasaje de su plan. He visto, no obstante, en *Hypsipilo*, un Learco precipitarse en el mar; pero es una manera suave de matarse sin que corra la sangre. Tienen que darnos para el final de Carnaval el *Catón de Utica*, hermosa ópera de Leo, en el teatro de Aliberti.

Metastasio, según he oído decir, es hijo de padres

desconocidos; un gentilhombre romano, el famoso jurisconsulto Gravina, le hizo educar en su casa por caridad y le instituyó su heredero. Metastasio no tardó en mostrar un feliz genio y fué recibido muy joven en la Academia de los Arcades de Roma. Es primer poeta del emperador y tiene su residencia en Viena, donde es muy querido; para esta Corte es para quien compone sus óperas. Ha hecho también algunos buenos bailables o pasatiempos en su arte, y oratorios en música sobre asuntos sacados de la Sagrada Escritura.

El recitado italiano desagrada sobremanera a los que no están acostumbrados; es verdad que comienzo a acostumbrarme; pero las gentes del país no lo están quizá todavía del todo, porque en cuanto se saben la obra no escuchan ya mas que las escenas interesantes. Admiraba al principio cómo puede ser a la vez tan barroco y tan monótono. Preguntaba un día a un inglés, que no debía de tener ninguna prevención sobre este artículo, si era posible que el recitado de nuestras óperas fuese tan mezquino y tan ridículo como éste. «Tanto por lo menos—me respondió—; os aseguro que los dos son fastidiosos e imposibles de todo punto.» Sin embargo, nos gusta el nuestro, y sabemos sin duda alguna que es bueno, por lo menos para nosotros. Los italianos dicen otro tanto del suyo; yo hasta siento que algunos pasajes bien trabajados comienzan ya a gustarme; es más simple y aun menos constante que el nuestro; no es casi mas que una simple recitación escalonada, por el estilo de las de esos

actores trágicos que cantan declamando. Me imagino que de este modo es como poco más o menos se representaba la tragedia en Francia antes que Baron y la Lecouvreur hubiesen dado el verdadero tono. La base continua de acompañamiento es muy sencilla, no habiendo más que dar un sonido en los reposos de las frases para sostener el tono; el clavecino da sus acordes de una manera ruda y nunca hace arpeggios. No es que no haya algunos recitados con acompañamiento obligado de violín, y aun son los más bellos, pero son raros. Cuando están perfectamente tratados, como algunos de Jomelli, que he oído, hay que reconocer que, por la fuerza de la declamación y la variedad armoniosa y sublime del acompañamiento, es lo que puede verse y figurarse más dramático, muy por encima del mejor recitado francés y de las más bellas arias italianas. La ejecución de estos recitados acompañados es de todo punto difícil, sobre todo para las partes instrumentales, a causa de la extrañeza de los movimientos, que no son dirigidos por ninguna batuta.

Usan la batuta en la iglesia, en la música latina; pero nunca en la ópera, por muy numerosa que sea la orquesta y por muy recargada de partes que esté el aria que ejecutan; estas gentes entienden de otro modo que nosotros la exaetitud y la precisión; así es que hablan todavía peor de nuestra ejecución que de nuestra música. «No he oído nunca—me decía Zuccareni—en la ópera francesa mas que una buena pieza, a saber: el coro de

Jephthé, y eso que estaba miserablemente estropeado.» No dejan de tener razón en cuanto a la ópera; pero en la capilla del rey y en el concierto espiritual ejecutan bastante bien, aunque no sea con tanta precisión como aquí. La orquesta italiana, sea por el número, sea por la variedad de los instrumentos, está en estado de producir este gran estrépito que piden algunos trozos. En un concierto espiritual que fué ejecutado la víspera de Navidad en la sala papal de Monte Cavallo juzgué que había aproximadamente doscientos instrumentos; esperaba oír un ruido prodigioso. En la ejecución el efecto no me pareció más fuerte que si no hubiera habido más que cincuenta; de donde conjeturo que cierto número de violines es suficiente para llevar al aria todo el sacudimiento que es capaz de resistir, y que otros mil más no se lo aumentarían. Como toda la orquesta acompaña, es preciso que sea muy circunspecta, sin lo cual encubriría la voz. Mientras las partes de *ripieno* hacen los acordes armónicos, el violín primero toca casi siempre el mismo canto que la voz; este unísono lo sostiene y le acompaña muy bien. No sé por qué no hacemos nosotros lo mismo con frecuencia. Tienen un método de acompañar que no entendemos, que nos sería fácil introducir en nuestra ejecución y que resalta infinitamente el valor de su música: es el arte de aumentar o disminuir sonido, que podría llamarse el arte de los matices y del clarooscuro. Esto se practica, sea insensiblemente, por grados, sea de pronto. Además del fuerte y suave, el muy fuerte

y el muy suave, practican también un *mezzo piano* y un *mezzo forte* más o menos apoyado. Son reflejos, semimatices, que prestan un adorno increíble al colorido del sonido. (¡Diantre! ¡Qué linda expresión! El padre Castel (1) no lo diría mejor.) Algunas veces, acompañando la orquesta *piano*, todos los instrumentos refuerzan a la vez durante una o dos notas y nublan enteramente la voz; luego caen súbitamente en la sordina; es de un efecto excelente.

Otra variedad nace de la manera como emplean las modulaciones. Apenas si componen en tono menor; casi todas sus arias están escritas en tono mayor; pero entremezclan, sin que se espere, frases menores, que sorprenden y se apoderan del oído hasta el punto de afectar al corazón. Tienen muy hermosos tonos en *mi* mayor con tres bemoles, que llaman *re*, *la*, *fa*, de una belleza y de una nobleza singulares.

Se entienden también en variar el sonido por la variedad del de los instrumentos que emplean: violines, cornos, trompas, oboe, flautas, arpas, violas, archilaúdes, mandolinas, etc. No tenemos bastante diversidad en nuestros instrumentos; esto es lo que contribuye también a la monotonía que reprochan a nuestra música. Sus *ritornellos* son preciosos, y el coro que los sigue está tan bien entendido, es tan agradable o tan sorprendente, que al lado de esto nuestras arias francesas no son mas que canto llano.

(1) Castel (Luis-Bertrand), jesuita, geómetra y físico. Nacido en Montpellier en 1668, muerto en 1757; trabajó durante cerca de treinta años en el *Diario de Trevoux* y publicó varias obras.

Es locura pretender ponerlos en paralelo. No diré más que una palabra sobre esto para combatir vuestra opinión, a saber: que siendo el canto la esencia de la música, la que tiene más cantables debe tener la preferencia. Las piezas más unidas de la suya están al nivel de los más cantantes de la nuestra; si la nuestra es uniforme, la suya parece también repetirse, sobre todo a los oídos extranjeros, que no están hechos a sus tonos de voz, a su manera de emitir las notas, a sus caídas, muy diferentes de las nuestras; al principio sienten extrañeza y luego señalan fácilmente las repeticiones.

El defecto de su música, que ellos mismos reconocen, es no ser propia mas que para los espectáculos y los conciertos, no pudiendo pasarse sin acompañamiento. Una cantante a quien pidáis un aria en un salón no la cantará sin acompañarse al clave, tocando los bajos con la mano izquierda y el tema, no los acordes, con la derecha; todas lo tocan bastante bien para ello. Así, a pesar del poco aprecio en que tienen nuestros cantos, alaban mucho nuestros *vaudevilles* alegres, nuestros dúos y cancioncitas de tablado, que es todo lo que les gusta de nuestra música.

Casi todas sus arias son a una sola voz; apenas si tienen dos o tres dúos en toda una ópera, y casi nunca tríos. Los dúos están consagrados al género tierno y emocionante, a las situaciones más patéticas de la pieza; son de una belleza maravillosa y producen un gran enternecimiento. Allí es sobre todo donde las voces, así como los violines, em-

plean ese claroscuro, ese inflamamiento insensible del sonido, que aumenta de fuerza de nota en nota hasta el más alto grado y luego vuelve a su matiz extremadamente suave y enternecedor. Admiran aquí las cadencias o puntos de órgano que se hacen a la *finale* de cada aria en los *solos*. En cuanto a mí, no me gusta nada; además de que son demasiado frecuentes, dicen siempre la misma cosa. Me entran ganas de reír cuando veo a un gordo castrado hincharse como un globo para hacer de alto a bajo de su voz, durante medio cuarto de hora, sin tomar aliento, veinte gorgoritos unos sobre otros. No me gusta tampoco el uso eterno de tener, lo mismo que en nuestras cantatas, cada aria dividida en dos partes, de las cuales la primera vuelve a repetirse después de la segunda. Aun esto mismo es chocante por la manera como las palabras están construídas, porque son dos cuartetas en que, encontrándose lo más fuerte del pensamiento en la segunda, está debilitado por la repetición de la primera.

Si algunas veces bailan en el teatro de la Opera no es que los bailes formen parte de la obra; no son traídos por fiesta, ni mezclados con el asunto. Cada ópera tiene tres actos, cada uno de cerca de una hora de duración; y en los entreactos es cuando se baila o se representan entremeses. Estos bailes son especies de pantomimas muy ridículamente colocadas en los intervalos de una tragedia. Los bailarines, hombres y mujeres, son vivos, ligeros; saltan mejor que la Camargo y tanto como Maltere el pájaro; tienen pantorrillas y además una gentileza agra-

dable y no carecen de precisión; pero no tienen brazos, ni gracia, ni nobleza. En una palabra: el baile de los italianos está muy por debajo del nuestro; ellos mismos lo reconocen. Cuando quieren bailar no temáis que escojan sus arias: hacen que toquen minuetos franceses y alemanes. La música italiana no sirve para el baile tanto como para el canto; sus sinfonías tan bellas, tan armoniosas, no son del género que es preciso para adoptar pasos de baile. No saben siquiera componer bien a este respecto y no tienen mas que pocos aires propios para las danzas de teatro. He oído decir mil veces en Francia que la música instrumental de Italia valía más que la nuestra; pero que nosotros les ganábamos en la vocal. Me parece que es todo lo contrario, y que estas gentes opinan lo mismo que yo. En primer lugar, en cuanto a la música vocal no hay comparación; yo no la admitiría nunca. En cuanto a la instrumental, tienen conciertos, sea a grandes voces, sea mezclados los coros y los recitados con violín solo, muy por encima de todo lo que nosotros podríamos hacer en este género; distribuyen mejor las partes, la armonía les es más familiar. Cuidan de no hacer trabajar mas que una parte de la voz y tener las otras sencillamente adormecidas, para que el canto del tema resalte y se distinga de una manera clara, para que los acordes sean justos y precisos unos contra otros, sin embarullarse, como ocurre cuando el alto y el bajo trabajan demasiado a la vez; entienden todo esto mejor que nosotros. Por otra parte, nuestras óperas están llenas de una

infinidad de aires de danza, de movimientos y de especies variadas, de un canto natural, agradable, fácil de retener, y que al salir del teatro corre de boca en boca. Esta es nuestra verdadera sinfonía francesa, menos grande, menos armoniosa que la suya, pero de un canto más vivo y más alegre.

En cuanto a las sonatas de violín solo, digámoslo rotundamente, no las tienen que puedan igualar las de Leclair; por lo demás, sea que no crean mucho en los méritos de sus riquezas en este género, o que no les guste la sinfonía mas que cuando es con grandes coros, ejecutan pocas sonatas. Llevé últimamente un violinista francés bastante bueno al concierto en casa del cardenal Bichi y le hice tocar la sexta sonata en *do* menor del tercer libro de Leclair para ver si estas gentes tenían el atrevimiento de no encontrar bello esto; no tuvieron tan mal acuerdo; pero hicieron poco caso del ejecutante, que sin embargo no tocaba mal. No sé por qué, pero encuentro que la ejecución francesa parece algo mate e insípida al lado de la suya; no es que no tengamos tan buena la mano como ellos en el mango del violín; lo que nos falta es la mano del arco; ellos tienen mil giros delicados, mil salidas; en una palabra, una articulación de que nosotros no sabemos apoderarnos. Pascalini, de Roma, es exquisito en esta parte brillante; tocó el otro día en Santa Cecilia como un dios. Es el Guignón (1) de Italia,

(1) Guignon (Juan Pedro), hábil violista, nacido en Turín en 1702, muerto en Versalles en 1774; llegó a ser el rival del famoso Leclair y adquirió una gran fortuna.

como Tartini, de Padua, es el Leclair. En cuanto a la ejecución en grande y como director de orquesta, creo que la hija de Venecia no cede el puesto a nadie.

Si os parece extraño ver llenar los entreactos de una gran tragedia por pantomimas de bailes, os lo parecerá mucho más verla cortada por entremeses. Llamán *intermezzi* a pequeñas farsas en dos actos, de una bis cómica vulgar, poco más o menos del tipo de los que representan en los tablados de la plaza Real.

Considerad si semejantes obras vienen a cuento en los entreactos de una tragedia; pero, por favor, perdonadlos; es una delicia con tal que la música sea perfectamente buena y esté perfectamente ejecutada; lo mediano en este género cae en lo bajo y lo trivial. Estas farsas no tienen mas que dos o tres personajes bufos; la música es sencilla, alegre, natural, de una expresión cómica, viva y risible hasta más no poder. Daría cualquier cosa para poder haceros oír a un marido que se burla de su mujer que pierde todo su dinero al faraón; las quejas de un pobre diablo al que van a ahorcar, o cualquier dúo de una ligera disputa extravagante o de una reconciliación entre un galanteador y su amante; no hay nada en el mundo más divertido. Añadid a esto el aire de verdad con que el tema está tratado por parte del músico y representado por el actor y la precisión singular de la ejecución. Estos bufos lloran y ríen a mandíbula batiente, se revuelven, hacen toda clase de pantomimas, sin apartarse del

compás ni un octavo de un segundo. Confieso que las piezas de esta clase, cuando son tales como *El maestro de música*, de Scarlatti; la *Serva Padrona*, *Livietta e Tracollo*, de mi encantador Pergolese, me gustan más que todas las otras. Las presumidas de este país no estiman mas que sus obras serias; se burlan de mi encaprichamiento por estas farsas; pero persisto en mi opinión de que cuanto menos grave es el género mejor resulta la música italiana. En efecto, se siente rebosar la alegría y que está en su elemento. Me gustan también sus comedias medio serias y medio cómicas. Nos dieron una muy linda de Ricardo di Capua, en el teatro della Valle, y vi otra preciosa en Nápoles, de Leonardo Leo. No creo que nosotros podamos conseguir hacer música risible aunque tengamos excelentes comedias de un género un poco más elevado, como las *Fiestas venecianas*, cuyo tono es realmente el de comedia, y ojalá nos dieran con frecuencia obras semejantes.

Las mejores escuelas de música, o, para emplear sus términos, los seminarios de maestros de capilla están en Nápoles. De allí han salido Scarlatti, Porpora, Domenico Sarri, Porta, Leo, Vinci, Pergolese, Gaetan Latilla, Rinaldo di Capua y varios otros célebres compositores. En cuanto a las voces, la buena escuela está en Bolonia; Lombardía se distingue en la música instrumental. Me parece que la música italiana había llegado a su más alto período hace seis o siete años; el gusto cambia con frecuencia aquí. Latilla está hoy de moda en Roma.

La ópera de *Siroës*, que nos dan en el teatro de Aliberti, es suya; pero ni él, ni Terradellas, ni otros tienen el mérito de los que trabajaban hace pocos años, y éstos habrían superado a sus predecesores, tales como Buononcini, Porta, Scarlatti el mayor, Sarri, compositor sabio y triste; Porpora, natural, pero poco inventivo.

Vinci, Hasse, llamado comúnmente el Sajón, y Leo son los autores cuyas obras tienen más fama. Vinci es el Lulli de Italia, verdadero, sencillo, natural, expresivo, y el canto más bello del mundo, sin ser amanerado; ha trabajado mucho, aunque murió joven. Dicen que era insolente y que, después de haber sido más de una vez castigado por una galantería que llevó demasiado públicamente con una dama, acabó por ser envenenado. *Artajerjes* es considerada como su mejor obra; es también una de las mejores piezas de Metastasio, que la ha tomado tanto del *Stilicon*, de Tomás Corneille, como del *Xerxes*, de Crebillón. Es la más famosa ópera italiana. No la he visto representar, pero la conozco por haberla oído entera en conciertos, y me ha encantado. Por excelente que sea toda esta obra de Vinci, la escena de la desesperación de Artabán, añadida por el poeta y puesta en música por el Sassone, supera quizá a todas las demás. El recitado *Eccomi al fine in libertà del mio dolor*, es admirable, así como el aria que sigue: *Pallido il sole*. Este trozo no se encuentra fácilmente; el príncipe Eduardo es quien ha tenido la amabilidad de dármelo; lo considero como la más hermosa

que tengo entre setecientas u ochocientas arias que he hecho copiar de diversas obras. El Sajón es muy sabio; sus óperas son trabajadas de un gran gusto de expresión y de armonía. Leo tiene un genio poco común; expresa bien las imágenes; su armonía es muy pura; sus cantos son de un giro agradable y delicado, llenos de una invención rebuscada. No son muy fáciles de descifrar, aunque en general la música italiana sea más fácil de leer y de cantar que la nuestra, aparte de que no exige tantas voces. Ya lo había yo experimentado con sorpresa en unas jóvenes señoritas de Génova, a las que enseñaban las dos músicas a la vez y que aprendieron más pronto tres arias italianas que una francesa.

Pergolese, Bernasconi, Scarlatti, Jomelli, son casi iguales a los tres que acabo de citar. Entre todos estos músicos, mi autor favorito es Pergolese. ¡Ah, el hermoso genio, sencillo y natural! ¡No es posible escribir con más facilidad, gracia y gusto! Consoladme en mi aflicción, lo necesito mucho; mi pobre favorito acaba de morir de una afección al pecho, a la edad de treinta y tres años, disfrutando ya de una reputación que habría igualado a la de Vinci, su maestro. Ha muerto en medio de los aplausos que le valía su excelente ópera *La Olimpiada*, que tanto me ha gustado. Sus pequeños entremeses son deliciosos, tan alegres, tan retozones. Su cantata de *Orfeo* se considera como la mejor de las cantatas italianas; su *Stabat Mater*, como la obra maestra de la música latina. No hay quizá pieza más alabada que ésta por su profunda ciencia de los

acordes. Dicen también maravillas de un *De profundis* de su composición que está en poder del duque de Monteleone; me habían prometido procurármelo, pero todavía no me lo han dado. Jomellini nos ha dado últimamente la ópera del *Ricimer*, en el teatro de Argentina, y algunas otras piezas. Este joven promete mucho y llegará a igualar pronto a todos los grandes maestros. No tiene menos vigor que gusto y delicadeza; posee a fondo la armonía, que desarrolla con una riqueza sorprendente. No debo olvidar en el catálogo de los compositores que conozco ni a Jacomelli ni a Lampagnacci, que ha hecho versos tan conmovedores, ni a un francés llamado Antonio Gay, que ha triunfado en este país. Dejo de mencionar muchos otros. Haendel tiene una gran reputación en Inglaterra; sus obras no se han extendido por Italia, y por lo que he oído de su música vocal, le creería inferior a todos los que os he nombrado.

La magnificencia de la decoración en las óperas italianas es tal, sobre todo comparada con la mezquindad ordinaria de la nuestra, que no puedo daros más que una ligera idea; hay que haberla visto. El arte de la pintura está muy perdido en Italia; no quedan gentes hábiles más que para la perspectiva y la decoración. El inmenso tamaño de los teatros les permite desarrollar su técnica en un espacio conveniente, que no tenemos en nuestras mezquinas salas de París; no podréis creer con cuánta verdad en el conjunto y en el detalle reproducen el lugar representado; es, en efecto, una galería, un bos-

que, un campo, una granja, un gabinete, una prisión abovedada, etc. En vez de colocar uniformemente, como nosotros, las piezas de la decoración sobre las dos filas de bastidores, las colocan dispersas por todo el teatro; si se trata de columnas o de galerías, las disponen oblicuamente sobre varias líneas diagonales, lo cual aumenta el efecto de perspectiva; si el lugar ha de tener poco espacio, reducen a él todo el escenario y lo cierran por todas partes, de tal modo que se creería estar en una caverna, en una tienda de campaña o bajo una bóveda. Hay dos o tres cambios por acto; los ejecutan sin mucha destreza, con menos precisión y rapidez que entre nosotros. Pero, en cambio, cuando están hechos, la realidad es tal, que toda mi atención la pongo en reconocer, cuando hay que cambiar las escenas, dónde está la juntura de esas piezas que acaban de ser colocadas unas al lado de otras.

En vez de los coros de voces y de bailarines que pueblan y ornamentan nuestro espectáculo, llenan el suyo un gran aparato de comparsas, de sacrificios, de ceremonias de toda clase, que hacen con un detalle verdadero, curioso y divertido. Los espectáculos mudos que Servandoni comienza a dar en las Tullerías son poco más o menos del mismo género. En cuanto a máquinas propiamente dichas no se las he visto; no teniendo sus poemas ni maravillas, ni divinidades, ni magia, no son susceptibles de maquinaria. Las comparsas son numerosas, a veces de ciento y ciento cincuenta personas. Al primer golpe de vista, el espectáculo de estas carro-

zas de triunfo, de esta muchedumbre, de todo ese aparato, tiene pompa y magnificencia, pero no rompe esa eterna uniformidad de escenas terminadas por un aria, lo mismo que podría hacerlo una variedad de coros y de danzas intercaladas. Además, estas gentes del cortejo de los principales actores no están presentadas ni vestidas como nuestros grupos de coristas, como nuestras *troupes* galantes de bailarinas. Son mendigos mal calzados, vestidos con un largo sobretodo, pintado de oropeles y con un gorro cualquiera.

El pueblo gusta sobre todo de los combates y las peleas; para complacer al patio es preciso que haya en toda ópera semejante pompa: *Quando succede qualche zuffa spaventosa qui si fa gran fracasso*, y el patio está contento. Estos combates están bien ejecutados y a mí también me divierten. He visto capitanes llegar a la cabeza de su tropa montados en hermosos caballos efectivos; pero estos caballos parecían no tener mas que un gusto mediocre por la música y no les gustaba trotar sobre las tablas de un escenario.

Para resumir en una palabra la extensión inusitada de esta disertación, a que me ha llevado vuestra carta mucho más lejos de lo que esperábamos vos y yo: la música italiana está seguramente por encima de la nuestra; pero nuestra ópera vale tanto como la suya, todo bien pesado; salvo que les sería más fácil dar a su ópera la forma de la nuestra que a nosotros dar al canto francés el giro brillante y las gracias amables del canto italiano.

Añadiré dos palabras sobre la música de iglesia: la oímos con frecuencia, porque cuantas veces hay *función* en una iglesia hay música, y ¡hay tantas iglesias aquí que celebra cada cual tantas fiestas! Ejecutan no solamente motetes, sino también conciertos, y a veces a dos coros, que se contestan en dos tribunas, de un ala de la iglesia a la otra.

Hubo una música soberbia de esta clase en los Jesuítas el día primero de año, inferior, sin embargo, a la de Santa Cecilia, donde un español dió un motete de su composición, el más bello que yo haya oído en Italia. Los coros de sus motetes son admirables; pero los recitados carecen de la nobleza y de la gravedad propias del asunto; alabaría la ciencia y la armonía, pero no el gusto. Nuestros motetes de Lalande son más bellos y mejor hechos que todos éstos. La música latina no tiene la misma boga que la música en lengua vulgar; no se ejecuta apenas fuera de la iglesia. Me costaría trabajo decir quiénes son los más célebres compositores en este género. En cuanto al viejo Carissimi (1), de que me hacéis mención, ¡por Dios!, guardaos de hablar de él aquí, so pena de ser considerado como un ser anticuado; hace mucho tiempo que los que le han sucedido han pasado de moda. Alababan mucho en Venecia los salmos en lengua vulgar de un llamado Benedetto Marcello; son a tres y cuatro voces, de bajo continuo, sin sinfonía. Lo que he

(1) Compositor célebre, nacido en Venecia en 1600, reformador de la música moderna en Italia.

oído de ello me ha parecido sabio, pero triste y desprovisto de canto.

He aquí, mi querido Malatesta, todo cuanto puedo decir de la música italiana. Mis abrazos a todos nuestros amigos. Comunicad mi carta al pequeño Potot (1), que es un *dilettante*, casi casi un *virtuoso*.

LI.—AL SEÑOR ABATE CORTOIS DE QUINCEY

Muerte de Clemente XII.—Funerales.—Conclave.

Si tenéis que pedir una bendición al Santo Padre *in articulo mortis* (hablo de la suya y no de la vuestra, mi querido abate), no tenéis un momento que perder. Desde el accidente que tuvo en el mes de octubre no ha vuelto a encontrarse en estado de salir de su lecho. Ahora tira por completo a su fin; es cosa de unos días más o menos; creían que no pasaría de la última semana. El cardenal vicario había ordenado suspender los espectáculos y exponer el Santísimo Sacramento en todas las iglesias, hasta tal punto que los pobres extranjeros, no sabiendo ya qué hacer de su velada, a falta de ópera, se encontraban completamente desorientados. Al cabo de algunos días, como las cosas no adelantaban ni retrocedían, los obreros que han trabajado para

(1) Monsieur de Montot.

los empresarios de los teatros han empezado a gritar porque la mayor parte no reciben en pago de su trabajo mas que la retribución diaria de ciertos palcos de los pisos altos, cuyo producto les abona el empresario. El gobernador de Roma ha querido reabrir los teatros y ha ido a dar explicaciones al cardenal vicario, que ha respondido que eso no podía ser mientras el Santísimo Sacramento estuviera expuesto. A lo cual el gobernador ha replicado que le parecía más a propósito encerrarlo que dejar morir de hambre a los obreros. Hubo de pelear mucho tiempo con este buen cardenal Guadagni para que se rindiera a la razón:

Y no ha sido sin trabajo
Como el diablo, en fin, ha acabado por ganar el pleito.

Los espectáculos han vuelto a comenzar; pero he aquí que hablan ya de interrumpirlos de nuevo. Toda esta perturbación me impacienta hasta lo increíble; en verdad, el Santo Padre debería tomar su partido de una manera o de otra. ¿Se cree que tengo tiempo de esperar y que quiera permanecer aquí tres veces diez años? Todas las mañanas envío a saber noticias a Monte Cavallo y me pongo por anticipado a tener estas cartas dispuestas para daros en el acto aviso de la conclusión. Mientras tanto, para ayudaros a trazar vuestro plan sobre el próximo conclave, voy a adjuntar aquí mis hojas con algunas pequeñas notas que he tomado sobre lo que he visto y oído decir aquí y allí acerca del carácter de varios cardenales. El numeroso pú-

blico nada dice todavía sobre el sucesor; sin embargo, la avanzada edad del Papa y su larga enfermedad han dado todo el tiempo necesario para el libre curso de las intrigas. Las dos facciones predominantes serán la del camarlengo y la del cardenal sobrino. Hay apariencias que las facciones de Francia y de España, muy poderosas por sí mismas, juntándose al partido de este último, que tiene en su favor un número bastante importante de hechuras de su tío, hayan de asegurar el triunfo; pero tiene que habérselas con un hombre muy hábil.

Guadagni, carmelita; gran vicario, beato, moji-gato, sin inteligencia, sin gusto, pobre fraile; es el cardenal blanco. Los frailes llevan el hábito de cardenal en la forma ordinaria, pero del color de su Orden, en vez de rojo.

Acquaviva de Aragón, arzobispo de Montreal; protector de España y de Nápoles, el más gran señor de Roma y el más magnífico; figura noble y algo basta; el espíritu como la figura; poderoso por su facción, considerado, acreditado; pasa por un buen hombre y gran catador de doncellas.

Accoramboni, un *cardinalone*; mucha importancia y poco fondo.

Corio, milanés; gobernador de Roma, lo que le ha hecho ser cardenal; hombre honrado.

Ottoboni, decano, sobrino de Alejandro VIII; veneciano, protector de Francia, hecho cardenal a los diez y siete o diez y ocho años; de malas costumbres, sin criterio, disipado, arruinado, aficionado a las artes, gran músico.

Corsini, seglar tonsurado, florentino, sobrino del Papa actual; poca inteligencia, menos seso, capacidad nula; cortejado por su cargo y por el gran número de hechuras que tiene su tío en el Colegio. Veremos en el Conclave qué es lo que sabe hacer. El gobierno está en sus débiles manos; ha puesto la Hacienda en un estado lamentable. El pueblo grita contra la escasez y el bajo título del dinero; se queja del transporte de la moneda a Florencia; no quiere ningún Papá que no sea romano o de los Estados de la Iglesia. La familia *Corsini* tiene mérito; se ha ido a vivir, con mal acuerdo, al palacio del Transtevere, calle de la Longara, barrio muy alejado. Hoy van a hacerle la corte; dentro de tres meses nadie pondrá allí los pies. La princesa Albani decía que las gentes de la familia papal morían dos veces: la primera, a la muerte de su tío, y la segunda, a su muerte natural.

Fleury, francés; ministro de Estado; muy considerado, sobre todo después de la última guerra y la paz de Viena; es tenido como el oráculo de Europa: *major e longinquo reverentia*.

Alberoni, plaisantino; muy inteligente y muy ardoroso; inquieto, intrigante, despreciado, de malas costumbres, sin decencia, sin consideración, sin juicio. Según él dice, un cardenal es un trasto cualquiera vestido de colorado. Le han nombrado legado en Rávena, donde ha ideado el lindo proyecto de conquistar la república de San Marino.

Ruffo, napolitano; hombre de mérito y de crédito; uno de los Zelanti. Está convencido que no

se puede hacer mejor elección que la de su persona en el próximo Conclave; quizá tenga razón.

De Bossu, flamenco; arzobispo de Malinas; hombre de virtud y muy estimado, pero extranjero; es decir, inútil y sin crédito.

Fini, muy poca cosa; antes ocupaba los bajos empleos domésticos.

Davia (1), boloñés; Nuncio en Flandes, en Colonia, en Polonia, en Viena; sabio, hombre de juicio, muy estimado; pasa por ser jansenista; fué el contrincante de Clemente XII, y hubiera sido Papa, según dicen, sin el cardenal de Bissy.

Polignac, francés; arzobispo de Auch; hombre de letras y de ingenio; más brillante que fondo, mediocre negociador, afable, dulce, sociable y muy querido en Roma.

Petra, gran penitenciario, viejo chocho. Cree que será Papa y es solo a creerlo.

Rezzonico, veneciano; hijo de un banquero; no le falta mérito.

Aldrovandi, boloñés; de buena casa, estimado, cabeza bien organizada; tiene condición de papable.

Del Giudice, protector del Imperio, considerado.

Quirini, obispo de Brescia, bibliotecario del Vaticano; piadoso y sabio, pero de una ciencia pesada.

Colonna, pobre majadero. Antaño los Colonna eran alemanes; hoy son españoles; serán siempre lo que sea el poseedor del reino de Nápoles, del cual es condestable el jefe de su casa.

(1) El cardenal Davia murió antes de la apertura del Conclave.

El *cardenal-Infante*, arzobispo de Toledo, hijo del rey de España. Este no vendrá seguramente.

Molta, portugués; poco conocido en Roma.

Los dos *Altieri*, de alto linaje, sobrinos de Clemente X. El primero es atento, exacto; el segundo, muy de una pieza; ambos buenas gentes. El primero es estimado; el segundo disfruta de poca consideración.

Sacripanti, hace poco tesorero general; bribón de primera clase. Como no ha robado para él solo, le han hecho cardenal, lo cual le dispensa de presentar cuentas.

Macchi, Nuncio en Francia, obispo de Arcona; hombre del pueblo, pero muy estimado. Se le considera como papable.

Zondadari, vive en Siena, su patria, de donde es arzobispo; hermano del difunto gran maestro de Malta; odiado por los franceses, que se han atravesado en su camino.

Colony y *Zinzendorf*, arzobispo de Viena el uno, el otro obispo en Breslau; viven ambos en Alemania.

Lambertini, boloñés, arzobispo de Bolonia; hombre de bien, fácil, amable y sin jactancia, cosa rara en los de su especie; burlón y licencioso en sus palabras, ejemplar y virtuoso en sus acciones; más agrado en el espíritu que extensión en el genio; sabio, sobre todo en Derecho canónico; pasa por inclinarse hacia el jansenismo; estimado y amado en su corporación, aunque desprovisto de jactancia, lo cual es muy singular.

Riviera; respetable, de una gran probidad; antes

algo galanteador, hoy de una gran regularidad; una de las mejores individualidades.

Albani (Aníbal), sobrino de Clemente XI, camarlengo; muy considerado por su capacidad, odiado y temido hasta lo indecible; sin fe, sin principios, enemigo implacable, hasta cuando parece haberse reconciliado; gran genio en los negocios, inagotable en recursos para las intrigas, la primera cabeza del Colegio y el hombre más malo de Roma. Su facción no es numerosa; las hechuras de su tío disminuyen de día en día; pero se pondrá a la cabeza de los Zelanti y derrotará al Corsini y a todos sus secuaces. Un ejército de ciervos mandado por un león vale más que un ejército de leones mandado por un ciervo. Gobierna todo en el Conclave por la superioridad de su genio, la autoridad de su cargo y sus maneras imperiosas y terribles. Sabe que no será nunca Papa; pero quiere escoger uno a su gusto, y si no lo hace él solo, por lo menos impedirá que lo hagan sin contar con él. Es enemigo de los franceses.

Albani (Alejandro), hermano del precedente y su enemigo. Algunas gentes pretenden, no obstante, que este odio no es más que un disfraz para mejor encubrir sus manejos. Se han reconciliado un poco hace algún tiempo. Este es jefe de los piemonteses, hombre de ingenio, galante y el que más frecuenta las reuniones de la ciudad. Le gusta el juego, las mujeres, los espectáculos, la literatura y las bellas artes, de las cuales es gran conocedor.

Furrao, napolitano, secretario de Estado; ínfimo político, mediocre en todos respectos.

Valenti, mantuano; aliado de la casa de Gonzaga; no está en Roma. Hablan bien de él y le consideran como una cabeza de las más capaces del Sacro Colegio.

Borghese, joven, de una linda figura. La estirpe de los Borghese es extraordinariamente bella, como la de los Rohan en Francia. Hace once años que es cardenal; su padre dió, dicen, diez mil escudos a Coscia para conseguirle el nombramiento; otros aseguran que el hijo, sabiendo lo que quería hacer su padre, se lo impidió y rehusó ser cardenal por este medio; pero la mayoría creen que la suma fué entregada.

Ferreri, piamontés, obispo de Niza, donde reside.

Gesvres, francés; olvidado.

Gotti, jacobino; tiene alguna ciencia monacal, bastante piedad y poco crédito. Sin embargo, hablan de él para el Conclave; pero esto no puede ser serio si no fuera mas que porque es una individualidad mediocre.

Tolomei, jesuíta; bastante estimado.

De Bovillon, como le llaman aquí, es el cardenal de Auvergne; esto lo dice todo. Los romanos no lo conocen; se inclinan a considerarle por su nombre y la memoria de su tío; ellos verán.

Pico della Mirandola, viejo buen hombre, muy estropeado, estimado por el Papa; ha hecho los estudios de los frailes; scotista; afecto a los jesuítas; de la facción alemana.

Coscia, ministro bajo Benedicto XIII; digno de

la horca; condenado a cadena perpetua en el castillo de Sant Angelo, donde se encuentra a las mil maravillas, dicen, porque no le cuesta nada y amontona dinero. El Papa ha suavizado su pena; le pondrán en libertad en el próximo Conclave, en el cual no carecerá quizá de crédito, porque es hombre intrigante.

D'Acunha, portugués; gran inquisidor, ignorante, que vive fastuosamente en Roma.

Spinola, genovés; legado de Bolonia; bella figura, modales de un hombre de calidad; tiene consideración.

Rohan, magnífico aquí como en Francia, el aire noble, las maneras de un gran señor; sin embargo, poco estimado y poco acreditado. Se cree que todo lo que ha hecho respecto a los asuntos de nuestro clero no ha sido mas que por vanidad o por ambición. Por lo demás, no sabiendo plegarse a las maneras italianas, aventurando con ligereza sus discursos y divulgando su política en las callejuelas. El y el abate Vaureal hicieron estrellarse al difunto cardenal Olivieri, en quien todo el mundo pensaba para el papado, por haber dicho demasiado alto que habían venido para ponerle en el trono. Los italianos se sintieron heridos por estas palabras tan decisivas, y el mismo Olivieri, fiado más en la astucia italiana que en la ligereza francesa, ha creído durante algún tiempo que el cardenal de Rohan no había procedido así más que para hacerle fracasar.

Bichi, sienés; es el que ha suscitado en la Corte

de Roma tantos negocios con Portugal e hizo que le nombraran cardenal a pesar del Papa; hipócrita y pobre de alma por lo demás; poco crédito y nada de estima; gran aficionado a la música, es lo mejor que tiene.

Porzia, benedictino, veneciano del Friul; de alta estirpe, de muy gran mérito y de igual consideración; el espíritu noble y elevado, firme, severo, justiciero, implacable con la canalla; individuo muy papable y capaz de restablecer el buen orden en Roma. Sería natural que pusiesen en él los ojos y probablemente lo harán; pero es muy odiado por el bajo pueblo, que le llama: *Il nemico del povero*.

Tencin, francés, arzobispo de Embrún; duro, rencoroso, vengativo por temperamento, grave y político por estado; le gustaría el trato del mundo y de las mujeres; flexible y ambicioso en la Corte de Francia; altivo y orgulloso en la de Roma; representa bien y ostenta más esplendor que ningún otro; muy temido, muy considerado, muy acreditado. Tienen aquí una opinión de su capacidad por lo menos igual a toda la que puede realmente tener. Añadid a esto que el nombre del rey de Francia es omnipotente en Italia desde las últimas guerras; por esta razón, y por el poder que tiene el genio francés sobre la facción de España, muy poderosa en número, las gentes están persuadidas que el cardenal De Tencin es quien será Papa y así debe ser. Su oficio en el próximo Conclave es hacer frente al camarlengo, servirse del Corsini y conservarse actualmente unido con Acquaviva.

Cinci, romano; individualidad ni buena ni mala; por estas dos razones quizá *papegera*.

Spinelli, napolitano; arzobispo de Nápoles; recomendable por su piedad y por la regularidad de sus costumbres.

Lercari, genovés; no es mala persona.

Delci, florentino; anteriormente Nuncio en Francia.

Mosca, de Pesaro; hace poco ruido. Se dice que está ligado con los Albani.

Passionei, de Fossombrone; Nuncio en Suiza y en Viena; gran partidario del genio alemán; secretario de los Breves; franco y campechano en sus maneras; de una extrema libertad del lenguaje, contando mucho y con ingenio, despreciando soberamente la jactancia cardenalicia; poco estimado de varios de sus colegas, a los cuales se lo devuelve con creces. Algunos le acusan de ocultar un espíritu de doblez bajo las apariencias de una franqueza excesiva; afecta mucho la reputación de hombre de letras.

Marini, genovés; no tiene las órdenes sagradas.

Lipski, polaco; desconocido en Roma, es el arzobispo de Gnesne.

Belluga, español. Antes de ser eclesiástico fué oficial general en los ejércitos de España y ha ejercido el mando en el reino de Valencia; es un buen veterano, que ha conservado sus bigotes marciales.

En fin, el fiel Pernet, entrando esta mañana en mi cuarto, acaba de anunciarme que todo se había

consumado para el vicario de Jesucristo; ha muerto entre siete y ocho de la mañana. Voy a vestirme en seguida y a ir a Monte Cavallo. Oigo ya la campana del Capitolio y los redobles del tambor en nuestro barrio.

Acabo de ver en el palacio pontifical una triste imagen de las grandezas romanas; todos los salones estaban abiertos y desiertos; los he atravesado, sin tropezar ni con un gato, hasta el cuarto del Papa, donde he encontrado el cuerpo acostado como de ordinario en el lecho y custodiado por cuatro jesuitas de la Penitenciaría, que recitaban sus rezos o aparentaban hacerlo. El cardenal Camarlengo había ido hacia las nueve a cumplir sus funciones; ha dado varios golpes con un pequeño martillo sobre la frente del difunto, llamándole por su nombre: «Lorenzo Corsini», y viendo que no respondía, ha dicho: «*He aquí lo que hace que vuestra hija esté muda*»; y habiéndole quitado del dedo el anillo del Pescador, lo ha roto, según la costumbre. Parece ser que todo el mundo le ha seguido cuando ha salido. Inmediatamente después, como el cuerpo del Papa tiene que permanecer mucho tiempo expuesto al público, han venido a afeitarle y a ponerle un poco de colorete en las mejillas, para atenuar esa gran palidez de la muerte. Os aseguro que en este estado tiene mejor cara que nunca le he visto durante su enfermedad. Tiene por naturaleza los rasgos de la fisonomía bastante regulares; era un hermoso anciano. Su cuerpo debe ser embalsamado esta noche. Sin perder tiempo van a ocu-

parse de muchas cosas que pordrán a la ciudad en movimiento: los funerales, el catafalco, los preparativos del Conclave. El Camarlengo manda como soberano durante la vacante. Tiene el derecho, durante algunos días, de hacer acuñar moneda a su nombre y en su provecho. Acaba de enviar a decir al director de la Moneda que si en el espacio de los tres días siguientes no fabrica por valor de una suma muy considerable, le hará ahorcar. El director tendrá buen cuidado de no dejar de hacerlo, pues este terrible Camarlengo es hombre de palabra. Me habían anunciado que de ordinario el día de la muerte del Papa el populacho del Transtevere iba a armar un motín en la plaza de España. Esperaba ver bajo mis ventanas el espectáculo de una sedición popular; inútilmente me he asomado: no ha pasado nada...

Si la ceremonia de la exaltación del nuevo Papa no vale mas que los funerales del difunto, no merece la pena esperar al fin del Conclave, que me parece tiene trazas de durar más de lo razonable. Las maniobras del Conclave serían en verdad un objeto más digno de curiosidad si no estuviera reservado únicamente a los que están en el interior ver a punto fijo la práctica; compran tan caro este conocimiento, por su prisión, que no siento ningún deseo de envidiarles el espectáculo a ese precio. He ido a casa del duque de Saint-Aignán a ver pasar el cortejo fúnebre, que no es mas que la traslación del cuerpo a San Pedro. Lo llevaban sobre una litera descubierta de terciopelo carmesí

bordado en oro, rodeada por la guardia suiza con sus alabardas, precedida por la caballería ligera y algunas otras tropas, trompetas y varias piezas de artillería colocadas del revés sobre sus cureñas rodantes, todo acompañado por varios artefactos y una considerable iluminación, porque eran las ocho de la noche. He creído al principio que se trataba de algún general muerto en una batalla y que le llevaban al campamento. Lléveme el diablo si he visto el menor asomo de clero, fuera de algunos sacerdotes de la Penitenciaría con largas sotanas negras. El catafalco elevado en San Pedro es magnífico y de gran estilo, adornado con arquitectura, con estatuas simuladas y con medallones, inscripciones y cuadros representando las principales acciones del pontificado y los monumentos erigidos por el Papa. No han olvidado el puerto de Ancona y la construcción de un hermoso lazareto en medio del mar. Es extraño que se haya podido con tanta prontitud elevar un catafalco que se podría llamar un edificio. Pero es que da gusto trabajar en las decoraciones de esta clase en San Pedro; se tiene anchura y altura toda la que se quiera. El cuerpo debe permanecer expuesto hasta el noveno día, en el cual el Sacro Colegio y los canónigos de San Pedro harán un entierro preliminar, es decir, que exponen el cuerpo en un agujero cuadrado de la pared, donde permanece hasta el día del aniversario de su muerte. Entonces la familia del difunto hará a sus expensas una soberbia pompa fúnebre para transportarlo al mausoleo en

la soberbia capilla que ha hecho construir para su sepultura en San Juan de Letrán. Le pondrán *in pace* en esta admirable tumba de pórfido de Agripa que estaba antes debajo del pórtico del Panteón.

El sagrado Consistorio se reúne todos los días después de la muerte del Papa. Los cardenales se consideran todos como otros tantos príncipes reinantes que poseen la soberanía *pro indiviso*. Desde que la Sede está vacante no hemos vuelto a sentarnos más al lado del cardenal De Tencín en su carroza; va solo en el fondo, como representando una porción de monarca; todos los que le acompañan se sientan en el pescante o van a las portezuelas.

Da gusto ver toda la ciudad corriendo y en movimiento para la construcción del Conclave. Ya sabéis que lo construyen en el interior del Vaticano. Para decirlo en una palabra: se construye una ciudad dentro de una casa y pequeñas casas en grandes salas, de donde debéis sacar en conclusión que es la ciudad del universo que tiene menos alojamientos y la más ahogada. Lo primero de todo, los albañiles se han puesto a levantar tabiques de ladrillos delante de todas las puertas exteriores del palacio, los pórticos de los palcos o galerías altas y todas las ventanas, y no han dejado libre más que dos o tres ventanillos de cristales encima de cada una, para dejar entrar en el interior un poco de crepúsculo. Como las salas son muy vastas y muy elevadas, pueden construirse dentro unas casitas de tablones, con entresuelos encima, dejando a lo

largo de las habitaciones un corredor libre para el paso. No se sirven de los cuartos donde están las más bellas pinturas, por temor de estropearlas. El gran peristilo de arriba, encima del pórtico de San Pedro, forma una espaciosa galería, donde hay con qué edificar celdas a uno y otro lado, dejando un corredor en medio. Este peristilo sólo contiene diez y siete aposentos, que son los más cómodos; toda la construcción de éste tiene que ser hecha en el espacio de doce días. No hay para dar entrada a los obreros, los andamiajes, las maderas, los muebles, los utensilios y todo mas que una puertecilla estrecha y alta o un ventanal con balcón, al cual se sube desde la calle por una escalerita hecha ex profeso. Juzgad qué tumulto y qué trastorno para construir de esta manera a la vez setenta casas en un piso. El artesano de Roma, por habituado que esté a la pereza en el curso ordinario de su vida, sale de ella con una actitud sin igual en cuanto la ocasión se presenta tan necesaria como urgente. Quisiera que vieseis en este palacio a los obreros, los criados de los cardenales y el número infinito de papanatas mirando, yendo, viniendo, agitándose, trabajando en toda clase de obras a la vez, dar porrazos y recibirlos, entrar y salir por la misma puerta por una fluctuación continua; es un verdadero hormiguero, una colmena de abejas. Los obreros, sin desgañitarse, sin pararse un momento, a causa de la muchedumbre, dejan a los largos maderos que llevan el cuidado de hacerse sitio para pasar a lo largo de estos estrechos corredores.

Cada aposento está, poco más o menos, compuesto de una celda, donde está el lecho del cardenal; de otra pequeña pieza al lado y de un rincón de gabinete, con una escalera que sube al entresuelo, donde instalan dos pequeños cuartos para los criados; cuando el espacio es favorable, se tiene un poco más. Los que están en el gran aposento encima del pórtico, es decir, en el peristilo de que os hablaba, tienen la ventaja de tener frente a ellos, al otro lado del corredor, toda una fila de casitas a lo largo de las ventanas, de las cuales hacen gabinetes de estudio o asamblea. Cuando se encuentran en el fondo de los aposentos pequeñas piezas sin salida o demasiado poco espaciaosas, sea para construir, sea para practicar corredores desiertos, las dejan enteramente tal como están, poniendo únicamente la celda de tablas que sirve de dormitorio al cardenal, porque la regla invariable es tener el lecho en la celda; estos aposentos son los mejores de todos. El bribón de Corcia tiene uno de esta clase, compuesto de un hermoso cuarto y de dos lindos gabinetes. Después de él, el cardenal Rohan es el que está mejor alojado. Los aposentos se sortean. El cardenal De Fleury está pésimamente alojado al extremo de una galería desierta y perdida; pero así y todo no le preocupa esto. Estoy viendo en su alojamiento al cardenal d'Auvergne, que ha tenido también muy mala suerte; él, que tanto gusta de sus comodidades. Nuestro cardenal De Tencin está en medio del peristilo, justamente frente del gran balcón, encima de la puerta prin-

cipal de San Pedro; de suerte que la rinconada de este balcón murado sirve de parte trasera, pasablemente espaciosa, a su despacho; pero en cambio será saqueado y hecho pedazos cuando el nuevo Papa venga a asomarse a este balcón y dar su bendición al pueblo reunido en la plaza de San Pedro. También ha extendido un poco sus codos a expensas de su vecino Molta, que no viene al Conclave; de modo que no está incómodo. Passionei, Acquaviva y el Infante de España están también en el peristilo. Ya comprendéis que, venga o no un cardenal al Conclave, tiene siempre que pagar los gastos de la construcción, que no será menos de cinco o seis mil francos, porque Dios sabe lo caro que los obreros se hacen pagar en este caso de necesidad.

Cada casita de tablones está por todos lados revestida uniformemente de jerga violeta, si se trata de un cardenal del difunto Clemente XII; verde, si es de un cardenal del antiguo Colegio; por dentro las amuebla cada cual como quiere. Bien podéis creer que no se anda con gran cuidado. La del Infante, que permaneció deshabitada, es mucho más magnífica que las demás, con damascos, mesas de mármol, vidrieras de espejo, lo más grande que ha sido posible hacer para dejar el adorno del interior al descubierto; se diría el café del Conclave. Las otras tienen en cada cuarto una ventanita cuadrada que recibe un poco de luz de los corredores tenebrosos. Allí están apretados como sardinas en banasta, sin aire, sin luz, con bujías en pleno

día, llenos de infección, devorados por las chinches y por las pulgas. Será una bonita residencia si estos señores no despachan pronto su quehacer antes de la llegada de los calores; así es que, según la cuenta, mueren de ordinario tres o cuatro cardenales en cada Conclave.

El Camarlengo, en su calidad de jefe de la Cámara Apostólica, tiene el derecho del mando en el Conclave y de hacer observar los reglamentos. El cardenal Aníbal Albani, revestido de este cargo, lo desempeña de una manera altiva y severa. Hace su ronda todas las noches para ver si todo está tranquilo y en buen orden. Por la noche tiene emisarios de centinela para impedir las visitas nocturnas, favorables a las intrigas secretas; pero se encuentra el medio de rondar amparándose en la obscuridad. Cuando un cardenal no quiere ser interrumpido en su celda, cruza por fuera unos palitos delante de su puerta, lo cual significa que duerme, o por lo menos «que no quiere estar en casa».

Por muy aburrida e incómoda que sea la vida que llevan en esta odiosa prisión, quizá se deslice el tiempo muy de prisa, mientras hay manejos, intrigas y ocupaciones. Mañana y noche los cardenales se reúnen en la Capilla Sixtina para proceder a la elección. Se colocan en los sillones, teniendo cada cual delante un catálogo del Sagrado Colegio para señalar, a medida que abren el escrutinio, el número de sufragios obtenidos por cada cual. Tres cardenales de cada orden, obispo, sacerdote y diá-

cono, son nombrados diariamente para presidir el escrutinio, abrirlo y proclamar a los elegidos. Cada cardenal, después de prestar juramento ante el altar de que procede sin intrigas, interés ni miras humanas, sino en su conciencia, por la mayor gloria de Dios y el mayor bien de la Iglesia (fórmula que se repite cada vez), va a depositar su papeleta de sufragio, en presencia de tres inspectores, en un cáliz sobre una mesita en medio de la capilla. Las papeletas, que contienen el nombre del que es nombrado y además una cierta divisa particular, tomada de cualquier pasaje de la Escritura, están dobladas en varios dobleces y sellado cada doblez. Comienzan a abrirlo por debajo, de suerte que no se ve primero más que el nombre del elegido. Se cuentan cuidadosamente las papeletas antes de abrir ninguna. Si el número no resulta igual al de los cardenales presentes, queman todas las papeletas sin verlas y se vuelve a empezar; si uno de los cardenales no tiene el número suficiente de sufragios para ser elegido, a saber: las dos terceras partes de los votos, queman el escrutinio sin levantar más sellos, para que los que le han votado permanezcan desconocidos; si el número fuese suficiente, habría que levantar los otros sellos para comprobar los nominadores y las divisas o lemas de que cada cual, sin duda, conserva copia. Pero como no se acabaría nunca si se atuvieran al escrutinio, después de haber procedido a él se recurre al *accésit*; esto es, la adhesión a la elección de un cardenal que ya ha tenido votos; y si los dos juntos dan el número de votos

suficiente, la elección es canónica; cada cardenal se acerca al altar y dice: *Yo accedo a los que han dado sus votos a Fulano*. Entonces, si el número es válido, se comprueban los nominadores del escrutinio, para ver si son diferentes de los *accésit*, por temor a que un mismo voto, transmitido de uno a otro no se cuente por dos. En el *accésit* se es libre de no acceder a nadie; *accedo nemini*; esto es frecuente, y hasta es el cardenal *Nemini* el que con frecuencia tiene más votos. Otras veces se echa por tierra súbitamente en esta segunda ceremonia todo lo que había sido hecho en la primera; también es en el *accésit* donde se fraguan los más finos golpes de política. Algunas veces, por ejemplo, cuando hay arreglo convenido en favor de algún candidato, el jefe de la facción guarda en reserva para el *accésit* todos los votos válidos seguros y carga todos los que se creen dudosos de emitir al escrutinio, a fin de reconocer de antemano, por el número, si aquellos de cuya lealtad sospecha han procedido de buena fe en la ejecución de su promesa y no quitarse después la careta mas que sobre seguro. Hay otras maneras de elegir: por aclamación, por inspiración, por adoración, cuando se creen bastante fuertes para declararlo en alta voz de repente, con la esperanza que la minoría, intimidada, se dejará arrastrar por la corriente, porque a ninguno le agrada haber negado su sufragio al soberano que acaba de ser elegido; pero para emplear estos últimos métodos es preciso que un jefe de partido sepa perfectamente escoger el momento decisivo o que vea

reinar un instante de entusiasmo. Por adoración, un cardenal se prosterna a los pies de otro y le adora de repente como Vicario de Jesucristo. Así es como fué elegido el cardenal de los Ursinos, por otro nombre Benedicto XIII. Estas maneras tumultuosas, como son terribles cuando yerran el golpe, no se emplean mas que raramente. En el caso ordinario el Papa es elegido en un escrutinio unánime, previsto por anticipado; estas gentes conocen también cuándo hay un arreglo convenido de manera que no pueda dejar de triunfar, que entonces los contradictores se callan y toda oposición cesa. Creo que después de Pánfilo, para quien los Barberini compraron en secreto el consentimiento del embajador de Francia, que le debía excluir, no ha habido diversidad de sufragios el día de la elección; así es que el artificio consiste en tender emboscadas a los contradictores para intimidarlos haciéndoles creer que el golpe es seguro; pero es raro que se dejen engañar; por lo demás, salen casi siempre en sus maniobras de una manera muy diferente de la que se esperaban. He oído decir al cardenal Alejandro Albani que había tanta distancia del propósito de sus baterías al efecto que resultaba, que le daban tentaciones de creer realmente que el Espíritu Santo se servía de todas estas maquinaciones para hacerles llegar a sus miras. Sería más sencillo decir que, siendo mucho más fácil destruir que edificar, cuando las facciones han conseguido arruinar sin remedio sus baterías recíprocas, se ven obligadas a abandonarlas; es preciso, pues,

tomar por otro camino y salir por cualquiera otra puerta. Entonces, tal, en el cual no se pensaba al principio, se ve aceptado, por el temor que unos tienen a otros.

Vuelvo a vos, mi querido abate, después de la procesión que los cardenales han hecho al entrar en el Conclave y de un copioso banquete que me he dado después para hacer cobrar ánimos a nuestras gentes que van a pelear. He asistido esta mañana a la misa del Espíritu Santo, celebrada en la gran capilla de San Pedro por Ottoboni, decano del Sacro Colegio. Los cardenales ocupaban los altos sillones, y los prelados de la corte, con el gobernador de Roma a su cabeza, se han colocado en la parte baja. Arsemani ha pronunciado en latín el sermón de *eligendo Pontifice*. Me he acordado de estos versos de un poeta burlesco:

Phléguas allí pronuncia sermones,
que, además de malos, son muy largos.

No era mas que una ramplona rapsodia de lugares comunes, en un estilo bastante malo. Los cardenales, precedidos del clero que cantaba el *Veni, Creator*, se han puesto en marcha; han atravesado procesionalmente la iglesia de San Pedro y han subido por la gran escalera del Vaticano, donde nos hemos despedido de ellos deseándoles mucha felicidad. Esta procesión no está tan bien ordenada como las nuestras y es todavía más confusa que las que veis en Versalles de los caballeros de la Orden. Yo me había colocado entre las eminencias, con-

versando sin cesar con nuestro cardenal, en medio de las filas de asistentes, a los que oíamos hacer conjeturas sobre el futuro Conclave, porque a estas horas lo que se tiene más curiosidad de saber es quién será Papa. Se habla de una docena; hay que apostar por uno de éstos, y todavía mejor apostar que no será ninguno de ellos, según el proverbio que dice que el que entra Papa en el Conclave sale cardenal. Además del interés general de la nación, no hay hombre grande ni pequeño en Roma que no tenga un interés personal en que tal o cual sea elegido, a causa de las alianzas y de las protecciones, a causa de los cardenales que nombrará y porque devuelve en seguida su capelo a cualquiera otra persona perteneciente a la familia del Papa que se lo ha dado; de suerte que importa a muchas gentes que el nuevo Pontífice sea escogido entre el número de los nombrados por tal o cual Papa.

Entre los nombrados por los diferentes Papas, los de Clemente XII, por ser los más numerosos, hacen que la facción de Corsini sea más considerable que ninguna otra. Hay treinta y dos cardenales de la promoción de su tío, y si Corsini sabe llevar su barca, con el apoyo que tendrá por otra parte, no hay duda que consiga determinar la elección en su favor. Puede contarse en el número de los sujetos elegibles, entre sus hechuras, a Machi, Aldrovandi, Delci, Cinci, Ruspoli y Rezzonico. Machi y Delci tienen contra ellos que son florentinos; es un motivo para tener el favor de Corsini, su compatriota, pero lo es también para no ser agradables a Roma,

donde se quejan mucho del mal estado en que el último pontificado de un florentino ha dejado la Hacienda, y donde se pretende, quizá equivocadamente, que han hecho pasar mucho dinero a Toscana; de suerte que piden un Papa romano, lo cual es favorable a Cinci y a Ruspoli, de los cuales se hablaría muy poco sin esto. Se quiere por lo menos que pertenezcan a los Estados de la Iglesia, como Aldrovandi, boloñés de nacimiento; por lo demás, Machi y Delci han desempeñado los dos la nunciatura de Francia, lo cual puede hacerles sospechosos a la Casa de Austria. Rezzonico, que es de Venecia, no tiene ninguna de estas razones ni en pro ni en contra; es hombre de mérito, pero tiene poco exterior y es de origen humilde.

Las hechuras de los Papas anteriores no deben ser tenidos en cuenta. No quedan más, de los creados por Alejandro VIII, que Ottoboni y los Altieri. Se dice que Ottoboni pensaba serlo él mismo, pero no es creíble en modo alguno. Es protector de Francia, es sobrino de este Papa y no tiene por sí mismo ninguna consideración en el público. Altieri es estimado, es romano y bastante papable; pero es sobrino de Clemente X y no se vuelve a elegir tan pronto en la misma familia. Alejandro Albani es el único que queda de la promoción de Inocencio XIII; está ligado con la Casa de Saboya y obrará según indiquen los intereses del rey de Cerdeña. Aunque los creados por Clemente XI sean todavía bastante numerosos, no parece que puedan tener grandes probabilidades; son en su mayoría extranjeros o

cardenales adictos a la corona. El Camarlengo, Aníbal Albani, debe ser considerado como jefe de los creados por su tío; su facción es razonable por la habilidad del jefe, por la grande experiencia que tiene de los Conclaves, por el poder que le da aquí su cargo para hacer fracasar las intrigas de los otros y practicarlas por su cuenta. No veo qué individualidad podría presentar, entre los creados por su tío, si no es Ruffo. Recogerá a un lado y a otro tantos partidarios como puedan reunir; así y todo, serán poco numerosos; pero si carece de poder para hacer, lo tiene muy grande para impedir, porque el número que no basta para elegir es más que suficiente para conseguir exclusiones. Se hacen grandes tentativas para reconciliarle con su hermano, y es seguro que teniendo el cardenal Alejandro más relaciones y siendo más conocido en la sociedad que ningún otro, su reunión con Aníbal puede tener una grande utilidad para este último. Por lo demás, muchas gentes pretenden que se trabaja muy en balde para hacer cesar una enemistad que es sólo fingida entre los dos hermanos.

Los cardenales benedictinos, es decir, creados por Benedicto XIII, son bastante numerosos; pueden ser considerados como indiferentes. No tienen jefe; tienen entre ellos individualidades salientes, entre otras Porzia. Yo no dudo que éste deje de tener una buena parte del pastel.

Los *zelanti* forman la tercera facción, compuesta de los que hacen profesión de no seguir mas que la inspiración del Espíritu Santo y que, sin querer

mezclarse ni oír hablar de ninguna intriga, se declaran en favor del que crean que no ha intrigado para llegar al pontificado. Hay muchos ancianos en esta facción: Ruffo y Petra están a su cabeza y ambos tienen pretensiones personales. Ruffo es buena persona y de edad muy avanzada; dos circunstancias favorables.

Del Giudici, hombre capaz, está a la cabeza de la facción alemana, que no deja de tener crédito. Tencín tiene el secreto de la de Francia, poco numerosa, compuesta de los pocos cardenales franceses que vendrán y de algunos otros adictos a Francia por motivos particulares. Acquaviva manda la de España, en la cual hay que incluir a los napolitanos, que dependen de aquélla en la actualidad y que son numerosos en el Sacro Colegio. Esta es, pues, la más poderosa de las facciones nacionales; pero la relación que hay entre las ramas de la Casa de Borbón, el ascendiente de la rama primogénita sobre la menor, y el que se figura que la superioridad de inteligencia debe dar a Tencín sobre Acquaviva, hacen mirar aquí a España como sucursal de Francia. Juntad a esto la alta consideración que Francia tiene en Italia, sobre todo después de la última guerra; juntad también el crédito que tiene en toda Europa el cardenal De Fleury, del cual creen aquí que Tencín es confidente, y, en fin, la opinión que se tiene que Tencín gobierna el espíritu tímido de Corsini y el espíritu poco despierto de Acquaviva. Es, pues, un sentimiento casi generalmente extendido que Tencín tiene el Espí-

ritu Santo en el bolsillo y que sólo él decidirá la elección. Conversando con él durante la procesión, oíamos, no sin placer, a los asistentes discurrir en este sentido. He visto a más de uno señalarle con el dedo y decir: *Sara questo che fara il papa.* ¿Quién es el que pueda tener *in mente* en este lado? Esto es lo que no sé ni sabré hasta después de la elección. Me figuro, sin embargo, que la designación recaerá principalmente en Porzia o en Aldrovandi; pero más bien en el primero.

Todas las facciones pueden reducirse a dos: la de Corsini y la de Aníbal Albani, aquél más poderoso, éste más hábil. Adjunto a Corsini, Acquaviva y Tencín con los que le siguen; tanto los creados por Clemente XII como los franceses y los napolitanos deben hacer presumir que Corsini será el árbitro de la elección, sea que quiera hacerla entre los creados por su tío o entre los indiferentes. Pero falta algo para que Corsini disponga de todos los creados por su tío. Aníbal parece inclinarse a los ancianos, a los celosos. Siendo enemigo de Francia, cuenta con él a los partidarios del genio austriaco; ha disgregado después algunos partidarios de Corsini; el cardenal Alejandro Albani, pensándolo bien, volverá al lado de su hermano. Tal es el cuerpo con el cual Aníbal va a representar un papel defensivo y dar que hacer al partido contrario, siendo hombre avezado y corrompido en las negociaciones. Los celosos se irán con uno o con otro, según que les convenga la personalidad propuesta. Los ancianos son siempre opuestos a la elección.

de un joven; de buen grado se inclinarán por Ruffo, cuya edad avanzada puede dejar esperanzas, porque no hay apenas cardenal que no espere le llegue su día y que no esté poseído de la enfermedad llamada aquí *rabia papale*. Entre las gentes de edad podéis contar como papables a Ruffo, Gotti, Porzia, Aldrovandi, Riviera. Contamos también los de una edad media, en los cuales se podría pensar: Rezzonico, Spínola, Lambertini, Lercari, Valenti, pero no se habla de estos últimos. Sin embargo, el público desea que se escoja un Pontífice cuyo reinado pueda ser largo, que pueda tener proyectos para restablecer los negocios y tiempo para ejecutarlos. Se habla mucho de la capacidad de Valenti; pero es por su nacimiento súbdito del emperador, además de que no es un título en el Conclave de demasiada reputación de capacidad, no teniendo cada jefe de partido más miras que manejar al que sea nombrado. He aquí, mi querido abate, lo que se dice en substancia sobre el proyecto de un sucesor que constituye el tema obligado de todas las conversaciones.

Al salir de la procesión del Espíritu Santo hemos ido los seis a un gran festín que los ingleses habían preparado en el Vascello, cerca de la puerta de San Pancracio. No he hecho en mi vida una partida más loca ni más original; estábamos todavía empapados de las ceremonias que acabábamos de ver. La asamblea ha tenido la ocurrencia de celebrar Conclave y nombrar Papa. El eminentísimo Naso ha ejercido las funciones de maestro de ceremonias;

primero, monsignor Loppino ha procedido gravemente y yo he dado de buena fe mi voto al cardenal Lambertini, que es, según creo, el que más vale de todo el Sacro Colegio. Es por lo menos el que yo prefiero, seguramente porque es hombre honrado y buen diablo, cuanto es posible serlo, lo cual no son sus señores colegas. Pero los ingleses han tomado en seguida a broma la ceremonia; estos malditos heréticos han perturbado la gravedad de la función; nos ha sido imposible resistir a la facción inglesa que, siendo predominante en número, se ha hecho dueña de la elección. El caballero Ashewd, uno de los hombres más cómicos del mundo, se ha quitado la peluca y se ha disfrazado de cardenal decano; Stafford y el cardenal Legouz se han hecho sacerdote y diácono en el escrutinio. Este cardenal Stafford, aunque de la casa Howard, es uno de los malos católicos que yo conozco. Ashewd, imitando a la perfección el tono del cardenal Ottoboni, se ha puesto a entonar con voz temblorosa unos *oremus* que seguramente no están en el ritual; era para desternillarse de risa. Este condenado hugonote tiene en la cabeza un repertorio de canciones libertinas contra el papado; en fin, era un verdadero *scandalum magnatum*. Alberoni ha resultado elegido; pero nunca hubo una elección tan poco canónica. Me ha puesto tan rabioso una ceremonia tan poco edificante, que he dejado la comida a las siete de la tarde y he venido a encerrarme en mi casa para resantificarme un poco con vós.

He aquí, pues, a los cardenales encerrados de verdad. Después de haberse instalado en el Conclave, el resto del día lo han empleado en arreglar algunos asuntos domésticos de fuera y en recibir las visitas de ceremonia que los embajadores de las Coronas tienen costumbre de hacer a los jefes de orden. Vi, al volver a mi casa, pasar a Coscia en una carroza cerrada del cardenal Acquaviva, que había ido a buscarle en su prisión al castillo Sant Angelo y le llevaban a su celda. Quedará libre al salir del Conclave, por haberle el difunto Papa concedido esta gracia y conmutado la pena de prisión perpetua a que había sido condenado. Por muy deshonorado que esté, dicho personaje no dejará de serle útil a la facción a que quiera alistarse; es un espíritu peligroso y que tiene mucha práctica en la intriga de corte.

¡La misma noche acabaron de emparedar el Conclave. No quedan para comunicar con el exterior mas que unas ruedas o tornos, al modo de locutorios de religiosas; están bajo la custodia de los auditores de la Rota (de los cuales éstos sacan su nombre), del clero y de los conservadores del pueblo romano. Los suizos montan la guardia fuera del Vaticano; el príncipe Savelli tiene el cargo de mariscal del Conclave. Los cardenales van a recibir a los tornos las visitas exteriores, que les hacen en presencia de los asistentes de la Rota; pero la primera cosa que hace un cardenal en cuanto está prisionero es ponerse él y sus criados a agujerear durante la obscuridad las paredes recientemente

construídas en la vecindad de su celda, hasta que logran hacer un agujero para procurarse, cuando pueden, un poco de aire y de luz, y sobre todo para coger por allí, durante la noche, cestillos semejantes a las huchas de los prisioneros pobres, mediante los cuales los avisos van y vienen de dentro a fuera. Cada cardenal tiene como domésticos conclavistas un secretario, un *scalco* y un ayuda de cámara. Según la regla, no deben tener más que dos; permiten tres o cuatro a los extranjeros y a los que están viejos y valetudinarios. Hay cierto número de *facchini* y de obreros para los bajos menesteres. A pesar de esto, no hay más triste oficio que el de conclavista; puede decirse que es un verdadero oficio de lacayo; sin embargo, es muy solicitado, por las utilidades que proporciona. Veis que en Francia los abates más distinguidos se apresuran a serlo, tanto por curiosidad como porque los conclavistas obtienen gratis las bulas de los beneficios que pueden concederles en lo por venir.

Los cardenales hacen venir de su casa su comida con gran pompa y ceremonia. Todas las carrozas ruedan gravemente con gran lujo de caballos *in fiocchi*; están llenas de centros de mesa lujosos; van rodeadas de caballerizos y precedidas de maceiros, que llevan a su cabeza un *scalco*, maestresala o jefe de comedor, como queráis llamarle. A veces no es más que un mísero pollo hético el que marcha con tan gran cortejo. Los que no quieren que les lleven la comida de su casa son servidos de las co-

cinas del Vaticano, donde hay jefes de comedor y cocineros pagados por la Cámara Apostólica. Según la regla estricta, al cabo de la primera semana deberían quitarles un plato cada día, hasta acabar por reducir la comida a una sopa. Si este reglamento se ejecutara con rigor, tendría la esperanza de ver dentro de poco tiempo una facción glotona que, poniendo fin al Conclave, nos daría el espectáculo que quieren persuadirnos que aguardemos; a menos de esto, no hay medio de esperarlo. Esto va para largo: puede durar dos meses, quizá hasta tres; hay allí dentro gentes que no tienen prisa ninguna. Recuerdo haber oído al Camarlenngo discurrir de esta guisa: «Los señores cardenales franceses y otros extranjeros tienen siempre prisa; en cuanto llegan quisieran ver hecho el trabajo, y sienten ya impaciencia por volverse a marchar. Permanecen aquí algunas semanas después de la exaltación, para divertirse agradablemente, festejados por todo el mundo y acariciados por el nuevo Pontífice; luego se marchan y no vuelven a oír en su vida hablar del Papa mas que de lejos. Pero yo me quedo aquí bajo su férula; es mi soberano; puede meterme en la cárcel si quiere. Así, los señores cardenales extranjeros tendrán a bien que me tome todo el tiempo necesario para escogerlo y que lo piense cuanto pueda convenir a mis propios intereses.»

La resolución está, pues, tomada entre Sainte-Palaye, Lacurne y yo de partir dentro de pocos días. La ciudad está triste a morir, desde que no

hay Papa, ni cardenales, ni ópera, ni reuniones. No se hace mas que murmurar al oído lo que ha dicho el ratoncillo del Conclave, cuyo dedo pequeño es la más de las veces un embustero. Estoy harto de política en el aire y me marchó. Loppin está indeciso; en cuanto a Legouz y Migieu, están casi resue'tos a quedarse, pues han llegado después que nosotros y no han terminado todavía la visita de las curiosidades. Voy, pues, a cerrar esta carta; será la última mía que recibiréis. Decídselo a Neuilly, a quien escribiré por el camino; él os dará noticias mías.

LII.—AL SEÑOR ABATE CORTOIS DE QUINCEY

Continuación del mismo tema.—Elección de Benedicto XIV.

Os escribí desde Roma, mi querido abate, casi inmediatamente antes de mi salida. Recuerdo que entraba en diversos detalles sobre el Conclave y sobre las facciones que lo dividen; me parece justo seguir con vos el mismo capítulo. Las cartas que recibo de esta ciudad contienen algunas veces circunstancias que podrían pareceros curiosas y divertir vuestra política. Voy a comunicároslas a medida que me vayan llegando; os las doy como las recibo.

No han hecho nada importante durante los pri-

meros días del Conclave; es costumbre esperar la llegada de los cardenales de las Coronas para trabajar seriamente. Los alemanes habían llegado cuando yo me marché, y los franceses estaban en camino. El cardenal De Bossu, arzobispo de Malinas, que hacía ya tiempo se encontraba en Roma cuando la Sede quedó vacante, es el primero que ha obtenido un número notable de sufragios; comprenderéis, sin embargo, que esto no es mas que un azar o una chiquillada. Aunque este cardenal sea muy estimado y uno de los mejores individuos del Sacro Colegio, donde no abundan, no se tiene en modo alguno el propósito de elevar a un flamenco al pontificado; pero es una cortesía acostumbrada entre los cardenales, mientras no hacen mas que entretener el tiempo, hasta que entablan la partida, darse recíprocamente sufragios de mera cortesía. Fleury, Tencin y otros han tenido también votos de éstos. Aldrovandi es el primer individuo papable que hayan puesto de verdad sobre el tapete.

Me asombra que haya sido propuesto tan pronto; esto me haría creer que me he equivocado en mi conjetura cuando he creído que se pensaba seriamente en él; no se les ocurre, en efecto, proponer desde el principio aquellos en los cuales se piensa de verdad. Estos principios son muy tormentosos; cada cual se obstina por su facción, y en el primer fuego con esperanza de triunfar los partidos presentan entonces fantasmas sobre los cuales tratan de hacer agotar en vano la obstinación de sus ad-

versarios; luego, cuando los creen hartos del combate, proclaman los candidatos que tienen en reserva, y éstos son los que quieren de veras. Después de Aldrovandi la pluralidad se ha declarado por Ruffo. Esta designación parecía deber triunfar; es bueno y conveniente. Ruffo es de buena alcurnia y tiene mérito; es de una edad avanzada, lo que le atrae el favor de los ancianos, como su buena conducta pone de su lado a los celosos, de los cuales, por otra parte, se ha declarado jefe. Aníbal Albani debe favorecerle como creado por su tío. El mismo Ruffo creía tener algo así como una certeza de su triunfo; no le han faltado, en efecto, mas que dos votos para ser elegido Papa. Hasta ahora no ha podido ir más allá. Si su edad le favorece entre los ancianos, le perjudica ante los que tienen propósito de escoger un Papa que pueda reinar mucho tiempo, y los ancianos no son bastante numerosos para disponer de la elección. Después de Ruffo han trabajado por Riviera, hombre de bien, muy respetado y de costumbres actualmente muy regulares; pero no se ha olvidado que no fué lo mismo durante su juventud, y esto le ha hecho estrellarse en el ánimo de la facción de los celosos. Rezzonico, que ha seguido, no se ha quedado sin la tiara mas que por un voto. Este gran número de sufragios parece más bien el efecto de algún golpe indirecto, que no sabemos, que una resolución realmente tomada en su favor. Sin embargo, Ottoboni acaba de encontrar en el Conclave el fin de su vida y de sus pretensiones; ha caído enfermo y su mal se lo ha llevado en

pocos días. La aventura es triste hasta el último punto para sus conclavistas; han pedido inútilmente retirarse después de la muerte de su amo; pero se les retiene con pretexto que pueden estar instruídos de lo que ha pasado en el interior. No podrán salir hasta el fin, y están condenados a la más infructuosa y más incómoda prisión que sea posible imaginarse. Ruffo, Altieri, Corradini y Spinelli se han visto también obligados a retirarse por causa de enfermedad. Altieri y Corradini están muy graves. Ha habido, en cambio de todo esto, una intriga en favor de Delci, dirigida por el cardenal De Tencín. No sé cómo las cosas se han desarrollado; no me dicen nada en detalle, sino únicamente que han cambiado de tal manera de faz en este respecto desde hace poco, que Delci se vería quizá hoy excluído por la facción francesa.

En fin, se habla de Porzia, y aquí es donde creo que la partida empieza a jugarse de verdad. Porzia es el candidato que conviene; su edad es la propia para ser Papa; es del número de los indiferentes, siendo de los creados por Benedicto XIII. Es noble, tiene mérito, una gran reputación de capacidad. Es severo y tal como se necesita para restablecer el buen orden en un Estado que lo necesita tanto; sabrá reinar y será un pequeño Sixto V; así es que el bajo pueblo le teme hasta más no poder; pero se espera que, a pesar de los deseos de la canalla, el acuerdo se hará en su nombre y tendrá un pleno éxito. En verdad no es romano, ni súbdito de los Estados de la Iglesia, sino de los venecianos.

Ha sido religioso de la Orden de San Benito; como no se hace gran caso de los frailes, esto podría perjudicarle, pero no tanto como si procediera de una Orden mendicante o si fuera jesuíta. No veréis nunca elegir un Papa de entre estos últimos, por temor que fueran a llenar el Sacro Colegio de gente de su hábito. Por ejemplo, siempre he oído hablar muy bien de Tolomei y nunca le he oído mencionar entre los cardenales papables. Antaño Bellarmin fué con frecuencia propuesto y siempre rechazado, a pesar de su ciencia y de su vida ejemplar. Me dicen que Porzia es propuesto por los celosos y por la facción Corsini y muy atacado por Aníbal Albani, que le teme particularmente...

Decid adiós al pobre Porzia; su papel ha concluído por una catástrofe verdaderamente trágica para él. Llevaba tan bien la partida, que con un poco de vigor y unos cuantos esfuerzos se veía sentado *sul soglio*. En estas andanzas han arrojado entre sombras, durante la noche, en el Conclave un libelo lleno de injurias graves contra su honor y de amenazas de todo punto groseras contra su persona. Aunque esta infamia haya indignado a todos los hombres de bien, y Porzia haya perseguido la venganza con toda la fuerza y altivez que le son naturales, no le ha sido posible obtener satisfacción. No se ha podido descubrir los autores del libelo difamatorio; ha sido muy mal servido en este respecto por el Camarlengo, del cual sospechan, no sin verosimilitud, haber tenido su parte en la comedia. Aníbal Albani, por la suya, la ha hecho re-

caer sobre los enemigos que él pretende que Porzia se ha hecho en Roma y la presenta como una señal de odio que ha concebido contra él el pueblo romano. Sea lo que quiera de esta cobarde trama, ha hecho su efecto; algunos de los partidarios de Porzia se han enfriado, diciendo que no había medio de elevar a un hombre al trono en el momento mismo en que acaban de cubrirle con una afrenta pública. Los celosos han estimado que había mostrado en esta aventura demasiado furor y ambición; ha visto sus esperanzas caer al agua en los escrutinios siguientes. Su reputación comprometida y su fortuna perdida le han puesto la rabia en el corazón; se ha retirado a su celda, donde ha muerto, al cabo de tres días, *della rabbia papale*.

Aldrovandi ha vuelto a la superficie. Corsini, Acquaviva y Tencín le empujan con todas sus fuerzas; Aníbal Albani no hace menos esfuerzos para excluírle. El candidato no es de su agrado porque es de los creados por el difunto Papa, porque está apoyado por Francia, de la cual Albani es enemigo, y más particularmente aún porque la familia de Aldrovandi fué maltratada bajo el pontificado de Clemente XI, y teme ver a un Papa de esta Casa tomar el desquite sobre los Albani. Sin embargo, el partido formado en favor de Aldrovandi es tan numeroso, que Aníbal, dudando que sus fuerzas fueran suficientes para resistirlo, ha juzgado oportuno suscitar una diversión que lo interrumpiera. No sé cómo ha hecho poner sobre el tapete a Firrao, hechura de Corsini, que ha pare-

cido aceptarle, al mismo tiempo que ha hecho entre los suyos una cábala que le aseguraba ser dueño de poderle excluir en tiempo y lugar oportunos. El asunto se ha llevado tan lejos, que se le ha creído o se le ha querido creer cosa hecha. Los cardenales se han reunido en gran número en las habitaciones de Fiarro, le han cumplimentado por su exaltación, le han colocado en medio de ellos, conduciéndole a la Capilla Sixtina, donde iba a realizarse el escrutinio definitivo, decisivo, en efecto, puesto que allí era donde le esperaba la exclusión, sea de parte de la facción del Camarlengo, sea de la de los ministros del emperador, que han declarado que un cardenal napolitano no era del agrado de su amo. Le han dado, pues, villanamente el golpe de gracia en el momento mismo de su triunfo. Se ha vuelto simple cardenal a su celda, donde esperaban verle reventar de despecho en dos veces veinticuatro horas; pero no ha sido tan tonto como Porzia. Por muy indigno que sea para él este suceso, lo ha tomado con una flema que le ha hecho mucho honor entre sus colegas. El Camarlengo no ha ganado con todo esto mas que un aplazamiento. Han vuelto a apoyar por tercera vez la candidatura de Aldrovandi con más empuje que nunca.

He aquí otra historia que yo no podía esperar en modo alguno. Tençín ha regañado con Acquaviva; esto ha sido una nueva añagaza del Camarlengo, de la cual no han podido o no han querido darme suficientes detalles. He aquí todo lo que he podido saber. Aníbal Albani, que sabía perfectamente que

Tencín era demasiado listo para dejarse engañar, le ha enviado a Passionei, uno de los partidarios de la facción alemana; le ha encontrado propicio a sus miras, estimando que Tencín, que no le hace caso ninguno, no desconfiaría de él. En efecto; siempre he visto en Tencín un gran menosprecio por Passionei, y de ello me asombraba, porque me figuro que éste, con su exterior brusco y rústico, sabe por lo menos tanto como cualquier otro. No puedo decirnos cuál era el objeto de esta intriga ni sus circunstancias; lo ignoro. Me señalan únicamente que Tencín ha caído en la red que le tendía Passionei; que el efecto de esto ha sido dar origen a un altercado bastante vivo entre Acquaviva y Tencín; que el primero, poco satisfecho del tono del otro, lo ha tomado con mucha altivez y se ha separado de él con todos los suyos, de suerte que Tencín queda ahora sin crédito en el Conclave. Acquaviva queda único jefe de la facción entera y dirige él solo todo el partido, pues Corsini no es, por decirlo así, mas que un fantasma. Los intereses de Aldrovandi no han padecido nada con esta ruptura; continúan apoyándole con constancia. Los celos le son favorables; tiene hasta treinta y uno o treinta y dos votos; no necesita más que treinta y cuatro para tener el número suficiente. No es improbable que se lleguen a adquirir estos pocos votos que le faltan hasta ahora, hasta tal punto que se principia a considerar en Roma su elección como segura.

Aníbal Albani, sin embargo, no pierde ánimos; persiste tan obstinado como siempre en el partido

de la oposición. Se ha puesto al habla con Corsini, ofreciéndole escoger Papa entre los creados por su difunto tío y nombrar un cardenal de las promociones de Clemente XI que no fuera Aldrovandi. Le ha propuesto Mosca, candidato que no es ni bueno ni malo; pero Corsini se ha guardado bien de aceptar, puesto que sería dar al Camarlengo todos los honores de la elección. Este no deja de ir metiendo su cuña en favor de Mosca, aunque con mediano éxito, aun entre los suyos, bastante numerosos en verdad para echar abajo una elección, pero demasiado pocos para determinarla, además de que no tiene el mismo crédito para el uno que para el otro. En general, en cada facción los cardenales se encuentran siempre más dispuestos a la exclusión que a la elección, no teniendo el jefe bastante facilidad para llevarles a la una como a la otra, siempre más seguro de la primera que de la última...

Final de la historia de Aldrovandi. Continuaba teniendo las más grandes probabilidades: treinta y tres votos en el escrutinio. Me decían que cuando Passionei, escrutador aquel día, llegó a abrir la trigésimatercera papeleta en favor de este cardenal, se puso pálido como un lienzo ante el temor de encontrar el trigésimocuarto entre los que quedaban en el cáliz. Pero no ha pasado mas que el cuidado; no había ninguno más en el *accésit*. Aldrovandi ha conservado así, durante un tiempo considerable, todos los días sus treinta y tres votos, sin avanzar ni retroceder, sin poder adquirir el solo voto que el era necesario. Cada cual ha permane-

cido fiel a su partido; sin embargo, el Conclave lleva ya más de cinco meses. Aníbal Albani, temiendo que el aburrimiento, la incomodidad, los calores, la infección y otros motivos no determinasen al fin a alguno de los suyos a declararse en favor de su adversario (y sería sorprendente, en efecto, que ninguno de éstos no haya querido darse a sí mismo la ventaja de prestar al pretendiente un servicio de esta importancia, si no hubiera la experiencia del poco recuerdo que conservan los Papas de las intrigas hechas en su favor durante el Conclave); Aníbal Albani, digo, ha vuelto a poner en obra el último resorte para deshacerse a toda costa de Aldrovandi. Le ha puesto a los alcances a un tal padre Ravali, fraile franciscano de manga ancha y uno de los mayores cogullas de la Orden. Este ha ido a visitar en la Rota al cardenal Aldrovandi y a cumplimentarle por su exaltación futura, que se consideraba en Roma segura. A lo cual el cardenal le ha respondido que era verdad que la mayoría le hacía el honor de pensar en él; pero que todavía no había nada hecho, y aun poca apariencia que esta buena voluntad que le atestiguaban debiera surtir su efecto, puesto que no había ningún progreso desde hacía mucho tiempo y que algunas personas prevenidas contra él se oponían con todas sus fuerzas. El fraile tomó tema de este discurso y largó al cardenal un sermón muy religioso y muy patético sobre la enorme duración de este Conclave, sobre el abuso de las intrigas, sobre el escándalo que semejante duración producía en

toda la cristiandad, sobre el peligro de dejar así por tanto tiempo a la Iglesia sin un jefe. «Estoy bastante convencido de la verdad de todo esto —le replicó el cardenal—; pero es a vuestro amigo el señor Camarlengo a quien habría que hacer estas justas observaciones; a él, que no emplea su crédito y su habilidad mas que en derrotar a todos los que proponen.» «¡Ah, monseñor!—le replicó el franciscano—. Me he tomado la libertad de hacérselo presente más de una vez; pero que vuestra eminencia se ponga en el lugar del señor Camarlengo. Sabéis los antiguos resentimientos de vuestras dos casas. La vuestra no ha sido bien tratada bajo el pontificado de su tío; teme la misma suerte para la suya cuando el poder supremo recaiga en vuestras manos. Por otra parte, creo haber discernido bastante sus verdaderos sentimientos en las conversaciones que hemos tenido juntos para poder asegurarnos que no tiene ninguna enemistad personal contra vos, y que sin este temor pronto cesaría de ser vuestro contrario; pero no puedo disimularos que cree que no le queréis bien.» «Seguramente se equivoca—ha respondido el cardenal, encantado con esta indicación—; ese viejo desacuerdo no lo he fundado nunca en cosas de importancia, y hace ya mucho tiempo que he perdido hasta el recuerdo. Además, no pienso que el señor Camarlengo haya jamás tomado parte por sí mismo. No debe dudar que yo no le haga honor personalmente y no le tenga en el alto concepto que merece. Además, no soy hombre que olvide a los que me hayan

hecho buenos servicios.» «Pero puesto que es así —ha reiterado el fraile—, me parece mucho más fácil de lo que se hubiera creído que lleguéis a una reconciliación. Veo una buena disposición recíproca. ¿Queréis permitirme que le comunique vuestra manera de pensar acerca de él y os traeré su respuesta?»

Aldrovandi, que no veía otro obstáculo a su elección que éste y que más que todo en el mundo había querido arrancarse esta espinosa del pie, ha consentido de buen grado. La conversación ha cambiado de tema, y después de un cuarto de hora de hablar de cosas indiferentes, el fraile se ha despedido de él. Luego, de repente, como reflexionando, Ravali ha dicho al cardenal al despedirse: «Pero, monseñor, las palabras de un pobre fraile como yo son una ínfima caución entre personas de vuestra importancia; no sé si encontrarán gran crédito en el ánimo del señor Camarlengo; sería preciso que yo pudiese mostrarle cosas más capaces de convencerle. Permitidme escribiros como si fuese cosa mía y deslizar en mi carta las representaciones que he tenido la libertad de haceros sobre el escándalo de este larguísimo Conclave, lo que me dará ocasión para añadir las mismas cosas que acaban de ser tema de nuestra conversación. Con esto tendréis ocasión en vuestra respuesta de repetirme todo lo que me habéis dicho con respecto a monseñor el cardenal Albani; y cuando yo le hable de vuestros sentimientos hacia él, si se le ocurren dudas, tendré en mis manos con qué disiparlas.» Se han

puesto de acuerdo en esto, y así se ha hecho. Hasta me indican que la contestación de Aldrovandi era bastante expresiva en la cuestión de la gratitud. Aníbal Albani, una vez en su poder este escrito, ha ido en busca de los celosos y les ha dicho: «Mirad, mirad vuestro Aldrovandi, que todos los días me alabáis como un hombre santo, incapaz de emplear la intriga para conseguir ser vicario de Jesucristo. Ahí le tenéis, sin embargo, buscando subterfugios y poniendo en obra las promesas para reconciliarse conmigo y solicitando mi sufragio.» Entonces, Ruffo, Petra y los otros celosos, a la lectura de la carta, han exclamado: «Es verdad; esto es horrible; Aldrovandi intriga. El Espíritu Santo no le quiere; que no nos hablen más de él.» El pobre hombre ha visto de día en día sus esperanzas declinar en el escrutinio. Ha reconocido que él mismo se ha estrellado, víctima de un engaño, y ha sido el primero en suplicar a sus partidarios que no pensarán más en él. Dicen que él es quien les ha propuesto dirigir su buena voluntad hacia Lambertini, su compatriota y su pariente.

En fin, Acquaviva se ha puesto al habla por última vez con el Camarlengo; le ha hecho presente que hacía más de cinco meses y medio que duraba el Conclave y que no era posible continuar así; que había que acabar de un modo o de otro. Aníbal Albani ha insistido en favor de Mosca, quejándose de la obstinación del cardenal sobrino, que se negaba a aceptar una hechura de los Corsini. «Es inútil hablar de Mosca—le dijo el cardenal de Aragón—; no

haremos un Papa escogido por vos; pero queremos hacerlo con vuestro consentimiento; Aldrovandi os desagrada; bien está, no pensemos más en él. No queréis ninguno de nuestros cardenales; no aceptaremos ninguno de los vuestros; queda, pues, a escoger entre los cardenales indiferentes, que son los benedictinos. Entre éstos no veo más papable que Lambertini o Lercari; ¿cuál de los dos queréis? ¿Queréis a Lambertini? Ha nacido en los Estados de la Iglesia, como piden los romanos.» «¿Lambertini? ¡Sea! Con toda mi alma», dijo el Camarlengo, que habría aceptado un Imán con tal de no tener a Aldrovandi. «Pues bien, entonces—ha replicado el otro—vamos ahora mismo; es un negocio terminado.» Puestos así de acuerdo los jefes, han ido a buscar a Lambertini y le han llevado a la capilla donde ha sido elegido por unanimidad el día siguiente al de la Virgen de Agosto. Ha tomado el nombre de *Benedetto*, en memoria de Benedetto XIII, que le dió el capelo. Me escriben que no sintió alborozo por este suceso. Desde hacía tiempo les decía con su tonillo picaresco y bromeando: *Se volete un buon coglione, pigliatemi.*

Próspero Lambertini ha nacido en Bolonia, de donde era hasta hace poco arzobispo, de una familia noble y aun, según he oído decir, bastante antigua, pero no ilustre. Tiene unos sesenta y cuatro o sesenta y cinco años. Es de una estatura más baja que la media, bastante grueso, de un temperamento robusto; la cara redonda y llena, el aire jovial, la fisonomía de un hombre de bien; tiene

el carácter franco, unido y fácil, el espíritu alegre y bromista, la conversación agradable, el lenguaje libre, los dichos indecentes, las costumbres puras y la conducta muy regular, semejante en esto al cardenal Le Camus, obispo de Grenoble. Regía su diócesis de Bolonia con mucha caridad y edificación; pero será preciso que se deshaga de la costumbre, más de granadero que de Papa, de emplear palabras vulgarotas. Comenzó su carrera siendo abogado, profesión que ha ejercido bastante tiempo y en la cual se complace todavía. Tiene reputación de hombre sabio, sobre todo en Derecho canónico y en los ritos eclesiásticos, sobre los cuales ha publicado una obra bastante larga. Si será propio al gobierno de un Estado es cosa que no puedo decir y que no se sabe mas que por los hechos; hasta ahora parece tener más gusto para distraerse con estudios literarios en su despacho que para ocuparse de negocios públicos; para contar chascarrillos con algunos amigos que para quebrarse la cabeza con profundas conjeturas políticas. Será, según las apariencias, un gobierno tranquilo y pacífico. Después de todo, es una buena elección. ¡Eh! ¿Qué duda cabe, puesto que le di mi voto cuando hicimos la elección el invierno pasado en la puerta de San Pancracio? Van a creerme brujo en Bolonia, o por lo menos profundamente versado en los negocios por haberles anunciado esta elección cuando volví a pasar por allí al comienzo de la reunión del Conclave. He aquí cómo el azar, a despecho de Tácito, hace a veces la reputación de

los más famosos políticos, porque las gentes quieren encontrar siempre en las cosas más penetración de la que tienen. Pero el Santo Padre mismo ya veremos su buen proceder con respecto a mí y si se acordará de atestiguarne su gratitud por haberle predicho su exaltación cuando nos encontramos en las posta de Ancona. Si el Espíritu Santo me hubiese entonces inspirado por completo, no habría yo dejado de pedirle su capelo de cardenal; habría tenido una gran alegría en concedérmelo a ese precio. ¡Qué desgracia! He perdido la mejor ocasión que jamás había podido encontrar de hacer una gran fortuna en el estado eclesiástico; pero ya veo que el Cielo no me reserva semejante destino. Me consuelo con tal que le plazca volver sus favores de vuestro lado y hacer caer sobre vos sus bendiciones temporales. ¡Así sea!

LIII.—A M. DE NEUILLY

Camino de Roma a Módena.—Estancia en Módena.

En Módena, el miércoles de Ceniza de 1740.

He cumplido la palabra que os di, mi querido amigo; y desde el día siguiente de la última carta mía que habréis recibido tomamos el partido de dejar en su prisión a los señores cardenales hacerse recíprocamente eminentísimas jugarretas de mala

ley. Hemos dado un fuerte abrazo a Loppin, Legouz y Migieu. Los dos últimos no llevan todavía suficiente tiempo en la capital del universo y el otro no ha querido exponer la gordura de su individuo a la inclemencia de la estación glacial. Heredan un semipalacio; cuya plena posesión les dejamos para acomodarse a su gusto; pero dudo que hagan de él gran uso. Creo que cada cual va a tirar por su lado y que nuestra marcha será el fin de la sociedad. Nuestro número, sin embargo, no ha disminuído. Lacurne, muy a pesar mío, ha ido a emparentar con un gran marqués Bevilacqua, abanderado de caballería ligera de la guardia del Papa y primo de su amiguita Bentivoglio; pero primo de esos de quienes se dice: *Primo, ¿qué es lo que hacéis?* Esto me ha puesto de mal humor. Las nuevas compañías me desagradan, sobre todo en viaje, donde uno quiere estar a gusto, con plena libertad. Henos aquí, pues, instalados en cuatro carricoches, el 28 de febrero, hacia las ocho de la noche, con un viento de lo más fresco, despidiéndonos a derecha e izquierda de los obeliscos y de las fuentes. Se me caían las lágrimas en la Puerta del Popolo; hice un saludo de protección al Ponte Molle y eché a correr a la luz de las estrellas por la gran carretera de Otricoli. Deciros de qué color es esta ciudad es lo que no sabría. En general, voy a llevaros corriendo por todo este camino, que no tiene gran cosa de notable. Por lo demás, mi querido Neuilly, tengo demasiada impaciencia por estar a vuestro lado para entrete-

neros en bagatelas. En favor del motivo, no me guardaréis rencor por haber ya pasado sin deciros nada por Castelnuovo, Regnano y Civita Castellana. Bien es verdad que no hay nada que valga la pena.

Se tiene el honor de ser arrastrado en coche a todo lo largo de la vía Flaminia, que es una de las antigüedades más duras que yo conozco. Fué en Regnano, en medio de la noche, después de haber hecho enganchar los caballos y pagado la posta al postillón que debía conducirnos, cuando quedamos sorprendidos al sentir que no caminábamos. La razón de esto, aunque no lo creáis, era que nuestro astuto postillón, fingiendo irse a orinar, había huído precipitadamente con el dinero. El amo de la posta no acababa de creer este golpe maestro de destreza. Hubo que darle nueve cequís para poder continuar nuestro camino; sin embargo, he sospechado siempre que él había tenido parte en la gloria de la invención.

Antes que llegásemos a Otricoli tuvimos que atravesar el Tíber sobre un hermoso puente de piedra que los Papas hicieron construir. Desde allí se va a Narni, villa situada en un terreno desigual y donde hay algunas fuentes pasables. Para llegar hay caminos muy escarpados y valles bastante agradables. Luego, sin salirse del camino, se encuentra Terni (*inter amnes*), situado en una hondonada, en medio de una pequeña llanura angosta, bien plantada de árboles. Esta villa, lo mismo que Narni, no tiene nada que no sea común; pero no hagáis caso de las burlas sobre la cascada; si no os

la hiciera ver, haríais tanto ruido como ella. Hay que bajarse del coche (1), montar a caballo y penetrar en los bosques y las montañas hasta más de una legua.

El ruido de la cascada se deja oír desde bastante lejos, cuando el tiempo está tranquilo. Está formada por la caída del río del Velino, que, teniendo su curso encima de montañas escarpadas, se precipita de pronto, cuando el terreno le falta, sobre un estanque de piedra que hace rebotar el agua con un efecto muy hermoso. Desde este estanque vuelve a caer en ondas sobre tres rocas que forman como un dique, que el agua rebasa por su ímpetu, formando tres especies de ruedas de agua espumante, que vuelve a caer en un segundo estanque y desde allí, con gran estrépito, va a desaguar al río Nera, que se queda tan asombrado de esta brusca avalancha, que tarda mucho tiempo en reponerse de su sobresalto y de su agitación.

Esa es la cascada de Terni, tan ponderada; aunque mucho más alta que la de Teverone, en Tívoli, no vale tanto como ésta para mi gusto. Su efecto no es tan agradable, ni tan cómodo de considerar en todos sentidos, para poder disfrutar a gusto la disposición de los lugares, haciéndoles difícil de practicar. El río es poco considerable, lo cual hace la sábana de agua un poco estrecha.

(1) Se puede ir ahora en calesa por el camino que el Papa Benedicto XIV hizo construir con gran gasto. Se disfruta a gusto de la vista de esta magnífica cascada desde el pabellón llamado la *Specola*, edificado por Pío VI en 1781.

La montaña desde donde se precipita a vista de pájaro no tiene más que unos 90 ó 100 pies de altura (1). He visto en el Bugey y en otras partes cascadas que no valen quizá menos que ésta, y no aconsejaré a los viajeros que tengan prisa que se desvíen de su camino para verla, sobre todo si es tarde y el tiempo está nublado. En cambio, si hace un hermoso sol es una verdadera partida de placer hacer una buena estación, llevarse una buena comida campestre al fondo del valle, bajar a pie para plantar la tienda entre la montaña y el arco de la catarata y pasar allí algunas horas divirtiéndose con los diversos efectos de este torrente, a la vez que con los de la refracción de los rayos del sol. Este rodeo nos retrasó bastante tiempo para que no llegásemos a Spoleto hasta la noche. El terreno desde Terni es todo montañoso; el país es feo.

La villa de Spoleto está situada en un alto. La noche nos impidió verla, aunque en rigor no vale la pena. Hay en lo alto un puente singular, o más bien un acueducto, que comunica una montaña a otra; además, un arco de triunfo y algunos otros restos de antigüedades. Cerca de allí está la ciudad de Asís, donde me guardé mucho de ir, temiendo a los estigmas como a todos los diablos.

Al día siguiente por la mañana ¡ah, señores, ami-

(1) Gran error. La caída es de 143 metros. (*Tournon*, tomo I, página 186.) Sin duda monsieur de Brosses estaba indispuerto cuando pasó por Terni; no siente ni el bello paisaje ni la admirable cascada.

gos míos! *fa fresco, fresco*. ¡Diantre! El frío que habíamos tenido por la noche al marchar de Roma no era nada en comparación del que hace aquí, en este maldito paso de los Apeninos y todo a lo largo de la Umbría. Es un aire norte puntiagudo, que os atraviesa de parte a parte, y cuando se va hacia el Norte en un carricoche italiano abierto por delante se tiene la ventaja de no perder el más pequeño soplo. Para refrescaros la sangre tenéis una serie indiscontinua de precipicios horribles, con un camino muy estrecho, todo en pendiente del lado de la caída; mecánica poco agradable para los viajeros, pero necesaria a causa de las aguas, que sin esta pendiente formarían barrancos impracticables. Se va, pues, a lo largo de una cadena de montañas, y no lejos de Pesignano se encuentra un precioso y pequeño templo de mármol blanco con columnas corintias. Desde allí se desciende insensiblemente hasta Foligno, cuyo llano, rodeado por montañas, forma una pila llena de casitas. Desde lo alto, el golpe de vista es bonito y el país debe de ser precioso en la buena estación. El aire es un poco menos riguroso en la llanura; pero bueno, eso no dura; hay que hundirse más que nunca en las rocas, y lo que es ahora no se ve cuándo acaba. En Serravalle me sacaron tieso como un palo del coche, cerca de un enjambre de muchachas bonitas como ángeles; ellas auguraban bien de esto; pero, ¡ay!, no era *parte in qua*. Las muchachas se calentaban en torno de una gran hoguera, encendida sobre un poyo de ladrillos. Les pregunté si ha-

cía con frecuencia esos fríos en Italia. «Ordinariamente—me dijeron—, hasta el mes de junio.» ¡Ah! Pardiez, señoritas, os felicito; no creo que se me ocurra nunca edificar una casa de campo en vuestra región para mi recreo. Nos tumbamos en el suelo sobre gruesas mantas, rodeados por un gran fuego; devoramos un pan negro y unas cuantas cebollas, sirviéndonos de mantel el santo suelo, y con esto, a dormir como si todo marchara bien; pero lo peor es que hay que volver a ponerse en marcha. ¡Ouf! He aquí una tremenda jornada. Vamos, sin embargo, a Valcimara, luego a Tolentino, donde hice vuestros cumplidos a San Nicolás y dije adiós a los Apeninos, cuyo paso en esta estación es en verdad ridículo hasta lo último. ¡Maldita montaña! Te he puesto con letras negras en mi cartera al lado del Vesubio, y no creo que en mucho tiempo se me ocurra el capricho de renovar conocimiento con vosotras dos.

El camino, sin embargo, se hace soportable y el país toma una fisonomía más decente. Llegaréis sin aburriros a Macerata y a Recanati; no valen la pena de detenerse. En el fondo, Loreto no lo merece mucho más; pero, en fin, es más célebre; hay que hacer una parada. La villa de Loreto es medianamente grande; las calles son tortuosas y están pasablemente edificadas. La plaza pública delante de la iglesia está adornada, me parece, con una fuente y una estatua de Sixto V. Han colocado sobre una plataforma, encima de la fachada de la iglesia, algunas piezas de cañón, para defenderla

en caso de ataque imprevisto por parte de los piratas. No servirían de gran cosa si se les ocurriera intentar alguna correría para apoderarse de las riquezas de la *Santa Casa*; pero diversas circunstancias hacen este proyecto poco práctico. Loreto está a tres cuartos de legua tierra adentro; no hay cerca en la costa del mar sitio propicio para un desembarco. Encima y debajo están las ciudades de Ancona y de Fermo, donde hay siempre guarnición, y sería difícil que una flota de corsarios pudiese rondar por allí sin que la viesan, lo cual daría la alarma en el país; pero aun cuando los piratas hubieran conseguido sorprender a Loreto, les habrían en seguida cortado la retirada y recobrado lo que hubieran robado. Añadid a esto que para semejante proyecto habría que armar una escuadra considerable, cosa que no podrían realizar los corsarios de Túnez y de Argel, además que los gastos del armamento absorberían una parte del botín. No había, pues, más que el Gran Señor que pudiese intentar semejantes cosas, lo cual no hará seguramente, pues no tiene ninguna necesidad para enriquecerse de hacer el oficio de bandolero salteador de caminos.

La iglesia no es ni bella ni fea; muy sencilla, blanca, dividida por arcadas. La Santa Casa está en medio, aislada y ocupando el sitio del coro. Ya sabéis que esta Santa Casa está rodeada exteriormente por todas partes de un revestimiento de mármol, que sin embargo no la toca inmediatamente por respeto; entre la Santa Casa y el reves-

timiento hay un espacio de unos cuantos dedos. La arquitectura y los bajorrelieves de este revestimiento son de diferentes autores; algunos del Sansovino y la mayor parte de Rafael de Montelupo. Ni unas ni otras de estas obras no son muy buenas, aunque Misson las ensalza mucho.

No tengo por qué extenderme en detalles de todo esto, como tampoco en lo que concierne a la divina cámara. La descripción ha sido hecha muy minuciosa y con gran exactitud por Misson, al cual os remito. Encontraréis allí las dimensiones, detalles, figuras, grabados y todo. Está edificada en piedra de un gris amarillento, tallada en forma de pequeños ladrillos. Esta piedra, fácil de reconocer por su grano singular y por su color, es común en los alrededores de Loreto y de Recanati, como lo he advertido a primera vista. El milagro de construir expreso la Santa Casa, aun en el caso de que se hayan tomado este trabajo, no ha sido difícil; es una obra que se hace en pocas horas. El interior estaba antaño revestido de un embadurnamiento, casi todo caído actualmente. Habían pintarrajeado por encima unas cuantas pinturas groseras tal como lo harían en el siglo XIII. Todavía se divisan los restos de una figura de rey de Francia. Nadie dice la misa en el altar que hay en la sala; era un privilegio reservado a San Pedro, que han heredado sus sucesores. Hay otro altar en una pequeña estancia, larga y estrecha, detrás del salón. Este es el que sirve habitualmente para los oficiantes ordinarios. Este pequeño gabinete no es, de arriba

abajo, todo a los largo de las paredes, mas que de oro y diamantes. Su principal figura es la *Beatísima Madonna di Loretto*, de casi tres pies y medio de alto, hecha por San Lucas, como también otras. No se la ve ya mas que la punta de la nariz; está completamente arrebujaada con un manto o túnica larga de diamantes, con una corona de lo mismo, soberbia. La del Niño Jesús, lo mismo que el vestido, son de idéntico paño y más bella aún, porque las pedrerías son de mejor oriente. Frente por frente, un ángel de plata presenta a la *Madonna* un pequeño Luis XIV de oro, del mismo peso que tenía este príncipe al nacer; es un voto de Ana de Austria. El amor natural que tenemos los franceses por nuestro soberano me hace desear tener éste en mi posesión. No os aburriré, ni a mí tampoco, con el catálogo de los ex votos que hay allí colgados, ni tampoco con los montones de dijes de plata y oro, de pedrerías de toda clase que existen en el gran tesoro, donde hay tantos objetos que no se ve nada. Daos una vuelta por el barrio de los joyeros en París; esto es tan curioso. Los platos de loza pintados por Rafael no faltan tampoco. En este país, en cuanto un platillo está pintarrajeado de azul y amarillo ya se lo achacan a Rafael. Es verdad, sin embargo, que hay en algunos sitios porcelanas de éstas muy hermosas y que pueden haber sido pintadas siguiendo sus dibujos; pero aunque fuesen la obra maestra del Japón, no llegarían a ser tan solemnes como dos viejas cazuelas de barro descascarillado donde el pequeño Jesús comía su

papilla. Las guardan preciosamente en un agujero de la pared con el vestido de la Santa Virgen, de un terciopelo de seda violeta de grano grueso como el de Nápoles. Se ha conservado bien hasta ahora por milagro. Os suplico que no vayáis a regatear sobre esta túnica; sobre que la seda era entonces, hasta en Oriente, una mercancía demasiado cara y demasiado rara para servir de vestido a las gentes del pueblo; ni sobre el milagro de que el paño esté como sellado entre cuatro cristales, sin jamás sentir las injurias del aire. El techo del tesoro está pintado por Pomarancio. Los centinelas montan la guardia lo mismo que en la iglesia.

Ancona, adonde llegamos al salir de Loreto, merece más ser visto. La villa está edificada, con muy bella perspectiva, sobre una roca bañada por el mar. Tiene un hermoso y buen puerto, que Trajano hizo antiguamente construir o restaurar; acaba de serlo magníficamente y con gran coste por el Papa Clemente XII, que ha hecho construir en el mar mismo un lazareto cómodo y seguro para las cuarentenas. El puerto está cerrado por un largo malecón; es una de los mejores del Adriático. En la entrada del malecón hay un hermoso arco de triunfo de mármol blanco de Paro, erigido en honor de Trajano, de su mujer Plotina y de su hermana Marciana.

La villa de Ancona es la mejor que hemos encontrado desde nuestra salida de Roma. Puede ponérsela en el cuarto rango de las de los Estados de la Iglesia, después de Bolonia, Ferrara y Rávena. No

he estado en esta última, y he hecho mal, porque dicen que tiene buenas antigüedades; es el único lugar señalado de Italia que no haya visto.

Nos encontramos en Ancona a nuestro amigo el cardenal Lambertini, al cual saludamos. Le dije, riendo, que en la elección que habíamos hecho en el Vascello yo le había dado mi voto para ser Papa y que debería hacerme cardenal. Me respondió con el mismo tono que no era todavía bastante viejo y que tenía que guardar mi buena voluntad para otro Conclave. Después de un cuarto de hora de conversación nos separamos; él se fué hacia su morada y nosotros a lo largo del mar a Sinigaglia, pequeña villa de muy linda apariencia, donde no entramos. Todos los veranos se celebra allí una feria, célebre por la cantidad de levantinos que acuden a ella.

Después de Sinigaglia está Fano, donde hay un arco de triunfo de tres arcadas, mal conservadas. Luego Pessaro, pequeño, pero bonito, con una fuente en la plaza pública. En fin, Rímini, adonde se entra por un arco de triunfo erigido en otros tiempos en honor de Augusto. Noté al claro de la luna una calle recta, una plaza, un hermoso puente de mármol antiguo con cinco arcadas. Todas estas ciudades están construídas de ladrillos.

Nada hay más hermoso que toda esta ruta a través de la Marca de Ancona. Desde Loreto hasta aquí el país es extremadamente fértil y bien plantado, y si nos pareció agradable a la vista a pesar de una capa de nieve de dos pies de espesor, que,

para anunciároslo por anticipado, tiene la moderación de no tener más que ciento cuarenta leguas de largo, de Loreto a Mont-Cenis, ¡qué sería si hubiéramos disfrutado de la vista de esta llanura en la buena estación! ¡Qué lástima que este país no esté en manos de un soberano que pueda hacer mejor uso de él! No hay que decir, como Misson, que es el rigor del gobierno papal lo que arruina a este país. Nada más falso que esta acusación, lo mismo que la mayor parte de los cuentos ridículos que este escritor, por otra parte estimable, se complace en inventar, en su odio al papismo. El gobierno papal, aunque sea, en efecto, el más malo que hay en Europa, es al mismo tiempo el más benigno. Esta misma benignidad, convirtiéndose en desidia y debilidad, es lo que ha contribuido a empobrecer el país y ha hecho que todo vaya decayendo bajo la mano de viejos y débiles soberanos. El bajo pueblo es sumamente holgazán; pero al mismo tiempo es muy sobrio, de suerte que, como no paga casi impuestos y se preocupa muy poco de su prosperidad, se pasa de buen grado la vida sin hacer nada.

Una buena parte del camino desde Loreto la hemos hecho en el mismo mar sobre una fina arena. Los mismos postillones prefirieron esto a marchar por la orilla, y tienen razón. La manera de marchar es divertida, sobre todo por la noche, con una luna tan brillante como la que teníamos.

En Rímíni se abandona el mar para tomar a la izquierda. Forlí, Faenza (que tiene el honor de dar

su nombre a la fayenza o loza) e Imola, he aquí las tres ciudades por donde hay que pasar antes de llegar a Bolonia. Fué necesario casi escarbar en la nieve para encontrar a ésta. La volvimos a ver, en fin, habiendo recorrido trescientas ocho millas casi sin parar desde Roma. Es una tremenda etapa, amigo mío; me veis casi sin respiración; buscadme una posada de algodón para reponerme. Quise saber al otro día por la mañana si era verdad que en fuerza de haber visto tantos cuadros estuviese harto y asqueado. Fuí a ver de nuevo en primer término el *Martirio de Santa Inés*, de Dominiquino, y encontré que este cuadro, el *Job* y el *Salomón*, del Guido; la *Santa Cecilia*, del Parmigianino, y las maravillas de Luis Carracho eran siempre las mismas maravillas. No me había, al fin, hastiado de pinturas en Roma, sino porque están con frecuencia demasiado mezcladas, pues en diversas galerías han tenido más cuidado de la cantidad que de la calidad. En fin, persisto en lo que he dicho, y la escuela de Bolonia es siempre mi predilecta.

Fuimos también sin demora a reanudar conocimiento con nuestras damitas del verano pasado, que encontramos siempre las personas más simpáticas del mundo. Por la noche hubo baile en el casino, donde *tutta la nobiltà* se había reunido; pero yo fuí el héroe de la jornada. En cuanto entré se agruparon en torno mío para que les diera noticias del Conclave y saber quién sería Papa. Yo, siguiendo siempre mi sistema, y para hacer la corte a estos

señores, les dije que sería Lambertini (1), su arzobispo. Les pareció que esta noticia requería confirmación; pero lo que me sorprendió es que uno de ellos, volviéndose hacia mí, me dijo con tono de desprecio: *Faranno qui un bel cazzo!* Encontré este dicho no sólo impertinente, sino muy fuera de lugar, pues siempre había visto a Lambertini querido y estimado lo mismo en su país que en Roma.

El gallo Sainte-Palaye tenía demasiada impaciencia para que Muratori le enseñase no sé qué colección de viejos juglares proverbales; para que quisiera pasar toda esta jornada en Bolonia con nosotros; así que voló a Módena en alas de su deseo y ni encontró a Muratori ni Cristo que lo fundó. Tengo motivos para creer que se desquitó con la señorita Grognet, antigua bailarina en la Opera Cómica, favorita de la señorita Sallé, según dicen las crónicas, hoy primera danzarina del ducado de Módena, y admirada en la intimidad por ciertas damas de la ciudad, porque tiene, como sabéis, *gran talento y dientes para morder*. Así es que para dar a las aventuras más aires de verosimilitud va siempre *vestita da uomo*. Como una Safo vale tanto por lo menos como un Muratori, Sainte-Palaye buscó su compañía y cenó con ella *tête-à-tête*. No puedo decir a punto fijo a cuál de los dos le tocó quedar encima.

(1) Este Papa, hombre amable y muy inteligente, se expresaba así con respecto al rey de Francia: ¿Es necesaria otra prueba de la existencia de la Providencia que ver prosperar el reino de Francia bajo Luis XV?

Es lástima que en París
 Todos esos señores, los bellos ingenios,
 Esos señores de la Academia,
 Estén sujetos a tal infamia (1).

De todos modos, lo pasaron bastante bien para esperar el almuerzo a la mañana siguiente, y apenas estaban repuestos de las fatigas de sus ocupaciones cuando llegamos Lacurne y yo. El marqués Bevilacqua había ido a hospedarse en casa de su hermana y vino a buscarnos después de comer. Fuimos a visitar al marqués Rangoni, primer ministro, y a suplicarle que nos presentase a la señora duquesa; pero el marqués nos advirtió que no era día de recepción y que en aquella casa no se comía hasta las siete de la tarde. La señora duquesa de Módena (2) encuentra divertido jugar al *biribí* toda

(1) *Viaje di Chapelle y Bachaumont.*

(2) Mademoiselle de Valois, hija mayor del Regente. Sus relaciones íntimas con el duque de Richelieu dieron lugar a tal escándalo, que el público llegó a enterarse. Mademoiselle de Valois, en la primera juventud (diez y siete años), de una belleza deslumbradora, hija del amo de Francia, había sido pedida en matrimonio por el rey de Cerdeña; pero el descubrimiento de las relaciones de esta princesa con M. de Richelieu metió tanto ruido que llegó hasta el Piamonte. Desde este momento la negociación relativa a su matrimonio fué interrumpida. El duque de Módena, cuyo oído era aparentemente menos fino que el del rey de Cerdeña, solicitó la mano de la princesa y fué aceptado apresuradamente por el Regente. Sólo que mademoiselle de Valois, fiel a su amante, rehusaba obstinadamente esta alianza. Su padre no logró hacerla consentir mas que concediendo la gracia y la libertad a M. de Richelieu, entonces prisionero en la Bastilla, complicado en la conjura de Cellamare, dirigida por la duquesa del Maine contra el Regente. El caso era grave. Después de este doloroso sacrificio para salvar a su amante, mademoiselle de Valois se entregó a una profunda desesperación.

Puede recordarse, por lo demás, que la duquesa de Borgoña se había enamorado hasta el delirio de M. de Richelieu cuando éste tenía apenas diez y seis años.

la noche, cenar a las seis de la mañana y acostarse a las ocho, de modo que se levanta a las cinco de la tarde; emplea la *matinée* en sus asuntos y come a la hora que os he dicho. El dicho marqués no encuentra esto tan divertido como ella y se queja amargamente del desarreglo que esta vida produce en la corte. En cuanto a mí, creo que el principal desarreglo es el de hacer frente al *biribí* regularmente ocho horas cada noche. Este oficio, en el que se derrocharía fácilmente en un invierno toda la castellanía de Panurgo, tiene que perturbar las rentas del principado. De todos modos, siempre está muy amable la buena princesa. Fuimos el mismo día, al fin de la comida, a hacerle nuestra corte y a presentarle las cartas que el cardenal De Tencín nos había entregado para ella. Nos recibió con mucha bondad, nos hizo el honor de invitarnos a comer para el día siguiente y nos dió cita para aquella misma noche en un gran baile que daba un gentil-hombre de la ciudad. No ha cambiado de figura desde el viaje que ha hecho últimamente a Francia; está muy gruesa, bastante subida de color, el aire majestuoso y bueno; en una palabra, va teniendo cada vez más parecido al difunto Regente, su padre. En resumen: es siempre una mujer bastante hermosa y de porte distinguido. No está descontenta de su suerte hoy por hoy; y a falta de París, donde no se puede estar siempre, parece pasarlo bien en Módena, donde, en efecto, se encuentra muy bien desde la muerte de su viejo suegro, que la desesperaba. Su marido parece tratarla muy bien;

vive con él burguesamente y en tono de amistad, y con las damas de su corte, familiarmente y con bondad. Antes de ir a su casa habíamos hecho nuestra visita al duque. Estaba solo en su gabinete donde permanecemos una media hora hablando de París, de Roma y otras conversaciones generales; nos recomendó mucho volver al día siguiente temprano para ver sus cuadros. No hay cuidado que dejemos de acudir; tiene razón de preconizarlos; es seguramente la más bella galería que haya en Italia, no por ser la más numerosa, sino por ser la mejor cuidada, la mejor distribuída y la mejor adornada. No es ese amontonamiento de pinturas unas sobre otras, mezcladas sin orden, sin gusto, sin cuadros y sin intervalo, lo cual aturde la vista sin satisfacerla. Así ocurre la mayor parte de las veces en Roma en casa de los Giustiniani, Altieri y otros. Aquí todo es escogido: los cuadros son pocos en número en cada habitación, magníficamente encuadrados y dispuestos sin confusión sobre un tapiz de damasco que los hace resaltar perfectamente; están distribuídos con agrado, de manera que a medida que se adelanta en una nueva habitación se encuentran obras más bellas que en la precedente. En primer lugar, son obras de Julio César Procaccini; pero de lo mejor suyo, es decir, muy hermoso; luego del Albano, del Parmigianino, del Veronés, del Ticiano, de Rafael en su primer estilo, de Recdite Cesari, la *Asunción* de Luis Carracho, el *San Roque* de Aníbal, ambos de una composición grande y noble, y varios otros que he he-

cho muy mal de no catalogar; mi pereza es estúpida. En fin, del Corregio, pero ¡qué Corregio! dos grandes cuadros de la Virgen de un hermoso estilo y de un colorido encantador... El *San Jorge*, que parece salirse por completo del lienzo y que va a llegar tan pronto como vos al extremo de la habitación... *La pequeña Magdalena*, tamaño como la mano, que tiene fijado en la pared y oculto en un pequeño armario, porque es muy portátil y sería un robo delicioso; es un encanto. El difunto duque la llevaba siempre consigo a todas partes donde iba. ¡Bien quisiera yo hacer otro tanto!... *La Noche de Navidad*. ¡Oh Dios, qué cuadro! No puedo nunca pensar en él sin exclamaciones. Perdón, divino Rafael, si ninguna de vuestras obras me ha causado la emoción que he sentido a la vista de ésta. Tenéis vuestra gracia especial, más noble, más decente, pero ésta es más seductora. Sabéis cuánto os admiro, cuánto os estimo; dejadme amar al otro con todo mi corazón. La acción de este cuadro pasa en medio de la noche, como veis; la campiña fuera del establo está iluminada por un poco de luna. Esta débil luz forma contraste con la que parte del cuerpo del Niño Jesús e ilumina todos los objetos dentro del establo. El efecto de este clarooscuro es increíble, no sólo por el maravilloso contraste citado con la luz de afuera y por el artificio que ha tenido el Corregio de reunir la luz en un punto y no hacerla llevar mas que ligeramente sobre las superficies alejadas del centro, sino también por el tono de los colores empleados. Esta luz

no es una luz amarillenta de lámpara, tal como se ve en las obras de Caravagio o de la escuela holandesa, sino una pura y viva luz de sol, tal como no se encuentra nada igual en ninguna parte. El *San Pedro en la prisión*, de Rafael, no llega siquiera a igualarle. Una pastora, cuya mirada al entrar en el establo va naturalmente al cuerpo del Niño, guiña los ojos, como sucede cuando los rayos del sol hieren la vista. En cuanto descubrieron el cuadro, no pude impedirme de hacer el mismo movimiento; hasta tal punto su brillo sorprende y deslumbra. Las hierbas, las tierras, en fin, todo el detalle de la obra son de un color, de una frescura, de un acabado, de una conservación admirables; se diría que este cuadro está hecho ayer mismo. Así es que he oído decir a los artistas que no se había podido adivinar nunca qué procedimiento había empleado el Corregio en la mezcla de los colores. Pero ¡quién podría describir la ternura, el agrado, el afecto, la belleza, la expresión de la cara, tanto del niño como de la madre, que está casi echada sobre él para acariciarle! Esta es la María llena de gracia, o no la hubo jamás.

En fin, aunque, todo bien medido, haya cuadros más perfectos que éste, si me dieran a escoger entre todos los que he visto en mi vida, lo escogería sin vacilar; hasta tal punto siento inclinación por él. El duque de Módena me ha dicho que conserva el contrato escrito que se hizo con el Corregio por este cuadro (vino a salir por unas 600 libras de nuestra moneda; es cuanto puedo recordar) y que

es una fábula ridícula lo que han contado algunos historiadores, a saber: que como precio de su obra le dieron 200 libras en perros chicos, de lo cual quedó tan satisfecho, no habiendo recibido nunca suma tan importante, que volvió corriendo a su casa con esta pesada carga, lo cual le hizo coger una pleuresia, de la que murió.

No faltamos a la cita del baile; a la ida, los que llevaban mi silla de manos me volcaron sobre un montón de nieve fundida. Salí del apuro con mucha destreza, según me pareció, y apenas entré en el salón vinieron a buscarme para bailar con la joven princesa (1). ¡Yo bailar! ¡Valiente proposición! ¡Ya sabéis cómo las gasto! Creí, sin embargo, que no sería ni cortés ni respetuoso rehusar. En medio del *minuet* advertí que en mi caída me había llenado de barro mis hermosas medias blancas todo a lo largo de las piernas. No podéis imaginaros cuánto aumentó esta visión la gracia de mi baile. Yo no sé si lo notaron; pero en cuanto pude escapar fui a meterme en el rincón más obscuro del salón. El duque vino poco después, y durante una parte del baile tuvo la bondad de conversar conmigo de música y de otras muchas cosas. Es muy inteligente y habla muy agradablemente. Me puso muy al corriente de la crónica escandalosa de la ciudad; las mujeres que pasaba en revista le servían de buen grado de texto. Es algo burlón el buen señor. El día siguiente por la mañana lo empleamos en

(1) Hoy casada en Francia con el duque de Penthièvre.

ver la ciudad, lo que no fué muy largo. Es medianamente grande, poco bonita y tan sucia como en tiempos del Potta. El terreno sobre el que está edificada Módena es bajo, poco firme y fangoso; parece ser una tierra de nueva creación. Sabéis que se encuentran a una gran profundidad plantas y fragmentos de árbol que deben de estar allí desde hace algunos millares de siglos. Hermoso tema para unas reflexiones morales y físicas; pero no caigamos en la disertación y volvamos al Potta y a la *Sechia rapita*. (*El Cubo robado*, poema épico de Tassoni.) Lo guardan bajo la torre de la catedral en una preciosa caja. Ponían gran empeño en llevarnos a verlo; yo no sentía gran curiosidad y adivinaba sin trabajo un viejo cubo de madera, podrido y comido por los gusanos. Esta torre es alta y tiene una hermosa escalera de mármol. La catedral no contiene nada distinguido, que yo recuerde. El único edificio notable que hay en esta ciudad es el palacio; si estuviera concluído sería uno de los más hermosos edificios de Italia. El estilo de arquitectura de la fachada exterior no me gusta nada; han comenzado a construir en el medio no sé qué torreón de una altura desmesurada o torre de Babel de cuatro pisos, *che sarà uno sproposito* en relación con el resto de la línea del monumento. ¿No harán nunca fachadas como las del Louvre, o como el pórtico de Antonino (la Dogana) en Roma? El interior del edificio es admirable; el patio está rodeado por un doble piso de pórticos y de columnatas, de los cuales no hay todavía mas que dos lados y una mitad de

pórtico construídos. Pero os suplico que fijéis un poco la atención en una escalera abierta que va de arriba abajo y cuyos pisos están sostenidos por filas de columnas emparejadas. Decidme si no es ésa la reina de las escaleras y si podéis cansaros de admirarla.

Como la hora de la comida dejaba una laguna en nuestra jornada, la dedicamos a la biblioteca y a Muratori. Encontramos a este buen anciano, con sus cuatro cabellos blancos y su cabeza calva, trabajando, a pesar del frío grande, sin fuego y con la cabeza descubierta en aquella galería glacial, en medio de un montón de antigüedades, o más bien de viejas rancias italianas, porque en verdad no puedo resolverme a dar el nombre de antigüedad a todo lo que concierne a esos feos siglos de ignorancia. No imagino que, fuera de la Teología polémica, haya nada tan descorazonante como este estudio. Es una suerte que haya gente que quiera ocuparse de esto, y yo alabo mucho a los Du Cange y Muratori que, sacrificándose como Curtius, se han precipitado en este abismo; pero se extasiaba de ver juntos tantos papelotes del siglo x. Tuvimos como variantes algunas inscripciones romanas, porque nuestro Muratori es hombre que no se contenta con una sola cosa. Nos dijo que se había acostumbrado a trabajar así todos los días de su vida, sin cuidarse de las precauciones que se toman contra el frío o el calor. Nos expresó quejas amargas de que *tutti i danari si spendevano in soldatesca, che andava rovinando affato le lettere*. En fin, después

de dos horas de conversación, en la que no olvidamos el capítulo de nuestro amigo el presidente Bouhier, cuyo nombre se encuentra siempre naturalmente en los labios de las gentes de letras de cualquier país, nos separamos de aquel excelente hombre, muy satisfechos de su sencillez y de su vasta doctrina. Por el camino, después de habernos separado de él, hacíamos reflexiones sobre esta fantasía del duque de Módena, que emplea lo mejor y lo más saneado de su renta en sostener dos mil hombres que no le sirven durante la paz mas que de recluta para los otros soberanos, a los cuales no cesan de desertar, y que durante la guerra no le sirven de ningún socorro para su propia defensa frente a los grandes ejércitos que pelean en Lombardía. Pero ¿qué queréis?

Todo marqués quiere tener pajes (1).

Es preciso, sin embargo, que en cada guerra de Italia sufra, por no poder impedirlo, que su Estado sea la presa del primero que llegue. Esto es lo que el difunto duque experimentó bastante duramente en la última guerra por parte del mariscal Villars, que le mandó a decir que le entregase las llaves de Módena. El duque no se negaba a ello; pero pedía sólo que por el honor y porque es feudatario del Imperio acercara los cañones o por lo menos algunas tropas, lo que el mariscal no quiso nunca tener la complacencia de hacer. Este hecho

(1) LA FONTAINE: *La rana que quiere parecer tan gorda como el buey.*

me ha sido referido por el mismo gentilhombre que fué a tratar con el mariscal de Villars. Todavía estaba profundamente escandalizado de esta dureza. He aquí el gran inconveniente de este pequeño Estado, el único que queda de esta clase en Lombardía. Ha perdido todo su valor desde que tiene por vecinos, no ya a sus iguales, como antes, sino potencias tales como las de Borbón o de Austria. Por lo demás, es una bonita soberanía, que produce dos millones de renta y no está sujeta a esa infinidad de capítulos de gastos que abruman a los grandes reinos. He hecho con frecuencia esta observación: que los pequeños príncipes son más ricos, en proporción, que los grandes. El aparato de una gran monarquía, sobre todo el militar, agotan a éstos; los otros, cuando son prudentes, no tienen que hacer gastos de lujo mas que en construcciones y en objetos de arte; así es que están en condiciones de adquirir colecciones con frecuencia de más grande valor que la de los reyes, como han hecho los Farnesio y los Médicis. Si el Papa sacara de sus súbditos tanto como otro soberano y su hacienda estuviera pasablemente administrada, sería, dejando aparte los gastos, el más rico potentado de Europa.

Mientras conversábamos así íbamos de visita a casa del marqués Giucciardi, del joven Rangoni, de madame Cesi y de varios otros caballeros y damas, con los que habíamos comenzado a trabar conocimiento; todas estas personas han sido muy amables aquí, pues la nobleza de uno y otro sexo

es muy cortés y afable. Me parece que le gusta los placeres y tiene gran vocación por divertirse. Todo el tiempo que hemos permanecido en Módena lo hemos pasado en fiestas; es verdad que son los últimos días del Carnaval; quizá la ciudad no tenga un aire tan vivo y tan brillante el resto del año. El duque ha tenido este año una idea muy buena: ha puesto el Carnaval de Módena al nivel del de Venecia. Se va disfrazado a la corte, a los paseos, a los espectáculos, a los Riddotti, que son unas galerías próximas a la Opera donde se reúnen para jugar. Estas mascaradas dan a una ciudad un perpetuo aire de fiesta. Fuimos a la caída de la tarde, en nuestras carrozas, a hacer *il corso*, es decir, a pasearnos al paso de los caballos a lo largo de la calle Principal. No era la belleza del tiempo ni quizá la estación lo que nos invitaba a ello; pero, en fin, había que seguir la corriente, hacer lo que el resto de la ciudad e ir a corretear a ver las máscaras, como se acostumbra a hacer en París en la Puerta de San Antonio. Ea, ánimo, amiguitos míos; os aconsejo que os quejéis porque siempre os hago esperar en toda ocasión; de veras os está bien decirlo después que, en su capital, he hecho esperar a la duquesa de Módena para comer; era una circunstancia que faltaba a mi gloria, y no sé por qué me quedé tan avergonzado. En el *corso* habíamos dado orden al cochero de apartarse de la fila de las carrozas y de seguir la de la duquesa cuando la viera volver al palacio. Tomó gato por liebre, y viendo que continuaba allí la guardia, que

era la del duque, siguió arriba y abajo con gran sangre fría, y nosotros confiándonos en él, de suerte que llegamos al palacio muy temprano, según creíamos, puesto que no eran apenas las seis de la tarde. Al entrar en la antecámara me dijeron que Su Alteza estaba sentada a la mesa; que nos había esperado más de media hora; que había enviado tres veces a preguntar si habíamos llegado y, en fin, que pensó que la habíamos olvidado. En vista de esto, resolvimos que debíamos volvernos a marchar. Creí, sir embargo, que era conveniente, para no llegar al colmo de la tontería, hacerla saber antes que habíamos venido. Nos envió a decir en seguida que entrásemos; empujé a Lacurne para que fuese el abogado de esta mala causa; balbuceó un principio de pésima arenga, que ella interrumpió tomando muy bien la cosa y diciéndonos que había comido mucho más temprano que de ordinario porque quería ir inmediatamente después a la Opera, donde la acompañaríamos. Nos dieron sillas; acababan de servir la sopa, y la comida transcurrió en una conversación muy alegre, casi siempre en francés. Las dos princesas cuñadas suyas estaban allí; siete u ocho damas y dos o tres caballeros, además de nosotros cuatro; el marqués Bevilacqua hacía el cuarto. Al acabar de comer fuimos a la Opera, al palco de la duquesa. Esta Opera era una cosa nueva en Italia. El duque de Módena, estimando con razón que la construcción de nuestros poemas líricos, mezclados de recitados, de arias, de coros, de dúos y de bailables, es muy preferi-

ble, por la variedad del espectáculo y de la música, a la eterna monotonía de los poemas italianos, que no tienen mas que largas escenas de recitados, siempre terminados en un aria, había hecho traducir una ópera francesa titulada *El Carnaval y la Locura*. El libreto es muy bonito y está muy bien traducido; pero la música, bastante mediocre, de S. Pully, no corresponde, de manera que no sé cómo este ensayo caerá en el gusto de los italianos. Hubiera sido preciso mi amigo Pergolese o el Sassone para que la cosa saliera bien. Los bailables eran muy bonitos; los había compuesto la señorita Grognet, que no cesaba de moverse vestida de hombre, alargando cuanto podía su estatura. Al fin del primer acto, la duquesa me dijo: «Tened la amabilidad de fijaros en la bailarina que va a entrar y decidme si en todas vuestras correrías habéis visto una criatura más hermosa.» Saqué los gemelos y reconocí a mi admirable Ancilla de Venecia; por la cara que puse, la duquesa me dijo, riéndose, que advertía que yo la conocía mucho mejor que ella. La muchacha tiene aquí bajo su imperio al joven Rangoni, al cual atormenta con su estupidez y sus caprichos, pues los cuentos de hadas no han creado nunca nada tan hermoso como esta figura, y las serpientes no han tenido nunca entre ellas nada más estúpido. En cuanto terminó la ópera fui a verla a su camerino, donde reanudamos nuestro conocimiento. Encontré allí a Rangoni, que permitió de buen grado que la visitara en su casa, adonde no dejé de ir al día siguiente. Aquella mis-

ma noche hubo gran baile y gran *biribí*; no me ocupé del uno ni del otro. Después de haber recorrido los salones y dar tantas vueltas como Jeannot Lapin (1), me dormí durante seis contradanzas en un rincón del salón.

El martes de Carnaval el duque nos invitó a una gran fiesta que daba por la noche. Acudimos a la Opera, donde todos los jóvenes príncipes se encontraban; el duque hizo acercarse al menor de ellos, que su mujer había dado a luz en Francia hace tres años, diciéndome: «Mire usted a mi pequeño parisiense; ¿no es verdad que es guapo?» Me pareció de un genio muy alegre; es el verdadero retrato del Regente. El mayor de los príncipes tiene unos diez y seis años y se parece mucho a su padre en la cara y en la estatura; dicen que es muy orgulloso. Acaban de concertar su matrimonio con la joven Cibo, hija única del príncipe de Massa-Carrara, una pequeña soberanía que separa los Estados de Lucca de los de Génova; de allí es de donde sacan ese hermoso mármol de Carrara, el más bello de nuestros mármoles blancos modernos, pero que cuyo brillo no llega al de Paros, en el Archipiélago, que empleaban siempre los romanos. Este matrimonio es un buen negocio, sobre todo porque da al duque de Módena una pequeña plaza sobre el Mediterráneo.

Después de la ópera el duque me cogió de la mano y me dijo: «Venid, que voy a enseñaros la

(1) LA FONTAINE: *El gato, la veleta y el conejito*.

sala de las Tullerías.» Hizo que sus pajes trajesen antorchas y me llevó a una gran sala de espectáculo, enteramente semejante a aquélla: el mismo arquitecto ha construído una y otra; la de Módena es el original. Dada la reputación que tenía, el rey quiso tener una parecida en Francia. No se sirven mucho de ella en Módena, ni tampoco en París; se ha reconocido que la forma ordinaria de nuestros teatros es más cómoda.

Os he anunciado una fiesta del duque para esta noche; ha sido tan completa como galantemente imaginada; prestó hospitalidad lo mismo a la ciudad que a los arrabales, sin excepción. Inmediatamente después de terminar la ópera sirvieron una cena en el patio de butacas y en todos los palcos para los espectadores, otra en el escenario para los actores y otra en la orquesta para los músicos. Entre tanto, llevó a toda la corte a una galería de los Ridotti, donde sirvieron cuatro mesas; su mujer, sus dos hermanas y él presidían una cada uno. Había escogido y nombrado todas las personas que debían ocupar cada mesa y a nosotros cuatro nos habían distribuído en cuatro diferentes. Oímos en medio de la muchedumbre a un maestra-sala que gritaba como un diablo, con su lista en la mano: *Quattro signori francesi!* Había naturalizado francés por esta ocasión al Bevilacqua.

Nos dimos prisa a fin de no caer en la incorrección de la antevíspera; me tocó ir a la mesa del duque; no éramos mas que diez en cada mesa. La cena fué sumamente alegre, llena de familiaridad

y de bromas de buen gusto. Estuvimos en la mesa más tiempo del que pasamos en la sala del teatro, y mientras acabábamos, levantaron el patio de butacas para transformarlo en salón de baile, que encontramos a nuestra vuelta ya dispuesto y alumbrado por infinidad de arañas y farolillos; en los dos extremos de la sala habían dispuesto dos salones reservados, uno para el faraón y otro para el *lansquenet*. Yo trabajé para ganar algunos cequíes, no sin necesidad, porque nuestras bolsas, que habíamos cambiado en Roma a Migieu por una carta de crédito sobre Milán, iban tocando a su fin. La duquesa, por su parte, se entregaba en absoluto a *biribí* en su palco. El recaudador de las rentas del Estado es el banquero del *biribí*, ayudado por empleados que llevan los saquitos de dinero; es decir, que se pasa la noche extendiendo recibos de las cantidades pagadas.

Hacia las cuatro de la madrugada nos despedimos de Sus Altezas, colmados por sus atenciones. He venido a cerrar esta carta para enviáros-la y vamos a subir a nuestros carricoches para ir a llevar la misma vida en Milán. Esta última resolución puede pareceros fuera de lugar; vuestra profunda regularidad en observar la Cuaresma no os deja adivinar fácilmente cómo se nos mete en la cabeza irnos, como unos locos, a comenzar un Carnaval el miércoles de Ceniza.

LIV. — A. M. DE NEUILLY

Camino de Módena a Milán

Milán, 23 marzo 1740.

Sappia dunque V. S. che la Quaresima está hecha en buena regla para tener cuarenta días; así es como esto se practicaba en tiempos de San Ambrosio. No sé qué epilogadores, poniendo los puntos sobre las íes, tuvieron la ocurrencia de caer después en la cuenta de que en estos cuarenta días había cuatro domingos, en los cuales no se ayunaba, lo que dejaba imperfecta la Cuaresma; de este modo nos regalaron esa cola adicional de cuatro días fuera de servicio, que hemos aceptado bonitamente. Pero su retórica no hizo mas que deslizarse sobre el espíritu de los milaneses, que alegaron el ritual y se burlaron del reglamento. No hubo súplicas ni amenazas que pudieran en este punto alterar su celo por las formas de la primitiva Iglesia. San Carlos quiso inútilmente en sus tiempos renovar la querella. Sus diocesanos enviaron un embajador a Roma, encargado de los asuntos del Carnaval, y no obstante, porque se les contrariaba, quitaron la observación ordinaria del viernes y del sábado de esta semana, alegando que era inaudito que la víspera de la Cuaresma fuese un día de vigilia; las gentes moderadas han extendido después esta práctica al domingo, por la razón de que no

sería conveniente comenzar por el día del descanso una penitencia tan larga. Así, a consecuencia de un gran baile que comienza el domingo por la noche y dura todo el día, las gentes se ponen a la mesa, donde permanecen una gran parte del lunes, puesto que no es mas que la cena del domingo. En verdad, esta última circunstancia no es, como lo reconocen ellos mismos, mas que una tolerancia; no la consideran como de derecho estricto. Seriamente, esta pequeña práctica no deja de valer mucho dinero a la ciudad de Milán. Todas las gentes de las diócesis circunvecinas acuden aquí en gran número, según la máxima: *Odia restringenda*.

Antes de partir nos despedimos tiernamente y con mucho sentimiento de nuestro amigo el marqués Bevilacqua. He sido muy injusto al hablaros mal de él a nuestra salida de Roma. Le había tomado inquina viéndole hacer el oficio de estar eternamente pegado a las faldas de la señora Bentivoglio, sin decir nunca una palabra; porque el papel de Sigibeo es intolerable a los ojos de los espectadores. Estaba equivocado; no era por parte suya mas que una mala costumbre nacional; es un hombre muy simpático, de mucho sentido, inteligencia y afabilidad; en una palabra, de la mejor compañía del mundo. Se vuelve hacia Ferrara, su patria.

No hicimos mas que atravesar Reggio sin detenernos; tanta era la prisa que teníamos de llegar a tiempo para el Carnaval de Milán. Reggio me pareció tan grande como Módena, con mejores calles y mejores edificios. Todos los años se celebra una

feria bastante famosa, durante la cual la corte de Módena viene a Reggio a divertirse. Hay siempre en este tiempo, según me han dicho, una Opera muy buena; esto es lo que más me gustaría. El camino desde allí hasta Parma es casi todo de praderas regadas por un riachuelo que hay que atravesar. La ciudad de Parma es medianamente bella, perfectamente bien situada en una rica llanura y no menos provista que Módena de pinturas del Corregio. Aquí es donde están esas dos cúpulas famosas que hicieron prorrumpir en tantas exclamaciones a los Carrachos, diciendo que habían encontrado cosas todavía más bellas que la *Santa Cecilia*, de Rafael; sí, más bellas sin disputa, y aun mucho más, porque hay tantas obras de Rafael superiores a la *Santa Cecilia*; pero los Carrachos no habían aún visto más que esto de él. Os imaginaréis sin trabajo que corrimos escapados a estas cúpulas. No quedé muy satisfecho de la de la catedral. No se han cuidado bastante en guardar los techos, de suerte que la humedad lo ha estropeado mucho. Además de esto, hay una gran falta de composición en haberlo pintado con pequeños compartimentos y figurinas que se disciernen mal a una elevación tan grande. Las cuatro estatuas que parecen servir de apoyo a los cuatro ángulos de la baranda me han parecido de mejor gusto que el resto y en una proporción conveniente. La otra cúpula, la de San Juan, borró la mala impresión que podía haberme dado la precedente. No la componen más que doce figuras prodigiosas, dibujadas con un atrevimiento inaudi-

to y que artesonan de una manera tan verdadera, tan perspectiva, que seguramente nunca se ha hecho nada igual en este género. Advertid que entre estas figuras gigantescas las hay que no tienen dos pies efectivos de altura; esto se ve de abajo arriba, desde la planta de los pies hasta la cabeza, y lo que es ahora os juro de veras que están en el aire. Los Carrachos han imitado en muchos lugares ésta bella manera, inventada por el Corregio. Antes de él aplicaban los cuadros sobre los techos como si fueran tapicerías. Acordaos de lo que os he referido a este respecto hablando del techo de *Psique* en la Longara, en Roma. En verdad, cuando se hace un catálogo de los pintores no hay nunca que poner a estos dos; están fuera de par para entrar en ninguna clase. Son dos ángeles bajados del cielo y que se han vuelto a subir, y veo que sus imitadores han conseguido menos aproximarse al Corregio que a Rafael. El Corregio tiene sobre el otro la ventaja de no haber tenido nunca ningún perfecto modelo que imitar, no haberse nunca encontrado en condiciones de formarse sobre el gran estilo de lo antiguo, por no haber salido nunca de su país; en una palabra, débelo todo a su propia invención y a la belleza cautivante de su genio. No es, sin embargo, que no haya tenido mejor maestro que el que tuvo Rafael. Mantegna está muy por encima del Perugino; pero hay tanta distancia de los maestros a los discípulos, que no hay que tenerlos en cuenta para nada. Digo todo esto, no para igualar al Corregio con Rafael, sino para que le deis un sitio

distinguido después de éste. Poned en seguida a quien queráis en el primer rango de la primera clase. Nuestros historiadores franceses os han propuesto Rubens y el Pousino; en cuanto a eso, de creer a mi espíritu, será Luis Carracho; si me deajo llevar por el corazón, será el Guido.

Para volver a la última cúpula de que os hablaba, merece ser puesta en la primera fila de la primera clase de las grandes obras. Hay también en otra iglesia un famosísimo cuadro del Corregio representando a la *Magdalena en adoración ante la Virgen y el Niño Jesús*, siempre con esta brillantez y ese color seductor que no pertenecen a nadie mas que a este pintor. Desde que la ciudad de Parma no tiene corte ni Farnesio, se ve empobrecida, como les ha sucedido a Ferrara y a las otras ciudades que han perdido sus soberanos.

No me entretendré en ver otra cosa en el palacio mas que el famoso teatro construído poco más o menos a la antigua; vale una hermosa y buena descripción. La forma es circular en una de las mitades, la destinada a los espectadores, y cuadrada en la otra mitad, que contiene el teatro propiamente dicho. Se entra por una puerta poco elevada, colocada enfrente del teatro, en un parterre semioval, cuyo suelo está pavimentado con piedras de talla y ahondado en forma de barco de cerca de unos tres pies, para llenarlo de agua a esta altura cuando se quiere; ordinariamente, y en la actualidad, el suelo está cubierto de tierra y nivelado. Alrededor de este parterre, una galería en forma

de herradura, pasablemente elevada, bordeada por una balaustrada que sostiene veinticuatro estatuas de geniecillos. Sobre esta galería se levanta un anfiteatro de graderías de unos cuarenta pies de altura, interrumpidas de tiempo en tiempo por pequeñas escaleras muy estrechas, que sirven para subir a las diferentes gradas. En estas gradas se colocan las señoras de manera bastante incómoda en verdad, porque no tienen donde apoyarse por delante; pero adorna infinitamente el espectáculo, permitiendo ver completamente y por pisos las damas y sus tocados. El anfiteatro de gradas está coronado por una fila de arcadas, también en semióvalo; cada una de las arcadas, separada por dos columnas emparejadas, forma un palco. Una cornisa continua encima de esta fila sostiene un segundo piso de semejantes palcos y arcadas, y este segundo piso tiene por techumbre una balaustrada que contiene estatuas. En este tercer piso es donde está el paraíso. Esto en cuanto a los espectadores; hay sitio para quince mil. La orquesta está en dos tribunas delante del escenario y a los lados. El teatro tiene unos veinte pies de hondo y una anchura proporcional; las alas están adornadas con columnas y con catorce estatuas, las dos primeras ecuestres, representando a *Alejandro* y a *Ranuce Farnesio*. Este edificio no parece muy vasto con respecto a todo lo que contiene; hasta tal punto las proporciones están bien graduadas y el sitio aprovechado. Se oye muy distintamente desde la puerta de entrada todo lo que se dice en el tono de

voz ordinario hasta en el fondo del teatro; yo lo he experimentado. Por lo demás, no se hace uso de este teatro mas que para fiestas en ocasiones solemnes; de ordinario se utiliza un teatro construido como lo están todos en el país.

Nuestra estancia en Parma fué corta. Volvimos a marchar por la noche y enfilamos una hermosa calzada bordeada por dos acequias, que forman la carretera. Nos detuvimos un rato largo para considerar el campo de batalla que ganamos en 1734 contra las tropas del general Mercy. El lugar no parece muy propio para un combate de alguna importancia; está muy cubierto de árboles. Las dos acequias que costean la carretera sobre la cual se desarrolló una parte de la acción seguramente ofrecieron bastantes obstáculos. Lo fuerte del combate se verificó en los alrededores de un molino distante de la ciudad un cuarto de legua. Sentimos gran placer en hacer que las gentes de la ciudad que habíamos llevado con este propósito nos enseñasen y explicasen todo con gran exactitud. Esta acción fué un choque aturdido, lo cual no esperaban ni uno ni otro de los ejércitos, y del cual nuestros generales, que, como dice la copla, no tenían seguramente la culpa, no tenían tampoco la más mínima idea un cuarto de hora antes.

Esta larga y recta calzada nos llevó a Borgo San Donnino, gran poblachón donde pasamos la noche, y desde allí a Plasencia, donde estuvimos poco tiempo. La ciudad es grande y no tiene mal aspecto. Las calles que vi son anchas, pasablemente

edificadas y no me parecieron demasiado concurridas. La principal es muy larga y tirada a cordel; es la que sirve de Corso, es decir, donde se va a ahogarse en carroza a la hora del paseo, según la costumbre bastante ramplona de muchas ciudades de Italia.

La nave de la catedral es vieja; su mérito más grande para mí es tener unos frescos de Guerchin, de Lanfranc y aun de los Carrachos. En la capilla de la Asunción, la figura de la *Virgen*, por Franceschini, artesona muy bien, aunque la bóveda sea casi plana. El trabajo es bueno, y sería mejor si no fuera blanquecino. Notad también la *Adoración de las imágenes* y la *Circuncisión*, del mismo autor. Lo mejor que he visto en Plasencia es la iglesia de los Agustinos; es un crucero todo en arcadas. Los flancos del crucero tienen también doble hilera de arcadas. Una columnata forma la gran nave, y unas arcadas simples dividen dos colaterales de cada lado. Hay tantas pequeñas cúpulas como arcadas en cada uno de los flancos. Todo esto es de piedra blanca y de un estilo de arquitectura bastante bueno.

La plaza delante del Ayuntamiento está adornada con dos estatuas ecuestres de bronce de *Ranuce Farnesio* y de su padre. La nobleza plasentina tiene su tertulia pública en el casino, como en Bolognia, y alquilan sus coches a los extranjeros, como en Siena; creo que por estos efectos algo estropeados no encuentran mucho dinero. No empleamos los carruajes ni las tertulias; a las pocas horas de llegar

emprendimos de nuevo el camino de Nápoles. Casi al salir de Plasencia se atraviesa el Po muy cómodamente sobre pequeños puentes volantes, que van a parar a un lado y otro de las orillas a unas plataformas que permiten poner los coches sobre los puentes. Este puente tiene unas anillas por las cuales pasan unas cuerdas muy tensas; las hacen correr todo a lo largo, y de este modo se verifica el transbordo. Continúa siempre el mismo paisaje de llanuras, de calzadas y de acequias hasta Milán, donde nos encontramos por segunda vez, con mucho menos dinero que la primera, y para decirlo las cosas con toda franqueza, con tan poco, que con gran trabajo pudimos pagar la última posta. Así es que la primera visita que hubo que hacer fué al banquero. Fui delegado por la compañía para cumplir este cometido y muy mal recibido por ella a mi vuelta, cuando anuncié que Jeroboan Rousselet

Con un corazón de bronce,
rechazaba un billete endosado por mi mano.

Me dió como razones que la escritura de M. Migieu valía su peso en oro, y que hacía de ella tan gran caso, que quería, según es costumbre, antes de pagar, recibir de él una carta de aviso. Ahora bien; considerad en qué situación nos coloca esto. Apuesto a que Migieu se ha ido a correrla a Nápoles; pero no quiero apostar que se olvidará escribir, porque estoy demasiado seguro de ganar. Empleé para convencer a este miserable banquero una retórica que habría ablandado el corazón de un caníbal;

hasta creo que le cité varios trozos latinos; pero tiempo perdido; ya sabéis que: *Si el imperio romano hubiera tenido banqueros más duros que las rocas y más judíos que el diablo, no hubiera sido tan firme y tan duradero.* Felizmente, a ejemplo de lo que el fiel Brinón había hecho por el conde de Gramont, yo me había reservado una pera para la sed, a saber: ciertas viejas monedas de oro del tiempo de Luis XIV, que exhibí a mis compatriotas para calmar su dolor. Con esto nos vamos sosteniendo mientras permanecemos aquí y para nuestro viaje a Turín, donde recibiremos el importe de nuevas cartas de crédito; en todo caso, tenemos aquí viejos amigos, como el conde Simonetta, que es de creer no nos dejarán en este apuro. Ya veis cómo os cuento todos nuestros pequeños infortunios; es que calma uno sus enojos contándolos.

He querido aquí, como en Bolonia, volver a ver mis viejas admiraciones; pero, a fe mía, Roma y tantas otras bellas cosas que he visto después han hecho desmerecer a Milán; a medida que uno se va formando el gusto, se hace más difícil. Bien quisiera recordar todos los superlativos de la primera carta que os escribí; muchas cosas de las cuales os he hablado con exposiciones magníficas lo eran entonces en efecto a mis ojos, que no habían visto nada mejor, y se han convertido en medianas por comparación con otras mejores. Por ejemplo, recuerdo haberos enviado un catálogo pomposo de los cuadros de la Ambrosiana, que me parecen ahora bastante mezquinos. Es verdad que el día es tan

négro y tan feo que entristece todos los objetos. Hay más de diez pies de nieve amontonada en las plazas. No he encontrado mas que la columna antigua de San Lorenzo capaz de resistir a este adosamiento. Dejemos, pues, todas las bellezas materiales, para no ocuparnos mas que de las diversiones del Carnaval y de la sociedad, más amable y más a la francesa aquí que en ninguna otra ciudad de Italia. Volvimos a ver a nuestros antiguos conocidos la princesa Trivulce, la buena condesa Simonetta, los Bellinzoni, Archinti, Clerici y otros. Banqueteamos y nos burlamos un poco de la Cuaresma. Vamos por las noches a la Opera y después acudimos a los bailes; pero no jugamos, ya sabéis por qué razones. Representaron en la Opera una obra con música de Leo, uno de mis autores predilectos. Sospecho que me hubiera parecido muy buena si hubiese podido oírla; pero el patio está loco o borracho, o más bien las dos cosas a la vez. No creo que haya nada tan desolador y al mismo tiempo tan impertinente como el ruido que hacen; la plaza no produce tanto; no se contentan con entablar conversaciones a grito pelado y aplaudir chillando, no los cantos, sino a los cantantes en cuanto salen a escena y todo el tiempo que cantan, sin siquiera escucharlos; los señores del patio tienen además largos bastones herrados, con los que, como manifestación admirativa, golpean hasta más no poder en los bancos. Tienen socios correspondientes en los palcos de arriba, que a esta señal lanzan a millones unas hojas que contienen un so-

neto impreso en alabanza de la *signora* o del *virtuoso* que acaba de cantar. Cada cual saca el cuerpo fuera del palco para cogerlas al vuelo; el patio salta y la escena acaba con un ¡ah! general, como en las hogueras de la noche de San Juan. Tantos actores, tantas escenas parecidas. El estrépito más grande es el más grande triunfo, y el desenlace de la obra es un dolor de cabeza prodigioso inflingido a los asistentes. El gobernador estaba presente y contemplaba todo esto; estuve a punto de ir a hacerle una escena, a mi vez, porque no reprimía semejante escándalo. No he dejado de sospechar, después de algunas representaciones, que el asunto de la obra es la continencia de Escipión, y que un llamado Salimbeni, que hacía el papel de marido, tiene una de las más hermosas voces de capón de Italia. Las decoraciones son bellas, pero menos que en Roma. Hay un combate de gladiadores en un anfiteatro que han representado muy bien. No haríamos mal en introducir en nuestras óperas esta clase de representaciones, que divierten al pueblo y hasta a las gentes de la más alta posición; pero nuestro teatro es tan pequeño, que no se puede colocar en él un número suficiente de comparsas para las batallas u otras cosas de esta especie. El de Milán es muy vasto, más todavía, según me ha parecido, que el de Aliberti de Roma, pero menos que el teatro Nuevo de Nápoles; en verdad, uno y otro son demasiado grandes.

Los bailes son magníficos aquí, tanto por el

adorno de las salas y las iluminaciones como por el gran número de damas disfrazadas y con careta. No creáis, sin embargo, que sea un golpe de vista tan sorprendente ni tan soberbio como el de la Opera de París; pero hay menos mezcla de mascaradas vulgares. El joven de Senneterre, hijo del embajador, no deja de tomar parte, a pesar de la mucha gente que hay y de que le falta la vista. Toma como lazarillo al primero que encuentra y va por todas partes conversando con unos y otros y haciendo que le cuenten todo lo que pasa. Le tengo muy buena voluntad por saber tomar su mal con paciencia y no haber renunciado a los espectáculos aun cuando no pueda ya ser espectador.

¿De qué depende que no nos pongamos en camino? Ya pasó este Carnaval postizo, y aun algunos días más; pero, ¡pronto, pronto!, que abran las puertas de par en par. A fe mía, Migieu me ha dado chasco; la carta de aviso ha llegado por fin, y he aquí al señor banquero que con grandes reverencias nos trae nuestro dinero. ¡Hem! Me parece mucho más guapo ahora que la otra vez. Vaya, pues, buenas noches por hoy.

Me voy a Turín, en donde os doy cita. Es preciso, sin embargo, que antes de despedirme os diga que he ido ex profeso a la catedral de Milán para comparar el golpe de vista del interior con el de San Pedro. La iglesia de Milán, aunque menos grande, parece que lo es más, porque las proporciones no están tan bien observadas y los pilares, que son más numerosos, parecen darle una perspectiva más

dilatada. Por lo demás, creo que, en efecto, es la nave más grande que conozco, después de la de San Pedro, excepto acaso San Pablo fuera de las murallas, que puede quizá igualarla o cuando menos andarle muy cerca. No es mas que por la magnitud por lo que puede compararse la iglesia de Milán a la de Roma. Fuera de esto, el *Duomo* de Milán no es nada digno de ponerse en parangón con San Pedro. Es negro, obscuro y, por encima de todo esto, de estilo gótico. Por magnífico que sea y a pesar del prodigioso trabajo de este estilo gótico, siente uno redoblarse el mal humor contra él cuando se han visto las construcciones antiguas de los romanos. No hay realmente bello aquí mas que el atrevimiento y lo grande de la empresa, que vista en los detalles da la idea de un prodigioso trabajo y de gastos no menos excesivos. He visto celebrar en este *Duomo* la misa mayor según el rito ambrosiano, que se ha conservado. Se canta el *Kirie eleison* después del *Gloria in excelsis*. En lugar de la epístola cantan dos lecciones; luego un tropel de hombres y un tropel de mujeres, representando al pueblo de Milán, van sucesivamente a hacer la oblación del pan y del vino. Después de las ofrendas dicen el *Credo*. El oficiante se lava las manos inmediatamente antes de la consagración, y la misa acaba con un nuevo *Kirie eleison*.

He ido a recoger en la Biblioteca Ambrosiana diversas colecciones de manuscritos de Salustio. Se me ha ocurrido la idea de comprobar con el famoso manuscrito de Josefo, traducido por Ruffin,

si el pasaje referente a Jesucristo, tan discutido por los eruditos, estaba o no; pero no he podido dar satisfacción a mi deseo. El manuscrito tiene muchas lagunas, y el lugar de la de Josefo donde habían intercalado este pasaje está en el número de los que faltan. Después de todo, no hay necesidad de doctrina ni de gran examen; no hay mas que leer el texto de Josefo para ver que este pasaje es supuesto, y aun muy torpemente. Porque cortando en dos la narración de hechos subsiguientes, divide dos frases que se ve debían seguirse inmediatamente. Este manuscrito de Josefo, escrito sobre papiros de Egipto, es uno de los más singulares que existen. No parece tener menos de mil trescientos años de antigüedad; de suerte que puede haber sido escrito en los mismos tiempos de Ruffin. Es muy incompleto y no contiene mas que cinco libros de las *Antigüedades judaicas*, a saber: el VI hasta el X, y todos son muy imperfectos.

Ahora sí que van de veras las buenas noches.

LV y ULTIMA.—A M. DE NEUILLY

Camino de Milán a Turín.—Estancia en Turín.

Turín, 3 abril 1740.

Antes de volver a empezar quiero daros un aviso a guisa de prefacio: es el de no tomar nunca la *cambiatura* si venís a este país, aunque haya podido

deciros lo contrario en mis precedentes cartas. El gobernador de Milán nos había dado, a petición nuestra, una orden para tenerla. No se obtiene esto sin trabajo, y fué un favor del que hubiéramos podido prescindir. Los maestros de posta y los postillones, rabiosos contra los que la tienen, porque se paga una tercera parte menos, ponen toda clase de inconvenientes de mala fe; no quisieron en modo alguno partir de Milán de noche, alegando que la *cambiatura* sólo era para el día; hacían descargar y pesar las maletas en cada relevo para hacer pagar el exceso de lo que debe llevar la *cambiatura*, a menos que para impedir este retraso no les pagásemos el exceso de peso apreciado por ellos mismos, que resultaba siempre el doble de la realidad. Hacía un frío de todos los diablos en la carretera. Cuando decía a los postillones que pusieran al trote a los caballos no obtenía mas que esta respuesta: *Come dunque Eccellenza? questo e la cambiatura, non e la posta*. En vano les ofrecíamos pagarles la posta; aquellos verdugos tuvieron la malicia de rechazarla: *Oh! Signori, no. Avete la cambiatura, non avete la posta*. Pronto renunciarnos a nuestro privilegio en cuanto estuvimos fuera de la tierra del emperador, y a menos que no haya que hacer etapas muy cortas de una ciudad a otra vecina, no hay que tomar nunca otro coche que el de la posta. Es verdad que casi en todas partes es muy cara, excepto en los Estados del Papa; pero sobre todo en el Piamonte y en Lombardía. De todos los artículos de nuestro gasto, éste ha sido el más elevado: hasta ha reba-

sado lo que yo había previsto al principio del viaje; pero, en cambio, están perfectamente servidas y va uno como quiere, sin depender de nadie, lo cual no puede hacerse con mayores, que, por otra parte, a cada instante habría que darles de palos, y es una fatiga.

De Bolonia a Turín, 212 millas; en todo, de Roma a Turín por este camino, el más largo que se pueda tomar, 520 millas; es decir, según mi cuenta, 208 leguas. Se cuenta ordinariamente tres millas por legua o una hora de camino; pero un hombre a pie, a un paso de marcha bien igual, no anda más de dos millas y media por hora.

En fin, ya estamos en Turín con doscientas leguas de adelanto. Así, mi querido amigo, no nos queda más, para estar a vuestro lado, que el monte Cenis, que, como sabéis, es un paso ridículo, porque lo demás no lo cuento. Esto no será muy divertido; nos han avisado que estaba helado del todo, cosa que me ha parecido poco difícil de creer viendo el frío que teníamos en Lombardía a fines de marzo. Si por casualidad tenéis amigos que se figuran que no hay invierno en Italia, no dejéis de advertirles de mi parte que es un error popular, que Brown no ha debido omitir en su rectificación.

Aunque hayamos venido desde Novara corriendo todo lo que han podido los caballos, no he dejado de encontrar el camino muy largo por el frío excesivo que he tenido que padecer. No éramos sólo nosotros los que lo padecíamos. Tuve el consuelo de ver que nuestros cardenales franceses que van

al Conclave no salían mejor librados que nosotros. Encontré en Verceil al cardenal De Rohan, al cual saludé. La guarnición había formado para recibirle. Iba con él el abate de Soubise-Ventadour, su sobrino, en una diligencia a la italiana, abierta a todos los vientos como la nuestra, de la cual el referido señor abate parecía bastante descontento. En cuanto al cardenal, no le daba importancia. Admiré su vigor a su edad e indispuerto como estaba. Verceil está completamente desmantelado; los restos de fortificaciones que han hecho saltar están todavía en su sitio. Es una cosa que da lástima ver una plaza fuerte derrumbada, sobre todo con la nieve, que entristece los objetos más risueños. Había pasado antes por Novara, que no me pareció entonces muy bonita. Esto es todo lo que puedo decir acerca de ella, pues no he hecho mas que atravesarla y dar un vistazo a la nueva iglesia de San Gaudencio, la cual, lo mismo que su altar mayor, vale la pena de verse. La ciudad que construye este edificio se ha impuesto una contribución sobre la carne para atender a los gastos.

Turín me parece la ciudad más bonita de Italia, y aun, según creo, de Europa, por la alineación de sus calles, la regularidad de sus edificios y la belleza de sus plazas, la más nueva de las cuales está rodeada de soportales. Es verdad que no se encuentra ya, o por lo menos raramente, este gran gusto de arquitectura que reina en algunos monumentos de las otras ciudades; pero en cambio no se tiene el desagrado de ver cabañas al lado de pala-

cios. Aquí nada es extraordinariamente bello, pero todo es igual y nada es mediano, lo cual forma un total pequeño en verdad (porque la ciudad es pequeña), pero delicioso. El palacio del rey es bastante hermoso; los salones son vastos. Yo no los he visto mas que de prisa y corriendo, como tampoco los cuadros; los hay buenos y en gran número; pero que Quintín no me pida el catálogo. No me he cuidado de entretenerme, con la pluma en la mano, a detallar estas pinturas glaciales; no se puede estar en las galerías con el tiempo que hace; no se puede estar mas que al lado de la chimenea; en los aposentos de la reina hay un gabinete todo de charol sobre un fondo negro; todo es magníficamente triste. El palacio que llaman el Palacio-Madame (1) tiene una fachada soberbia y muy por encima de la del gran palacio. La balaustrada que termina el segundo orden de arquitectura soporta estatuas de piedra sumamente ligeras; puede decirse que esta fachada es el principal ornato de la ciudad. En el interior se encuentra una de las más bellas escaleras que haya en el mundo, con dos barandillas y adornada con una bella arquitectura. La bóveda que la sostiene es ligera y bien trabajada, y la que la termina, toda guarnecida de rosetones de piedras variadas; no busquéis nada más aquí. Al lado de la escalera no hay habitaciones; es una escalera sin palacio. El pequeño aposento que contiene está ocupado por el joven duque

(1) El autor se refiere sin duda al palacio del Duca, en la plaza Castello.

de Saboya, a quien fuimos presentados por el señor de ***, su preceptor.

La noche de nuestra llegada fuí a casa del marqués de Senneterre, nuestro embajador. Su mujer es muy inteligente y no es un ápice menos cáustica. Su hija política es gentil; es una Sainte-Suplis. El joven Senneterre se ha casado con ella por reminiscencia cuando ya no podía verla. Ha recordado que la había conocido bonita y ha querido poseerla. En cuanto al embajador, es, como sabéis, un hombre excelente; no ha inventado la pólvora, pero, lo que me parece preferible, ama con pasión la música y la conoce a maravilla. Me hicieron el obsequio de un magnífico concierto con una buena cantante y esas arias, esas preciosas arias italianas. En el paraíso no quieren otras. Añadid Lanzetti, cuyo mérito en el violoncelo ya conocéis, y sobre todo los dos Bezzuzzi, uno de ellos alto oboe y el otro bajo, que tuvieron juntas pequeñas conversaciones musicales que nos transportaban de gusto; no puedo expresaros el encanto que esto produce; en mi vida he sentido nada más seductor; esto no puede compararse mas que a la *Noche* del Corregio. La fiesta se celebra en honor del cardenal d'Auvergne, que había llegado la víspera. El embajador nos presentó a él, lo mismo que a una porción de otros gentileshombres piamonteses o extranjeros, entre los cuales estaba el marqués de Courboni. Me chocó mucho, a decir verdad, que un hombre fugitivo de Francia y condenado por una acción infame fuese

así recibido abiertamente por un embajador. El pobre cardenal está tan alborozado por ir a nombrar Papa y por poder mostrar su capelo rojo y su lazo azul al pueblo y al Senado romano, como una chiquilla lo está con su muñeca. Enfrié un poco el fuego de su entusiasmo sacando de mi bolsillo el mapa del Conclave y enseñándole el agujero de ratones que le está destinado para alojamiento, porque ha sido uno de los más maltratados por la suerte en la rifa de los aposentos. Le expliqué todas las pertenencias y dependencias de esta clase de alojamientos, y al mismo tiempo le enseñé su oficio de cardenal, que no sabía, y le dije cuál era la manera de pasar el tiempo en esta honesta prisión del Conclave. No me pareció disfrutar tanto con este relato como con una partida de naipes.

La Corte está de luto a causa de la muerte del señor duque, cuñado de la difunta reina. No os digo nada de la reina actual, que la conocéis; su labio de Austria se acentúa cada vez más, y tiene aún la cara más llena de pecas que cuando la vimos en Dijón; aparte de esto, su figura no es desagradable, y sobre todo tiene un porte noble y majestuoso. Todas las noches recibe un pequeño círculo, lo más triste que sea posible imaginar; está sentada en el sillón en medio del gabinete; todas las damas están colocadas en torno suyo a cierta distancia, de pie, sosteniéndose como las grullas, porque no se sientan nunca mas que para jugar. La reina dirige de vez en cuando algunas palabras a cualquiera de ellas, que responde sucintamente sin acer-

carse ni moverse de su sitio. Desde allí van a la Salve o al *Stabat*. He aquí la recreación actual de la Corte de Turín; no se juega a causa del luto y aun más de la Cuaresma. Cuando juegan es una triste cuadrilla entre cuatro mujeres, porque los hombres no juegan nunca con la reina. Me figuro que una etiqueta tan divertida no hará bostezar menos a la soberana que a los palaciegos.

La ciudad es más divertida que la Corte; hay muchas damas amables y casas donde las reuniones son brillantes y numerosas; juegan al faraón de una manera muy singular. El banquero es un comisionista de alto rango, como si dijéramos un empleado de los señores Bazire o La Fresnaye; pone en banca su caja provista de dijes cualesquiera, cachivaches y piezas de oro de la peor ley que puede, cada uno de cuyos objetos lleva su precio numerado, que no deja nunca de ser por lo menos el doble del verdadero valor. Los puntos que ganan se cobran con estas piezas, a elegir; cuando pierden, pagan en dinero. Os dejo dueño de decir si esta mecánica ha sido inventada para establecer la igualdad en este juego tan desventajoso. Hay que tener muchos miramientos en esta clase de reuniones, y en todas partes, al hablar de las gentes del país. No sé dónde los maridos piamonteses han tomado esa peligrosa costumbre de hacer que las mujeres lleven un nombre diferente del suyo. La mujer del señor conde A... es la señora marquesa B...; esto podría originar a los que no están prevenidos equívocos muy enojosos. En Turín se

habla casi igualmente francés e italiano; ni uno ni otro son, sin embargo, la lengua propia y vulgar del país: es el piamontés, especie de dialecto del italiano, completamente bastardeado, del que yo no entiendo ni media palabra; es una lengua pobre, según confesión propia de los que la hablan.

No nos ha costado mucho trabajo introducirnos aquí en la sociedad bastante pronto, provistos como estábamos de numerosas cartas de recomendación para el marqués de la Roque, el hermano del comendador de Solar, y muchos otros. Por lo demás, me encuentro en país conocido, pues tengo aquí varios parientes (M. De Bellegarde, que ha sido embajador en Francia, y el marqués de Marches). A propósito: ¿no recordáis haber visto en Dijón este alto conde de Roque, el terrible Argos de la reina? ¿Os acordáis que le tomábamos todos por un ogro que se comía a los niños crudos? Nada de eso; es un hombre muy simpático y de una corte-sía refinada. Nos ha recibido con la mayor afabilidad del mundo, nos invita constantemente a festines y, sobre todo, nos obsequia con la voz de Ecequiel, uno de los buenos castrados de Italia. Es preciso que tuviera orden de aparecer así tan huraño. Fui una mañana a la capilla con el propósito de oír a Somis, pero no toca todos los días y no le tocaba el turno hasta algún tiempo después; de suerte que tuve que acudir a súplicas y a adulaciones, tanto con él como con el maestro de capilla, para poder oírle en la fecha más próxima. Dije al uno que su música era la mejor de Europa;

al otro, que era uno de los principales ornatos y que sería duro para mí, después de haber oído a los más famosos violinistas de Italia, tener que marcharme sin haber oído al maestro de todos. Con esta retórica logré que Somis tocara al día siguiente; tocó un concierto aposta para mí, e hizo con ello una tontería; me habría marchado persuadido de que era un verdadero *virtuoso*, en lugar que, aunque buen violín, me pareció inferior a los Tartini, Veracini, Pasqualini, San Martini y otros más. ¡Oh!, qué fácilmente le cambiaría por su hermana, la deliciosa, la celeste Vanloo, con cuya voz no hay ninguna en Italia que me haya parecido comparable. Hay otras mucho más extensas y más sonoras, pero no se encontrarán en ninguna parte más gracia ni más gusto ni medida, que ponga en el canto tanta vida y sana alegría como ella.

El rey (1) estaba en la capilla; su figura no es aventajada; es de pequeña estatura y de fisonomía poco simpática; pero es laborioso, inteligente, gran político, valiente y hábil en el arte militar. He oído en Francia a algunas personas hacer honor al mariscal de Broglie por la victoria de la batalla de Guastalla; por el contrario, el marqués des Marches, que asistía y estuvo siempre al lado del rey de Cerdeña, me ha asegurado que la victoria se debió únicamente a su señor. En cambio, me ha dicho no haber visto en su vida nada tan grande como el mariscal de Broglie el día de su funesta aven-

(1) Victor Manuel III.

tura de la sorpresa de la Secchia, cuando compareció ante el rey y ante todo el ejército sin calzones, acabando de perder todo lo que tenía en el mundo más querido: su reputación, su fortuna y su familia: en una palabra, en circunstancias tales que cualquier otro que él habría caído en la desesperación y habría acabado por perder la cabeza. Todo estaba en un desorden y en una confusión fáciles de imaginar, en medio de la cual el rey de un lado y el mariscal de Coigny de otro daban órdenes que iban a acabar de echarlo todo a perder. Sólo M. De Broglie, con una sangre fría admirable, vió con una ojeada lo que estas disposiciones tenían de defectuoso, les hizo convencerse de ello con cuatro palabras, las rectificó, añadió lo que era necesario y salvó al ejército. No ha habido nunca, me dicen, un hombre más grande que él en aquel momento.

El marqués de Ormea, primer ministro, posee él solo, y por completo, la confianza del rey. Pasa por ser muy capaz, y dicen que él es quien más contribuye al gran papel que su señor representa en Europa y representará durante mucho tiempo según las apariencias. Así, de todas las potencias de Italia, los italianos no temen más que a él; los tiene cogidos por el pescuezo, según dicen, y los estrangulará tarde o temprano; no es bastante fuerte, en verdad, para invadir mucho a la vez, pero va extendiéndose poco a poco. El rey Víctor, su padre, decía que Italia era como una alcachofa, que hay que comer hoja a hoja. Su hijo seguirá mientras pueda estas máximas y se aliará sucesivamente,

y sin consideración por lo pasado, con todos los grandes príncipes que le propongan mejores condiciones, con preferencia siempre, sin embargo, con la Casa de Austria, antes que con los españoles ni con nosotros, aunque no puede engrandecerse más que a costa de esta Casa; porque el ducado de Milán es el verdadero objeto de su concupiscencia. Pero en los tiempos difíciles sacaré algo de ella, y con paciencia lo tendrá todo; en vez que si dejase establecerse en Lombardía a un príncipe cualquiera de la rama de España, como don Carlos o uno de sus hermanos, sería una potencia por lo menos igual a la suya que encontraría inmediatamente dentro de la plaza, que le serviría por siempre de piedra de obstáculo. No es que si alguna vez consigue apoderarse de Milán no encuentre terribles dificultades para sostenerse, dada la execración que tienen los milaneses contra los piemonteses, y creo que en todo el resto de Italia tampoco sean muy bienquistos. El rey ha hecho, hace algún tiempo, una acción poco generosa. Sabéis las discusiones considerables que tiene con el Papa, y que están actualmente en vías de terminarse por la intromisión del cardenal Alejandro Albani. Giamnone (1), que ha escrito la historia del señor de Nápoles de una manera que ha puesto furiosamente en contra suya a la Corte de Roma, había ido a buscar un asilo al Piemonte y el rey le ha hecho encerrar en una prisión sombría, para hacerse agradable a

(1) Muerto en la ciudadela de Turín, en 1748, a los setenta y dos años.

los papistas y sacar mejor partido en sus asuntos. El gobierno piomontés tiene algunas miras de despotismo; los saboyanos, sobre todo, están cruelmente vejados.

Mientras estamos en el capítulo de la política y de lo militar, ¿queréis, mi querido amigo, que os haga ver la ciudadela de Turín? Es una plaza regularmente fortificada y con cinco bastiones; las obras están, dicen, minadas y contraminadas. La mayor parte, lo mismo que los subterráneos, han sido hechas por el duque Filiberto de Saboya. Hay en medio de la plaza un pozo admirable, que se cae hoy a pedazos; hay una doble escalera, cuyos tramos circulan uno sobre otro, de tal suerte que un caballo que baja por ella dando la vuelta vuelve, después de haber bebido, a subir por otro tramo, y no necesita encontrarse con los caballos que bajan por el primero. Una bóveda que cubría este pozo y que han dejado derruirse ha producido la destrucción de la escalera. Quiero ir a ver el castillo del Valentín (1), que procede de mi familia; el bisabuelo de mi viejo tío sempiterno fué quien, al dejar su domicilio de Turín, lo vendió al príncipe Manuel Filiberto, que hizo de él una casa de recreo. Pero la nieve perpetua que cae sin cesar me ha impedido hacerlo hasta ahora. Se tiene aquí una

(1) El Valentino es un castillo real situado sobre las orillas del Po, más allá de la Puerta Nueva. Daban antaño en este castillo una fiesta el día de San Valentín, el 14 de febrero. Cada dama llevaba al caballero que le servía su Valentín y de esto procede el nombre de esta morada. Juan de Brosses, maestresala de Enrique II y de Enrique IV, compró el castillo del Valentín en 1559 y le revendió en 1577.

manera muy cómoda de quitar la nieve de las calles en muy poco tiempo. Hay en el barrio más alto de la ciudad, que es casi llana, un arroyo que da agua, con lo cual han formado un lago cuyo caudal aumenta arrojando en él nieve. Cuando tiene bastante agua, la distribuyen por toda la ciudad, según las diferentes cuestas, a lo largo de las calles. El populacho empuja la nieve dentro y al fundirse aumentan las aguas del arroyo. Este torrente va a desembocar en el Po y en dos horas limpia todas las calles.

Uno de los principales objetos que encomian en Turín es la capilla del Santo Sudario; está edificada cuarenta escalones por encima y por detrás del coro de la iglesia metropolitana de San Juan; la arquitectura interior es del padre Guarini, teatino, que la ha ejecutado toda entera en mármol negro, pero que no es de un hermoso negro. Seis grandes arcadas, dispuestas en redondo, se elevan desde abajo hasta un cordón coronado por una cornisa que recorre todo alrededor, dividida por tres tribunas practicadas en el espesor de la bóveda y guarnecidas de balaustradas doradas; el resto de la bóveda está dividido en especies de ventanas cintradas, cuyos arcos se apoyan unos en otros; los cintros se elevan así hasta la cúspide de la cúpula. Esta manera tiene algo del gótico, y el conjunto de las capillas, aunque noble, es triste y de un estilo que no me agrada en modo alguno. Me gusta mucho más hablaros del teatro nuevo, que el rey acaba de hacer construir; es uno de los más

magníficos y de los mejor entendidos que haya en Italia. Aun no lo han inaugurado; no comenzará a funcionar hasta el invierno próximo. La Opera de Turín tiene muy buena reputación; deseo también que sea menos tumultuosa que las de las otras ciudades.

La biblioteca de la Universidad no es sumamente numerosa, pero parece bien compuesta. Hay bastantes manuscritos, entre otros un hermosísimo Lactancio, que pretende ser el original sobre el cual ha sido impreso; puse, según mi costumbre, aparte algunos de Salustio. Desde allí fui a ver lo que llaman el tesoro de los Archivos. Es un gran edificio compuesto de varios salones. Se conservan, entre otras cosas, treinta volúmenes infolio de las obras de Ligorio (Pirro), anticuario napolitano, todos escritos de su mano, con numerosos y excelentes dibujos de toda clase, también de su mano. Esta obra se refiere casi toda a las medallas, las antigüedades y la geografía; es un trabajo inmenso; pero la principal pieza que se ve en este sitio es la famosa mesa isíaca de basalto. Es una de las más famosas piezas que nos quedan de la remota antigüedad egipcia. Está recargada de jeroglíficos, de figuras egipcias relativas quizá al culto de Isis, quizá a otra cosa, puesto que ¿qué sabemos? Estas figuras eran la mayor parte de plata cincelada en la piedra. Falta hoy una gran parte; he sabido toda la historia de este monumento, pero la he olvidado, y los que la enseñan no saben ni una palabra; de lo único que me acuerdo es que es-

taba antes en Mantua y que, una vez que esta ciudad fué tomada, los soldados la saquearon, a causa de la incrustación de la plata que tenía encima, de la cual arrancaron una parte. Ha estado perdida durante mucho tiempo y no sé cómo ha vuelto a poder del rey de Cerdeña. Pignori ha dado el dibujo con una larga y sabia explicación; es un libro que os aconsejo adquiráis si no lo tenéis. Reconced, mi querido amigo, que es preciso que sea muy bondadoso para escribiros estos largos carteles, mientras me hacéis suspirar inútilmente por vuestras cartas desde hace un siglo. ¿Sabéis que en el cargo que tengo el honor de ocupar en el Tribunal de la Tournelle he visto someter al tormento a gentes que no habían hecho tanto como vos? Creo que estaréis convicto y confeso de ser un holgazán de primer orden, y ya sabéis si yo estoy dispuesto a la indulgencia cuando se trata del séptimo pecado capital. Sin embargo, no quiero todavía preferir la misericordia a la justicia; pero, creedme, lo más seguro para vos es poner os inmediatamente en estado de gracia mediante una buena y larga carta a Génova, donde voy ahora a ver si hay algún medio de rendir los últimos deberes a mi querido tío, que ha dejado escapar la más hermosa ocasión del mundo para entrar en el Paraíso detrás del Santo Padre. No olvidéis tampoco, para mayor precaución, de haceros enviar prontamente cartas de gracia por vuestro secretario Magnien, que tendré la bondad de registrar a mi regreso. No os doy el detalle de todo lo que debéis decir de mi parte a nues-

tros amigos y amigas; esto lo sabéis al dedillo; pero es preciso un capítulo particular de esas lindas cosas que sabéis decir con tanto donaire a nuestras deliciosas damitas Bourbonne, Montot y Fontette. ¡Oh! *che gusto* de volverlas a ver después de un año de ausencia y hablar del Capitolio con lo que uno ama.

¡Adiós, rey mío! Mis respetos muy humildes a vuestra señora madre y a madame de Neuilly, que cuento con encontrar embarazada de un niño. Tomad vuestras medidas, si ya no está hecho actualmente, y figuraos que es absolutamente necesario que en el transcurso del año nos regale un pequeño querubín. Ya lo veis, a pesar de que nada valéis y a pesar de que yo estoy convencido de ello, hay siempre para vos una maldita ternura, que me aprieta la garganta y de la que no puedo deshacerme.

FIN DEL TERCERO Y ÚLTIMO TOMO

INDICE DEL TOMO TERCERO

	<u>Páginas.</u>
XLIV. — A madame Cortois de Quincey. — <i>Mujeres. Reuniones. — Tertulias</i>	5
XLV. — A M. de Quintin. — <i>Continuación de la estancia en Roma</i>	31
XLVI. — A M. de Neuilly. — <i>Poetas épicos. — Anticuarios. — Biblioteca vaticana. — Padre Fouquet, misionero en China</i>	60
XLVII. — A M. de Quintin. — <i>Continuación de la estancia en Roma. — Fábricas de mosaicos. — Nuevo invento para reponer las pinturas sobre telas nuevas</i>	86
XLVIII. — A M. de Neuilly. — <i>Gobierno de Borgoña dado al embajador. — Enfermedad del Papa. Carreras de caballos. — Frascati. — Albano. Tivoli</i>	100
XLIX. — A M. de Quintin. — <i>Continuación de la estancia en Roma</i>	124
L. — A M. de Malatesta. — <i>Espectáculos y música</i>	142
LI. — Al señor abate Cortois de Quincey. — <i>Muerte de Clemente XII. — Funerales. — Conclaves</i>	191
LII. — Al señor abate Cortois de Quincey. — <i>Continuación del mismo tema. — Elección de Benedicto XIV</i>	224
LIII. — A M. de Neuilly. — <i>Camino de Roma a Módena. — Estancia en Módena</i>	239
LIV. — A M. de Neuilly. — <i>Camino de Módena a Milán</i>	270
LV y último. — A M. de Neuilly. — <i>Camino de Milán a Turín. — Estancia en Turín</i>	284

OBRAS DE J. H. FABRE

EDITADAS POR CALPE

Cinco volúmenes en 8.º, de unas 300 páginas cada uno.

LA VIDA Y COSTUMBRES MARAVILLOSAS DE
LOS INSECTOS APARECEN EN ESTAS OBRAS
NARRADAS CON AMENIDAD ENCANTADORA

TITULO DE CADA VOLUMEN

Maravillas del instinto en los insectos, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

Costumbres de los insectos, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

La vida de los insectos, con grabados y 11 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

Los destructores. Lecturas acerca de los animales perjudiciales a la agricultura, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

Los auxiliares. Lecturas acerca de los animales útiles a la agricultura, con grabados y 16 láminas fuera de texto, según fotografías de P. H. Fabre, y portada en color. En rústica, 5 pesetas; en tela, 7.

LOS NUEVOS

En esta colección CALPE irá dando a conocer las obras de los escritores nuevos españoles y americanos que son poco conocidos.

PRIMER LIBRO PUBLICADO:

La última cigüeña, por Félix Urabayen.—
Un tomo de 224 páginas, con artística cubierta, 3,50 pesetas.

OBRAS DE JULIO CAMBA

TRES LIBROS DE VIAJES:

Alemania.

Londres.

Playas, ciudades y montañas.

Precio de cada volumen, 3,50 pesetas.